



INSTINTO CRIMINAL

La escalofriante historia
de los asesinos en serie
más conocidos



INSTINTO CRIMINAL

La escalofriante historia
de los asesinos en serie
más conocidos



www.megustaleerebooks.com

Prólogo

No debe existir experiencia más dolorosa que el vacío de perder a un ser querido. Pero si esta pérdida es consecuencia de una violenta interrupción de la vida de esa persona cercana, ya sea su desaparición, tortura o asesinato, el desasosiego tiene que acompañar irremediabilmente a los familiares de las víctimas.

Además de la impotencia y la injusticia, de la imposibilidad de explicar racionalmente lo que ha pasado, nos encontramos ante situaciones injustificables que transforman nuestra realidad, nuestra percepción de la seguridad, modifican nuestros comportamientos y nos llevan a dudar de la esencia misma del ser humano. Ante esto, surge la duda: ¿qué es el instinto criminal? ¿Por qué algunas personas con un pasado normal desarrollan tendencias asesinas? ¿Por qué otros en esas mismas circunstancias son adultos completamente normales? ¿Qué influencias pueden hacer cambiar el comportamiento de un individuo hasta llevarlo a cometer las mayores atrocidades? ¿Cómo es posible que un ser humano sea capaz de semejantes infamias?... Éstas son preguntas que lamentablemente nos hacemos cada vez que oímos que se ha producido un nuevo acto de violencia.

Luchar por un mundo mejor es responsabilidad de todos y cada uno de nosotros, vivir en un entorno seguro es algo que muchos damos por sentado y entendemos por habitual en nuestra sociedad. Lamentablemente para otros, esa seguridad no existe. Hay personas que se ven súbitamente despojadas de su libertad, de su capacidad de decidir, de su propia vida, que se encuentran en algún momento con que sus vidas están al borde de un precipicio porque alguien ha tomado el control sobre ellas y decide su futuro, si es que éste existe.

Crimen e Investigación es un canal de televisión dedicado a la difusión de

historias reales, de los acontecimientos criminales que han marcado nuestros recuerdos y de aquellos que se siguen produciendo. En este canal, la audiencia puede conocer el comportamiento criminal desde todos los ángulos, la perspectiva jurídica o forense, las investigaciones y persecuciones, casos sorprendentes que no dejan indiferente a nadie, la actuación policial, casos de mafias y otros entramados delictivos. En este libro se ha seleccionado una representación de esos casos que nos han conmovido o que siguen siendo parte de la macabra historia criminal.

Instinto criminal es el resultado de un excelente y cuidadoso trabajo de recopilación, estudio e investigación. Merece especial mención y mi más profundo agradecimiento el equipo responsable también de la programación del canal, quienes han hecho una meticulosa revisión de los textos y han conseguido una óptima calidad de contenido y estilo. Rocío Centurión Quiroga y Laura Frías Sereno, muchas gracias. También aprovecho para agradecer a Random House Mondadori y, en particular, a Alberto Marcos, con quien ya hemos desarrollado numerosos proyectos editoriales, así como quiero agradecer por último también el trabajo de Cristina Pons y David Muñoz, que ha sido esencial para el desarrollo de este libro. Muchas gracias a todos.

INTRODUCCIÓN

La realidad supera la ficción

¿Por qué esa irrazonable ira cuando ves a otros contentos, felices y satisfechos? ¿Por qué ese creciente desprecio por la gente y esas ganas de herirla?

TRUMAN CAPOTE, *A sangre fría*

La naturaleza atávica del crimen aparece reflejada en uno de los textos más antiguos de la cultura occidental, el Antiguo Testamento. En el Génesis se narra el que sería el primer asesinato conocido en la historia de la humanidad, la muerte de Abel a manos de su hermano Caín. La Biblia explica cómo la semilla del mal quedó sembrada en el corazón del hombre con el pecado original.

Desde entonces, el crimen ha sido objeto de atención y escrutinio en todas las sociedades. El estudio del crimen se ha sistematizado bajo la denominación de *Criminología*, término acuñado por un antropólogo francés, Paul Topinard, a finales de 1883. En la actualidad, por Criminología se entiende aquella ciencia dedicada al estudio, al análisis y al tratamiento del fenómeno criminal desde una perspectiva objetiva.

En palabras del escritor y criminólogo Francisco Pérez Caballero, «es un arma de futuro. Lo que ayudará a descubrir los asesinos que están por venir es conocer el pasado, cómo se han comportado las mentes de los criminales más sangrientos».

El crimen deja su impronta en la cultura popular. Y dentro de las diferentes conductas delictivas, el asesinato es la que tiene un mayor impacto en la sociedad por las consecuencias irreparables que provoca. De hecho, en la actualidad la figura del asesino en serie es equiparable a los mitos de tiempos pasados como *Drácula* o el *Hombre lobo*.

Para muchos expertos en la historia del crimen, *Jack el Destripador* marca el nacimiento del asesino en serie moderno. Es el primero que reclama una autoría sobre su «obra». El primero que manda cartas a la policía para demostrar su superioridad sobre las fuerzas del orden. Y también es el primero en quien se observa una progresión en el sadismo de sus crímenes.

En la presente obra se recoge la historia de algunos de aquellos que vinieron después.

Pero antes conviene preguntarse, ¿es lo mismo *psicópata* que *asesino en serie*? ¿Con qué armas cuentan las fuerzas del orden para atraparlos? ¿Cómo se juzgan los crímenes seriales en nuestro país? Y ¿qué sucede si el asesino es una mujer?

EL PSICÓPATA

La *psicopatía* es un concepto clínico. Kurt Schneider, doctor en Medicina y Filosofía y director del Kaiser Wilhelm Institute en Munich, definió por vez primera, a comienzos del siglo xx, las *personalidades psicopáticas* como «aquellas personalidades anormales que sufren por su anormalidad o hacen sufrir bajo ella a la sociedad».

Para el doctor en Psicología Robert D. Hare, una de las principales voces en torno a las psicopatías desde los años setenta, el *psicópata* es «incapaz de mostrar simpatía o genuino interés por los demás; los manipula y utiliza para satisfacer sus propias conveniencias; sin embargo, recurre a una exuberante sofisticación y una aparente sinceridad, y a menudo es capaz de convencer a los mismos que ha utilizado de su inocencia y de sus propósitos de cambio».

En nuestro país, Vicente Garrido, profesor de Psicología Criminal y Pedagogía de la Delincuencia de la Universidad de Valencia, ofrece la siguiente definición de *psicópata*: «Un sujeto que tiene una personalidad patológica (...) está incapacitado para tener emociones profundas, emociones morales, aquellas que

permiten al ser humano ocuparse y preocuparse por los demás, como la empatía, culpa, responsabilidad... De ahí que uno de los rasgos presentes en la personalidad psicopática sea la cosificación del otro unida a un gran narcisismo, además de un escaso sentido del miedo y poca conciencia de las consecuencias dañinas de sus actos».

Para la abogada y criminóloga Beatriz de Vicente de Castro, los psicópatas son «enajenados emocionales, con atrofia de su mundo afectivo».

Es importante señalar, matiza el profesor Garrido, «que la psicopatía describe a una personalidad preparada para explotar a los otros, pero no obliga al crimen. Puede ser moralmente reprobable, pero no significa que quien sufre esta patología vaya por fuerza a cometer un delito en sentido jurídico».

La psicopatía como trastorno de la personalidad es difícil de detectar por dos motivos en particular: porque no impide que el individuo se integre en la sociedad y porque este no se considera un enfermo.

Sólo en el caso de que el psicópata emprenda una carrera criminal, se pondrá de manifiesto la patología del individuo.

El profesor Garrido explica que «el psicópata es una persona con una patología, aunque plenamente imputable por sus actos delictivos en un sentido jurídico. De hecho, en ningún país del mundo se los exime de la culpa. Cuando estas personalidades cometen crímenes se esfuerzan por no ser atrapados, lo que denota que tienen una conciencia de la actividad criminal aunque no asuman el hecho de una forma moral».

La literatura y el cine han creado un falso mito acerca de la «superinteligencia» del psicópata. Uno de los mejores exponentes del psicópata criminal de ficción es Hannibal Lecter. En la novela *El dragón rojo*, Thomas Harris lo retrata como un asesino de inteligencia elevada, gustos refinados y amplia cultura..., que ayuda al FBI a atrapar a otro asesino en serie. Esta «idealización» no resiste la comparación con la realidad de estos criminales.

EL ASESINO EN SERIE

El concepto de *asesino en serie* nace en Estados Unidos en el seno del FBI, acuñado por uno de sus agentes, Robert K. Ressler. Se asocia a aquellos asesinos que han matado a tres o más personas con un período variable de inactividad entre una y otra, conocido como *período de enfriamiento*.

Es una definición amplia que acoge en su seno a asesinos muy dispares. Desde *Jack el Destripador*, con cinco víctimas conocidas, hasta el doctor Harold Shipman, de quien se cree que acabó con la vida de más de doscientos de sus pacientes.

Esta definición es la más conocida, pero no la única. En 1986, la doctora en Psiquiatría Ann W. Burgess definió el asesino serial como «alguien que mata a otro en un contexto de poder, control, sexualidad y brutalidad». En el libro de Holmes & Holmes podemos encontrar la siguiente cita: «El asesino, para ser calificado como serial, debe matar al menos a tres personas en un período de más de treinta días».

Para el profesor de Derecho Penal José Ángel Rollón, se puede distinguir entre el *asesino en serie* y el *asesino en masa*, que mata a un gran número de personas como parte de un único plan en un brote violento.

También se puede hablar del *asesino itinerante*, un híbrido entre el asesino en masa y el asesino en serie, cuya característica fundamental es su constante movilidad para cometer sus crímenes y la falta de período de enfriamiento.

LA PERFILACIÓN PSICOLÓGICA

Durante los años setenta, Robert K. Ressler promovió el desarrollo de una técnica de perfilación psicológica de los asesinos en serie dentro de la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI. A través del estudio minucioso de los asesinos

y sus crímenes se podían determinar unos rasgos comunes que ayudaban a construir un perfil de los culpables.

Se trata de una poderosa herramienta que dio un impulso a las investigaciones en este tipo de crímenes. Es muy útil, pero no infalible. «Realizar un perfil psicológico de un asesino no es una ciencia, es un arte», en palabras del propio Ressler.

Así, se documentaron los patrones en el historial y el comportamiento de los asesinos en serie atrapados. Este esfuerzo de comprensión del fenómeno criminal propició la aparición de una terminología que facilita su investigación: *patrones de infancia y adolescencia* (sujetos que habían maltratado animales o cometido algún delito), *período de ensayo* (el sujeto «practica» la mecánica del crimen antes de ejecutarlo), *factores de estrés previos al crimen* (que sirven de detonante) y el *comportamiento del asesino* durante el acto criminal.

Se descubrió la importancia de la fantasía como detonante de los crímenes. Así lo explica la escritora y criminóloga Janire Rámila: «La fantasía es propia del género humano. En el caso de los asesinos en serie, todas las fantasías giran en torno a la dominación, el control, el sadismo. Aparece en la pubertad, la adolescencia, y se acaba transformando en una obsesión, en un deseo tan fuerte que el asesino necesita pasar a la acción».

Ressler lo argumenta en su libro *Asesinos en serie* del siguiente modo: «La clave en la aparición de un asesino serial no es tanto el trauma infantil (que haya podido sufrir), sino el desarrollo de patrones de pensamiento pervertidos. Lo que llevaba a estos hombres a matar eran sus fantasías».

La mayoría de los asesinos en serie son psicópatas y sus crímenes son de naturaleza sexual. Las víctimas son el medio para conseguir la gratificación sexual. De ahí nace la reincidencia y el comportamiento que los impulsa a guardar objetos personales, prendas o fotografías de las víctimas. Son «trofeos», tal como Ressler y sus colegas descubrieron.

Además, siguiendo a Janire Rámila, los asesinos seriales se mueven por dos

principios, el *principio de impulsividad* y el *principio de oportunidad*, que deben darse juntos para que se cometa el asesinato.

El estudio exhaustivo del crimen y la elaboración de un perfil psicológico permiten a la policía obtener una «imagen mental» del culpable que confrontar con los posibles sospechosos.

ASESINOS ORGANIZADOS Y DESORGANIZADOS

Uno de los hallazgos fundamentales para entender a los asesinos seriales también hay que anotárselo a Robert K. Ressler y sus colegas del FBI: la clasificación de asesinos en serie organizados, desorganizados y mixtos.

El asesino *organizado* es un psicópata cuyo rasgo principal es la alta planificación de sus delitos, resultado de años de maduración de su fantasía particular. Las víctimas de estos criminales suelen ser personas desconocidas, atrapadas sin riesgo, utilizando trucos o engaños y herramientas necesarias (cuerdas, esposas...), para someter con rapidez a su víctima.

El control del acto criminal es fundamental para el asesino organizado que «aprende» a medida que mata. Ressler afirma que «este avance cualitativo en las habilidades criminales es una clave importante para entender la naturaleza del delincuente», y aconseja a los investigadores de este tipo de crímenes que, ante «una serie de homicidios con el mismo *modus operandi*, se examine con mayor atención el primer crimen en el tiempo porque a menudo no ha sido planificado a fondo y es el que ocurrió más cerca de donde el asesino vive, sale o trabaja».

El asesino organizado con frecuencia se ocupa de evitar la identificación de la víctima. Cuando deja el cadáver a la vista, suele responder a un deseo egotista.

Frente a este tipo, el asesino *desorganizado* es un psicótico, explica Ressler. Su condición patológica le impide seleccionar a sus víctimas de manera lógica y corre riesgos al hacerlo. Muchas de las víctimas de este tipo de criminales muestran una gran cantidad de heridas defensivas, lo que indica que han tenido

la oportunidad de resistirse a su agresor. En la escena del crimen, la policía encontrará elementos simbólicos, que serán un reflejo del delirio del asesino.

A veces esta dicotomía no se da tan claramente y algunos asesinos o sus escenas presentan características tanto organizadas como desorganizadas, en cuyo caso los expertos se refieren a asesinos *mixtos*.

Esta clasificación no es en ningún caso jurídica y no determina la imputabilidad o no del criminal, aspecto que debe dirimir un tribunal. Sólo es un instrumento nacido en el seno del FBI para ayudar a crear una imagen del posible sospechoso, una herramienta muy útil para la policía, pero no la única.

LA INVESTIGACIÓN POLICIAL

El que lucha con monstruos debería evitar convertirse en uno de ellos en el proceso. Y cuando miras al abismo, él también mira dentro de ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Aunque hay elementos comunes entre los asesinos en serie no existe un patrón de conducta definido, un único *modus operandi*. Podría decirse que hay tantos tipos como diferentes individuos.

Basta mencionar algunos casos para percibir las diferencias. Desde la enfermera inglesa Beverley Allitt, que se aprovechaba de la relación personal con la víctima, hasta Ted Bundy, que acababa con la vida de jóvenes desconocidas pero que se ajustaban a un patrón muy preciso.

La distancia física entre asesinos y víctimas marca otras diferencias. Tal es el caso del *Francotirador de Washington* y los casos de los envenenamientos. Sin embargo, la mayoría de los asesinos en serie buscan el contacto con la víctima, para obtener gratificación (sexual o no) al acabar con su vida.

Tal variedad de «especímenes» hace de la investigación policial una labor muy compleja.

Ya se ha puesto de manifiesto la contribución del FBI al estudio de los asesinos en serie. También se debe a esta agencia una subclasificación de los criminales *organizados* en función de la movilidad del agresor y de la forma en que acaba con la vida de la víctima. Ejemplos de todos ellos se pueden encontrar en los capítulos de este libro.

- Los asesinos que salen de su casa en busca de una víctima concreta. Aquí se podría encuadrar el caso de Remedios Sánchez, la mujer que asesinaba ancianas en sus domicilios.
- Los que deambulan hasta que se encuentran con alguien que se ajusta al patrón que buscan. Podría ser Ted Bundy, que sin embargo a veces también se comportaba como el siguiente subtipo.
- Los *tramperos*, como John Wayne Gacy o Ted Bundy, que atraen a su víctima mediante engaños o trampas.
- Los que durante la realización de sus actividades cotidianas se encuentran con alguien que detona sus ganas de matar. Éste sería el comportamiento de *El Estrangulador de Boston*.

Cuanto mayor es la violencia premeditada, mayor suele ser el sufrimiento de la víctima. Un asesino *trampero* está planificando pasar un largo rato con ella. Mientras que si el ataque se produce en el exterior, la forma de acabar con su vida suele ser rápida, ya que el asesino corre el peligro de ser interrumpido.

LAS FASES DEL CRIMEN

Tal y como explica la escritora y criminóloga Janire Rámila en el episodio 7 de *Asesinos en serie*, en el estudio del asesinato serial se han definido cuatro fases o etapas del crimen que la investigación policial analiza en detalle para conocer al agresor al que se enfrentan y poder delimitar el número de sospechosos.

La etapa previa al crimen, conocida como *fase de la fantasía*, estudia los comportamientos violentos en la infancia, adolescencia y el *período de ensayo*. Muchas veces, el primer crimen no es un asesinato, pero el sujeto muestra comportamientos en los que parece estar poniendo a prueba su capacidad de matar.

El crimen ofrece información acerca del *modus operandi* y la firma del asesino. El lugar o escenario donde se comete es fundamental para conocer la naturaleza y la violencia con la víctima. Además, es clave para entender las fantasías del asesino.

La tercera fase se refiere al comportamiento del asesino en relación con el cadáver de su víctima: si lo oculta o no, si ha manipulado la escena para no ser descubierto, si se ha quedado o no con objetos personales...

La cuarta y última etapa analiza la conducta del criminal en los momentos posteriores a su crimen. Algunos de estos asesinos reclaman la autoría, hacen un seguimiento de las noticias e incluso colaboran en las labores de búsqueda de la víctima.

La investigación no sólo vuelve los ojos hacia los criminales, sino que también la víctima es objeto de estudio. Siguiendo a la abogada y criminóloga Beatriz de Vicente de Castro, «la víctima es, además, una importante fuente de información. Junto a la escena del crimen, quien más datos aporta sobre lo ocurrido en el ámbito criminal es la propia víctima, viva o muerta. En los delitos violentos, donde la víctima ha perdido la vida, será su entorno, sus hábitos, su lugar de trabajo, sus aficiones y, en suma, todo lo relacionado con la misma lo que nos acerque a la realidad de lo ocurrido».

Existen casos de asesinos en serie que se han entregado a la policía, tal es el caso de Alfredo Galán, el *Asesino de la baraja*. Tal comportamiento se puede explicar de dos formas: o bien el asesino busca el reconocimiento mediático por la autoría de sus crímenes, o bien ha llegado a su *punto de saturación* y no desea continuar.

Resulta alentador comprobar que la mayoría de los asesinos en serie han sido

detenidos. Sin embargo, existen casos no resueltos que han alcanzado gran celebridad. En este libro aparecen el asesino del *Zodiaco* y *la Dalia Negra*, que nunca han sido identificados. Dejaron de matar en algún momento y la única explicación a este comportamiento es que murieran o fuesen encerrados por otros delitos.

Mientras tanto, siguen vivos en el imaginario colectivo.

EL ASESINO EN SERIE EN EL CÓDIGO PENAL ESPAÑOL

En España ha tardado en utilizarse el concepto «asesino en serie». Esto no significa que no existiera tal fenómeno criminal en nuestro país. Se pueden citar varios: el *Hombre lobo gallego*, el *Sacamantecas de Vitoria*, *Jarabo*, el *Mataviejas*, el *Arropiero*..., que demuestran que la sociedad española también ha sufrido por la actividad de asesinos seriales.

Sin embargo tal acepción no tiene un reconocimiento en la legislación española, que no distingue tipos de asesinos para su tratamiento penal.

El profesor de Derecho Penal José Ángel Rollón explica que «en el ordenamiento jurídico español se condena por cada una de las muertes, existiendo unos mecanismos que corrigen el número de años para primar la rehabilitación del condenado. El Código Penal sólo distingue entre asesinato y homicidio».

El Código Penal en su artículo 139 dice: «Será castigado con la pena de prisión de quince a veinte años, como reo de asesinato, el que matare a otro concurriendo alguna de las circunstancias siguientes: 1.^a. Con alevosía. 2.^a. Por precio, recompensa o promesa. 3.^a. Con ensañamiento, aumentando deliberada e inhumanamente el dolor del ofendido».

La ausencia de un tratamiento especial para los asesinos en serie hace que la única herramienta con la que cuentan en la actualidad los jueces a la hora de determinar la pena sea el agravante de reincidencia, que supone que se impondrá

en su mitad superior. Esto significa que un asesino en serie en España no cumplirá más de treinta años de prisión.

La última reforma del Código Penal en 1995 colocó el texto jurídico a la altura de las legislaciones de otros países. Sin embargo, cierta polémica nace cada tanto tiempo acerca de la necesidad de revisar la Teoría de la Pena en la que se fundamenta.

En otros países las penas responden a conceptos retribucionistas —la prioridad es castigar al delincuente por el hecho cometido— o de prevención del crimen. Pero en nuestro país el acento se pone en la reinserción social. Algo que fomenta el debate de si los asesinos en serie pueden o no reinsertarse en la sociedad.

De hecho, en la actualidad el Ministerio de Justicia ha procedido a revisar el sistema penal para dar respuesta a las nuevas formas de delincuencia, a la multirreincidencia y a los delitos más graves. Dentro de las principales novedades del anteproyecto del texto legal que estudia el Consejo de Estado destaca la *prisión permanente revisable* hasta ahora inédita en el ordenamiento jurídico español. Los tribunales podrán aplicar este tipo de pena en aquellos crímenes que causan especial repulsa social, como algunos asesinatos agravados: cuando la víctima sea menor de dieciséis años o especialmente vulnerable, cuando sea subsiguiente a un delito contra la libertad sexual, en los múltiples o los cometidos por una organización criminal. Aunque la pena establece un cumplimiento íntegro de la condena, esta será revisada transcurridos de veinticinco a treinta y cinco años. Además el nuevo texto actualiza el delito de *asesinato* tipificando como tal el homicidio que se cometa para la comisión de otro delito o para evitar ser descubierto.

La aplicación de la pena de prisión permanente revisable ha sido avalada por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos en distintas sentencias.

La literatura y la industria del entretenimiento han contribuido a generar una imagen simplificada del asesino en serie como un depredador sexual masculino. Está encarnado en la figura de un hombre joven, en su treintena, caucásico, con fantasías sádicas de control y dominación. Aunque muchos de los asesinos de este libro —Bundy, Dahmer, Griffiths, Gacy...— se ajustan a este modelo, sólo son una de las múltiples caras del asesinato serial.

Y uno de los terrenos menos explorados es el relativo a las mujeres que sienten la compulsión de matar múltiples veces.

En su libro *Murder Most Rare*, Michael D. Kelleher escribe que «la genuina historia del crimen está repleta de docenas de asesinas en serie que han sido más letales —y que muchas veces han tenido mayor éxito en su determinación de matar— que sus colegas masculinos». El autor llega a cuantificar en ciento una a las asesinas en serie que han reconocido sus crímenes desde 1900, y afirma que más de la mitad de ellas operaron en Estados Unidos.

Para Deborah Schurman-Kauflin, autora del libro *The New Predator: Woman who Kill*, «sólo en Estados Unidos han existido más de veintiséis asesinas en serie en los últimos treinta años. (...) Creciendo como una plaga de langostas, estas depredadoras femeninas buscan sus presas en los ancianos, los débiles y los desprotegidos».

Se dice que las mujeres asesinas son «silenciosas», las guían motivaciones complejas, en general ajenas a la naturaleza sexual del crimen, y que por ello tardan más en ser atrapadas.

Para la criminóloga, escritora y farmacéutica Marisol Donis, «la asesina en serie suele matar a las personas de su entorno, no sale de la esfera del hogar, especialmente las envenenadoras». La autora del libro *Envenenadoras. La crónica negra de los 40 casos más célebres cometidos por mujeres en España*, explica que el 80 por ciento de las mujeres que asesinan utilizan veneno. Se trata de un arma efectiva que permite que la agresora esté lejos en el momento del deceso de su víctima, lo que dificulta seguir su rastro. En muchos casos, el

motivo principal de sus crímenes suele ser el lucro, tal es el caso de las *Viudas negras*.

Las mujeres asesinas suponen un mayor reto para la policía. Sus crímenes pasan desapercibidos muchas veces, al ser erróneamente considerados muertes por causas naturales.

Las asesinas en serie no suelen cometer por sí solas crímenes de naturaleza sexual; sí lo hacen cuando forman parte de un equipo, con un compañero masculino que es un depredador sexual, como el caso de Myra Hindley con Ian Brady.

Kelleher estima que un tercio del total de las asesinas seriales han actuado sólo como miembro de un equipo y nunca han cometido ningún homicidio fuera de las actividades criminales de la pareja o la familia.

Viudas negras, Ángeles de la muerte, Asesinas en equipo... El universo femenino del asesinato serial es tan amplio como el de sus colegas masculinos.

Sólo son menos conocidas. Por ahora.

Ed Gein, *el Carnicero de Plainfield*

Aunque sólo pudieron probarse dos de sus crímenes, Ed Gein fue el primer asesino en serie de Estados Unidos que alcanzó estatus de «celebridad».

Homicida y necrófago, Gein transformó su granja en un auténtico matadero humano en el que fabricaba ropa y mobiliario utilizando la piel y los huesos tanto de sus víctimas como de los cadáveres que robaba en un cementerio cercano.

Unos hechos que impactaron tremendamente en la sociedad de la época y que, con el tiempo, inspiraron películas tan populares como *Psicosis*, *La matanza de Texas* o *El silencio de los corderos*.

ATRAPADO

El 16 de noviembre de 1956, la policía de Plainfield (Wisconsin), entró en una granja a las afueras del pueblo propiedad de Edward Theodore Gein. Los agentes estaban buscando a una mujer desaparecida.

Poco podían imaginar lo que iban a encontrar.

Un cuerpo humano colgaba boca abajo de un techo. Pertenecía a una mujer que había sido decapitada, abierta en canal y destripada. Parecía el trabajo de un carnicero.

El lugar estaba repleto de basura, cartones, herramientas oxidadas y excrementos. Sobre un mantel había una dentadura postiza. Por todas partes podían verse libros de medicina y anatomía, revistas pornográficas y recortes de

prensa sobre operaciones de cambio de sexo. La arena taponaba el fregadero. Resultaba difícil entender que una persona fuera capaz de vivir allí.

En la cocina aparecieron varios cráneos, algunos partidos y utilizados como cuencos. En el dormitorio de Gein, otros sujetaban las patas de la cama.

Ocultos en unas cajas había más restos, diseccionados con la habilidad del mejor cirujano, y también un chaleco confeccionado con la piel de la parte superior del cuerpo de una mujer. Máscaras mortuorias y algunas cabezas reducidas al estilo jíbaro hacían las veces de adornos.

Y, sin embargo, en mitad de tan escalofriante escenario, había una habitación pulcramente ordenada y aparentemente normal, aunque con polvo acumulado durante varios años.

Era el dormitorio de Augusta Gein, la difunta madre del dueño de la casa.

LA FAMILIA GEIN

Edward Theodore Gein nació en La Crosse (Wisconsin) el 27 de agosto de 1906. Sus padres fueron George P. Gein y Augusta T. Lehrke.

Tras quedarse huérfano con sólo cinco años de edad, George se crió con sus devotos y severos abuelos en una granja cercana a La Crosse. Con veinte años, probó fortuna en la gran ciudad, pero no consiguió que ningún empleo le durase demasiado. A los veinticuatro años conoció a Augusta, que tenía diecinueve años, y en 1899 contrajeron matrimonio. Para entonces ya se había convertido en un bebedor empedernido.

Augusta Gein era una luterana nacida en el seno de una familia de inmigrantes alemanes. Mujer austera, de fuerte carácter y radicales convicciones religiosas, siempre se mostró dominante con su débil y alcoholizado marido.

Tras el nacimiento en 1901 de Henry George, su primer hijo, Augusta deseaba una niña, de modo que la llegada de Edward le supuso una gran decepción.

Como la educación que había recibido y su matrimonio le habían hecho

aborrecer el género masculino, se prometió que sus hijos jamás llegarían a convertirse en uno de esos hombres lascivos y ateos que tanto veía a su alrededor. Esta definición también incluía a su marido, pues George seguía frecuentando los bares y dilapidando buena parte de los beneficios de la frutería que Augusta regentaba en solitario en La Crosse.

Según el escritor Harold Schechter, profesor de Literatura Norteamericana y Cultura Popular en el Queens College de la Universidad de Nueva York y autor del libro *Deviant: The Shocking True Story of Ed Gein*, en los Directorios de la ciudad de La Crosse del período entre 1909 y 1911 se puede comprobar el cambio en la relación de George y Augusta. En los primeros años, el cabeza de familia figura como propietario de la frutería. Sin embargo, los últimos volúmenes reflejan que su alcoholismo acabó relegándole a simple «vendedor» del negocio de su mujer.

A todos los efectos, llegó un momento en que era como si Augusta fuera viuda. Ella mantenía a su familia y se ocupaba de imponer una estricta disciplina a sus hijos cuando lo consideraba necesario. Los castigos eran constantes, y ni Edward ni su hermano mayor, Henry, conocieron jamás el genuino amor de una madre.

SANGRE Y BARRO

En 1913, los Gein comenzaron una nueva vida. Tras pasar un año en una granja de vacas a unos veinte kilómetros de La Crosse, la familia recaló en un pequeño rancho a diez kilómetros al este de la ciudad de Plainfield. Fue la dominante Augusta quien decidió el traslado para alejar a sus hijos de las malas influencias de la gran ciudad.

El primer recuerdo inquietante de Ed Gein proviene de aquella época. Al asomarse al matadero, vio a George sosteniendo a un cerdo atado que Augusta destripaba con gran habilidad. Ver la sangre manar le produjo náuseas y estuvo a

punto de desmayarse. Jamás olvidaría la imagen de su madre con aquel delantal de cuero manchado de sangre y barro. Años después describiría este episodio con todo lujo de detalles al ser interrogado por la policía.

Edward desarrolló una profunda aversión por la sangre y la matanza, prácticas muy habituales en comunidades basadas en la ganadería y la caza. Al mismo tiempo, se aficionó a los libros sobre campos de concentración nazis y a las revistas de crímenes. Desarrolló un cínico sentido del humor al respecto, y sus tétricos comentarios llenaban sus conversaciones de silencios incómodos.

Con dieciséis años, su único contacto con el mundo exterior era el colegio. Pero Augusta se encargaba rápidamente de alejar sus pocas amistades, cada vez más empeñada en salvaguardar la pureza moral de sus hijos. Para ella no existía hombre que no fuera un pecador. Citaba constantemente pasajes de la Biblia. El mundo exterior era pura perversión.

Los sermones diarios y las constantes advertencias sobre los terribles castigos que les esperaban si intentaban entablar amistad con alguna chica hicieron que Edward y Henry crecieran con una visión del mundo muy distorsionada. Un mundo en el que todas las mujeres, a excepción de su madre, eran ramera de la más baja ralea.

Esa máxima caló especialmente en el introvertido Edward. Debilucho y afeminado, no sólo no hablaba con chicas, sino que dejó también de relacionarse con los chicos de su edad.

Además, en su casa las cosas cada vez iban peor.

Con el paso de los años y el empeoramiento de su alcoholismo, George pasó a comportarse de forma violenta y a maltratar habitualmente a su esposa. Los hermanos observaban las palizas sin poder hacer nada. Tras cada agresión, Augusta se limitaba a rezar arrodillada.

Pero las palizas terminaron pronto. Su adicción pasó factura y George murió en 1940 de un ataque al corazón.

Tras la muerte de su padre, Henry comenzó a oponerse a las doctrinas de su madre. Algo que para Edward era poco menos que un sacrilegio. Negarse a

acatar o contrariar las normas de Augusta era el pecado más grande que se podía llegar a cometer.

Henry trató en vano de que su hermano menor se diera cuenta de que obedecer a Augusta no era siempre la opción más inteligente. Si quería ser feliz, debía cuestionarse la profunda dependencia emocional que sentía hacia su madre. Pero aunque Edward siempre le había admirado, y ambos tenían una estrecha relación, a partir de entonces empezaron a distanciarse.

¿LA PRIMERA VÍCTIMA?

En 1944, Henry murió en extrañas circunstancias.

Mientras los dos hermanos trataban de sofocar un incendio cerca de la granja, Henry desapareció. Edward acudió a la policía para que le ayudaran a buscar a su hermano, del que se había separado mientras luchaban contra las llamas. Sin embargo, al regresar al lugar de los hechos con los agentes, los guió directamente hasta el cuerpo de Henry, como si en todo momento hubiera sabido dónde encontrarlo.

Pese a presentar señales de golpes, los oficiales concluyeron que había muerto por asfixia. Pensaron que podía haberse hecho daño mientras intentaba escapar de las llamas y no realizaron ningún tipo de pesquisa más.

Pero pronto la tragedia volvió a golpear a los Gein. Quizá afectada por la muerte del mayor de sus hijos, Augusta sufrió poco después un ataque al corazón. Y, aunque no murió, su salud quedó muy resentida.

Su hijo la estuvo cuidando durante doce meses. Pero de poco sirvió tanta dedicación. Augusta falleció en diciembre de 1945. A sus treinta y nueve años, Gein iba a vivir solo por primera vez.

Edward clausuró la habitación de su madre y la mantuvo como un mausoleo en su recuerdo. Años después, reconocería a los psicólogos que durante mucho tiempo siguió escuchando la voz y los insistentes sermones de Augusta.

LAS DESAPARICIONES

Aun con su fama de excéntrico, su peculiar imaginación y su gusto por el humor negro, para los habitantes de Plainfield, Ed Gein pasaba por el prototipo de hombre amable del Medio Oeste, por lo general gente muy reservada y conservadora.

La granja se había dejado en barbecho a cambio de un subsidio del gobierno, por lo que Edward empezó a trabajar para varios vecinos, ayudándolos con las tareas del campo. Además, debido a su carácter afable, de vez en cuando algunos padres dejaban a sus niños a su cuidado.

Los intereses de Edward habían cambiado, y ahora leía tratados y enciclopedias de anatomía.

Los niños llegaron a encontrar cabezas humanas reducidas colgando de algunas puertas. Pero Edward les aseguraba que eran recuerdos provenientes de los Mares del Sur. Les hablaba de países y pueblos exóticos. Y lo cierto es que parecía tener cierto conocimiento sobre las prácticas mortuorias de algunas tribus jíbaras. Cuando aquellos niños, asustados, contaban a sus padres lo que habían visto, éstos no los creían. Pensaban que el amable vecino era sólo un excéntrico fantasioso.

En esa época se dieron varios casos de misteriosas desapariciones en Plainfield y sus alrededores. En mayo de 1947 desapareció Georgia Weckler, una niña de ocho años. Jamás volvió a saberse de ella. Unos años más tarde, en noviembre de 1952, el granjero Victor «Bunk» Travis desapareció junto a Ray Burgess, de Milwaukee, mientras cazaban ciervos.

Por último, el 24 de octubre de 1953, Evelyn Hartley, de quince años, desapareció sin dejar rastro cuando estaba cuidando a la hija de veintidós meses de un vecino. Lo único que la policía encontró tras una búsqueda angustiosa fueron ropas manchadas de sangre al lado de una autopista. Pero nunca hallaron el cuerpo. Sin embargo, el bebé al que cuidaba Evelyn no sufrió ningún daño.

Estaba durmiendo en su cuna cuando el padre de la chica acudió a buscarla a la casa, extrañado de que no contestara a sus llamadas de teléfono.

LA TABERNA DE HOGAN

La taberna era un tugurio propiedad de Mary Hogan, una mujer de mediana edad que no tenía buena fama entre los vecinos de Plainfield. Se decía que tenía contactos con la mafia y se sospechaba que años atrás había sido una popular *madame* en Chicago. Quizá no fuera cierto, pero el caso es que Mary provocaba rechazo entre los conservadores parroquianos del lugar.

Gein acudía a la taberna con regularidad pese a no ser bebedor como su padre. La realidad era que Mary Hogan le recordaba a su difunta madre. La mujer tenía incluso un marcado acento alemán, como Augusta.

La tarde del 8 de diciembre de 1954, un cliente, Seymour Lester, llegó a la taberna. Aunque parecía abierta, dentro no había nadie.

En la puerta que daba a la habitación de atrás había una mancha de sangre.

Lester salió a pedir ayuda. El sheriff Harold S. Thompson y sus ayudantes acudieron de inmediato. Al llegar a la taberna encontraron el coche de Mary aparcado en su lugar habitual, pero el suelo del local estaba empapado con un gran reguero de sangre. Al lado hallaron un cartucho del calibre 32.

El rastro llegaba hasta el aparcamiento, donde había unas huellas muy recientes que el sheriff reconoció como las de una furgoneta de reparto.

La propietaria de la taberna fue dada por desaparecida.

Las autoridades locales veían pasar las semanas sin que sus pesquisas llegaran a ningún sitio. La pregunta «¿qué le pasó a Mary Hogan?» estaba en boca de todos.

Un mes después, el propietario de un aserradero, Elmo Ueeck, se puso a charlar con Ed Gein. Se habían visto varias veces en la taberna, y como Elmo recordaba a Ed sentado solo al fondo del local mirando fijamente a Mary durante

horas, pensaba que estaba enamorado de ella, por lo que bromeó al respecto; quizá si hubiera sido más resuelto y se hubiera atrevido a hablar con ella, la mujer ahora viviría con él en lugar de estar desaparecida.

La reacción de Edward extrañó mucho a Elmo. Puso los ojos en blanco y contrajo la nariz, como si olfateara una presa. Luego sonrió y afirmó: «No ha desaparecido. Está en mi granja».

Elmo interpretó que se trataba de uno de los habituales comentarios cínicos de Gein. Lo mismo ocurrió con el resto de vecinos que le escucharon. Era el tipo de broma que se esperaba de él, y nadie le prestó especial atención.

BERNICE WORDEN

Pasaron tres años. Corría el mes de noviembre, y comenzaba la temporada de caza del ciervo en la zona.

Bernice Worden acababa de cumplir los cincuenta años. Devota metodista, tenía una intachable reputación entre los vecinos de Plainfield. Su marido había fallecido en 1931, momento en que se hizo cargo de la ferretería que regentaba el matrimonio. Pequeña empresaria y vecina modelo, en 1956 había sido galardonada con el premio a la «ciudadana de la semana».

Durante ese mes de noviembre de 1957, Edward había visitado el negocio de Bernice en varias ocasiones. Le hacía preguntas absurdas sobre ciertos artículos para después marchar sin comprar nada.

Pero un día la invitó a ir a patinar. Como él parecía muy nervioso, ella declinó la invitación. Preocupada, la mujer le comentó el incidente a su hijo.

El 16 de noviembre de 1957, Bernice abrió su tienda como cada día. Mientras, la mayoría de los hombres de la ciudad, incluido su hijo Frank y el ayudante del sheriff Schley, se encaminaban a los bosques para la partida de caza.

Plainfield quedó vacía, con casi todos los comercios cerrados.

Unas horas más tarde, Gein volvió a visitar la ferretería. Bernice le despachó

anticongelante y le hizo la factura. El hombre pagó y se marchó, pero regresó muy poco después. Cogió de un expositor un rifle de caza y le dijo a la mujer que estaba pensando en cambiar su vieja arma del calibre 22.

Bernice le dio la espalda un momento.

Edward cargó una bala a modo de prueba. Alzó el arma, apuntó y disparó.

LA DETENCIÓN

Bernard Muchinski, el encargado de una gasolinera cercana, vio la furgoneta de reparto de Bernice salir del garaje y circular calle abajo. Horas después, pasó por delante de la tienda y se extrañó al ver las luces encendidas. Como la puerta estaba cerrada, interpretó que a Bernice se le había olvidado apagarlas.

Esa misma tarde, Edward recibió en su casa a sus vecinos y amigos Bob Hill y su hermana Darlene. Querían que les acercara al pueblo a comprar una nueva batería para el coche. Gein tenía las manos manchadas de sangre, pero lo justificó diciendo que estaba despiezando un ciervo. A Bob le resultó extraño, sabía que a Ed nunca le había gustado la caza y que se mareaba al ver sangre.

Edward se lavó y los llevó a la ciudad. La madre de sus amigos le invitó a quedarse a cenar y él aceptó.

Entretanto, el hijo de Bernice, Frank Worden, regresaba de los bosques tras un día de caza poco productivo. Pasó por la gasolinera y se sorprendió al escuchar al encargado decir que había visto la furgoneta de reparto de su madre salir esa mañana. Se acercó a la tienda y vio que las luces seguían encendidas.

Frank fue a casa a por otro juego de llaves. Cuando por fin logró entrar en la ferretería, encontró un gran charco de sangre y la caja registradora arrancada del mostrador.

El hombre empezó a registrar la tienda buscando indicios de qué podía haberle sucedido a su madre, y para cuando llegó el sheriff, ya se había imaginado lo que había pasado.

«Ha sido Ed Gein», dijo.

Su madre no sólo le había comentado el extraño comportamiento del hombre cuando visitaba la tienda, sino que también le había contado que en alguna ocasión le había visto observándola desde el otro lado de la calle. Además, al revisar el libro de contabilidad del negocio descubrió que Gein había sido el último cliente de su madre.

Ajeno a esto, Edward seguía cenando con los Hill cuando un vecino los avisó de la desaparición de Bernice Worden.

Bob Hill quiso ir a la ciudad para enterarse de lo que estaba pasando. Cuando salía de la casa, la policía apareció para detener a Ed. De hecho, venían de su casa, donde no lo habían encontrado, y como sabían que Bob era uno de sus pocos amigos, probaron a localizarle allí. Uno de los agentes le preguntó qué había estado haciendo las últimas horas. Las respuestas de Gein fueron contradictorias. Parecía saber que la señora Worden estaba muerta, aunque nadie se lo había dicho.

LA CASA DE LOS HORRORES

Tan pronto como se conoció la noticia del arresto, el sheriff se dirigió a la granja de Gein junto con uno de sus hombres y entraron por la puerta trasera.

En su libro sobre el caso, Harold Schechter describe la escena como «el decorado de un perturbado mental».

«Parecía un buen tipo», «nunca lo hubiéramos imaginado» fueron algunos de los comentarios entre los vecinos conforme la terrible realidad fue saliendo a la luz.

Los dos policías quedaron marcados para siempre por lo que allí vieron. Nada más entrar, algo chocó contra el hombro del sheriff. Era el cadáver decapitado de una mujer colgado boca abajo y abierto en canal. Una imagen propia de un matadero. Después, el forense confirmaría que se trataba de Bernice Worden.

Los dos agentes salieron rápidamente para no vomitar en el escenario del crimen. Tras recuperarse del shock, avisaron por radio.

Con el resto de las patrullas ya en el lugar, continuaron inspeccionando la granja. Basura, excrementos, revistas pornográficas y de anatomía, cráneos partidos y la mitad de la calavera de una mujer toscamente serrada y labrada. Lámparas y mangos revestidos de piel humana, y un chaleco hecho también con la piel del torso de una mujer. Órganos escondidos en la nevera. Un corazón humano. Genitales guardados dentro de una caja. Un cinturón rígido decorado con una cabeza, un corazón, pezones y narices humanas.

En la habitación de Edward había máscaras mortuorias confeccionadas con la cara de varias víctimas, y una de ellas pertenecía a la desaparecida Mary Hogan.

Detectives, forenses y agentes estaban horrorizados. Profesionales de larga trayectoria, acostumbrados a presenciar todo tipo de crímenes, no estaban preparados para enfrentarse a semejante atrocidad.

La inspección de la granja finalizó al anochecer.

La única habitación que los investigadores habían encontrado intacta era la de Augusta.

En la funeraria de Plainfield se efectuaron los diferentes análisis post mórtem. No parecía haber manera de saber a cuántas personas pertenecían tantos restos, pero era evidente que había muchas más víctimas aparte de Worden y Hogan.

El siguiente paso era identificar el resto de los cadáveres.

GEIN DETENIDO

Mientras se realizaban los exámenes de los restos en la morgue, Ed Gein permaneció retenido en la prisión del estado. Aunque su actitud era tranquila, estuvo custodiado por los dos policías que le habían detenido hasta que el sheriff regresó de la escena del crimen.

Guardó silencio durante las doce horas ininterrumpidas en las que fue

interrogado.

La autopsia de Bernice Worden confirmó su muerte por el impacto de una bala del calibre 22.

A la mañana siguiente, lunes 18 de noviembre, Ed confesó haber matado a Worden y llevado el cuerpo a un bosque cercano en la furgoneta de reparto, donde lo abandonó. Más tarde volvió a recogerlo en su propio coche. Una vez en la granja procedió a descuartizar el cuerpo.

La prensa no tardó en hacerse eco de la tragedia. Durante aquella semana de noviembre de 1957, los crímenes de Gein fueron poco a poco desbancando a la Guerra Fría y a la carrera espacial de las portadas de la prensa del Medio Oeste.

El fiscal del distrito Earl Kileen había remitido la declaración de Gein a los medios. Los demás restos humanos parecían pertenecer a gente joven, y las mutilaciones del cuerpo de Worden sugerían indicios de canibalismo, un aspecto que jamás fue confirmado.

Los detalles espeluznantes se sucedían en las noticias. El propio Kileen interrogó a Gein, quien describió cómo ató el cadáver de Bernice para luego desangrarlo sobre una pila. A continuación, hizo un agujero en el suelo y ocultó la sangre.

Le pidieron que elaborara una lista de los cráneos, pieles y demás restos que se habían encontrado en la granja. Entonces surgió una nueva sorpresa. Ed Gein sólo reconoció haber asesinado a Bernice Worden. Según él, los demás cadáveres los había exhumado del cementerio.

ED GEIN, EL PROFANADOR

Ed Gein contó que sentía el impulso irrefrenable de profanar tumbas de mujeres. Buscaba su materia prima en las esquelas de la prensa local. En cuanto descubría que había muerto alguna mujer, desenterraba su cadáver al amparo de la noche y lo transportaba hasta su taller de disecciones en la granja.

Por lo general, aprovechaba la primera noche tras el entierro, con la tierra todavía húmeda. Y no siempre se llevaba los cuerpos enteros. A veces seleccionaba sólo una cabeza, una pierna o un par de bonitas manos.

Según él, no recordaba cuántos cadáveres había robado. Contó que, paradójicamente, en alguna ocasión se había marchado del cementerio antes de llevarse un cuerpo porque le asustaba acercarse a ciertas tumbas. Negó con rotundidad las sospechas de canibalismo y afirmó no haber mantenido relaciones sexuales con los cuerpos, ya que «olían muy mal».

Lo cierto es que Gein tenía un problema evidente con su sexualidad. Durante el transcurso de la investigación, la policía descubrió que se había informado de los costes de una operación de cambio de sexo, algo que en los años cincuenta era muy poco usual. Y que, ante la imposibilidad de someterse a dicha operación, había suplido su complejo disfrazándose de mujer, confeccionándose trajes con la piel de aquellos cadáveres.

Gein robó extremidades, cabezas, pechos e incluso alguna vagina de nueve cadáveres diferentes de mujeres de mediana edad. Con la luna de Wisconsin como testigo, se enfundaba en esos tétricos disfraces y bailaba y cantaba suavemente, desfilando y contoneándose. O al menos eso fue lo que contó a la policía.

UNA PSICOSIS PROFUNDA

Gein compareció en el juzgado una vez se hubo celebrado el sepelio de Bernice Worden. Al haberse hecho con el contenido de la caja registradora de su víctima, fue acusado de robo a mano armada. Los cargos por asesinato estaban en suspenso hasta que finalizaran las autopsias.

Cuando le preguntaron por Mary Hogan, cuya cabeza había aparecido en su granja, se mostró esquivo y confundido, y afirmó no conocerla pese a haber visitado su taberna alguna vez.

El 27 de noviembre, algunos vecinos de Gein condujeron a la policía hasta un vertedero de su propiedad en el que era visto a menudo. Allí se encontró un esqueleto con un diente de oro. Según los investigadores, podían ser los restos de Ray Burgess, el granjero desaparecido junto a un amigo cuando cazaban ciervos en 1952.

Fueron dos semanas de constantes y macabros descubrimientos. Los vecinos de Plainfield empezaron a asumir el monstruo que había vivido entre ellos.

Gein fue sometido a una serie de exhaustivos exámenes psicológicos. De acuerdo con los expertos que le entrevistaron, su cociente intelectual apenas estaba por encima de la media y tenía dificultades para expresarse «en términos simples». Además, su trastorno emocional le llevaba a comportarse de manera «poco racional», con períodos más relajados en los que aparecía el complejo de culpa.

Gein no había sido un chico precoz emocional ni sexualmente. La represión ejercida por su madre había contribuido a ello. En su particular universo, sus deseos sexuales se confundían con el dolor que aún arrastraba por la pérdida de Augusta y el miedo a transgredir el férreo código moral que ella le había inculcado.

A medida que se iba conociendo la verdad sobre Ed Gein, se puso de manifiesto que aquellas perversiones eran meras manifestaciones de una psicosis profunda, un trastorno mental que tenía sus raíces en su relación anormal con su madre.

Ed Gein seguía obsesionado con Augusta, y ansiaba encontrar a alguien que la sustituyera. Teniendo esto en cuenta, no resulta extraño que se encontraran extraordinarios parecidos entre las víctimas y su madre.

De niño había buscado el amor de su madre de manera obsesiva, algo que Augusta le negó sistemáticamente. Fue así como su mente acabó desarrollando un carácter resentido con las mujeres.

Sin embargo, el acusado nunca fue capaz de reconocer su relación patológica con Augusta. «Todo el mundo siente que su madre muera», afirmó. Justificó su

conducta con frases como: «La casa era grande. Dejé su habitación tal como estaba y sellé parte de la casa porque era demasiado grande para calentarla, demasiado espaciosa para una sola persona».

El 18 de diciembre los doctores concluyeron que su trastorno mental le eximía de juicio. Edward escuchó impasible esas conclusiones. Se consideraba sólo el instrumento que dio muerte a Bernice Worden y Mary Hogan. Creía que merecían ese final, aunque no fueran necesariamente malas personas. De alguna manera tenía el convencimiento de que estaban destinadas a encontrarse con él.

El juez no vaciló y aceptó los consejos de los expertos. Edward fue internado por tiempo indefinido en el Hospital Central del Estado en Waupun (Wisconsin), lo que provocó la cólera de muchos vecinos de Plainfield. ¿Cómo era posible que no se juzgara al hombre que había traído tal horror a su localidad?

Walter Honeck, fiscal general, afirmó que el internamiento no le eximía de un posible juicio futuro y que sería examinado con regularidad para seguir contemplando esa opción.

Lo cierto es que en el manicomio Gein se comportó de forma modélica y jamás tuvo altercado alguno ni necesitó sedantes. Mostró dedicación y oficio en los talleres de artesanía de la prisión. Volvió a ser el hombre tranquilo que siempre habían conocido sus vecinos.

ASESINO DE FERIA

En 1958, cuando todo parecía haber vuelto a la normalidad, se anunció que las propiedades de los Gein iban a ser ofrecidas en subasta pública. Con la intención de alejar a posibles fisgones, se estableció un precio de cincuenta centavos para poder entrar a ver la granja.

Sin embargo, la subasta no se produjo porque el 20 de marzo un incendio consumió la granja de los Gein. Jamás se supo cómo se originó el fuego.

Toda la comunidad contempló cómo ardía aquella granja de los horrores.

También Frank, el hijo de Bernice Worden.

Pero había más propiedades susceptibles de subastar. El descuidado coche Ford de 1949 del asesino fue adquirido por un anónimo comprador que pagó 760 dólares, cifra muy elevada para la época. Meses después, el coche se expuso en la Feria del Condado al precio de veinticinco centavos la entrada. La atracción fue prohibida por las autoridades locales casi de inmediato.

Poco más tarde, en mayo de 1960, unos perros descubrieron casualmente otro montón de huesos humanos cerca de lo que había sido la granja de los Gein. Nunca han podido ser identificados.

EL FINAL DE ED GEIN

Mientras estaba detenido, Ed Gein explicó su historia a una gran cantidad de periodistas, psiquiatras y abogados. Incluso llegó a hablar con productores de Hollywood que le hicieron falsas promesas de grandes cantidades de dinero.

En 1968, Gein llevaba diez años de internamiento y la opción de llevarlo a juicio seguía presente. Por ello fueron encargadas nuevas revisiones psicológicas.

Y por fin se determinó que el interno era competente para ser sometido a juicio.

En noviembre de 1968 comenzó el juicio a Ed Gein por el asesinato de Bernice Worden. El proceso duró sólo una semana y se dictaminó que el acusado era «no culpable por trastorno mental».

Tanto los psiquiatras como el juez concluyeron que Ed seguía sufriendo una psicosis profunda que tenía sus raíces en la enfermiza relación con su madre. El cuadro persistía y nada ni nadie aseguraba que en cualquier momento no pudiera volver a sufrir otro brote violento. El condenado debía seguir internado el resto de su vida en una institución mental de alta seguridad.

De modo que Ed Gein fue conducido de nuevo al hospital mental entre una

marea de reporteros y fotógrafos, y el juez dio por cerrado el caso.

Aunque un tiempo después, alguien cometería en su nombre el que muchos han considerado su último crimen.

En 1979, Gein fue trasladado al Instituto Mendota en Madison (Wisconsin). Allí, una interna, Helen Lows, de ochenta y seis años, fue encontrada asesinada en su habitación. La habían matado a golpes después de arrancarle el cuero cabelludo y los ojos. Otro interno llamado Pervis Smith fue arrestado por el crimen. En Mendota, Smith se había convertido en el «mejor amigo» de Gein, con quien hablaba habitualmente sobre homicidios, disecciones y máscaras mortuorias. Para él, matar a Lows había sido una manera de homenajear a su amigo.

Por aquel entonces, la doctora Helen Morrison, escritora y psiquiatra especialista en asesinos en serie, visitó a Gein en Mendota y se refirió a él en estos términos: «No era lo que esperarías de un hombre famoso. Era el hombre en que se basaba el personaje de *Psicosis* creado por el novelista Robert Bloch y que filmó Alfred Hitchcock, pero cuando le conocí estaba sentado, encorvado, viejo, solo y siempre callado».

Según Morrison, Gein sufría demencia senil y su memoria a corto plazo era prácticamente inexistente. Sin embargo, sus recuerdos del pasado permanecían intactos. Vivía en un entorno controlado y era una persona de trato fácil y carácter afable: «Era cierto que había cometido asesinatos, como si asesinar fuera un arte en el que Ed intentara proclamarse el sumo maestro. Deseé haber obtenido más información directamente de Gein, pero estaba agotado y no le interesaba hablar».

Edward Theodore Gein murió el 26 de julio de 1984. Está enterrado en el cementerio de Plainfield, junto a la sepultura de su madre.

2

Ian Brady y Myra Hindley, *los asesinos del páramo*

Myra Hindley deseaba compartir su vida con un hombre «especial». Ese hombre fue Ian Brady, un guapo compañero de trabajo con tendencias sadomasoquistas.

Juntos vivieron una «gran» historia de amor.

El precio que tuvieron que pagar fueron las vidas de cinco niños y adolescentes de edades comprendidas entre los diez y los diecisiete años.

Cuando por fin la policía detuvo a la pareja, Myra fue calificada como «la mujer más perversa de Inglaterra». Y, aunque quizá Ian había nacido para matar, Myra podía haber elegido otro camino.

ELLA

Myra Hindley nació el 23 de julio de 1942 en un barrio obrero de Manchester. Su padre, Robert «Bob» Hindley, era un ex soldado, y su madre, un ama de casa llamada Nellie.

Bob era un tipo con fama de duro que esperaba que su hija fuera tan dura como él cuando creciera. En cuanto pudo, le enseñó a pelear, insistiendo en que tenía que aprender a defenderse por sí sola. Algo que la niña empezó a hacer a muy corta edad. A los ocho años, un chiquillo del barrio la arañó en la cara y Myra respondió tirándolo al suelo y moliéndolo a puñetazos.

Para Malcolm MacCulloch, profesor de Psiquiatría Forense en la Universidad de Cardiff, la pelea y la actitud de su padre explican muchas de las cosas terribles que Myra sería capaz de hacer siendo ya una adulta. «La relación con su

padre la insensibilizó. No sólo se acostumbró a la violencia en casa, sino que era recompensada por ella cuando la empleaba fuera. Cuando eso ocurre a una edad tan temprana, puede distorsionar la capacidad de una persona para reaccionar ante situaciones semejantes durante el resto de su vida».

En 1946, Myra tuvo una hermana pequeña, Maureen. Como vivían en una casa diminuta en la que era imposible criar a dos niñas, los Hindley mandaron a Myra con su abuela, que vivía en la calle de al lado.

Sin embargo, estar al cuidado de su abuela tuvo un efecto negativo sobre la educación de Myra. Aunque en la escuela le había ido bien, cuando llegó la hora de ir al instituto, fue incapaz de aprobar el examen de acceso. Según sus profesores, no se había esforzado lo suficiente. Quizá porque no estaba acostumbrada a hacerlo. Su abuela le permitía no ir a clase cuando no le apetecía, y como cualquier otra niña, muchos días prefería quedarse en la cama.

Así pues, en vez de hacer la secundaria, Myra fue a una escuela de formación profesional.

Allí le fue bastante bien desde el punto de vista académico. Sólo tenía un «problema»: no era muy agraciada físicamente, y sus anchas caderas y su larga nariz la convertían a menudo en el objeto de las burlas de sus compañeros.

Fue en esa época cuando Myra comenzó a escribir. La lectura y la escritura eran el lugar seguro donde se refugiaba de las agresiones.

Quizá porque sabía lo doloroso que podía ser sentirse excluido o maltratado, Myra era incapaz de soportar el dolor ajeno o de emplear ningún tipo de violencia contra nada ni nadie. Al estar siempre dispuesta a ayudar a los demás, tenía fama de buena amiga. Adoraba a los animales y su mejor amigo era su perro.

Al llegar a la adolescencia, Myra era considerada una chica muy madura para su edad, le encantaban los niños y muchos padres le encargaban que cuidara de sus hijos cuando tenían que ausentarse de casa. De hecho, uno de sus mejores amigos era Michael Higgins, un chico muy tímido de trece años al que cuidaba

de vez en cuando. En cierta manera era el hermano pequeño que nunca había tenido.

Una tarde, a Michael le ocurrió algo terrible que marcaría un antes y un después en la vida de Myra.

En junio de 1957, Michael le pidió a Myra que lo acompañase a nadar con otros niños del barrio. Pero ella estaba muy cansada y le dijo que no podía.

Esa tarde, Michael murió ahogado.

La muerte del que había sido su mejor amigo afectó gravemente a Myra. No podía dejar de pensar que, de haber estado junto a Michael, quizá podría haberlo salvado, pues era una excelente nadadora.

A raíz de esta tragedia, Myra decidió convertirse al catolicismo. Según el psicólogo forense David Holmes, director del Forensic Research Group, «con Michael ella invirtió mucho y perdió mucho. Y en cierta medida, aunque tal vez se culpaba a sí misma, también culpaba a los demás. Ése fue el comienzo de su distanciamiento del resto de la gente. Refugiarse en la religión fue un paso más para alejarse de la humanidad y comenzar un nuevo tipo de objetivo y trayectoria».

Destrozada, Myra empezó a sacar malas notas y acabó dejando los estudios. Sólo podía pensar en Michael. No paraba de llorar, iba de una iglesia a otra por todo Manchester poniendo velas por su amigo fallecido, le dedicaba poemas y escribía constantemente sobre él en su diario.

Poco a poco, Myra volvió a ser la que era. En 1959 consiguió un trabajo como empleada en una agencia de ingeniería eléctrica, y se convirtió de nuevo en la «chica amable» que se desvivía por los demás.

Ese mismo año, Myra tuvo su primer novio, un chico llamado Ronnie Sinclair. Pero su relación no prosperó y rompieron en poco tiempo. Al parecer, ella pensaba que Sinclair era un inmaduro que no iba a ser capaz de proporcionarle la vida que deseaba tener. Según Jean Richie, escritora especializada en temas criminales: «Por un lado, Myra quería el típico marido y dos hijos a los que

aspiraban las chicas de su alrededor, pero había una parte de ella que no quería eso».

Myra quería mucho más de la vida.

Quería un hombre único, «especial».

Y lo iba a conseguir.

ÉL

Ian Duncan Stewart nació el 2 de enero de 1938 en Gorbals, Glasgow (Escocia). Su padre era un periodista que había fallecido poco antes de que él naciera. Al principio lo crió su madre, la camarera Margaret «Peggy» Stewart, pero al comenzar a trabajar todo el día, se vio obligada a contratar a una niñera para que cuidara de su bebé de cuatro meses.

Poco tiempo después, Peggy decidió buscar una solución más definitiva. Necesitaba a alguien que pudiera ocuparse de Ian todo el tiempo. Con esa intención, puso un anuncio en un periódico local explicando que buscaba a alguien que pudiera hacerse cargo de su hijo. A cambio, ella les pasaría el dinero que le asignaba el gobierno por ser una madre soltera. Mary y John Sloane, un matrimonio con cuatro hijos, respondieron al anuncio y decidieron adoptar a Ian.

A partir de entonces, Ian Duncan Stewart pasó a ser conocido como Ian Sloane. Para Ian, Peggy pasó a ser la «tía Peggy», y en ningún momento sospechó que aquella mujer tan simpática que le visitaba cada domingo y que de vez en cuando le llevaba regalos fuera en realidad su madre.

Los Sloane no lo tuvieron fácil, Ian no era un niño como los demás. Sufría ataques de ira, se golpeaba la cabeza contra la pared y era muy cruel con los animales.

Poco a poco, Peggy se fue desentendiendo de su hijo. A los doce años, Ian ya no veía nunca a su supuesta tía, quien, además, tras casarse con otro hombre, el irlandés Patrick Brady, se había ido a vivir a Manchester.

Cuando por fin los Sloane le revelaron la verdad sobre su madre, a Ian le costó mucho aceptarlo. Le resultaba imposible pensar que Peggy no hubiera querido vivir con él.

Al llegar a la adolescencia, Ian cambió radicalmente. Se convirtió en un chico guapo y en un excelente estudiante. Sin embargo, no tardó en cansarse de ser tan «perfecto» y volvió a sacar malas notas y empezó a fumar. Prefería ser un «chico malo», un rebelde. Además, por esa época comenzó a interesarse por la ideología nazi y sus símbolos, y pasó a ser conocido entre sus amigos como «el alemán».

Al mismo tiempo, volvió a comportarse de forma sádica. Sólo que ahora sus víctimas no eran los gatos y los perros, sino los compañeros del colegio menores que él.

Su conducta empeoró cada vez más. En poco tiempo, Ian pasó de jugar a ser un inadaptado a convertirse realmente en uno. Lo llegaron a detener tres veces por robo.

Tras su tercer arresto en 1954, con sólo diecisiete años, decidió irse a vivir con su verdadera madre a Manchester para evitar ir a la cárcel.

No mucho más tarde, Ian cambió su apellido por el del nuevo marido de su madre y pasó a ser conocido como «Ian Brady».

LA PAREJA

Uno de los pasatiempos preferidos de Ian era pasear solo durante horas por los páramos de Saddleworth, cerca de Oldham, en el condado de Lancashire.

En aquella pradera aprovechaba para torturar animales a los que en muchos casos no llegaba a rematar. Prefería dejarlos malheridos para que agonizaran. En alguna ocasión llegó a atarlos y enterrarlos vivos.

No serían las únicas tumbas que acabaría cavando por la zona.

Aunque él hubiera preferido pasarse el día escuchando música, leyendo al

Marqués de Sade y a Friedrich Nietzsche, y libros sobre sadomasoquismo, dominación y otras prácticas sexuales, su familia comenzó a presionarle para que buscara un empleo. De modo que, tratando de contentarlos, empezó a trabajar en una carnicería. Y descubrió que era un trabajo que le gustaba. Estar cubierto de sangre era una experiencia que no le desagradaba en absoluto. Este aliciente no impidió que fuera despedido tras un encontronazo con el dueño.

Más tarde, entre abril y octubre de 1958, Ian consiguió trabajo en una cervecería. En pocos meses se convirtió en un alcohólico muy agresivo. Cuando bebía, la única emoción que sabía expresar era odio. Jugaba, se metía en peleas y, ocasionalmente, robaba.

Después de varios arrestos, Ian fue condenado a dos años de prisión. En la cárcel abandonó la bebida y estudió contabilidad. Pero no lo hizo con la intención de rehacer su vida, sino porque tenía la fantasía de poder transformarse en un peligroso criminal. Estaba convencido de que podía llegar a ser alguien muy grande. Sólo necesitaba una oportunidad.

Ian salió de la cárcel con veintiún años. Pocas semanas más tarde, empezó a trabajar como mozo de almacén en una empresa química.

Mientras tanto, Myra Hindley se había marchado a Londres para buscar trabajo. Al no conseguirlo, regresó a Manchester, donde fue contratada como mecanógrafa de la misma empresa en la que estaba trabajando Ian.

Allí fue donde se conoció la futura pareja.

Ian tenía cuatro años más que Myra, y una actitud de hombre seguro de sí mismo que enseguida la fascinó. Aunque ella no era la única que se sentía atraída por Brady. Considerado como un hombre muy atractivo, iba siempre arreglado y sabía cómo impresionar. Tenía una moto de gran cilindrada, nada habitual en aquellos años, y le encantaba dar vueltas en ella a las mujeres a las que quería seducir.

Para Myra fue amor a primera vista. La mayor parte de las cosas que anotaba en su diario en aquella época tenían que ver con él. «Hoy Ian me ha mirado», «Hoy Ian ha hablado conmigo», escribía Myra, tratando de adivinar si existía la

posibilidad, por remota que fuera, de que el hombre al que amaba acabara sintiendo algún día lo mismo por ella.

En principio, Myra no le causó ninguna impresión a Brady. Le resultaba indiferente. Quizá porque, según Jean Richie, «Ian era bisexual, puede que más bien homosexual, así que ella estaba bastante alejada de su ideal».

Pero varios meses después, en la fiesta de Navidad de la empresa, Myra e Ian se besaron por primera vez y comenzaron a salir.

En su primera cita, Ian invitó a Myra a ver una película sobre los juicios a los criminales de guerra nazis en Nuremberg. El objetivo de Ian se hizo evidente muy rápido: quería introducirla en el nazismo. Para conseguirlo, le recomendó varias lecturas, como el *Mein Kampf* (*Mi lucha*), de Adolf Hitler, y varias biografías de destacados oligarcas nazis. Además, Ian le pidió a Myra que leyera también *Crimen y castigo*, de Dostoievski, y al Marqués de Sade. Mientras ella leía, escuchaban marchas militares alemanas en su tocadiscos.

Tal fue el lavado de cerebro al que Ian sometió a la impresionable Myra, que al poco tiempo ésta dejó de creer en Dios y empezó a odiar no sólo a los negros y a los judíos, sino a la sociedad en la que vivía, e incluso a las mujeres.

En 1979, Myra explicó así lo que ocurrió en su alegato para pedir la libertad condicional:

En pocos meses, Brady me convenció de que Dios no existía. Podría haberme dicho que la Tierra era plana, que la Luna estaba hecha de queso verde y que el Sol salía por el oeste. Y yo le habría creído, tal era su poder de persuasión. Aparté mis creencias para identificarme completamente con un hombre que se había convertido en mi Dios, a quien temía y adoraba al mismo tiempo. Tenía una personalidad poderosa a la que me sometí casi del todo. Casi del todo, porque, secretamente, nunca creí ni estuve de acuerdo con todo lo que decía.

Según contó Ian Brady tras su juicio, «Myra era un camaleón que simplemente reflejaba lo que ella creía que le agradaría a la persona a la que se dirigía».

La transformación de Myra no fue sólo psicológica, pues la afectó a todos los

niveles. Bien podría decirse que se convirtió literalmente en otra persona: la fantasía de Ian Brady sobre cómo debería ser su mujer ideal. Se tiñó de rubio y empezó a vestirse como muchas mujeres alemanas durante el nazismo, siempre con las botas negras de tacón alto que tanto excitaban a Ian.

Cuando la pareja se encontraba a solas, la joven dejó de ser Myra Hindley para llamarse Myra Hess, en honor al líder nazi Rudolf Hess.

El cambio afectó también a su vida sexual. Ian era sadomasoquista, de manera que ella también decidió serlo.

A principios de 1963, la pareja se dedicó a grabar películas pornográficas con la idea de ganar algo de dinero al venderlas. Además, los excitaba hacerlas. Usando una cámara automática, se filmaron practicando sexo con látigos y cadenas. Incluso en algún vídeo llegó a aparecer el perro de Myra, Puppet. Sin embargo, viendo que no conseguían ganar dinero con ellas, se cansaron pronto de las películas y no volvieron a rodar ninguna más.

Los dos pensaban que lo único que les hacía falta para ser del todo felices era tener más dinero. Por eso Ian empezó a planear robos a bancos.

Si bien no llegaron a cometer ninguno, la preparación de los atracos sirvió para que Ian pusiera a prueba a su pareja. Como ella era la que debía conducir el coche en el que en teoría iban a darse a la fuga tras el delito, Myra se sacó el carnet de conducir. Y fue ella quien adquirió las armas que, él como ex convicto, no podía comprar.

Ése fue el momento en el que Ian supo a ciencia cierta que su relación iba realmente en serio. Ella estaba dispuesta a hacer lo que fuera por él. «Myra Hess» era la mujer de su vida.

Al poco tiempo, ambos se fueron a vivir juntos a la casa de la abuela de Myra, en las afueras de Manchester. Para sus vecinos, Ian era un joven excepcional y un ejemplo para los chicos del barrio; sobre todo porque, nada más trasladarse, había arreglado el jardín y había reformado la casa.

Ian ya no caminaba solo por los páramos de Saddleworth. Ahora siempre le acompañaba Myra. Les gustaba ir allí para estar a solas y practicar sexo, pero

también para hacerse fotografías. A menudo los acompañaba también Puppet; independientemente de lo que Ian sintiera por los animales, Myra seguía adorándolos.

Desde hacía tiempo, Brady estaba obsesionado con el largometraje *Impulso criminal*, película dirigida por Richard Fleischer en 1959, con Orson Welles y Dean Stockwell como protagonistas. En ella se cuenta la historia verdadera de Leopold y Loeb, dos jóvenes de clase alta que en 1924 planificaron meticulosamente el asesinato de un niño de catorce años. Querían cometer el crimen perfecto y sentir la excitación de la muerte. Su historia sirvió también de inspiración para Alfred Hitchcock en *La soga*, estrenada en 1948.

No era raro que Myra y él se pasaran horas hablando de la película. ¿Podía ser posible llevar a cabo el «asesinato perfecto»? Y cometer ese asesinato... ¿uniría a una pareja tanto como había unido a los asesinos de la película? Además, Ian creía que la violación y el asesinato debían de ser la fuente de placer más grande que podía encontrarse. No había nada más intenso que eso.

Muy pronto la pareja empezó a plantearse seriamente convertir en realidad lo que hasta ese momento habían sido sólo fantasías morbosas.

EL PRIMER CRIMEN

El 12 de julio de 1963, Pauline Reade, una chica de dieciséis años, salió de su casa en el barrio de Gorton (Manchester), a las ocho de la tarde, para ir a un baile. Mientras iba de camino, Myra se acercó a ella y la convenció para que la acompañara a los páramos de Saddleworth a ayudarla a buscar un guante que decía haber perdido. Pauline era amiga de Maureen, la hermana pequeña de Myra, y ambas se conocían de vista, con lo que la chica no sospechó nada extraño.

Al llegar a los páramos, Ian, que las había seguido en su moto, atacó a Pauline. La golpeó y la desnudó mientras su novia contemplaba la escena

fascinada. Después Ian siguió golpeando a la chica, que no paraba de llorar y pedir que la dejaran marcharse. Pero no había nadie que pudiera escucharla. Para acabar, Ian violó a Pauline, y después la estranguló con un cinturón. Con la ayuda de Myra, cavó un agujero donde enterraron el cadáver.

A la mañana siguiente, los padres de Pauline llamaron a la policía para dar parte de su desaparición. A pesar de los esfuerzos que se realizaron, fueron incapaces de encontrar a la joven. Parecía haberse volatilizado.

SANGRE EN LOS PÁRAMOS

La segunda víctima de la pareja fue John Kilbride, un chico de sólo doce años.

El 23 de noviembre de 1963, John Kilbride y su amigo John Ryan fueron al cine. Después, a eso de las cinco de la tarde, se dirigieron a un mercado con la idea de ganar algún dinero ayudando a los vendedores ambulantes a recoger sus puestos. Al acabar la jornada, John Ryan se marchó a casa en autobús. La última vez que vio a su amigo, éste se encontraba de pie junto a un puesto de uno de los vendedores.

Al poco rato, Myra se acercó a John Kilbride y, ofreciéndole dinero por ayudarla a encontrar un objeto que supuestamente había perdido, consiguió convencerle para que se fuera con ella a los páramos, donde ya los estaba esperando el implacable Ian.

Nada más ver al niño, Ian empezó a golpearle. Después de darle una paliza, Ian obligó a John a desnudarse y lo violó. Luego, tras dejarlo inconsciente, trató de matarlo pegándole un tiro con una de las pistolas de Myra. Pero el arma falló, así que Ian esperó a que el chico despertara y lo estranguló. Enseguida, la pareja de asesinos cavó una tumba en la que enterraron a su segunda víctima.

Esta vez la policía empleó a cientos de voluntarios en la búsqueda del chico. Sin embargo, todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

El 16 de junio de 1964, Ian y Myra convencieron a otro niño, Keith Bennett,

de doce años, para que los acompañara a la pradera en el coche. Keith iba camino de casa de sus abuelos cuando la mujer se acercó a él para pedirle que los ayudara a cargar unas cajas.

Una vez en los páramos, Ian se comportó con él de forma tan salvaje como lo había hecho con John Kilbride. Keith Bennett murió estrangulado tras ser violado, y su cadáver acabó enterrado en una nueva fosa.

Tampoco esta vez la policía pudo encontrar ninguna pista que les permitiera ni siquiera sospechar lo que le había ocurrido a Keith.

Mientras las fuerzas del orden removían cielo y tierra para encontrar a los desaparecidos, Myra e Ian siguieron con sus vidas.

Aunque durante un tiempo habían preferido estar solos, en aquella época la pareja comenzó a salir a menudo con la hermana de Myra, Maureen, y con su marido, David Smith.

Maureen se había casado con David el 15 de agosto de 1964 tras quedarse embarazada, razón por la que ninguno de los parientes de Maureen, ni siquiera su hermana mayor, acudieron a la boda. No era un motivo de celebración, más bien de sentirse avergonzados.

Smith había sido condenado en varias ocasiones por allanamiento y lesiones, y eso contribuyó a que Brady congeniara enseguida con él. Ninguno de los dos sentía respeto alguno por la ley, y se pasaban horas hablando de sus teorías sobre la sociedad y sobre la redistribución de la riqueza, llegando incluso a valorar la posibilidad de robar un banco. A Smith también le gustó Brady. Su ideología derechista le seducía y poco a poco empezó a imitar su forma de pensar y comportarse.

La única que no estaba tan contenta era Myra. No podía evitar sentir celos, y si bien esta nueva relación acabó uniéndola más a su hermana, también deseaba que las cosas fueran como antes y tener a Ian para ella sola. Pero por no disgustarle, jamás dijo nada al respecto.

Lo que no podía imaginar era que, de haberlo hecho, quizá podría haber evitado que ambos acabaran sus días en la cárcel.

Pero para eso todavía faltaba algo de tiempo.

A los pocos meses de su último asesinato, Myra e Ian decidieron que había llegado el momento de volver a matar.

Lesley Ann Downey era una niña de diez años que tuvo la mala fortuna de cruzarse con la pareja en un parque de atracciones el 26 de diciembre de 1964. Aprovechando que estaba sola, Myra e Ian le compraron algodón de azúcar y la convencieron para que los acompañara a su casa.

Fue la primera víctima que llevaron a su propia vivienda. Según David Holmes: «Este asesinato supuso un cambio significativo en la carrera criminal de Myra e Ian. Asumieron el riesgo de matar a alguien a unos pocos metros de sus vecinos en vez de hacerlo en los páramos».

Tras obligarla a desnudarse, Ian ató a Lesley, la forzó a colocarse en posturas sexualmente explícitas y le hizo nueve fotografías. Después le propinó una paliza mientras sonaba de fondo la canción «I Feel Fine» de los Beatles. Mientras tanto, Myra registraba con una grabadora todo lo que estaba ocurriendo. La grabación de dieciséis minutos que encontró la policía cuando por fin la pareja fue detenida es escalofriante.

Tal y como contaron mucho más tarde, la pareja usó varias veces las fotos y la grabación para excitarse mientras hacían el amor.

Finalmente, Ian violó a la pobre niña y la estranguló.

Al día siguiente, enterraron su cadáver en los páramos, en una tumba poco profunda con la ropa a sus pies.

En esta ocasión, la policía tampoco pudo esclarecer la desaparición de Lesley Ann Downey. Para entonces, ya se sospechaba que todas las desapariciones ocurridas en los últimos meses estaban relacionadas entre sí, pero no había ni una sola prueba que permitiera demostrarlo.

La siguiente víctima de la pareja fue Jennifer «Jenny» Tighe, de catorce años.

El 30 de diciembre de 1964, Jenny asistió a un concierto de un grupo de rock en un club de Manchester. Myra e Ian se acercaron a ella, lograron convencerla

para que los acompañase a su casa y, una vez allí, la sometieron a la misma horrible pesadilla por la que habían hecho pasar a Lesley Ann.

Su cuerpo también fue enterrado en los páramos.

En este caso se da la circunstancia de que el padre de la chica estaba seguro de que se había fugado con unos «beatniks». Como la policía le creyó, Jenny no fue considerada una víctima de los *asesinos del páramo* hasta que la propia Myra acabó confesando el crimen.

Indiferentes al dolor que estaban generando sus horribles acciones, Ian y Myra siguieron con sus paseos por Saddleworth, donde acostumbraban a hacerse fotos riendo sobre las tumbas de sus víctimas. Como tantos otros asesinos en serie, la pareja disfrutaba visitando de nuevo los lugares en los que habían cometido sus crímenes, recordando lo que habían hecho y, sobre todo, lo que habían sentido al hacerlo.

LA ÚLTIMA VÍCTIMA Y EL PRIMER ERROR

El 6 de octubre de 1965, la pareja volvió a matar.

Myra sedujo en la estación central a Edward Evans, un chico de diecisiete años, y consiguió que fuera con él a la casa que compartía con Ian. Esta vez, después de desnudarlo y pegarle una paliza, la pareja se dedicó a torturar a su víctima durante horas.

Entonces, con Evans aún vivo, Ian le dijo a Myra que fuera a buscar a David Smith, el marido de su hermana. Había llegado la hora de que él también pasara de la teoría a la práctica. Ian estaba seguro de que Smith no sólo no los delataría, sino que se uniría a ellos.

Al cabo de unas horas, Myra volvió a casa acompañada de Smith, al que invitó a pasar con la excusa de invitarle a tomar una copa.

Mientras el joven bebía una copa de vino en la cocina, Myra se marchó un momento.

Al rato, David escuchó un grito proveniente del salón. Salió corriendo y se dirigió hacia allí.

Nunca hubiera podido imaginar lo que iba a ver: Ian estaba de pie, junto al cuerpo sangrante y desfigurado de Edward Evans, y tenía un hacha en la mano. Al ver a su amigo, Ian le asestó un hachazo en la cabeza a su víctima. El golpe debería haberle matado, pero como no lo hizo, Ian descargó un segundo hachazo. Al ver que todavía se movía, cada vez más furioso, Ian le colocó un trapo en la cabeza y lo estranguló con un cable de electricidad mientras no paraba de insultarlo.

Por fin, Edward dejó de moverse.

Más tranquilo, Ian miró a David y le dijo: «Eso es todo». En ese momento, Myra entró en el salón con una bandeja con tazas de té.

Sin dejar de burlarse de los ruegos que había proferido su víctima mientras moría, Ian le pidió a David que los ayudara a mover el cadáver, y lo dejaron en otra habitación de la casa. Mientras limpiaban la sangre, Myra no dejó de hacer bromas de mal gusto al respecto.

«Myra se proyectaba como un ama de casa alegre, risueña y atareada, que limpiaba como si fuera una habitación cualquiera. Normalizó lo que era totalmente anormal. En esta escena en concreto, eso la ayudó a distanciarse del horror que estaba viviendo», afirma David Holmes.

Cuando acabaron, David puso una excusa y se marchó tras prometer a la pareja que volvería para ayudarlos a enterrar el cadáver.

Lo primero que hizo David Smith fue contarle a Maureen lo que había visto. Y ella fue expeditiva: tenían que avisar a la policía.

Temiendo que los asesinos pudieran aparecer en cualquier momento, el joven matrimonio cogió el cuchillo más grande que tenían en casa y buscaron una cabina de teléfonos para denunciar lo ocurrido. No se movieron de allí hasta que llegó la policía.

Smith negó haber participado activamente en el asesinato, si bien reconoció haber tenido que hacer «ciertas cosas» porque Ian le obligó. Según él, los ayudó

a limpiar y a llevar el cadáver a la otra habitación. Sabía que de no haberlo hecho hubiera sido el siguiente en morir.

Una vez recogido el testimonio de David Smith, los agentes no perdieron el tiempo y se dirigieron a casa de Myra e Ian, donde descubrieron el cuerpo de Evans.

La policía arrestó a Ian, pero sorprendentemente dejaron en libertad a Myra pensando que no había tenido nada que ver con el asesinato.

Lo que la policía no podía sospechar era que no sólo habían detenido a los asesinos de Edward Evans, sino también a los de otras cuatro personas.

El cuñado de Myra no tenía claro que ésta fuera tan inocente como pretendía. Ni de que aquél fuera el primer asesinato cometido por la pareja. Más de una vez habían dejado caer insinuaciones sobre lo que hacían que no había creído hasta ahora. Por eso decidió comentar sus sospechas con la policía, consiguiendo que se llevase a cabo un nuevo registro de la casa. Fue entonces cuando los investigadores descubrieron dentro de una Biblia el resguardo de una consigna de una estación de Manchester. Tras averiguar dónde estaba, la policía encontró dentro una maleta. En su interior, Ian y Myra habían guardado todas las fotografías tomadas durante los últimos años, así como la grabación registrada de los últimos minutos de vida de Lesley Ann Downey.

Al escuchar la cinta, la madre de Lesley Ann identificó la voz de su hija.

Como en la grabación se escuchaba a Myra riendo y gritando a la chica que se callara, ésta también fue detenida.

En la casa de la pareja la policía también encontró un cuaderno en el que alguien había apuntado el nombre «John Kilbride». Eso fue lo que les hizo sospechar que Myra e Ian podían haber sido los responsables de la desaparición de otros jóvenes.

Al examinar detenidamente las fotos que los asesinos se habían tomado sobre las tumbas de sus víctimas, los agentes identificaron un lugar en concreto en los páramos. Había llegado el momento de buscar los cuerpos de los desaparecidos.

El 10 de octubre de 1965, la policía descubrió el cadáver de Lesley Ann

Downey. Días después encontraron el de John Kilbride.

Las noticias sumieron en estado de shock a la sociedad británica de la época. Era la primera vez que una mujer cometía un crimen de esas características.

Myra confesó enseguida. Sí, ellos habían matado a Lesley Ann, a John y a Edward.

Aunque nadie podía sospecharlo entonces, la suya sólo fue una confesión parcial, ya que en ningún momento habló de sus otras dos víctimas. Sólo muchos años más tarde se supo lo que había ocurrido con Pauline Reade y Keith Bennett.

Ian también confesó poco después, en su caso tratando de exculpar a Myra de todos sus crímenes.

EL JUICIO

El juicio de los *asesinos del páramo* comenzó el 19 de abril de 1966.

Durante todo el proceso, ni Myra ni Ian mostraron arrepentimiento alguno. Incluso podría decirse que se sentían orgullosos de lo que habían hecho. Y contentos, incluso. Mientras la madre de Lesley Ann Downey lloraba hasta perder el sentido escuchando la grabación con la voz de su hija, la pareja no paró de sonreír.

Ni que decir tiene que su actitud provocó que la opinión pública inglesa los odiara y que la prensa comenzara a llamarlos los *monstruos de los páramos*.

Para el fiscal sir Elwyn Jones, Ian Brady y Myra Hindley eran «personas malvadas». Creía que se sentían orgullosos de sus asesinatos y que disfrutaban del dolor que habían causado entre las familias de sus víctimas.

En el juicio, la hermana de Myra, Maureen, explicó cómo veía ella la relación entre la pareja: «(Myra) Era una joven adusta que decía odiar al género humano. Se sentía incapaz de imaginar la vida sin Brady. Tan unida se sentía a su novio que ni siquiera cuando un día éste le dijo que quería abusar sexualmente de un niño fue capaz de dejarlo».

Durante el juicio, Brady trató varias veces de hacer creer al jurado que el verdadero asesino había sido David Smith. Según él, había sido el joven quien había traído a Lesley Ann hasta su casa para hacerse unas fotos. Tras la sesión, la niña se había marchado sana y salva con Smith. Sin embargo, ni una sola prueba sostenía esa versión y nadie dio crédito a sus palabras.

Sobre todo, lo que pretendía Brady era exculpar a Myra. Para conseguirlo, ella debía acusarle a él de todos los crímenes. Y si Myra hubiera actuado como su novio deseaba, lo más probable es que hubiera sido considerada sólo cómplice y que su condena hubiera sido mucho menos severa de lo que finalmente fue. Pero Myra no quería traicionarle y lo único que dijo es que ambos eran inocentes.

El 6 de mayo de 1966, Myra e Ian fueron condenados a cadena perpetua por los asesinatos de sus tres víctimas conocidas.

Afortunadamente para ellos, la pena de muerte había sido abolida el mes anterior a su arresto.

EL CASTIGO

Myra e Ian nunca volvieron a pisar la calle.

Sólo en una ocasión, la psiquiatra de la cárcel permitió a Myra salir a dar un paseo por el parque, custodiada y con gafas oscuras y el cabello tapado para no ser reconocida. Aun así, un fotógrafo de prensa se dio cuenta de que era ella y le hizo varias fotos. Su publicación generó un escándalo de tales dimensiones que provocó el cese de la psiquiatra y que a la condenada jamás se le permitiera volver a ver el mundo exterior.

Pese a su aislamiento, Myra nunca llegó a estar del todo sola. Continuamente recibía regalos y cartas de admiradores.

Además, durante sus primeros años en prisión, estuvo en contacto con Ian Brady. Aunque no volvieron a verse, se escribían a menudo y llegaron a pedir permiso para casarse.

Poco a poco empezaron a distanciarse, sobre todo porque Myra se empeñó en ser considerada únicamente cómplice de los asesinatos, que según ella habían sido cometidos sólo por Brady y David Smith. Ésa fue la razón por la que, en 1970, Myra decidió no volver a saber de Brady. Pero para Ian, aquello ya no tenía sentido. Habían sido condenados. Era demasiado tarde para los dos.

Ese año, Myra inició una campaña para lograr su excarcelamiento que duró el resto de su vida.

Al contrario que ella, Ian jamás pidió ser puesto en libertad. Desde el principio dejó claro que nunca quería volver a pisar la calle. Aquél era su sitio. Cuando llevaron a cabo sus crímenes, a los que él llamaba «un ejercicio existencial», ambos sabían perfectamente lo que estaban haciendo. También eran conscientes de lo que podría llegar a ocurrirles. Ahora sólo cabía aceptar su castigo.

Durante el proceso de apelación, Myra solicitó la ayuda de lord Longford, un político católico de sesenta y dos años del Partido Laborista, conocido por su labor en defensa de los presos. Durante años, Longford y Myra estuvieron escribiéndose. Además, éste la visitaba a menudo en la cárcel. Le llevaba regalos, la animaba y su relación acabó siendo tan estrecha que Longford terminó enamorándose de la reclusa y creyendo que era una persona totalmente distinta a la que había cometido los asesinatos, lo cual le generó no pocos problemas. Su familia le repudió, así como sus amigos de la política. Pronto pasó a ser conocido popularmente como «lord Wrongford».

En todo caso, los esfuerzos de Longford fueron en vano. A Myra se le negó el derecho de apelación.

En 1986, Myra Hindley volvió a solicitar la libertad condicional. Al pedir clemencia, aseguró: «Creo que ya he pagado mi deuda con la sociedad y expiado mis crímenes. Sólo le pido a la gente que me juzgue por lo que soy ahora, no por lo que era entonces».

Animada por su abogado, que pensaba que sus posibilidades de conseguir la libertad condicional mejorarían si mostraba arrepentimiento y contaba todo lo

que sabía, Myra hizo una confesión completa. Habló con la policía en gran detalle de todos los asesinatos, incluidos los de Pauline Reade y Keith Bennett, y hasta les dibujó un mapa para que encontraran los cadáveres que aún no habían sido localizados.

El cadáver de Pauline fue encontrado, mientras que el de Keith Bennett no llegó a aparecer.

Pese a su confesión, a Myra no le fue concedida la libertad condicional. Las familias de las víctimas, escandalizadas, orquestaron una intensa campaña mediática cuyo resultado fue que el secretario del Interior Michael Howard declarara que la asesina nunca sería puesta en libertad.

Myra no estaba dispuesta a rendirse. Desde su punto de vista, no había razón alguna para que ella siguiera en la cárcel. Sobre todo porque, después de pasar treinta y tres años en prisión, Myra aseguraba que se había transformado en una persona muy diferente a la *Asesina del páramo*. Se había licenciado en Humanidades y tenía una nueva pareja. Había redescubierto el catolicismo y parecía arrepentida profundamente de todo lo que había hecho con Ian Brady.

Pero su aparente buena salud espiritual no iba en paralelo a su salud física. Myra fumaba mucho, y sufría de angina de pecho e hipertensión.

El 1 de enero de 2000 se anunció que Myra Hindley iba a llevar su batalla legal a la Cámara de los Lores. La noticia indignó a las familias de sus víctimas. Algunos de sus miembros incluso llegaron a decir que, si la mujer era puesta en libertad, irían a buscarla para matarla.

Pero no tuvieron que llegar tan lejos. Myra volvió a fracasar en sus intentos de recuperar su libertad. Ni siquiera su deterioro físico sirvió para que los jueces se compadecieran de ella. Tampoco el hecho de que en aquel momento fuera la presa que más tiempo había pasado encerrada en la cárcel en toda la historia de Inglaterra.

El 15 de noviembre de 2002, convaleciente de una enfermedad pulmonar, Myra sufrió un paro cardíaco. Pocas horas después murió de insuficiencia respiratoria.

En cuanto a Ian, en 1985 se le diagnosticó esquizofrenia paranoide y fue ingresado en el Hospital de Ashworth, en Liverpool.

Aunque trató de quitarse la vida en varias ocasiones y llevó a cabo algunas huelgas de hambre que le dejaron muy debilitado, a día de hoy, con setenta y cuatro años, sigue vivo.

Nunca ha solicitado la libertad condicional. «Ya he tenido bastante», llegó a decir hablando de sus intentos de suicidio. «No quiero nada, mi objetivo es morir y liberarme de esto de una vez por todas. Mi deseo de morir es racional y pragmático. Sólo siento no haberlo intentado hace décadas. Estoy deseando abandonar este pozo negro en un ataúd.»

Pero, paradójicamente, durante ese tiempo nunca se arrepintió de sus crímenes. Le parecía inútil. ¿De qué iba a servir? ¿Es que acaso cambiaría algo? Brady también escribió su autobiografía, pero dio instrucciones para que no se publicara hasta después de su muerte.

En 1987, el Ayuntamiento de Manchester decidió demoler la casa donde habían vivido Brady y Hindley. Al parecer, el excesivo interés que despertaba en los medios de comunicación daba problemas a los vecinos del barrio.

El cadáver de Keith Bennett continúa enterrado en algún lugar de los páramos de Saddleworth.

Su familia sigue buscándolo.

3

Charles Manson, *los asesinatos de la Familia*

El 9 agosto de 1969, la ciudad de Los Ángeles se estremeció al descubrir que Sharon Tate —la mujer de Roman Polanski— y otras cuatro personas habían sido asesinadas en la residencia del cineasta mientras éste se encontraba rodando en Europa.

Al día siguiente, el asesinato del matrimonio LaBianca en su domicilio conmocionó de nuevo a la ciudad.

En las paredes de las viviendas de las víctimas se encontraron palabras escritas con su sangre. Además, éstas murieron después de ser torturadas. Parecían asesinatos de naturaleza ritual.

A la policía le llevó casi un año encontrar y detener a los culpables. Se trataba de cinco jóvenes provenientes de familias de clase media, miembros de una secta conocida como la *Familia*, cuyo líder proclamaba que el fin del mundo estaba próximo.

Ese hombre era Charles Manson, y quería ser conocido como Charles Manson alias «Jesucristo», «Dios», «el Diablo».

Era la cara oscura de la contracultura hippy.

UN DELINCUENTE PRECOZ

Charles Milles Manson nació en Cincinnati (Ohio) el 12 de noviembre de 1934. Fue el hijo no deseado de Kathleen Maddox, una prostituta de tan sólo dieciséis años. Dos años después del nacimiento de su hijo, la chica interpuso una

demanda de paternidad contra el coronel Scott, de Ashland (Kentucky) y consiguió una compensación económica. Pero Manson no llegó a conocer a su padre biológico, sino que recibió su apellido de un fugaz esposo de Kathleen, William Manson.

La madre del futuro líder de la *Familia* había pasado varias temporadas en prisión debido a diferentes delitos, entre ellos el robo a mano armada, y tenía graves problemas con el alcohol. En ocasiones dejaba a su hijo al cuidado de familiares, y otras en manos de desconocidos. Se cree que en una ocasión intentó vender a Charles a una camarera en pago por la cerveza que había consumido.

Manson tuvo que aprender pronto a sobrevivir en la calle. Su constitución enclenque le obligó a detectar con rapidez las señales de peligro y los puntos vulnerables de quienes le rodeaban. Esta cualidad le resultaría muy útil en el futuro como gurú de jóvenes perdidos.

A los doce años acostumbraba a robar en establecimientos comerciales, y su madre, que no deseaba seguir ocupándose de él, le internó en la Gibault School for Boys en Indiana. Al año siguiente escapó del centro y cometió su primer robo a mano armada.

En 1948, tras una sucesión de atracos, Manson fue enviado al centro juvenil del padre Flanagan, fundador de la «Ciudad de los Muchachos». Pero el nuevo interno se escapó a los cuatro días de su llegada. Poco después volvió a delinquir y fue capturado de nuevo. Esta vez se le envió a la Indiana School for Boys en Plainfield, de la que escapó en 1951, cuando tenía dieciséis años. En su huida robó un coche con el que atracó quince gasolineras y cruzó la frontera del estado. Pero aunque el joven Manson se dirigía a California, no consiguió pasar de Utah.

Tras ser detenido, fue recluido en la National Training School for Boys de Washington D.C., donde sodomizó a otro interno, lo que provocó su traslado a un centro de mayor dureza en Virginia. De esa época se guardan informes sobre él en los que se pone de manifiesto su «peligrosidad, inestabilidad e imposibilidad de prever su conducta».

En 1954 salió de la prisión en libertad condicional. Tenía diecinueve años. Sin embargo, no estuvo libre mucho tiempo. En el año 56 volvió a ser puesto entre rejas acusado del delito federal de cruzar la frontera del estado en un coche robado. Al ser reincidente, los cinco años de libertad condicional se transformaron en una pena de tres años en la Terminal Island Federal Penitentiary de San Pedro (California).

Antes de ser detenido le había dado tiempo a conocer y casarse con Rosalie Willis (en algunas fuentes se llama Jean), de diecisiete años, con la que tuvo un hijo mientras estaba recluso. La mujer dejó pronto de visitar a su marido en la cárcel, consiguiendo el divorcio y la custodia de Charles Milles Manson Jr.

En sucesivas y breves salidas a la calle a partir de 1958, Manson aumentó su larga lista de delitos, siendo detenido por proxenetismo y falsificación de cheques. Y también volvió a casarse. La elegida fue Candy Leona Stevens, una prostituta con la que tuvo su segundo hijo, Charles Luther Manson.

Esta reincidencia en su conducta criminal acabó provocando otra revocación de la condicional y su internamiento en la U.S. Penitentiary en McNeil Island (Washington), de la que no saldría hasta 1967.

Cuando lo hizo, el mundo que conocía había cambiado por completo. Los años sesenta habían asistido al alumbramiento del «verano del amor», y Manson se encontró como pez en el agua entre los hippies.

SED DE FAMA

Durante su última estancia en prisión, Manson se había enfrentado a un largo período de internamiento. Y no perdió el tiempo. Aprendió a tocar la guitarra y se interesó por una nueva religión llamada cienciología, fundada por L. Ron Hubbard en los años cincuenta. Pronto comenzó a componer canciones en las que reflejaba sus recién adquiridas creencias.

Cuando salió en libertad a finales de los años sesenta, Manson se encontró en

sintonía con el movimiento hippy y se dirigió a su meollo, el barrio de Haight Ashbury en San Francisco, lleno de gente joven que bailaba, tomaba LSD y era partidaria del amor libre.

En ese escenario, Manson se dio cuenta de que podía convertirse en líder espiritual con facilidad. Apenas empezó a difundir su mensaje por las calles, consiguió seguidores, en su mayoría mujeres jóvenes, a las que controlaba en parte gracias al LSD. Todos juntos recorrían el estado en un autobús escolar para extender la palabra de «Charlie».

En aquella primera época, Manson reclutó a algunos de los miembros de la *Familia* que acabarían matando por él, como Susan Atkins, alias «Sadie», o Patricia Krenwinkel, alias «Katie».

Siempre escogía a jóvenes vulnerables a los que podía dominar con facilidad. Muchos de los expertos en el caso han resaltado las dotes de observación de Manson. Era capaz de detectar las debilidades de las personas que estaban a su alrededor para manipularlas.

En 1969, Susan Atkins describió para *Los Angeles Times* su primer encuentro con Manson, un «hombrecillo pequeño» que había acudido con su guitarra para ofrecer un concierto en la casa de Haight Ashbury en la que ella residía. «Incluso antes de llegar a verle, mientras estaba todavía en la cocina, su voz me hipnotizó. Entonces le vi, y me enamoré completamente. Después descubrí su nombre, Charles. Pero él tenía otros nombres, y yo también los tendría. Él no me dio más que puro amor y las respuestas a todas las preguntas que yo tenía o podía tener.»

Manson había pasado un total de diecisiete años en correccionales y penales, se sentía rechazado por la sociedad y decidió crear su propio mundo. Pero su verdadera ambición no era convertirse en el predicador de su culto personal. Él deseaba la fama, quería triunfar en la industria musical de Los Ángeles.

Su fracaso sería uno de los detonantes del verano sangriento del 69.

El rancho Spahn en Simi Hills y Santa Susana Mountains era una antigua localización de películas de vaqueros —contaba incluso con su propio *saloon* y sus establos para caballos—, situada a tan sólo cuarenta kilómetros del centro de Los Ángeles. Allí se habían grabado episodios para las series de televisión *Bonanza*, *El llanero solitario* o *El Zorro*.

La primera vez que Manson y sus discípulos lo visitaron fue en mayo de 1968. Se quedaron sólo unos pocos días mientras un artista plástico que residía allí decoraba el autobús escolar en el que viajaban.

En la primavera de 1969, Manson convenció a su propietario, George Spahn, de setenta y un años, de que permitiese a la *Familia* establecer una comuna allí. Una de las chicas, Lynnete Fromme, alias «Squeaky», fue la encargada de satisfacer el apetito sexual del dueño y mantenerle contento.

En el rancho Spahn llegaron a residir treinta y nueve adultos y siete niños. Allí podían vivir aislados, al margen de cualquier influencia exterior, lo que ayudó a Manson a transformarse en líder espiritual de sus jóvenes adeptos. Muchos de ellos explicaban el poder que Charles tenía sobre ellos diciendo que «les hacía sentir que eran sus hijos, que a él le importaban y que su prioridad era cuidarlos».

Cualquier creencia anterior era «desaprendida» para implantar el nuevo sistema de pensamiento. En el rancho no había cabida para las opiniones personales ni para los valores provenientes de la educación o del entorno familiar.

Además de impartir su filosofía personal, Manson organizaba juergas en las que ordenaba que todo el mundo tomase LSD. Sin embargo, él sólo consumía dosis pequeñas para mantener sus facultades y poder realizar su labor de manipulación. De acuerdo con las descripciones de los participantes, Charles controlaba lo que sucedía en todo momento. Decidía quién besaba a quién o con quiénes debían acostarse. Su objetivo era hacer desaparecer los egos de todos aquellos jóvenes para ejercer un control total.

Para probar su lealtad, Manson también imponía pequeñas misiones a sus

acólitos. Por las noches los obligaba a entrar en casas ajenas y cambiar la ubicación de los muebles, con el único objetivo de asustar a los dueños.

En poco tiempo, Charles Manson consiguió convencer a los miembros de la *Familia* de que él era el descendiente de Jesús y el Diablo unidos en una misma persona.

«HELTER SKELTER»

«Perder el Ego, liberaos del Yo, moveos al ritmo de la naturaleza. Pero no olvidéis que la guerra del Armagedón está en camino. Todo será destruido salvo los Elegidos. Cuando todo el mundo se haya desplomado, cuando haya pasado el Armagedón, nosotros seremos los supervivientes.» Con estas palabras, Manson advertía que el fin del mundo se acercaba.

Sostenía que iba a producirse una guerra entre las razas y que el hombre negro acabaría con el hombre blanco. En el momento en el que Manson predicaba sus teorías existía mucha violencia racial. El partido de los Panteras Negras, fundado sólo tres años antes, en 1969 estaba considerado como «enemigo público» por el FBI. En ese marco, las palabras de Manson no parecían descabelladas. Existía el temor de que la violencia entre blancos y negros estallase en cualquier momento.

Según Vincent Bugliosi, fiscal del caso Tate-LaBianca, Manson convenció a sus seguidores de que tras el estallido de la violencia, él los llevaría al «Pozo del Abismo», descrito en la Novena Revelación del Apocalipsis, salvándolos del exterminio que provocaría la guerra.

Manson creía que los negros ganarían el conflicto armado. Había llegado el turno de la supremacía negra. También era profundamente racista —tenía a Hitler como uno de sus ídolos— y mantenía que la raza negra estaba menos evolucionada, con lo que no conseguiría mantener el orden del mundo. Ése sería el momento de los supervivientes. Ellos serían los que inaugurasen un nuevo orden social.

Pero Manson no sólo se valía de la Biblia y la cienciología para definir su

pensamiento. Nueves meses antes de los asesinatos Tate-LaBianca, en diciembre de 1968, los Beatles habían editado un nuevo disco (El Álbum Blanco) el conocido como *The White Album*. El líder de la *Familia* sentía gran admiración por los músicos de Liverpool y decidió que ellos le hablaban a través de su música. Y sus mensajes parecían coincidir con las predicciones y el pensamiento de Charles Manson.

La canción «Helter Skelter» de los Beatles se refiere a un acertijo infantil popular en Inglaterra relacionado con un tobogán en espiral, y su letra habla del peligro de la Guerra Fría: «Cuidado, porque aquí llega...». Pero Manson hizo una interpretación a su medida: era la señal de que la guerra entre negros y blancos iba a comenzar.

De hecho, Manson se atrevió a pronosticar la fecha del levantamiento: el verano de 1969. Pero como el estallido de violencia no se produjo, decidió «prender la chispa que hiciese que el mundo se incendiase». Sus seguidores debían prepararse. Para ello invitó al rancho a una banda de moteros, llamados «Straight Satan», para que se convirtiesen en su ejército. Y no dudó en utilizar sexualmente a las chicas como pago por las armas que empleaban.

Su plan consistía en asesinar a figuras prominentes de la sociedad americana y que los negros fuesen culpados por ello. De esa manera se avivaría la violencia racial. Los elegidos para tal empresa se ganarían la redención.

Lo que muchos de sus seguidores no sabían era que el aumento de la violencia estaba directamente relacionado con el fracaso de su líder en el intento de convertirse en una estrella de la música.

UNA AMBICIÓN FRACASADA

Manson estaba convencido de que tenía un talento musical inmenso. Creía que, si le daban la oportunidad, podía superar a los Beatles.

El primer contacto importante que hizo para conseguir introducirse en la

industria musical de Los Ángeles fue Dennis Wilson, de los Beach Boys. En algún momento de la primavera de 1968, el famoso músico había recogido un par de veces haciendo autoestop a dos chicas de la *Familia*, Ella Jo Bailey y Patricia Krenwinkel, que fueron las primeras en hablarle de Charlie.

La segunda vez que coincidió con ellas las invitó a su casa de Sunset Boulevard. Unos días después, Manson se presentó allí acompañado de varios de sus seguidores —mujeres en su mayor parte— y se instalaron en casa de Wilson durante meses. Fue en la residencia de Wilson donde se conocieron Charles «Tex» Watson y Manson. Tex tenía diecinueve años, había dejado sus estudios universitarios y quedó tan fascinado por la filosofía de Charles que acabó uniéndose a la *Familia*.

Mientras Wilson prestaba su casa a Manson y sus discípulos, tuvo oportunidad de escuchar las canciones del líder del movimiento y reconoció su talento musical, prestándose a ayudarlo. De hecho, los Beach Boys grabaron una de las canciones compuestas por Charles, «Never Learn not to Love», en septiembre de 1968.

Fue Wilson quien presentó a Manson al productor musical Terry Melcher, hijo de la actriz Doris Day. Si Manson quería sacar un disco, era a Melcher a quien debía seducir. El productor musical acudió en la primavera de 1969 al rancho Spahn para escuchar las canciones de Manson, que las interpretó acompañado de su guitarra y un coro de chicas de la *Familia*. Tras el concierto, Melcher halagó al compositor y dijo que «ya le llamaría». El propio Charles condujo a Terry hasta su casa, en el 10050 Cielo Drive, en Benedict Canyon, que poco después sería la residencia del matrimonio Polanski-Tate.

Manson no volvió a saber de Terry Melcher. Como el cantante frustrado había pasado gran parte de su vida en entornos carcelarios, donde la palabra es ley, había dado por supuesto que Melcher le llamaría, y no que su frase de despedida había sido una forma educada de decir que no estaba interesado en sus canciones.

El rechazo de Melcher se transformó en una afrenta personal y su vivienda

pasó a simbolizar el sistema que le repudiaba.

Manson contactó de nuevo con Dennis Wilson. Cuando se enteró de que no iba a producir su disco, cogió un arma y se dirigió a la casa del componente de los Beach Boys. Por fortuna, Wilson no se encontraba allí y Manson se limitó a sacar una bala de su revólver y dejársela a su ayudante como mensaje.

Poco después regresó al 10050 Cielo Drive. Quería volver a hablar con Terry Melcher para convencerle de que le diese una nueva oportunidad. Sin embargo, el productor ya no vivía allí. La casa había sido alquilada por Roman Polanski y a Manson no se le permitió acceder a su interior.

En el verano del 69, en el rancho Spahn no se volvió a escuchar música y los miembros de la *Familia* comenzaron a pasar dificultades económicas.

Pero lo peor era que Manson veía que sus predicciones apocalípticas no se estaban cumpliendo.

Había llegado la hora de actuar.

EL PRIMER ASESINATO DE LA *FAMILIA*

El 26 de julio de 1969, Gary Hinman, un profesor de música que vivía en Topanga Canyon y que solía procurar drogas a la *Familia*, recibió la visita de tres de sus miembros: Bobby Beausoleil, alias «Cupid»; Susan Atkins, alias «Sadie», y Mary Brunner. Los tres acudieron a su casa con un encargo de Manson: conseguir dinero para la comuna.

Existe otra versión de aquella visita según la cual Beausoleil había comprado un alijo a Hinman para un grupo de moteros, visitantes eventuales del rancho Spahn, y como las drogas resultaron de mala calidad, Beausoleil habría acudido con las chicas a recuperar su dinero.

Cualquiera que fuese el motivo, Hinman acabó muerto en algún momento entre los días 26 y 27 de julio.

Los miembros de la secta le inmovilizaron y amenazaron para que les contara

dónde tenía escondido el dinero. Pero como el profesor no parecía dispuesto a decírselo, llamaron al rancho para contarle a Charlie lo que estaba pasando.

Manson se presentó en la casa. Con él traía una espada que solía llevar en el rancho Spahn. Al poco de llegar le cortó la mejilla y una oreja al maniatado Hinman, y le dijo a Beausoleil que así era «como un hombre manejaba las cosas». Después se marchó.

Para entonces la víctima había aceptado entregarles cualquier cosa que tuviese de valor. Sin embargo, las instrucciones de Manson habían sido claras: debían acabar con él y hacer que «pareciese que habían sido los negros».

Después de matar a Hinman, Beausoleil impregnó sus manos con la sangre del profesor y dibujó en la pared una garra, el símbolo de los Panteras Negras. alguna de las chicas escribió también: «Cerdo político».

El cadáver no fue encontrado hasta el 31 de julio de 1969.

Días después, el 6 de agosto, Bobby Beausoleil fue detenido por la policía cuando conducía el coche de Gary Hinman. Aunque el chico siguió el plan de Manson y dijo que un hombre negro le había vendido el vehículo, la policía no le creyó. Además, los agentes descubrieron un cuchillo y manchas de sangre en la ropa del detenido, que fue acusado del asesinato.

La muerte de Hinman había convencido a Manson de que sus discípulos harían cualquier cosa por él. Era su oportunidad de «matar algunos cerdos para comenzar el *Helter Skelter*».

Charles Manson iba a empezar la revolución. Sólo tenía que decidir quiénes serían los elegidos que ejecutarían sus órdenes.

LOS ELEGIDOS

En el libro de Michael D. Kelleher y C. L. Kelleher, *Murder Most Rare*, se ofrece una definición de los asesinos en serie que trabajan en equipo y que componen una unidad que funciona como una «familia»: tres o más individuos

que comparten el compromiso de asesinar juntos. No es necesario que los miembros estén relacionados biológicamente, pero sí que residan en el mismo lugar, y que existan diferentes generaciones y géneros entre los asesinos, que deben actuar de forma coordinada.

La *Familia* Manson está en el límite de esta definición ya que entre los miembros de la secta no se da una separación clara por generaciones. Sin embargo, el hecho de que el líder fuese diez años mayor que sus adeptos proporciona el salto generacional necesario.

Guiados por la filosofía de odio de Manson, jóvenes que apenas habían alcanzado la veintena fueron capaces de torturar atrozmente a sus víctimas.

La opinión pública se horrorizó al descubrir que los asesinos eran chicos muy jóvenes. Algunos acababan de dejar la adolescencia y venían en su mayor parte de familias normales de clase media. ¿Cómo habían llegado a mancharse las manos de sangre obedeciendo ciegamente las órdenes de Manson?

Vincent Bugliosi contestó a esa pregunta en una entrevista en la revista *Times U.S.* Para él, los crímenes no se habrían producido sin la intervención de Manson, aunque también se habrían evitado si los chicos no hubiesen querido cometer los asesinatos. Eran jóvenes que provenían de buenas familias pero que albergaban mucha hostilidad en su interior, y Manson les sirvió de catalizador.

Charles «Tex» Watson, Susan «Sadie» Atkins, Patricia «Katie» Krenwinkel, Leslie van Houten y Linda Kasabian fueron detenidos por los crímenes.

Algunos habían llevado vidas normales hasta el momento que encontraron a Manson. Tex, nacido en 1945, había abandonado sus estudios universitarios al mudarse a California y había sido un buen atleta en el instituto. Leslie, por su parte, había sido elegida reina en la fiesta de antiguos alumnos («Homecoming Queen») de su instituto. Tenía apenas diecisiete años cuando conoció a Manson. Originaria de Monrovia (California), provenía de una familia acaudalada que se había arruinado.

Manson era capaz de detectar los problemas emocionales de los jóvenes que

tenía a su alrededor y sacar partido de ello. Siendo adolescente, Leslie había interrumpido un embarazo no deseado.

Katie y Sadie estuvieron entre las primeras seguidoras de Manson. Ambas venían de hogares en los que se había producido un episodio trágico: Sadie perdió muy joven a su madre enferma de cáncer y se escapó de casa a los dieciséis años, llevando desde entonces una vida nómada; los padres de Katie se volcaron en el problema de drogodependencia de su hermana mayor.

Con ellas Manson comenzó a experimentar su capacidad de manipulación, plasmada en algunas de sus canciones, como «Deja de existir» o «Ámame». Manson ayudó a Katie, que en algún momento se había planteado meterse a monja, acomplejada por su físico, y adoptó un rol paterno con Sadie.

El líder de la *Familia* daba a cada uno lo que necesitaba y a cambio pedía una sumisión total.

Linda Kasabian fue una de las últimas incorporaciones a la comuna. Llegó en la primavera de 1969 con su hija de apenas un año, Tonya, tras abandonar a su marido. Catherine Share, alias «Gypsy», le había hablado de un lugar idílico en el que unos cuidaban de los otros y formaban «un único ser», el rancho Spahn. Aunque Linda fue una de las últimas incorporaciones al grupo, enseguida obtuvo la confianza de Manson al robar para él la herencia (20.000 dólares) de uno de los amigos de su ex pareja.

Linda fue la única del grupo que no se manchó las manos de sangre. Su misión en el caso Tate era la de vigilar el exterior, y se convirtió en la testigo principal de la acusación contra Charles Manson.

10050 CIELO DRIVE

Poco antes de la medianoche del día 8 de agosto de 1969, Manson informó a Tex Watson de que el *Helter Skelter* debía comenzar. Ordenó a tres de las chicas — Linda, Sadie y Katie— que se cambiasen de ropa, subiesen al coche que conducía Tex e hiciesen todo lo que él les dijese.

Según la propia Linda, ella estaba convencida de que se trataba de una de sus misiones «sigilosas», en las que se limitaban a entrar en las casas de la gente y mover los muebles.

Fue en el trayecto en coche cuando Tex les contó lo que iban a hacer y dónde. Manson había hecho que Sadie llevase consigo varios cuchillos y una cuerda, y Tex tenía un arma.

Las últimas palabras del líder al despedirse de ellos habían sido: «Dejad una señal. Si vais a hacer algo, hacedlo bien, algo malévolos».

En su relato a *Los Angeles Times*, Susan Atkins explicó que para ellas el 10050 Cielo Drive era la casa de Terry Melcher. Tex y Manson eran los únicos que sabían que ahora allí vivían unos nuevos inquilinos, el matrimonio Polanski.

La noche del 8 al 9 de agosto, Sharon Tate, en su octavo mes de embarazo, había invitado a unos amigos para aliviar la soledad que sentía sin su esposo, a punto de regresar de Europa, donde se encontraba preparando su próximo rodaje. Jay Sebring, peluquero de las celebridades de Hollywood y buen amigo de Tate; Abigail Folger, joven heredera de un imperio cafetero, y el novio de ésta, Voytek Frykowski, se habían quedado a pasar la noche con ella.

Además, en un edificio colindante a la casa principal estaba William Garretson, un joven empleado que trabajaba en el mantenimiento de la finca y que había recibido la visita de un amigo, Steve Parent, de dieciocho años.

En el momento en que Tex y las chicas entraron en la propiedad, Steve Parent recorría en su coche el camino de salida. Tex salió a su paso y le ordenó parar. Después sacó el arma y le disparó cuatro veces a bocajarro, acabando con su vida. Luego ordenó a Linda Kasabian que cogiese su cartera y se quedase fuera vigilando la casa.

Antes de entrar en la finca, Tex cortó el cable del teléfono de la vivienda, dejándola incomunicada.

Tex, Sadie y Katie se introdujeron en la casa por una ventana que no estaba cerrada.

Entonces se desencadenó el horror.

Tex, ayudado por las dos chicas, reunió a Tate y a sus invitados en el salón. Utilizó la cuerda que llevaban para atar por el cuello a Sharon, Abigail y Jay. A continuación les dijo que parasen de suplicar, ya que «iban a morir todos». Jay Sebring trató de proteger a Sharon, y Tex le disparó y le golpeó la cara con el revólver.

Voytek, que había sido inmovilizado por Sadie utilizando una toalla, consiguió liberarse y trató de huir. Salió al jardín perseguido por la chica, que le había apuñalado en las piernas. Tex le disparó por la espalda y después le golpeó varias veces con el arma en la cabeza.

Mientras tanto, Abigail Folger había conseguido también salir al jardín perseguida por Katie, que la apuñalaba una y otra vez.

Sharon Tate fue la última en morir apuñalada, pese a que suplicó a Sadie que le permitiese vivir para poder dar a luz a su hijo.

Antes de salir de la propiedad y regresar a su coche, los miembros de la *Familia* recordaron las palabras de Manson. Sadie entró en la casa, manchó una toalla con la sangre de Sharon Tate y escribió en la puerta principal: «Cerdos».

Manson les había dado instrucciones de que hiciesen lo mismo en la casa vecina. Sin embargo, los chicos regresaron al rancho.

En el camino de vuelta, Tex ordenó a Linda que arrojase las armas fuera del coche. El revólver sería hallado por un niño del vecindario el 1 de septiembre de 1969 y entregado por sus padres al Departamento de Policía de Los Ángeles (LAPD).

Una vez en el rancho, Manson quiso saber cómo había ido todo y preguntó a los chicos si tenían remordimientos. Todos contestaron que no.

Sin embargo, Linda Kasabian testificaría en el juicio que ella se sentía aterrorizada y temía por su vida. Fue entonces cuando empezó a pensar en huir del rancho llevándose a su hija.

Winifred Chapman, la empleada de hogar de los Polanski, encontró los cuerpos cuando se incorporó a su trabajo la mañana del 9 de agosto.

La policía procedió a arrestar a William Garretson, el empleado de los

Polanski, como sospechoso de los asesinatos. El chico mantenía que no había oído nada extraño durante la noche.

Mientras tanto, esa mañana en el rancho se hizo una vida normal. Tras ver los informativos, empezó a correr la voz entre los miembros de que Charlie era el instigador de los asesinatos, aunque se desconocía quiénes habían sido los autores materiales.

Para el líder de la *Familia*, el derramamiento de sangre no había hecho más que comenzar. El siguiente ataque se produjo la noche del 10 de agosto.

En esa ocasión, Manson los acompañó. Había ordenado que, además de Tex, Katie, Sadie y Linda, fuesen Leslie van Houten y Steve Grogan, alias «Clem».

De acuerdo con la narración de Susan Atkins a *Los Angeles Times*, Manson los avisó de que «iban a volver a hacerlo». Él los acompañaba para enseñarles cómo hacerlo de forma más profesional, sin huidas ni gritos.

Condujeron durante varias horas y se detuvieron en un par de casas que Charlie inspeccionó y descartó.

Después Manson paró el coche en el 3301 Waverly Drive, Los Feliz: la residencia del matrimonio formado por Leno y Rosmary LaBianca.

EL MATRIMONIO LABIANCA

Leno LaBianca era un empresario de éxito propietario de la cadena de supermercados Gateway. Se había casado con Rosemary Struthers en 1960. Ella tenía dos hijos de un matrimonio anterior y, tras casarse con Leno, abrió una boutique de lujo.

La noche del 10 de agosto, Leno y Rosemary acababan de regresar a su vivienda tras haber pasado el día navegando. Charles Manson entró en su casa, los amenazó con un arma y los inmovilizó con una cuerda mientras los tranquilizaba. Luego volvió al coche y eligió a los miembros que debían cometer

el crimen: Tex, Katie y Leslie van Houten. Los dejó allí y se marchó con los demás en el coche.

Después de los asesinatos, los tres jóvenes se dieron una ducha en la casa, cogieron comida y volvieron al rancho haciendo autoestop.

Al día siguiente, los hijos de Rosemary encontraron los cuerpos. La mujer estaba en el dormitorio. Había recibido 41 puñaladas. Los forenses descubrirían a posteriori que 13 de ellas eran post mórtem. Katie y Leslie se habían ensañado con la mujer.

Leno tenía 26 puñaladas, y además le habían dejado clavado en el cuerpo un tenedor. Le habían grabado la palabra «guerra» sobre su estómago.

Cuando la policía examinó los cuerpos, ambos tenían unas fundas de almohada sobre la cabeza. Asimismo, Leno también tenía el cable de una gran lámpara enrollado alrededor de su cuello.

En una de las paredes del salón habían escrito: «Muerte a los cerdos». Y en otra: «Levantaos». Además, sobre la puerta de la nevera habían escrito, incorrectamente: «Haelter Skelter».

Mientras el matrimonio LaBianca era asesinado, Manson había seguido conduciendo el vehículo con Clem, Linda y Sadie. Quería otra víctima esa noche. El objetivo era un actor llamado Saladin Nader, que Linda había conocido en la playa y con el que había mantenido una relación sexual.

Una vez llegaron a la dirección que Linda había indicado, Manson los dejó a los tres allí con la orden de que hiciesen el trabajo y se marchó en el coche.

Según su testimonio, Linda hubiese aceptado morir por Charles Manson, pero no era capaz de matar por él. Por eso se confundió a propósito de puerta. El hombre que le abrió no era el actor y los tres chicos decidieron marcharse de vuelta al rancho sin hacer daño a nadie. Las órdenes de Manson habían sido claras, Linda debía matar a Saladin Nader.

Días después, el 13 de agosto de 1969, Linda Kasabian huyó a Albuquerque (Nuevo México). Hubiera querido llevarse con ella a su hija, pero encontró una oportunidad para desaparecer que no quiso desaprovechar: Manson le dejó un

coche para que fuera a visitar a Beausoleil a la cárcel y averiguase qué pensaba declarar en el juicio por el asesinato de Gary Hinman.

LA INVESTIGACIÓN POLICIAL

Para el LAPD, el caso Tate era de naturaleza compleja y carecía de un móvil claro, lo que dificultaba la búsqueda de los implicados en los crímenes.

William Garretson fue descartado como sospechoso cuando pasó con éxito la prueba del polígrafo.

Roman Polanski, pese a encontrarse en Londres en el momento de los asesinatos, también fue considerado sospechoso, y, como Garretson, debió someterse al polígrafo. Superó con éxito el interrogatorio y durante el año que la policía tardó en encontrar a los culpables llegó a ofrecer una recompensa económica a cambio de pistas que condujesen a la detención de los asesinos.

La hipótesis que los detectives de homicidios manejaron durante la mayor parte de la investigación fue que los asesinatos eran el resultado de un «negocio» o «fiesta» de drogas que había salido mal. Aunque también se barajó en los primeros informes que los sospechosos hubiesen entrado ya con el propósito de matar a todos los que estuviesen dentro de la casa esa noche.

Lo que parecía descartarse era que se tratase de un robo, ya que los asaltantes se habían dejado las cosas de valor que estaban a la vista.

Ésa fue la hipótesis principal que barajaron los detectives del caso LaBianca. El bolso de Rosemary LaBianca, con dinero en efectivo y todas sus tarjetas de crédito, había desaparecido. Varios de los sospechosos de los asesinatos apuntados en los primeros informes de la investigación policial eran ladrones que operaban en esa parte de Hollywood.

Además, los hijos de Rosemary fueron considerados como posibles autores por desavenencias familiares. Al final se descartó su implicación al no encontrar evidencias forenses que sustentasen tal hipótesis.

Mientras tanto, el rancho Spahn estaba siendo vigilado desde comienzos de agosto de 1969 por diferentes motivos. En un vuelo rutinario de reconocimiento, la policía había avistado una significativa cantidad de piezas de coches y sospechaba que el rancho estuviera siendo utilizado por ladrones de automóviles. Además, se habían recibido informaciones sobre la presencia de una gran cantidad de armas en la propiedad.

Por ello, el 16 de agosto se llevó a cabo una redada en el lugar. Manson y varios de los participantes en los asesinatos fueron detenidos, pero los cargos se retiraron por falta de pruebas, y todos fueron puestos en libertad.

La redada provocó la muerte de uno de los empleados del rancho Spahn, Donald «Shorty» Shea. Manson, convencido de que el trabajador era un chivato de la policía, ordenó a Clem, Tex y Bruce Davies que acabasen con él. Así, el 25 o 26 de agosto le pidieron que los llevase en su coche a recoger unas piezas de automóvil en otra parte de la propiedad y le asesinaron durante el trayecto. Su cuerpo no fue encontrado hasta 1977.

La conexión de los casos Tate y LaBianca, y de éstos con el de Gary Hinman, que se había producido en otra jurisdicción, tardó en producirse. Y fue una de las participantes en los tres crímenes quien lo hizo posible.

En octubre de 1969, Susan Atkins, Sadie, había sido detenida por su participación en el asesinato de Gary Hinman. Mientras estaba en prisión a la espera de juicio contó a sus compañeras de celda, Virginia Graham y Verónica «Ronnie» Howard, su implicación en el asesinato de Sharon Tate. Las reclusas se pusieron en contacto con la policía, que ya había recibido informaciones similares de otras fuentes.

El 5 de diciembre de 1969, Susan Atkins testificó ante el Gran Jurado, explicando lo sucedido las noches del 9 y 10 de agosto. A cambio había cerrado un trato con la acusación: no se pediría la pena de muerte para ella.

El 1 de diciembre de 1969, el LAPD emitió órdenes de arresto contra Patricia Krenwinkel, Leslie van Houten, Charles Watson, Charles Manson y Linda Kasabian.

Esta última se convirtió en el testigo principal de la acusación a cambio de inmunidad.

UN CIRCO DE TRES PISTAS

El juicio de Manson y sus seguidores fue descrito por Vincent Bugliosi, el fiscal del caso Tate-LaBianca, como un «circo de tres pistas». Además del interés periodístico de la historia, el comportamiento del líder de la *Familia* y sus miembros suponía un espectáculo diario.

En el exterior del juzgado, Lynette Fromme, alias «Squeaky», inició una vigilia a las puertas del edificio, manifestando que dentro se iba a realizar «la segunda crucifixión de Cristo». Junto a otros miembros de la comuna, intentaba reclutar a nuevos seguidores.

Mientras tanto, en el interior, los acusados mostraban un comportamiento desafiante hacia el tribunal. Se ponían con los brazos extendidos y la cabeza agachada, simulando estar en la cruz, tenían estallidos violentos o no paraban de entonar cánticos en latín.

Se celebraron dos juicios por los asesinatos del caso Tate-LaBianca. En un primer proceso se juzgó a Charles Manson, Patricia Krenwinkel, Susan Atkins y Leslie van Houten por conspiración y asesinato en primer grado.

Charles «Tex» Watson fue juzgado por conspiración y asesinato en primer grado en solitario. El chico había regresado a su Texas natal en octubre de 1969. Cuando fue detenido por los asesinatos, su defensa empleó nueve meses en recurrir la extradición a California. Por ello, su juicio se celebró al año siguiente.

En un primer momento, el caso fue asignado al juez William Keene, al que pronto empezaron a llegarle las interminables peticiones de Manson. El 6 de febrero de 1970 solicitó al tribunal que fijase una fecha para el juicio. Diez días después quería un cambio de juzgado, petición que el juez denegó. Además, pretendía representarse a sí mismo, pero el magistrado se lo impidió y le asignó

un abogado de oficio, Charles Hollopeter. Días después, el juez Keene permitió a Manson que sustituyese al defensor asignado por otro, Ronald Hughes. A su vez, éste fue sustituido a comienzos de junio por quien finalmente representaría a Manson durante el proceso, Irving Kanarek, un polémico abogado famoso por interrumpir los juicios con protestas irrelevantes e impertinentes.

Ronald Hughes pasó a representar a Leslie van Houten, hasta que su conducta no gustó a Manson. Tras ser visto con dos miembros de la *Familia* a la salida de una sesión, Ronald Hughes desapareció sin dejar rastro. Seis meses después, sus restos fueron encontrados en un área desierta cerca de Sespe, en Hot Springs (California). No se consiguió acusar a nadie del crimen por falta de pruebas.

La realidad era que, aunque cada uno de los acusados tenía su propio abogado, todos ellos debían seguir las órdenes de Manson, que hacía lo posible por que las chicas negasen la implicación del líder en los crímenes y aceptasen toda la responsabilidad.

El 13 de abril de 1970, Manson recusó al juez Keene por prejuicio. El magistrado aceptó y fue sustituido por el juez Charles H. Older.

El juicio comenzó el 5 de junio de 1970. Para su primera aparición ante el tribunal, Charles Manson se había tatuado una X en la frente, que pronto fue copiada por sus acólitos, y que más adelante se transformaría en una esvástica.

Vincent Bugliosi, el fiscal, fue asistido por Aaron Stovitz, Steven Kays y Donald Musichi. La acusación citó a declarar *subpoena*, uno tras otro, a todos los miembros conocidos de la secta. En derecho anglosajón, *subpoena*, del latín bajo pena, es un requerimiento de comparecencia obligatoria ante el tribunal.

Varios miembros de la *Familia*, como Barbara Hoyt, habían accedido a testificar para la fiscalía y recibieron amenazas por ello. En el caso de Hoyt, sus antiguos compañeros dieron un paso más e intentaron asesinarla al inyectar LSD en la hamburguesa que iba a comerse. Una rápida hospitalización pudo salvarla.

Bugliosi defendió la tesis de que Manson no era un enfermo mental. Tenía una psique retorcida con unos valores morales pervertidos, pero era consciente del mal que hacía. Su intención era matar a la mayor gente posible.

Para la acusación, si bien Manson no había empuñado ningún cuchillo, la carnicería se había desatado a causa de su orden, por lo que resultaba igualmente culpable a los ojos de la ley. Todos los acusados eran asesinos en serie, pero de todos ellos sólo Manson tenía el motivo: *Helter Skelter*.

Linda Kasabian fue una testigo creíble durante los diecisiete días en los que subió al estrado a declarar. Explicó cómo Manson tenía un control absoluto sobre todos ellos y conocía hasta sus más íntimos pensamientos.

Por su parte, los abogados defensores, con Kanarek a la cabeza, se dedicaban a interrumpir el proceso con protestas que el juez consideró improcedentes en su mayor parte. En las últimas fases del juicio trataron que se declarara nulo alegando que los comportamientos de sus defendidos podrían haber influido negativamente en el jurado.

Sin embargo, el juez despachó las mociones presentadas con una contundente frase: «No voy a permitir que los acusados se beneficien de su mal comportamiento». Manson había llegado incluso al punto de amenazar de muerte al juez en una de las sesiones.

El 25 de enero de 1971, el jurado dio su veredicto: los cuatro eran culpables de conspiración y asesinato. La sentencia dictada el 29 de marzo fue pena de muerte. Para todos, ya que a lo largo del proceso Susan Atkins decidió retractarse de su declaración ante el Gran Jurado, por lo que el trato hecho con la fiscalía se había roto.

El estado de California abolió la pena capital en 1972 y las sentencias pasaron a ser de cadena perpetua. Aunque con posterioridad volvió a reinstaurarse la pena de muerte en el estado, el cambio no afectó a Manson y a sus seguidores, ya que la nueva ley no tenía efectos retroactivos.

Charles «Tex» Watson resultó igualmente condenado a cadena perpetua.

Manson recibió dos cadenas perpetuas más por el asesinato de Gary Hinman y Donald Shea en juicios diferentes.

Desde entonces, los acusados han permanecido en diferentes centros penitenciarios, donde se les ha denegado la libertad condicional en las revisiones

periódicas de la condena. Susan Atkins falleció en prisión en 2009 a causa de un cáncer cerebral.

Manson fue condenado por nueve muertes, pero este individuo, uno de los personajes más infames y despreciables de la historia criminal, podría haber instigado a miembros de la *Familia* a cometer al menos veinte asesinatos más. De algunos de ellos podría haber sido también el autor material.

La mansión de 10050 Cielo Drive fue demolida y nada se ha construido en su lugar.

John Wayne Gacy, *el payaso asesino*

En 1978, los habitantes de la tranquila comunidad de Norwood Park, en la ciudad de Chicago, descubrieron que uno de sus vecinos, John Wayne Gacy, era un peligroso asesino en serie.

La noticia fue recibida con incredulidad. Gacy era un ciudadano ejemplar, un pilar de la comunidad y un exitoso hombre de negocios.

No podía ser un asesino.

Era imposible.

Muy pronto descubrirían que estaban equivocados.

EL DESCUBRIMIENTO

El 22 de diciembre de 1978, la policía de Des Plaines comenzó a desenterrar restos humanos ocultos bajo el suelo de una casa en el número 8213 de West Summerdale Avenue, en Norwood Park, Chicago (Illinois).

En pocos días llegaron a aparecer veintinueve cadáveres.

El propietario de la vivienda era John Wayne Gacy, un hombre corpulento y de apariencia simpática, muy apreciado por sus vecinos.

Poco después, cuatro cuerpos más fueron descubiertos en el río Des Plaines, a sólo unos pocos kilómetros de la residencia del «ciudadano ejemplar».

Todos, treinta y tres en total, eran hombres jóvenes, y murieron asesinados después de ser torturados y de que su agresor abusara de ellos sexualmente.

¿Quién era exactamente John Wayne Gacy? Y, sobre todo, ¿cómo es posible

que uno de los asesinos en serie más prolíficos de la historia pudiese pasar desapercibido entre sus vecinos y familiares?

LA FAMILIA GACY

John Wayne Gacy nació el 17 de marzo de 1942 en Chicago, en una familia de clase trabajadora de ascendencia polaca y danesa. Su madre, Marion Elaine Robinson, era farmacéutica. Su padre, John Gacy Sr., era un obrero de la construcción alcohólico que maltrataba a su mujer y a sus tres hijos.

El objeto más frecuente de la ira del cabeza de familia solía ser el único varón, John Jr., un niño con sobrepeso, sin aptitudes atléticas, que distaba mucho de ser el hijo con el que su padre había soñado. No sólo estaba exento de la clase de gimnasia a causa de una dolencia cardíaca congénita, sino que sufría jaquecas, desvanecimientos y mareos. Además, era un mal estudiante. Otros padres de niños enfermizos podían al menos presumir de los buenos resultados académicos de sus hijos, pero a John padre no le quedaba ni ese consuelo. Aun así, estaba dispuesto a conseguir que su hijo fuera alguien en la vida. Y la forma en la que pretendía lograrlo era a base de mano dura. Aunque tuviera que matarlo a palos, John hijo iba a hacer que se sintiera orgulloso de él.

El miedo que Gacy sentía por su padre hizo que le ocultara un episodio que, sin duda, debió de afectarle profundamente. Cuando sólo tenía nueve años, un amigo de la familia abusó sexualmente de él. Pero prefirió callar a arriesgarse a que se le culpara de lo que había pasado y volviera a ser castigado.

Además, el resultado de los «esfuerzos» de John padre no fue precisamente el que esperaba; el chico dejó el instituto sin haber conseguido graduarse.

UN JOVEN CON UN GRAN FUTURO

A los veinte años, Gacy tomó una decisión que supondría un claro punto y aparte

en su vida. Después de una discusión con su padre, condujo hasta Las Vegas (Nevada), donde acabó trabajando como conserje en una funeraria. Aun siendo un empleo duro y mal pagado, él se sentía orgulloso de haberlo conseguido sin ayuda de nadie.

Según David Wilson, catedrático de Criminología y Derecho Penal en la Universidad de Birmingham, algunos asesinos en serie tienen experiencias con cadáveres antes de empezar a matar. En el caso de Gacy, en la funeraria se familiarizó con la muerte y eliminó de su mente el tabú de estar cerca de un cuerpo inerte. Dado que no podía pagarse un hotel, dormía en la sala donde se embalsamaban los cuerpos. Incluso una noche llegó al extremo de meterse en el ataúd de un adolescente. Pero la experiencia le resultó tan perturbadora que a la mañana siguiente el joven llamó por teléfono a su madre preguntándole si podía volver a casa.

Al regresar a Chicago, Gacy decidió matricularse en una escuela de negocios, la Northwestern Business College. Contra todo pronóstico, muy pronto empezó a demostrar la ambición que acabaría convirtiéndolo en un exitoso hombre de negocios. Su primer paso en esa dirección fue conseguir trabajo en una empresa dedicada a la fabricación de calzado, donde comenzó a destacar por su gran talento para las ventas. Derrochaba labia y carisma, y sabía ser muy seductor. Lo tenía todo para ser un gran vendedor. Gracias a ello, rápidamente fue ascendido a jefe de su departamento.

Según el psicólogo forense David Holmes, director del Forensic Research Group, Gacy encontró en las ventas la clave para triunfar: «Descubrió que había algo que le hacía destacar en el mundo. Por primera vez estaba a la altura, e incluso por encima, de los que le rodeaban. Se dio cuenta de que sus dotes para interpretar, su encanto y su capacidad para embelesar, que es algo intrínseco en la mayoría de los psicópatas, esa indiferencia fría, le servía para relacionarse».

Y fue en la empresa de calzado donde el joven emprendedor conoció a Marlynn Myers, con la que acabaría casándose en septiembre de 1964, sólo nueve meses después de haber hablado con ella por primera vez.

Además, por entonces Gacy tuvo otra iniciativa que sería crucial en su éxito futuro: se unió a los Jaycees, la Cámara de Comercio Junior, un club empresarial muy exclusivo para jóvenes brillantes y hombres de negocios, en el que rápidamente fue escalando puestos hasta convertirse en uno de sus miembros más influyentes. Para muchos de los Jaycees, la organización es el paso previo a su entrada en política, pero el simple hecho de ser miembro concede automáticamente un cierto nivel social. En este caso, supuso también el espaldarazo definitivo a las ambiciones empresariales del nuevo socio.

Ese mismo año, Gacy tuvo su primera experiencia homosexual. Un colega de los Jaycees le emborrachó y le invitó a pasar la tarde juntos. Al llegar a su casa, lo tumbó en un sofá y practicó sexo oral con él mientras todavía estaba borracho. Lo sorprendente es que, pese a ello, nunca se le pasó por la cabeza que pudiera ser gay. Desde su punto de vista, esa y otras experiencias posteriores eran únicamente «experimentos» sin la menor importancia.

En 1965, Gacy era ya presidente de los Jaycees de Springfield y fue nombrado el tercer Jaycee más notable del estado de Illinois.

Deslumbrado por su brillante y prometedor yerno, el padre de Marlynn, que acababa de adquirir tres restaurantes de comida rápida de la franquicia Kentucky Fried Chicken en Waterloo (Iowa), le ofreció encargarse de la gerencia de todos ellos. El joven aceptó y al poco tiempo se trasladó con su esposa a Waterloo. Allí, él y Marlynn se convirtieron en padres. Tuvieron dos hijos: Michael nació en marzo de 1967, y Christine al año siguiente.

Además de trabajar entre doce y catorce horas al día en los restaurantes, Gacy continuó su colaboración con los Jaycees. Aunque muchos de sus compañeros en la organización le consideraban excesivamente ambicioso y algo fanfarrón, en general era muy apreciado gracias a su gran capacidad de trabajo. Por este motivo, en 1967 fue nombrado «vicepresidente excepcional» de los Jaycees de Waterloo.

Según sus propias palabras, en ese período su vida fue «perfecta». Quizá porque por fin consiguió lo que siempre quiso, la aprobación de su padre.

Durante una visita en 1967, John padre había pronunciado las anheladas palabras: «Hijo, estaba equivocado respecto a ti».

Pero la vida de los Gacy en Waterloo no era ni mucho menos tan perfecta como parecía. Porque el ciudadano respetable que tanto trabajaba para sacar adelante sus negocios, había empezado a llevar una doble vida. Engañaba a menudo a su esposa con otras mujeres, consumía drogas y frecuentaba la compañía de prostitutas. Además, había abierto un «club» en el sótano de su casa donde invitaba a sus empleados a beber y a jugar al billar. Allí se acercaba a charlar únicamente con los empleados masculinos más jóvenes. Flirteaba con ellos cuando ya estaban borrachos, y si era rechazado, daba a entender que había sido sólo una broma.

EL COMIENZO

Fue en Waterloo donde se produjo el primer ataque conocido de Gacy.

En agosto de 1967, el joven empresario invitó a Donald Voorhees, de quince años, hijo de un compañero de los Jaycees, a su casa para ver películas pornográficas. Luego lo emborrachó y le obligó a que tuviera sexo oral con él.

Y Donald fue sólo el primero de muchos. Si la primera vez le había salido bien..., ¿por qué no seguir intentándolo?

Además, a la hora de conseguir sus perversos objetivos, Gacy tenía algo muy importante a su favor: era un gran vendedor. Se le daba estupendamente defender de forma creíble las ideas más disparatadas. Por ejemplo, llegó a convencer a varios jóvenes para que le practicasen sexo oral con la excusa de que le habían encargado hacer «experimentos homosexuales» como parte de una investigación científica. A cambio de participar en ella, los chicos recibían 50 dólares.

La doble vida de Gacy discurrió sin problemas hasta que, en marzo de 1968,

Donald Voorhees le contó a su padre que su compañero había abusado sexualmente de él.

Durante la subsiguiente investigación policial, el supuesto agresor negó que las acusaciones del chico tuvieran una base real. Según él, se trataba solamente de una maniobra de su padre para desprestigiarlo. Éste era su rival en los Jaycees y se había opuesto públicamente a su nominación como presidente. Sin embargo, durante el proceso, otro adolescente, Edward Lynch, de dieciséis años, también le acusó de intento de violación.

Viéndose ya en prisión, Gacy convenció a otro adolescente llamado Russell Schroeder para que intimidara a Voorhees dándole una paliza. Pero el chico, en vez de asustarse, denunció a Schroeder, y éste, al ser arrestado, confesó que el motivo de la paliza había sido impedir que Voorhees testificase.

El 3 de septiembre de 1968, dos doctores llevaron a cabo una evaluación psiquiátrica del acusado en el Hospital Psiquiátrico de la Universidad Estatal de Iowa. Sus conclusiones fueron muy claras: la suya era una personalidad claramente antisocial que difícilmente se vería beneficiada por un tratamiento médico, y cuyo patrón de comportamiento le llevaría a entrar una y otra vez en conflicto con la sociedad.

El 3 de diciembre, Gacy fue condenado a pasar diez años en la Penitenciaría Estatal de Anamosa. Ese mismo día, Marlynn pidió el divorcio. Ni su primera mujer ni sus hijos volvieron jamás a verle.

LA VIDA EN PRISIÓN

Consciente de que, de ser señalado como agresor sexual gay, algún preso con afán justiciero podía acabar acuchillándole en el patio, Gacy contaba a quien le preguntara que lo habían encarcelado por enseñar películas pornográficas a adolescentes. De cara al resto de los internos, era sólo la víctima de una moral desfasada.

A los pocos meses, ya era el cocinero jefe de la prisión. Además, se convirtió en un firme y activo defensor de los derechos de los presos, desarrollando varios proyectos para mejorar sus condiciones de vida. También completó sus estudios, logrando graduarse en noviembre de 1969. Toda esa actividad se debía a que tenía un objetivo en mente: conseguir la libertad condicional gracias a su buena conducta. Y se aplicó a ello con la misma energía que había puesto antes en convertirse en un empresario de éxito.

Pero los momentos más difíciles de la estancia en prisión de Gacy no tuvieron nada que ver con lo que ocurría tras sus paredes.

El día de Navidad de 1969, su padre murió de cirrosis.

Dos días más tarde se le informó de lo ocurrido. La noticia le dejó totalmente hundido. Sin embargo, lo más duro para él fue que no se le concediera un permiso especial para acudir al funeral.

Después de varios intentos fallidos, y gracias a su buena conducta, Gacy consiguió la libertad condicional el 18 de junio de 1970. Sólo había pasado dieciocho meses en la cárcel.

Para el criminólogo David Wilson, aquello fue un error. «Su condena era de diez años y salió a los dieciocho meses. Logró convencer a todos de que no volvería a repetir su comportamiento. En ese tiempo llegó a lo más alto de la jerarquía carcelaria pese a ser un agresor sexual. Lo normal hubiera sido lo contrario.»

EL CAMINO HACIA EL CRIMEN

Una vez puesto en libertad, y aunque en un principio había dicho que pensaba volver a Waterloo, Gacy decidió trasladarse a la casa de su madre en Chicago, donde, gracias a la experiencia que había adquirido trabajando como cocinero en la cárcel, encontró rápidamente empleo en un restaurante.

Apenas un año más tarde, fue acusado de nuevo de intentar abusar

sexualmente de un menor al que había recogido en su coche en la terminal de los autobuses Greyhound de Chicago. Sólo que esta vez la suerte estuvo de su lado. El chico no apareció por el juzgado para dar testimonio y el caso fue desestimado.

Dado que los encargados de supervisar su condicional nunca fueron informados de lo ocurrido, poco después Gacy consiguió la libertad plena. Con ello, su historial criminal anterior quedaba sellado. Podía comenzar de nuevo.

Y con la ayuda económica de su madre, decidió reinventarse en Chicago.

Lo primero que hizo fue comprar una casa, un bungaló de dos dormitorios en Norwood Park, una zona del condado de Cook (Illinois). La dirección, el 8213 de West Summerdale Avenue, pasaría a la historia como el lugar donde cometió sus asesinatos.

Al poco de mudarse allí con su madre, Gacy se reencontró con Carole Hoff, una divorciada madre de dos hijas, amiga de una de sus hermanas, con la que había salido mientras estaba en el instituto. A los pocos meses se casó con ella, y su madre tuvo que abandonar la casa que le había ayudado a comprar.

El nuevo matrimonio era parte de su plan estratégico. Lo importante era aparentar que llevaba una vida de lo más convencional, aunque luego no fuera así en absoluto.

Porque al mismo tiempo que daba todos los pasos necesarios para cimentar su imagen de ciudadano modelo, Gacy seguía viviendo una doble vida.

Sólo una semana antes de su boda, el 22 de junio de 1972, había sido arrestado por abusar sexualmente de un chico al que obligó a subir a su coche haciéndose pasar por un agente de policía. Pero la suerte le sonrió de nuevo y el caso fue abandonado después de que el chico tratara de chantajearle pidiéndole dinero a cambio de retirar la acusación.

Decidido a seguir progresando en la vida, Gacy dejó su trabajo de cocinero y abrió su propio negocio, el Painting, Decorating and Maintenance Contractors, Inc., dedicado a pequeñas reformas y al mantenimiento de viviendas. Muy

pronto las cosas empezaron a irle francamente bien, y su empresa comenzó a facturar más de 200.000 dólares al año, una cifra notable para la época.

Claro que el dinero no era el único «beneficio» que buscaba conseguir con su negocio. Justificándolo como una forma de reducir costes, contrataba a hombres muy jóvenes. Y al menos tres de ellos acabaron muriendo en sus manos.

No obstante, según Gacy, la primera vez que mató, lo hizo accidentalmente.

EL PRIMER ASESINATO

El 2 de enero de 1972, Gacy recogió a un chico de catorce años llamado Timothy Jack McCoy en una estación de autobuses. Timothy iba camino de Omaha y sólo estaba de paso por Chicago, así que le propuso pasar la noche en su casa y llevarle de vuelta a la estación al día siguiente.

Siempre según la versión del asesino, cuando se despertó por la mañana, McCoy estaba de pie en la puerta de su dormitorio con un cuchillo en la mano. Asustado, Gacy saltó de la cama y se lanzó contra él para quitarle el arma. McCoy levantó los brazos y sin querer le hizo un corte a su «agresor» en el antebrazo. Furioso, éste le arrebató el arma y, tras un breve forcejeo, le apuñaló varias veces. Después entró en la cocina de su casa y lo que descubrió le dejó petrificado. McCoy había estado preparando el desayuno para los dos y al parecer pensaba usar el cuchillo para cortar el bacon. Al entrar en el dormitorio para despertarle, probablemente ni había pensado en el aspecto que tenía con el cuchillo en la mano.

El cadáver de McCoy acabó enterrado bajo la casa de West Summerdale Avenue, cubierto por una capa de cemento.

Aunque puede que realmente la muerte de McCoy no fuera premeditada, al acabar con su vida, Gacy tuvo un orgasmo.

En una entrevista de 1980 explicó que fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no había emoción más intensa que la proporcionada por la muerte.

«Muchos asesinos matan debido a una circunstancia concreta en un momento concreto de su vida —explica el criminólogo David Wilson —, pero la mayoría se sienten atormentados psicológicamente por haberle arrebatado la vida a otra persona. Y no quieren repetir esa experiencia, pues comprenden lo difícil que ha sido, no sólo para la víctima y su familia, sino también para ellos. Por desgracia, un pequeño número de asesinos quieren seguir comportándose así porque esa experiencia les parece emocionante, vital, excitante, atractiva.»

Mientras, de cara al resto del mundo, Gacy era un vecino ejemplar. Daba grandes fiestas en su casa cada verano, ayudaba al Partido Demócrata, al que ofreció la colaboración de sus empleados de forma gratuita, y participaba en todo tipo de actividades comunitarias. Tanta simpatía despertaba, que en 1975 fue nombrado director del desfile anual que celebra en Chicago el aniversario de la Constitución polaca de 1791. Gracias a ello, tuvo la oportunidad de ser fotografiado en 1978 con la entonces primera dama, Rosalynn Carter, quien incluso llegó a regalarle una foto dedicada.

Cuando salió a la luz la verdad sobre el asesino, lo que más llamó la atención de aquella foto fue que Gacy llevaba prendido en la solapa un pin en forma de «S», que indicaba que el Servicio Secreto lo había investigado antes de autorizar su presencia. Habían «certificado» su inocencia.

En aquella época, una de las actividades por las que Gacy se hizo más popular fue su participación en un club de payasos cuyos miembros, además de actuar en desfiles y actos para recaudar fondos para el Partido Demócrata, divertían a los niños que se encontraban hospitalizados. Tras crear su propio personaje, «Pogo», el payaso aficionado actuó en muchos eventos. Pero aunque hablaba a menudo de sus visitas a hospitales de niños, no hay ninguna prueba de que realmente actuara en alguno.

Hoy en día, la imagen de Gacy disfrazado y maquillado como Pogo es uno de los iconos más reconocibles de la cultura pop norteamericana del siglo xx. Su rostro, normalmente simpático, adquiere maquillado un matiz siniestro, perturbador. Quizá fuera una casualidad, pero cuesta creer que alguien tan

cuidadoso no fuera consciente del efecto que causaban las esquinas afiladas que remataban su boca de payaso.

LOS CRÍMENES

Gacy se dedicaba a frecuentar las zonas en las que se encontraban los homosexuales o las estaciones de autobuses. Si veía a algún chico solitario que le resultaba atractivo, hacía que subiera a su coche con la excusa de invitarle a su casa o de acercarle a algún otro lugar. Y si el chico no parecía dispuesto a ir a su domicilio voluntariamente, lo drogaba para poder abusar de él. En más de una ocasión, la manera de conseguir que fueran con él era ofrecerles un trabajo en su empresa de construcción. En otras, se hacía pasar por un policía para obligar a los chicos a entrar en su vehículo. Con objeto de que la farsa resultara más convincente, llegó a conseguir una sirena de policía, una radio y una placa.

«La táctica para cautivar y desarmar a sus víctimas —explica David Holmes— se parecía al método que usaba para atraer a la gente en el ámbito empresarial. Se los ganaba distrayéndolos con su labia. Y los metía rápidamente en situaciones de las que no podían escapar. En cuanto estaban en una posición en la que él se sentía con poder, cambiaba, cambiaba drásticamente, y en un abrir y cerrar de ojos se convertía en un monstruo dominante, aterrador y torturador.»

Todas sus citas acababan igual: Gacy abusaba de los chicos mientras los estrangulaba hasta matarlos.

«Siempre escogía el tipo de chico atractivo que él sabía que nunca podría ser —afirma el doctor Holmes—. Pero para él estos individuos eran cada vez más un número. Se fueron convirtiendo en meros objetos. Y conforme los iba viendo más como objetos con los que hacer lo que se le antojara, más atroz y espantoso era lo que experimentaban con ellos.»

Para David Wilson, Gacy entraría en la categoría de asesino en serie *hedonista*, aquel que mata a sus víctimas por la excitación sexual que le provoca

hacerlo. Le producía placer sodomizar y estrangular a sus jóvenes víctimas. Como todo psicópata, no sentía empatía, ni emoción profunda alguna. Para él, sus víctimas eran «objetos», la manera de conseguir lo que quería.

John Butkovich, Darrell Sampson, Randall Reffett, Samuel Stapleton... y muchos otros chicos siguieron desapareciendo en Chicago. Y a nadie parecía importarle la vida de estos jóvenes de paso, sin dinero, muchos de ellos homosexuales. Por desgracia, para algunos policías sólo eran escoria.

Pese a sus esfuerzos por mantener las dos caras de su vida en compartimentos estancos, poco a poco Gacy comenzó a tomar decisiones que terminarían por causarle problemas.

En 1975 le confesó a su mujer que era bisexual. Al mismo tiempo, empezó a regresar a casa muy tarde con la excusa de que tenía mucho trabajo, lo que no impidió que en alguna ocasión su mujer le sorprendiera trayendo a chicos adolescentes al sótano de su casa a las horas en las que en teoría aún estaba en la oficina.

Por fin, harta de la doble vida de su marido y de sus violentos cambios de humor, Carole solicitó el divorcio. Con su separación en marzo de 1976, Gacy perdió una de sus coartadas, pero también ganó libertad de maniobra. Ya nada le impedía hacer lo que le diera la gana en la intimidad de su casa.

Menos de dos meses después de su divorcio, había ya otros tres cadáveres enterrados debajo de la vivienda.

Lo extraño es que, por alguna razón que no han sido capaces de explicar los criminólogos que han estudiado la trayectoria criminal de Gacy, éste no siempre asesinaba a sus víctimas. Y una víctima viva era un cabo suelto que alguien como él no podía permitirse. Un hilo del que la policía podía acabar tirando para desenredar la madeja de su vida.

LOS SUPERVIVIENTES

Uno de esos «cabos sueltos» fue David Cram, un empleado suyo de sólo dieciocho años que se fue a vivir con él el 21 de agosto de 1976. Al día siguiente, Gacy emborrachó al chico y le puso unas esposas. Cuando trató de violarle, Cram, que había pasado un año en el ejército, le pegó una patada en la cara y se libró de las esposas. Un mes más tarde, el asesino se presentó en el dormitorio de Cram con la intención de abusar de él. Pero el chico se resistió de nuevo y no tuvo más remedio que desistir. Poco después, Cram abandonó la casa de su jefe y dejó su empresa. Y lo hizo sin denunciarlo.

Durante los siguientes años, Gacy continuó matando sin que nadie sospechara que el «buen vecino» era en realidad un sanguinario asesino. Su estrategia, mantener una imagen de normalidad, funcionaba a la perfección.

Tal era su empeño en comportarse como se esperaba de él que en abril de 1977 llegó a comprometerse con una mujer con la que llevaba saliendo tres meses. Sin embargo, al poco de irse a vivir con él, ella rompió su compromiso y lo abandonó.

Dispuesto a conseguir pareja como fuera, Gacy volvió a salir durante una temporada con Carole Hoff. El resultado fue un nuevo fracaso. De puertas afuera, podía simular que era «normal». Dentro de casa, no le resultaba tan fácil.

En octubre de 1977, el asesino de chicos jóvenes cometió un nuevo error que bien pudo haber acabado con su arresto.

En una parada de autobús, encontró al joven de diecinueve años Robert Donnelly. Amenazándole con una pistola, le obligó a ir a su casa, donde le torturó y violó. Tras unas horas, Gacy llevó a Donnelly al lugar donde trabajaba y le dejó marchar.

Esa misma mañana, Donnelly le denunció, explicando que había amenazado con matarlo. Pero cuando la policía interrogó a su agresor, éste explicó que lo que había ocurrido entre ellos era sólo sexo sadomasoquista consentido. Y la policía le creyó.

De nuevo, el carisma de Gacy le había salvado de dar otra vez con sus huesos en la cárcel.

En marzo de 1978, Jeffrey Rignall, de veintiséis años, subió a un coche cuando su conductor le ofreció marihuana. Nada más entrar, Gacy le durmió con cloroformo. Una vez en su casa, le violó y torturó, sumiéndole en la inconsciencia cada vez que despertaba. Cuando terminó con él, no le mató, sino que le llevó hasta un parque, donde le dejó tumbado bajo una estatua. Rignall descubrió mucho más tarde que la inhalación de cloroformo durante aquella noche había dañado su hígado de forma irreversible.

Jeffrey Rignall también denunció a su violador a la policía. Pero los agentes no le otorgaron demasiada credibilidad a una declaración con muchas lagunas. Como se temía que la intención real del chico era dañar la reputación de un respetado empresario local, la denuncia prosperó con lentitud. Tanto que Gacy aún estaba esperando la citación judicial por el incidente con Rignall cuando fue por fin detenido por otros asesinatos.

EL ANILLO DE J.A.S.

Robert Piest, de quince años, trabajaba en una farmacia de Des Plaines cuando desapareció el 11 de diciembre de 1978.

La última vez que alguien le vio, iba camino de una reunión con un «contratista» que le había ofrecido un trabajo de verano. Después, el chico había quedado con su madre, pero cuando ésta fue a buscarle, no apareció.

Enseguida cundió la alarma. El dueño de la farmacia habló con la policía y explicó que John Gacy, un contratista que se había reunido con él para hablar de la remodelación de su local, era probablemente el hombre al que Robert se había referido al hablar con su madre.

El teniente de policía Joseph Kozenczak decidió ir a hablar con el «contratista». Al preguntarle si le había ofrecido trabajo a Robert Piest, éste lo negó, diciendo que ni siquiera le conocía. Sin embargo, cuando Kozenczak replicó que le habían visto hablar con él en la farmacia Nisson, su respuesta fue:

«¡Oh, ese chico!», fingiendo haber olvidado que había cruzado unas palabras con él. Efectivamente, habían hablado. Aunque de nada en especial. Ni le había ofrecido trabajo, ni quedaron para verse más tarde. Y sí, claro que pasaría por la comisaría para confirmar su versión. En ese momento le era imposible porque un tío suyo acababa de morir y estaba esperando una llamada de su madre, pero iría en cuanto pudiera.

Horas más tarde, Gacy se presentó en comisaría cubierto de barro, diciendo que había tenido un accidente de coche. Y, por supuesto, volvió a explicar que no sabía qué podía haber sido del chico desaparecido. Meses después, los agentes descubrirían que había acudido a la comisaría justo después de hacer desaparecer el cuerpo de su víctima en las aguas del río Des Plaines.

De todas maneras, la policía del condado, convencida de que no era tan inocente como quería hacer creer, pidió una orden para registrar su casa. Durante el registro se descubrió un hueco debajo de la vivienda al que se accedía por una trampilla. En el interior de esa cámara aislada todo estaba seco y compacto. No había ningún indicio de delito.

Aun así, la policía encontró algunos objetos sospechosos durante el registro: ropa demasiado pequeña para Gacy, unas esposas, una pistola, un anillo grabado con las iniciales J.A.S., e incluso un resguardo de la farmacia donde trabajaba Robert Piest.

Nada de lo encontrado permitió que la policía vinculara directamente al sospechoso con la desaparición del chico. El constructor había frecuentado la farmacia en la que Piest trabajaba y no tenía nada de extraño que tuviese un recibo de la misma.

Sin embargo, ese pequeño papel se convertiría más adelante en una de las piezas fundamentales para demostrar su culpabilidad.

A pesar de la falta de pruebas incriminatorias, la policía decidió seguir insistiendo. Estaban convencidos de que no podía ser casualidad que alguien que se había visto envuelto en tantos casos de abuso sexual hubiera sido el último en ver al chico desaparecido.

Gacy había cometido un error fatal al elegir a su última víctima: se trataba de un chico cuyo perfil no tenía nada que ver con el de sus víctimas habituales. Era muy popular, tenía muchos amigos, y una familia que se preocupaba por él y que no pensaba cejar en el empeño de aclarar su desaparición.

Decididos a aumentar la presión sobre el sospechoso, la policía asignó a dos detectives para someter a Gacy a una vigilancia constante. Sorprendentemente, éste no parecía demasiado preocupado por la situación. De hecho, a menudo invitaba a los detectives que le seguían a cenar en restaurantes o a beber en su casa. Cuando alguien le preguntaba por lo que estaba ocurriendo, decía que le estaban acosando debido a sus conexiones políticas. Incluso llegó a contar a sus amigos que los policías eran agentes del FBI que le seguían para protegerle.

Mientras tanto, la investigación policial seguía su curso. Los policías volvieron a interrogar no sólo a varios supervivientes de los ataques, sino a todas las personas del entorno del empresario: su ex mujer, amigos, empleados, etc.

Finalmente, fue el anillo con las iniciales J.A.S. encontrado en el sótano de la casa de West Summerdale Avenue lo que encauzó la investigación en la dirección correcta.

Al parecer, el anillo había pertenecido a John A. Szyk, un joven desaparecido en enero de 1977 con algunas de sus posesiones, incluyendo una televisión Motorola exactamente igual a la que tenía Gacy. Además, según contaban sus amigos, supuestamente Szyk le había vendido su coche Plymouth Satellite a «un tal John Gacy». Y los investigadores sabían que uno de los empleados del empresario, Michael Rossi, conducía ese modelo de coche. Lo comprobaron y descubrieron que se trataba del mismo vehículo.

El 17 de diciembre de 1978, Michael Rossi confirmó que su jefe le había vendido el coche después de decirle que se lo había comprado a Szyk porque el joven necesitaba dinero para mudarse a California.

Sólo unas horas después, los investigadores consiguieron una orden judicial para registrar el maletero del coche de Gacy, donde descubrieron restos de pelo

humano. Esa tarde, con la ayuda de tres perros, determinaron que el cuerpo de Robert Piest había estado dentro del coche.

La certeza de que la policía estaba a punto de atraparlo comenzó a afectar al sospechoso. Esta vez no podía seguir con su vida como si nada. Su aspecto cada vez era más desaliñado y no paraba de beber. Lo que no significaba que pensara dejar de luchar contra lo que él consideraba «acoso policial». Con esa intención, el 18 de diciembre habló con sus abogados. Quería denunciar a la policía para que cesara el hostigamiento.

Ese mismo día, la policía interrogó a Kim Byers, una compañera de trabajo de Robert Piest. Lo que le contó a la policía cambió el rumbo de la investigación. Robert le había prestado su parka y ella había guardado en uno de sus bolsillos un resguardo de la farmacia de un carrito de fotos que había dejado para revelar. Cuando el chico se marchó para reunirse con el «contratista», ella le devolvió la parka. Los agentes le enseñaron entonces el papel que habían encontrado en el sótano de la vivienda del sospechoso y ella lo reconoció. Era el mismo. Que hubiera aparecido allí sólo podía significar una cosa: Piest, o al menos su parka, habían estado en aquel sótano.

Sabiéndose cercado, Gacy comenzó a derrumbarse.

El 20 de diciembre acudió a una reunión con sus abogados para ultimar los detalles de su denuncia contra la policía. Llegó con muy mal aspecto, y lo primero que hizo fue pedir una bebida. Cuando se la proporcionaron, cogió un periódico con un artículo en primera plana sobre la desaparición de Robert Piest y les dijo: «Este chico está muerto. Está en un río».

Durante las siguientes horas, Gacy confesó todos sus crímenes. Según sus propias palabras, había sido «el juez, el jurado y el verdugo de mucha, mucha gente», y la mayoría estaban enterrados bajo su casa o en el río Des Plaines.

La confesión duró hasta la mañana siguiente. Pero en vez de entregarse a la policía tal y como sus abogados le aconsejaban, el asesino empleó el tiempo que le quedaba de libertad en despedirse de sus amigos, visitar la tumba de su padre y atar varios cabos sueltos de sus negocios.

Entonces, el teniente Kozenczak decidió que había llegado la hora de detener a Gacy.

NO MERECIÁN VIVIR

El 21 de diciembre de 1978, aprovechando que le habían visto darle marihuana al encargado de un garaje, la policía arrestó a Gacy por tenencia de drogas. Mientras era interrogado, se consiguió una segunda orden para registrar su vivienda.

Al llegar a la casa, los policías descubrieron que la cámara del subsuelo había sido inundada. La intención era clara: obstaculizar cualquier posible investigación. De todos modos, el agua no impidió que un técnico se arrastrara bajo el suelo de la casa y empezara a cavar en la zona sudoeste. En pocos minutos, encontró restos humanos.

El fiscal Robert Egan estuvo presente el día en que se excavó por primera vez bajo la vivienda de Gacy. «Se sacó el primer cadáver —recuerda Egan—. Todos estábamos allí observando la excavación. Había mucha agua en el hueco. De hecho, el cuerpo se tuvo que sacar literalmente de debajo del agua. El técnico de pruebas tuvo que meter las manos en el agua, tocó una caja torácica y la sacó. Luego, el técnico metió las manos en el agua y nos gritó: “¡Aquí hay otra caja torácica!”.»

Por fin, la policía podía acusar de asesinato al sospechoso.

Incapaz de seguir mintiendo, el 22 de diciembre de 1978, John Wayne Gacy confesó a la policía que había cometido entre veinticinco y treinta crímenes. Después les mostró a los agentes los lugares exactos bajo su casa donde había escondido los cuerpos y los llevó al puente desde el que había tirado al río el cuerpo de su última víctima y de otros cuatro chicos.

Entre el 22 y el 29 de diciembre se hallaron veintisiete cadáveres bajo la casa. Dos nuevas víctimas fueron encontradas durante los siguientes meses.

La policía le preguntó a Gacy por qué había asesinado a todos esos chicos. Su respuesta fue muy clara: lo hizo para que no le denunciaran. Además..., ¿qué importancia tenía? «Esos chicos eran escoria. No merecían vivir.»

JUICIO Y CONDENA

El descubrimiento de los crímenes de Gacy dejó boquiabiertos a todos sus vecinos. Muchos de ellos siguieron defendiendo su inocencia durante meses. No podían creer que aquel hombre tan amable, en cuya casa jugaban a menudo los niños del barrio, fuera un asesino.

El 6 de febrero de 1980, en la sala presidida por el juez Louis Garippo, y ante un jurado seleccionado en otro condado debido a la intensa cobertura periodística local del caso, comenzó el juicio que iba a determinar si el simpático vecino era responsable de asesinar a treinta y tres jóvenes.

Entre ellos se encontraban algunos que todavía no habían podido ser identificados y que, en ciertos casos, no lo serían hasta muchos años más tarde. De hecho, la última identificación se produjo en noviembre de 2011. Gracias a las técnicas forenses modernas, fue posible identificar los restos de un joven desaparecido en octubre de 1976.

Pero la policía no necesitaba saber todos los nombres de las víctimas para montar la causa contra su asesino.

Sus abogados habían preparado la estrategia de defensa con minuciosidad. Para ello, un año antes de ir a juicio, Gacy dedicó cientos de horas a realizar test psicológicos y a entrevistarse con diferentes psiquiatras que debían determinar si era o no imputable en razón de su estado mental. El objetivo era demostrar que tenía personalidad múltiple. Con esa intención, le aconsejaron que en el juicio se declarase «no culpable por trastorno mental». Para apoyar dicha tesis, tres psiquiatras le diagnosticaron como «esquizofrénico paranoide». Según ellos, tenía personalidad múltiple y habían sido sus alter egos, a los que él había

bautizado como «Pogo el payaso» y «Jack Hanson», quienes cometían los crímenes.

Por su parte, la acusación se esforzó en demostrar que había habido premeditación en todas y cada una de sus acciones, tanto para cometer los crímenes como para encubrirlos. Para ello, presentaron como testigos a los empleados de la empresa de Gacy, que señalaron los lugares exactos de la cámara de aislamiento donde su jefe les había pedido cavar los agujeros en los que se hallaron los cadáveres. Se da la trágica ironía de que uno de aquellos jóvenes trabajadores, Gregory Godzik, acabó enterrado en una de esas «trincheras».

Para el fiscal William Kunkle, el asesino había sido consciente en todo momento de lo que estaba haciendo. No sólo porque hubiera ordenado a sus empleados abrir los agujeros para tener un número suficiente de «huecos disponibles» para víctimas futuras, sino porque, al ser detenido, tenía en su poder el código legal de Illinois, en el que había subrayado la ley contra delincuentes sexuales peligrosos. Gacy sabía bien lo que hacía y a qué posible castigo se enfrentaba.

Entonces, la defensa cambió de estrategia y alegó que las treinta y tres muertes se habían producido accidentalmente por «asfixia erótica». Algo que la oficina forense del condado rebatió fácilmente.

Quizá los momentos más duros del juicio se vivieron cuando comenzaron a testificar los pocos supervivientes a los ataques, empezando por Donald Voorhees, el menor víctima de abusos sexuales en 1967, y Robert Donnelly, al que Gacy había torturado en 1977. Ambos jóvenes apenas pudieron mantenerse enteros durante su declaración, dejando una profunda impresión en el jurado.

La defensa contraatacó llamando a sus testigos, los familiares del acusado, y a uno de los supervivientes, Jeffrey Rignall. Éste había sido rechazado como testigo de la acusación debido a que había escrito un libro sobre el caso, *An Encounter with John Wayne Gacy*, y el fiscal pensaba que eso pondría en peligro su credibilidad. Los abogados defensores pretendían con tales testimonios

demostrar que el comportamiento de Gacy era impulsivo e irracional. Con ese fin, consiguieron que Rignall afirmara que creyó que su agresor había sido incapaz de controlarse mientras le torturaba.

En la quinta semana de juicio, y viendo que la acusación desmontaba la estrategia seguida por sus abogados defensores, el acusado escribió una carta personal al juez Garippo en la que solicitaba que declarase el juicio nulo alegando varios motivos: no estaba de acuerdo con la estrategia de su defensa, que le había llevado a declararse no culpable por trastorno mental; creía que sus abogados no habían llamado a suficientes testigos; y, lo más importante, no le permitían declarar como testigo en su propio juicio. Según el magistrado, nada de aquello se sostenía. Es más, era libre de testificar si ésa era su voluntad. Para hacerlo, sólo debía notificárselo al jurado. Sin embargo, Gacy no llegó a hacerlo.

Una vez escuchados los testimonios de los testigos, los supervivientes, los familiares de las víctimas y del acusado, llegó el momento de las argumentaciones finales de acusación y defensa. Por parte de la acusación, el fiscal Sullivan se centró en el historial de abusos a menores del acusado y la premeditación de sus crímenes. En cambio, los abogados defensores insistieron en la teoría de los impulsos homicidas incontrolables de su defendido.

Tras un juicio que se prolongó durante cinco semanas, la deliberación del jurado apenas duró dos horas.

Gacy fue condenado a cumplir doce cadenas perpetuas y veintiuna penas de muerte, y fue trasladado a una cárcel de Chester (Illinois), donde pasaría catorce años en el corredor de la muerte esperando a ser ejecutado.

En prisión, el asesino empezó a pintar. Muchos de sus cuadros eran autorretratos disfrazado de Pogo el payaso. Todos se vendieron muy bien. Cuando se le preguntó qué pensaba de aquellos que criticaban que un criminal pudiera ganar dinero vendiendo sus cuadros, Gacy contestó que le parecía absurdo que alguien se opusiera a ello, ya que, al fin y al cabo, lo único que él quería era «llevar alegría a la vida de la gente».

Durante ese tiempo, Gacy leyó libros de leyes e hizo lo posible por recurrir su

caso, alegando que sólo había asesinado a cinco de sus víctimas, mientras que las otras murieron mientras él estaba viajando por negocios, a manos de empleados suyos que supuestamente tenían las llaves de su casa.

Las constantes alegaciones consiguieron retrasar la fecha de su ejecución, quizá porque había algo que parecía ser cierto: en muchas ocasiones, Gacy no había actuado solo. Uno de los supervivientes a sus abusos, Jeffrey Rignall, recordaba haber visto a un «joven de pelo castaño» observándole una de las veces que recobró el conocimiento tras ser drogado con cloroformo. Y los inspectores de policía que siguieron al asesino antes de que fuera detenido le escucharon decir a dos de sus empleados que tenían que enterrar a alguien, «como a los otros cinco». Pese a ello, la policía no llegó a reunir suficientes pruebas para inculpar a ninguno de los supuestos cómplices.

Por fin, después de que el Tribunal Supremo de Estados Unidos desestimara su última alegación, Gacy fue ejecutado por inyección letal el 10 de mayo de 1994.

Su cerebro fue examinado por la doctora Helen Morrison, una psiquiatra forense experta en asesinatos en serie, que lo había entrevistado seiscientas horas durante su cautiverio. El objetivo de la doctora Morrison era descubrir si su cerebro presentaba peculiaridades que pudieran explicar los rasgos psicopáticos de su personalidad. Sin embargo, no pudo encontrarse ninguna anomalía que explicara los terribles crímenes que había cometido.

Tras su muerte, John Wayne Gacy siguió siendo lo que había sido toda su vida, un enigma.

Aún hoy sigue sin conocerse el número exacto de personas que murieron en sus manos. La policía nunca ha podido asegurar que los treinta y tres cuerpos encontrados en su casa y en el río Des Plaines fueran las únicas víctimas. Gacy viajaba a menudo por trabajo y es posible que en alguno de sus viajes cometiera más asesinatos. De hecho, cuando se le pidió que diese el número exacto de sus víctimas, sus palabras fueron: «Eso os toca descubrirlo a vosotros, chicos».

Ted Bundy, *el asesino de estudiantes*

De 1974 a 1978, Ted Bundy recorrió varios estados del oeste americano atacando a jóvenes estudiantes en sus propios dormitorios o raptándolas en lugares públicos.

Todas sus víctimas correspondían al mismo patrón: jóvenes, morenas, esbeltas, peinadas con raya en medio, más que atractivas, estudiantes brillantes..., las hijas ideales de cualquier familia de clase media.

En los medios de la época, su forma de actuar se comparaba al ataque de un tiburón, «que nada en una concurrida playa, acecha y se lleva a su víctima, desapareciendo sin dejar ningún rastro».

Pero lo que verdaderamente despertó el terror entre sus compatriotas fue el contraste entre la fachada del atractivo estudiante de Derecho, joven promesa del Partido Republicano, y el monstruo que en realidad ocultaba en su interior.

¿Qué sucedió para que Ted Bundy matase salvajemente a las desgraciadas jóvenes que se cruzaron en su camino?

UNA INFANCIA LLENA DE SECRETOS

Theodore Robert Cowell nació el 24 de noviembre de 1946 en el hogar para madres solteras Elizabeth Lund, en Vermont. Su madre, Eleanor Louise Cowell, de veintidós años, era una «buena chica» de una familia de clase media de Filadelfia.

De su padre biológico, al que Ted no llegó a conocer nunca, sólo se sabe que

era un graduado de la Universidad Estatal de Pennsylvania, veterano de las Fuerzas Aéreas y que se dedicaba al comercio.

Para evitar que sobre la familia recayera el estigma de la «ilegitimidad», los Cowell decidieron criar al pequeño Ted haciéndole creer que ellos eran sus verdaderos padres y que su madre era su hermana.

Pero cuatro años después, la joven decidió llevarse a su hijo de allí y empezar de nuevo en Tacoma (Washington).

Louise estaba empeñada en construir un hogar convencional para su hijo. Tras un breve cortejo, se casó con el cocinero militar Johnnie Bundy, quien adoptó a Ted. Aunque el nuevo padre intentó estrechar los lazos con el pequeño, no lo consiguió nunca y éste se consideró siempre un Cowell antes que un Bundy, pese a llevar a partir de entonces dicho apellido.

En su época del instituto, su timidez, inseguridad e incomodidad en la interacción social hicieron que, aun tratándose de un chico atractivo, fuese objeto de las burlas de sus compañeros. A primera vista reunía las cualidades para integrarse en el grupo de los «populares» de su instituto, pero algo fallaba. De algún modo, no encajaba.

Fuera de clase, no lograba mantener los trabajos mucho tiempo y comenzó a tener problemas con la ley. Fue señalado por las autoridades de menores en varias ocasiones como sospechoso de intento de robo en casas o de automóviles. No obstante, no consta ningún registro que indique que las denuncias llegaran a prosperar.

Se cree que fue por aquella época cuando uno de sus primos le descubrió a Bundy la verdad sobre su origen. Por eso, aunque la infancia y la adolescencia de Ted Bundy no fueron del todo «anormales», sí que creció en un entorno de medias verdades y dudas. Para el criminólogo David Wilson, catedrático de Criminología y Derecho Penal en la Universidad de Birmingham, «esa desconfianza provocaba que le costara tener vínculos duraderos con las personas que le habían mentado».

Entonces la universidad cambió su vida.

En 1965, Bundy se matriculó en la Universidad de Puget Sound, en Tacoma. Un año más tarde pasó a la Universidad de Washington, en Seattle, donde cursó un programa intensivo de chino. Y allí comenzó su transformación. Su atractivo físico y la cuidada elegancia con que empezó a vestirse contribuyeron a proporcionarle una imagen de éxito a la que no eran indiferentes quienes le conocían.

Y fue en la residencia universitaria en la que se alojaba, McMahon Hall, donde Bundy conoció a la mujer de sus sueños. La chica que lo cambiaría todo.

Era la primavera de 1967.

LA MUJER DE SUS SUEÑOS

Stephanie Brooks (seudónimo que en la literatura sobre el caso recibe la primera novia de Ted Bundy para proteger su identidad real) era una bella joven, esbelta, de largo pelo moreno que peinaba con raya en medio, nacida en el seno de una rica familia californiana. El joven estudiante creía que Stephanie pertenecía a una clase social que hacía imposible que ella se fijase en él, pero la pasión de ambos por el esquí les permitió pasar tiempo juntos y que comenzaran una relación.

Al cabo del año, la mujer se dio cuenta de que Ted era pura fachada. Si bien decía que le interesaban la política y la abogacía, no daba ningún paso para conseguir los objetivos que le convertirían en un buen candidato para el matrimonio. Por ello, tras graduarse en 1968, Stephanie rompió con Bundy y volvió a California.

La ruptura amorosa casi acabó con el joven estudiante. Sin Stephanie, perdió interés en todo, dejó los estudios y entró en un proceso depresivo.

Para algunos expertos del caso, también pudo afectarle un viaje a Vermont realizado en 1969. Bundy visitó el hogar Elizabeth Lund y, tras obtener su partida de nacimiento, confirmó que su origen era ilegítimo. A partir de

entonces, el joven se mostró convencido de que su verdadero padre pertenecía a otra «clase» y que esa diferencia social le había impedido aceptar a su hijo.

Obsesionado con Stephanie, Bundy sólo salió del «agujero» cuando tomó la decisión de reconquistarla. Con ese objetivo se matriculó en Psicología, campo en el que sacó excelentes calificaciones, y entró en la arena política, llegando a ser el asistente del republicano Ross David en 1973.

Durante esos años también trabajó como voluntario en una línea de atención telefónica de prevención de suicidios. Allí coincidió con la escritora Ann Rule, que sería contratada poco después para escribir sobre las desapariciones de las universitarias de Washington, sin sospechar que el culpable era el atento joven que había llegado a ser su amigo. Esa experiencia quedaría relatada en su libro, *The Stranger Beside Me: The Classic Case of Serial Murder*. Ann Rule cuenta que en esas noches interminables en las que se recibían llamadas desesperadas de auxilio, Ted Bundy contribuyó a salvar muchas vidas. Lo que, según sus propias palabras, «resulta algo irónico, teniendo en cuenta todas las que quitaría después».

En 1973, Ted decidió que estaba preparado para volver a ver a Stephanie.

La mujer se dejó seducir por el cambio operado en el joven, y retomó la relación viajando a menudo desde California hasta Seattle. Lo que Stephanie Brooks no sabía era que Bundy llevaba tiempo involucrado en otra relación sentimental con la joven divorciada y madre de una hija pequeña, Elizabeth Kendall (seudónimo bajo el cual publicó su relato de la vida con Bundy, *The Phantom Prince: My Life with Ted Bundy*).

A principios de 1974, el aplicado Bundy decidió estudiar Derecho, convencido que ahí estaba la clave para su éxito, y se sintió preparado para pedirle matrimonio a Stephanie. La mujer aceptó, pero entonces él, de forma inesperada, cortó todo contacto con ella.

Tras conseguir su objetivo de vengarse por haber sido rechazado, Ted debería haberse sentido satisfecho. Y, sin embargo, no fue así.

Para Ann Rule, «la experiencia humillante del rechazo de Stephanie en 1968

fue el catalizador de los impulsos homicidas de Bundy». Existe la teoría de que en los asesinatos de las jóvenes, Bundy mataba «simbólicamente» a Stephanie una y otra vez. No en vano, todas sus víctimas compartían un patrón físico y social que las asemejaba al primer amor del asesino.

A pesar de ello, es imposible saber qué impulsó a Bundy a atacar cruelmente a mujeres desconocidas. Lo que sí se ha podido comprobar es que el primer intento de acabar con la vida de una joven se produjo tan sólo tres días después de haber «culminado» su venganza de Stephanie.

EXTRAÑOS ATAQUES

La noche del 4 de enero de 1974, Joni Lenz (también seudónimo), de dieciocho años, se fue a dormir a su cuarto en la casa que compartía con varios amigos. Su habitación era la única que estaba en el sótano. Cuando al día siguiente no apareció a desayunar ni acudió a ninguna de sus clases, sus alarmados compañeros de piso bajaron a buscarla y descubrieron que la joven yacía ensangrentada e inconsciente entre las sábanas.

Alguien había utilizado una de las piezas de metal de la estructura de la cama para golpearle salvajemente el cráneo. Después le había introducido el objeto por la vagina, causando grandes daños a sus órganos internos. Parecía que Lenz había sido víctima de un crimen de «oportunidad». Alguien la había vigilado y, tras comprobar que la puerta lateral del sótano no estaba cerrada, la había atacado mientras dormía.

Pese a todo, aun con daños cerebrales, es una de las pocas supervivientes de los ataques de Ted Bundy.

Su siguiente víctima no tuvo tanta suerte. Linda Ann Healy estudiaba Psicología en la Universidad de Washington y compartía alojamiento con otras cuatro compañeras. Todas habían escuchado la noticia del terrible ataque del 4 de enero, sucedido a poca distancia de su casa, y procuraban tomar precauciones

extras: cerrar con llave, ir en pareja por la noche, evitar a hombres de aspecto extraño...

Aun así, el 1 de febrero Linda Ann desapareció de su habitación sin dejar rastro. La policía abrió una investigación y procedió a inspeccionar su cuarto. La chica secuestrada también dormía en un sótano, cuya puerta de acceso había sido abierta pero no forzada. Su cama estaba hecha, pero al levantar el edredón, la policía descubrió una gran mancha de sangre que parecía indicar que la joven se encontraba muy malherida o muerta.

Lo más extraño era que el atacante se había tomado su tiempo para llevarse los vaqueros de Linda Ann, coger una de sus mochilas y dejar el camisón ensangrentado antes de desaparecer con la chica, tal y como comprobaron los agentes al revisar su armario ayudados por sus compañeras de piso. Sin embargo, no había ni una huella, ni un pelo..., nada que indicase quién podía estar detrás del ataque.

Lo que las autoridades no podían imaginarse era que lo peor estaba por llegar.

LAS DESAPARICIONES DE WASHINGTON

Durante la primavera y el verano de 1974 se produjo una sucesión de desapariciones en los ambientes universitarios de Washington y sus alrededores. Donna Manson, Susan Rancourt, Roberta Kathleen Parks (en el vecino Oregon), Brenda Ball y Georgeann Hawkins desaparecieron una tras otra, sin dejar rastro, mientras iban de camino o regresaban de los lugares donde vivían.

Todas ellas, morenas de pelo largo peinadas con raya en medio, recordaban a la chica de los sueños de Ted Bundy.

Y no sólo tenían en común su parecido físico. La mayoría había desaparecido en lugares públicos y transitados, y todo indicaba que las víctimas se habían marchado de forma voluntaria con su secuestrador.

Al darse cuenta de que existían similitudes entre unos casos y otros, la policía

llegó a la conclusión de que se enfrentaban a un asesino en serie.

Pero ¿cómo conseguía el secuestrador convencer a sus víctimas para que se subieran a su coche o lo acompañasen andando a algún otro lugar?

La respuesta se iba a conocer gracias a los dos siguientes secuestros.

EL MODUS OPERANDI

El sábado 14 de julio de 1974, el Parque Estatal del Lago Sammamish se encontraba lleno de gente que escapaba del calor de Seattle. Ése fue el arriesgado escenario escogido por el secuestrador para volver a actuar.

Varias mujeres contaron después a la policía que un hombre atractivo, moreno y con el brazo escayolado se les había acercado sonriendo, pidiendo ayuda para montar una canoa en la baka de su coche. Todas ellas se habían negado, bien porque el hombre les había producido una impresión extraña, bien porque estaban con amigos o familiares y no querían alejarse demasiado.

Esa decisión les salvó la vida.

Pero hubo una testigo que sí aceptó prestar ayuda al joven. Caminó con él hasta su Volkswagen escarabajo de color beige y le extrañó que no hubiese ninguna canoa a la vista. Entonces él le explicó que la embarcación estaba en casa de sus padres, donde debían recogerla, y abrió la puerta del copiloto para que ella entrase en su coche. A la chica aquello le pareció extraño, de modo que puso una excusa y se marchó.

A las 12.30, esa misma mujer vio a la estudiante de veintitrés años Janice Ott acompañar al educado joven hasta el coche.

Janice había acudido sola al parque para tomar el sol. Varios testigos vieron al hombre escayolado acercarse y hablar con ella. Incluso llegaron a escuchar el nombre con el que se presentó: «Ted». A los pocos minutos, la chica se levantó, se vistió y cogió su bicicleta para acompañar al desconocido.

Y a las 16.30 se produjo otra desaparición que en este caso no pasó

desapercibida.

Denise Naslund estaba en el parque acompañada por su novio y otra pareja. Fue al servicio y no regresó nunca. Dado que había dejado atrás su bolso con las llaves del coche, era imposible pensar que se hubiera podido marchar voluntariamente. También en este caso varios testigos situaron al atractivo joven escayolado en la zona cercana a los baños, pidiendo ayuda con su canoa.

El capitán Herb Swindler, de la policía de Seattle, ordenó un despliegue de agentes nunca visto hasta el momento. Se interrogó a cientos de personas, pero no se encontró rastro alguno de las chicas.

Esta vez, Bundy había secuestrado a dos mujeres jóvenes en el mismo lugar lleno de gente, con tan sólo cuatro horas de diferencia y a plena luz.

De acuerdo con el criminólogo David Wilson, «el beneficio psicológico del primer asesinato no fue suficiente. Los asesinatos en serie comienzan como consecuencia de una fantasía que se va perfeccionando con el tiempo. A la larga, una no le bastaba; la fantasía exigía que fuesen dos».

Esta vez, Bundy proporcionó a la policía una clave esencial para entender su *modus operandi*. Se habían preguntado cómo conseguía el secuestrador que sus víctimas lo percibiesen como alguien inofensivo, y ahora lo sabían: fingía una lesión con una escayola, lo que le permitía acercarse a la víctima sin levantar sospechas, ganarse su confianza y luego reducirla.

Los investigadores relacionaron esa información con los pocos testimonios que tenían de los casos anteriores. Así, se descubrió que en la desaparición de Susan Rancourt, varios testigos habían afirmado haber visto a un hombre moreno, con muletas y lo que parecía una escayola en la pierna, andando por la calle en la que la chica se desvaneció. También Brenda Ball fue vista hablando con un hombre escayolado en el bar al que había ido sola antes de desaparecer.

En septiembre, unos cazadores encontraron los restos de Ott y Naslund, junto con los de una tercera persona (a la que luego Bundy identificaría como Georgeann Hawkins), en una carretera comarcal a tan sólo tres kilómetros del lago Sammamish.

El doctor Richard B. Jarvis, un psiquiatra de Seattle experto en mentes criminales, trazó entonces un perfil de Ted: «El sujeto tendría entre veinticinco y treinta y cinco años, temía a las mujeres y el poder que tenían sobre él y en algún momento habría mostrado “tendencias asociales”. Debía parecer inofensivo y educado para que las mujeres bajasen la guardia con él y parecía conocer a la perfección el funcionamiento de los campus universitarios».

Era una descripción perfecta de Ted Bundy.

Además, tanta audacia le pasó factura, porque por fin la policía pudo elaborar un retrato robot suyo que difundió en la prensa.

Esa imagen guarda mucha similitud con fotos de la época de Ted Bundy. Sin embargo, pese al parecido físico, compartir nombre y conducir su modelo de coche preferido, el Volkswagen escarabajo, ninguno de sus conocidos le relacionó con el secuestrador. Incluso le gastaron bromas al respecto sin imaginar que estaban ante el verdadero culpable.

Aun así, hubo alguien de su entorno que empezó a temer que pudiera estar detrás de las desapariciones. Elizabeth Kendall, su pareja sentimental desde 1973, sospechó del extraño comportamiento de su novio durante ese verano. Y en el mes de julio llamó de forma anónima al teléfono proporcionado por la policía, dando el nombre de Bundy, que pasó a engrosar la larga lista de sospechosos.

Pero cuando las desapariciones de Washington cesaron de forma tan abrupta como habían comenzado, la mujer no volvió a llamar a la policía.

UN NUEVO ESCENARIO DE CAZA

A mediados de septiembre de 1974, Bundy se trasladó a Salt Lake City para estudiar Derecho en la Universidad de Utah, donde había sido admitido gracias a las cartas de recomendación de sus profesores de Psicología y del republicano Ross Davies.

Enseguida comenzaron a desaparecer chicas en la ciudad y sus alrededores, de la misma forma que lo habían hecho antes en Washington.

El 18 de octubre de 1974, Melissa Smith, de diecisiete años, hija del comisario de la policía de Midvale, un suburbio de Salt Lake City, nunca regresó a casa tras despedirse de una amiga a la que había ido a visitar. Como hija de policía, Melissa sabía que no debía asumir riesgos innecesarios. Sin embargo, aquel día todos los consejos protectores de su padre no le sirvieron de nada.

Su cuerpo apareció nueve días después en una zona boscosa a muchos kilómetros de su ciudad. Le habían golpeado la cabeza salvajemente con una palanca o un instrumento romo. Además, su atacante la había violado, sodomizado y estrangulado con una de sus medias.

Laura Aime, de diecinueve años, desapareció la noche de Halloween cuando se dirigía sola a un parque cercano. En noviembre se descubrió su cuerpo en los lindes de una zona boscosa y un aparcamiento. La autopsia de su cuerpo llevó a las mismas conclusiones que en el caso de Melissa Smith. Ambas jóvenes habían sido atacadas por el mismo hombre.

Como antes había sucedido en Washington, los investigadores no tenían ninguna evidencia con la que trabajar.

Sin embargo, Ted Bundy estaba a punto de cometer su primer error grave.

El 8 de noviembre de 1974, un hombre moreno se acercó a la joven Carol DaRonch en un centro comercial. Tras decirle que alguien había abierto su coche, le pidió que le siguiera hasta el aparcamiento para que comprobara si le habían quitado algo.

Al examinar su vehículo, Carol vio que no faltaba nada y se dispuso a seguir con sus compras. Entonces el hombre, que se identificó como el «Agente Roseland, del Departamento de Policía de Murray», la hizo entrar en su propio coche —un Volkswagen escarabajo con pinta nada «policial»— con la excusa de que debía llevarla a la comisaría a poner la denuncia. Al sentarse junto al supuesto policía, ella percibió un intenso olor a alcohol y empezó a sospechar que no había sido buena idea aceptar acompañarle.

En un momento en que el vehículo circulaba a menor velocidad, Carol intentó huir y el hombre le empezó a gritar y a golpear mientras trataba de ponerle unas esposas. Como la chica consiguió salir del coche con las esposas agarradas a una sola de sus muñecas, el agresor se dispuso a golpearla con una barra de hierro.

Pero Carol fue afortunada. No sólo esquivó el golpe que iba dirigido a su cabeza, sino que fue capaz de darle una patada en la entrepierna y escapar corriendo. Poco más tarde, un matrimonio que circulaba por la zona la recogió en estado de shock y la llevó a la comisaría de policía de Murray, uno de los suburbios de Salt Lake City.

La policía tenía por fin el testimonio de una víctima viva que podía actuar como testigo, siempre y cuando su atacante pudiese ser detenido. Aunque, por el momento, éste seguía libre y sus ansias de matar no habían sido satisfechas.

La noche que Carol DaRonch consiguió escapar, otra joven desapareció para no volver a ser vista. Debbie Kent salió de su instituto, el Viewmont High School, al que había acudido con sus padres para asistir a una representación musical, con la intención de recoger después a su hermano en una bolera. No consiguió llegar hasta su coche.

Sin embargo, los investigadores del caso de Debbie Kent sí que encontraron una pista. Una pequeña llave apareció en el suelo del aparcamiento en el que se había evaporado la chica. Sospechando que el agresor podía ser el mismo hombre que había intentado secuestrar a Carol DaRonch, probaron a insertar la llave en las esposas y comprobaron que se abrían.

Por primera vez había una evidencia que confirmaba que los casos estaban relacionados. Esto suponía también que había muy pocas posibilidades de que Debbie apareciera con vida.

Esas Navidades se reunió lo más granado de las fuerzas del orden en una conferencia en Nevada y se examinaron los casos de las chicas desaparecidas en Washington y en Utah. Pese a lo que ya se sabía del agresor, era imposible determinar si había que atribuir todos los casos a un solo hombre.

Las noticias sobre las desapariciones de Utah hicieron que resurgiesen los

temores de Elizabeth Kendall. No podía dejar de pensar que habían comenzado en el momento en el que Ted se trasladó allí. Dispuesta a hacer lo que fuese necesario para evitar que hubiera más muertes, comunicó sus sospechas a las autoridades de Utah. Sin embargo, cuando llegó el aviso a la policía, las desapariciones ya habían parado, como en Washington.

Ahora, un nuevo estado iba a convertirse en el terreno de caza del asesino.

LAS DESAPARICIONES DE COLORADO

El 12 de enero de 1975, Caryn Campbell, una joven enfermera que estaba de vacaciones con su familia en Aspen (Colorado), desapareció en un pasillo de su hotel al ir a recoger una revista que se había dejado en la habitación. Su cuerpo apareció un mes más tarde en una carretera cercana. La autopsia reveló que la habían matado pocas horas después de desaparecer. Como Melissa Smith y Laura Aime, la víctima presentaba un fuerte traumatismo craneoencefálico producido por el golpe de un instrumento romo, sin filos.

Durante los siguientes meses hubo numerosas desapariciones en el estado: Julie Cunningham, Denise Oliverson, Melanie Cooley, Shelley K. Robertson..., y todas respondían al patrón físico preferido por el asesino de universitarias.

Mientras tanto, en marzo de ese mismo año, en el estado de Washington se hizo un macabro hallazgo que cerraría el interrogante sobre el paradero de algunas de las desaparecidas. Unos estudiantes de Ingeniería Forestal que realizaban un trabajo de campo en la Taylor Mountain encontraron un cráneo humano. Pertenecía a Brenda Ball.

Las autoridades rastrearon la zona y en localizaciones muy próximas pudieron encontrar también los cráneos de Roberta Parks, Susan Rancourt y Linda Ann Healy. A diferencia de las víctimas del lago Sammamish, que habían sido encontradas relativamente cerca del lugar de su desaparición, los restos hallados habían viajado muchos kilómetros.

Pero pese a la nueva información, se seguía sin conocer la identidad de Ted. Aunque no por mucho tiempo.

PRIMERA DETENCIÓN

El 16 de agosto de 1975, al sargento Bob Hayward, un agente de tráfico de Murray, le pareció extraño ver un Volkswagen escarabajo dando vueltas por las calles de un barrio residencial.

Procedió a darle el alto, pero el conductor aceleró y se dio a la fuga. Sin embargo, al comprobar que el coche patrulla le perseguía, acabó parando. Al policía le resultó raro que el coche no tuviese el asiento de atrás y le pidió al conductor, que se había identificado como Ted Bundy, que abriera el maletero. En su interior el agente encontró lo que parecían las herramientas necesarias para cometer un robo: esposas, una palanca, una máscara hecha con unas medias de nailon, varias bolsas, un picahielo...

Razones más que de sobra para detenerlo.

La noticia del arresto llegó a uno de los detectives encargados del caso de Carol DaRonch, quien recordó que el secuestrador conducía el mismo tipo de coche.

Además, el nombre de Ted Bundy era el que figuraba en el registro de las llamadas de una mujer de Seattle, Elizabeth Kendall, que afirmaba que su novio era el culpable de las desapariciones. Por fin parecía que la investigación se encaminaba en buena dirección.

Inmediatamente, se procedió a registrar el domicilio de Bundy en Salt Lake City. Allí se encontraron guías de viaje de las estaciones de esquí de Colorado, con el hotel del que desapareció Caryn Campbell marcado, y un programa de la representación musical del instituto de Debbie Kent.

Todos los indicios apuntaban a que habían encontrado a su hombre, pero las pruebas que tenía la policía eran sólo circunstanciales. Ninguna permitía

vincularle directamente con las desapariciones o los asesinatos. Debían encontrar nuevas evidencias.

Lo primero que hicieron fue incluir a Ted Bundy en una rueda de reconocimiento. En ella fue señalado como responsable de su secuestro por Carol DaRonch y por otras jóvenes a las que había abordado en el instituto la noche en que desapareció Debbie Kent.

Por si esto no fuese suficiente, los investigadores contaban con algo más, el testimonio de Elizabeth Kendall, que fue sometida a varios interrogatorios por la policía de Utah. En ellos explicó que Ted desaparecía por las noches y no decía adónde iba, que no había estado con ella ninguno de los días en que se produjeron las desapariciones en Washington, que le encontraba extraños objetos cuya procedencia él no podía justificar, como guantes quirúrgicos, pasta para escayola, ropa de mujer de talla diferente...

En aquel momento, las policías de Utah, Colorado y Washington y sus diferentes jurisdicciones comenzaron a colaborar activamente para asegurar la condena del sospechoso.

El seguimiento de los registros de la tarjeta de crédito de Bundy demostró que había mentido cuando afirmó no haber viajado a Colorado. La policía pudo probar que había repostado gasolina en ese estado los días en que desaparecieron Caryn Campbell, Julie Cunningham y Denise Oliverson.

Por su parte, la policía del estado de Washington se dedicó a interrogar a todas las mujeres que se habían relacionado con Bundy a lo largo de los años. Pronto se dieron cuenta de que su sospechoso mostraba dos caras: una era la del estudiante brillante y galante, y otra la de un manipulador peligroso que reaccionaba con violencia ante el mínimo conflicto.

No fue una labor fácil llegar a esa conclusión. Todavía había mucha gente que se negaba a creer que Ted Bundy fuese capaz de actos tan brutales. Entre ellos se encontraban su amiga, la escritora Ann Rule, y sobre todo su familia, quienes consiguieron importantes donaciones para un fondo que financiase su defensa en el juicio que se avecinaba.

PRIMER JUICIO

El 23 de febrero de 1976 comenzó en Salt Lake City el juicio sin jurado por el intento de secuestro con violencia de Carol DaRonch. La acusación sólo contaba con la identificación de la testigo en una rueda de reconocimiento y el testimonio de Elizabeth Kendall.

Bundy estaba convencido de que saldría libre; creía poder demostrar que la policía había presionado a la chica, aún bajo el efecto de un trauma, para que le identificara.

Además, según contó él mismo, tenía preparadas respuestas para todo el resto de interrogantes que había planteado su conducta. Y en el juicio dio buenas muestras de su inventiva, cuando justificó que había huido del agente que le dio el alto porque acababa de fumarse un porro de marihuana.

Pese a ello, el juez Stewart Hanson lo encontró culpable y lo condenó a cumplir una pena de uno a quince años.

Los familiares de Melissa Smith, Debbie Kent y Laura Aime, que no podían acusarle de la desaparición de sus hijas por falta de pruebas, habían acudido al juicio y recibieron con alegría la sentencia.

Ted Bundy debía ingresar en prisión mientras esperaba a que se celebrase el juicio por el asesinato de Caryn Campbell.

LA PRISIÓN

Pese a ser un agresor sexual, Bundy pronto se encontró en la prisión estatal de Utah como pez en el agua, convirtiéndose en el «abogado» de los demás internos que buscaban su consejo jurídico.

Pero lo más sorprendente es que consiguió convencer a Elizabeth Kendall de

que sus sospechas eran infundadas, y ambos reanudaron su relación como si nada hubiese pasado. Aunque el testimonio de la mujer había ayudado a condenarle, él la había perdonado.

En prisión, Bundy se dedicó a algo más que a preparar su defensa en el próximo juicio. En octubre de 1976 se le encontró escondido entre las ropas lo que parecía un «kit de fuga»: mapas de carreteras, información de vuelos y un número de la seguridad social. Esto le supuso que le confinasen en solitario. Sin embargo, enseguida recuperó la confianza de sus carceleros y volvió al régimen habitual.

LAS FUGAS

En junio de 1977, Bundy fue trasladado a Aspen para comenzar con el proceso por el asesinato de Caryn Campbell. Su primera iniciativa fue solicitar al tribunal que le permitiese llevar su propia defensa. Y el juez Lohr aceptó.

La acusación estaba convencida de que el caso de Colorado era mucho más sólido que el del intento de secuestro con violencia de Carol DaRonch, por el que Bundy ya había sido condenado. La razón era que esta vez se contaba con pruebas forenses: habían encontrado en el Volkswagen de Bundy pelos «microscópicamente idénticos» a los de tres de sus víctimas, entre ellas Caryn Campbell. Además, creían poder demostrar que la depresión en el cráneo de la mujer asesinada se correspondía con la que dejaría el impacto de la palanca que requisaron a Bundy cuando lo detuvieron en Murray.

Entretanto, Ted Bundy estaba, según la escritora Ann Rule, «eufórico». Comenzó a inundar el juzgado de sus peticiones para preparar el caso, y pidió una máquina de escribir, una mesa de despacho y ayuda del laboratorio forense. Como había alegado que lo necesitaba para trabajar en su defensa, se le concedió todo.

Aunque lo que le resultó más útil fue que se le permitiera acceder a la

biblioteca legal de Aspen.

La mañana del 7 de junio de 1977, Ted aprovechó un receso en el procedimiento para solicitar una visita a la biblioteca del edificio. El agente encargado de su vigilancia esa mañana era nuevo en el puesto y no conocía al preso. Por eso, cuando éste desapareció de su vista tras una pila de libros, se limitó a quedarse donde estaba, en la puerta de la sala.

Ted se acercó a la ventana, saltó a la calle y desapareció entre la gente.

Las fuerzas del orden, abochornadas por haber dejado que el recluso se les escapase delante de sus narices, dedicaron todos sus recursos a darle caza.

Eso no impidió que ahora a Bundy se le considerara una especie de «héroe de la canción folk» por el mismo público que exigía su detención. Aparecieron camisetas en las que se había impreso: «Ted Bundy es un rollo de una noche», y una emisora local de radio, la KSNO, dedicó un programa a lo que llamó «las peticiones musicales de Ted Bundy», en el que se emitían canciones del tipo «Ain't no Way to Treat a Lady» (Ésa no es forma de tratar a una dama), de Helen Reddy. E incluso una hamburguesería ofrecía la «Bundyburger», que consistía en dos trozos de pan sin más, porque «la carne había volado».

Mientras, el fugado caminaba en círculos por las montañas de Aspen, y se alimentaba de lo que conseguía robar a los excursionistas. Una semana después de su huida, Bundy, al borde de la extenuación y con un tobillo muy inflamado a consecuencia del salto desde la ventana, regresó a Aspen durante la noche y robó un Cadillac. No llegó lejos. El cansancio le hizo dar bandazos y una patrulla de tráfico acabó deteniéndolo.

Rápidamente, fue trasladado a la cárcel de Garfield, en Glenwood Springs (Colorado), donde perdió sus privilegios. Se reintegró a la rutina carcelaria y pareció concentrarse en la preparación de su defensa en el próximo juicio.

Pero su intención no era quedarse para asistir a su celebración.

Dos semanas antes del comienzo del juicio, el 30 de diciembre de 1977, Bundy se coló por un pequeño hueco que había excavado y disimulado durante varios meses en el techo de su celda, y se deslizó por los conductos hasta dejarse

caer sobre el armario del apartamento de uno de sus carceleros. Cogió algo de ropa, dejándolo todo en perfecto orden, y salió tranquilamente por la puerta. Sólo había tenido que adelgazar lo suficiente para caber en su vía de escape y esperar el momento oportuno.

Para cuando descubrieron su fuga, Bundy ya había cogido un avión y gozaba de un paseo por las calles de Chicago.

Pasó la Nochevieja en un bar de Ann Harbor (Michigan), y al día siguiente decidió tomar un autobús a Florida.

LOS ÚLTIMOS CRÍMENES

El 8 de enero de 1978, Bundy llegó a Tallahassee, en Florida, y usando el nombre de Chris Hagen, alquiló una habitación en un albergue del campus de la universidad del estado.

Era libre pero andaba muy corto de efectivo, y lo que para él era más importante: en su nueva vida era un «don nadie».

Según el criminólogo David Wilson, «a los asesinos en serie les encanta ser el centro de la tragedia que ocurre a su alrededor. Bundy, al trasladarse a Florida, perdió el estatus que tenía, el que podía seguir indirectamente en la prensa o las televisiones locales. Debía hacer algo para recuperar la atención que necesitaba, para demostrar el “horripilante” poder que tenía sobre la cultura que aborrecía».

De ahí que tan sólo una semana después de haber llegado a Tallahassee, Bundy volviera a atacar.

La madrugada del 15 de enero de 1978, la estudiante Nita Neary regresaba al edificio de la hermandad Chi Omega, cuando en la planta baja casi tropezó con un hombre que salía de allí apresuradamente. Llevaba una gorra en la cabeza y lo que parecía un palo entre las manos. Alarmada, Nita despertó a la directora y juntas se acercaron a los dormitorios de las estudiantes. En un pasillo se encontraron con una de ellas, que salía de su cuarto tambaleándose mientras se

sujetaba la cabeza. Estaba empapada en sangre. Acababa de ser atacada. Pero no sería la única.

Al llegar al edificio de la Chi Omega, la policía se encontró con una escena horrible. Dos jóvenes estudiantes que compartían habitación, Karen Chandler y Kathy Kleiner, estaban malheridas tras haber recibido fuertes golpes en la cabeza. Y otras dos, Margaret Bowman y Lisa Levy, habían fallecido a causa del brutal ataque. Todo había sucedido mientras dormían.

Todavía se preguntaban cómo alguien había sido capaz de cometer tal atrocidad, cuando un aviso de radio informó que otra joven acababa de ser atacada en su dormitorio, a pocas manzanas de allí. Al llegar los agentes, el asesino ya había huido, dejando a la víctima, Cheryl Thomas, viva pero con lesiones permanentes que le impedirían seguir su carrera de danza.

Los investigadores de Florida concluyeron de inmediato que se trataba de un experto depredador que había planeado los ataques con una minuciosidad casi militar y que dejaba pocas pistas para seguir su rastro.

El nombre de Ted Bundy era completamente desconocido para ellos, aunque no seguiría siéndolo por mucho tiempo.

El 8 de febrero, a la salida de un centro comercial de Jacksonville, a doscientos cincuenta kilómetros de Tallahassee, Bundy trató de secuestrar a la adolescente Lisa Parmenter. Como luego explicó ella misma, el hombre que se le acercó presentándose como «Richard Burton, del departamento de bomberos» conducía una destartalada furgoneta Dodge blanca. Pero la oportuna llegada del hermano mayor de la chica impidió el secuestro. Además, Lisa y su hermano, hijos de policía, sospecharon del desconocido y apuntaron la matrícula de su vehículo. El padre de los chicos comprobó posteriormente que se trataba de una furgoneta robada y dio la alarma.

Por desgracia, su aviso no llegó a tiempo de salvar a la siguiente víctima de Bundy.

El día 9, Kimberly Leach, de doce años, pidió permiso a su profesora para salir de clase a buscar su bolsa de gimnasia. Un testigo la vio subir a una

furgoneta blanca obligada por un hombre enfadado; como supuso que era su padre, no hizo nada para impedirlo.

Cuando la furgoneta fue recuperada en Tallahassee, había recorrido en pocos días una gran distancia, casi ochocientos kilómetros. En su interior se encontraron signos de lucha, ramas y una etiqueta con un precio que más tarde los investigadores descubrirían que pertenecía a un cuchillo de caza de grandes dimensiones. Además, las pruebas del laboratorio demostraron que Kimberly Leach había sido atacada allí, lo que permitió delimitar la zona donde podía estar su cuerpo.

Muchas semanas después, los restos de la joven fueron encontrados en una pocilga abandonada a cuarenta kilómetros de su casa.

En la madrugada del 15 de febrero, en Pensacola (Florida), el oficial de policía David Lee dio el alto al conductor de un Volkswagen escarabajo tras comprobar que la matrícula correspondía a un coche robado. Entonces, el conductor salió del coche y echó a correr. Tras una persecución en la que el agente disparó al aire, el sospechoso fue atrapado. Mientras era detenido, le dijo al policía: «Ojalá me hubiese matado».

Aunque el detenido dificultó su identificación dando un nombre falso tras otro, pronto se comprobó que era uno de los diez fugitivos más buscados por el FBI, Ted Bundy.

Y lo que era más importante, también era el responsable de los crímenes de Florida.

LOS JUICIOS DE FLORIDA

Ted Bundy fue juzgado dos veces, una por los ataques de la Chi Omega y las lesiones de Cheryl Thomas, y otra por el secuestro y asesinato de Kimberly Leach. En ambos casos, el acusado se enfrentaba a un veredicto de pena de muerte.

El primero de los juicios, debido a la intensa cobertura mediática, no podía celebrarse en Tallahassee sin «contaminar» al jurado. Por este motivo, el magistrado encargado del caso, el juez Cowart, decidió llevarlo a Miami, donde se produjo un increíble despliegue periodístico, ya que iba a ser el primer juicio televisado a nivel nacional.

Ted Bundy rechazó el trato que le ofrecía la oficina del fiscal, que le hubiese permitido salvar su vida a cambio de declararse culpable. Además, solicitó defenderse a sí mismo. Para determinar si podía encarar su propia defensa, el juez Cowart decidió someterle a análisis psiquiátricos. Los «patrones de conducta antisocial» que le fueron diagnosticados no se consideraron un impedimento para que ejerciese su defensa.

El propio juez intentó sin éxito que Bundy recapacitase y dejase su defensa a otros. Llegó a decirle que «el abogado que se representa a sí mismo tiene un idiota por cliente».

Quizá por eso, durante todo el juicio, en lugar de esforzarse en demostrar su inocencia, Bundy pareció estar disputando un combate de ingenio con el juez.

Para el criminólogo David Wilson, la conducta de Bundy era lógica, ya que «los asesinos en serie desean ser el centro de los acontecimientos, son superficiales. Bundy tenía la fantasía de que podía haber sido un abogado genial... Carecía de la profundidad para comprometerse y acabar de estudiar una carrera de Derecho, pero al llevar a cabo la fantasía de defenderse a sí mismo, conseguía ser el centro de todo».

A Bundy le fue bien durante la primera fase del juicio. Su primer logro fue conseguir que no se admitiesen como evidencias las «herramientas» encontradas en su arresto en Utah.

Además, la acusación tampoco pudo utilizar las conversaciones grabadas durante un interrogatorio en las que admitía tener fantasías que a veces gobernaban su conducta. Sólo quedaba la identificación de la testigo de la Chi Omega, Nita Neary, que le había visto salir del edificio con un palo en las

manos, y la marca de los dientes que había dejado sobre el cuerpo de una de las asesinadas, Lisa Levy.

Fue esta última prueba la que aseguró la condena de Bundy. A efectos de identificación, la marca que deja la dentadura es casi tan exacta como una huella dactilar. Por ello, el testimonio de los dentistas forenses, los doctores Richard Soubiron y Lowell Levine, anuló cualquier duda razonable sobre la autoría de los ataques. El mordisco en el glúteo izquierdo de Lisa Levy encajaba a la perfección con la dentadura del acusado.

Además, Bundy cometió otro error al interrogar él mismo a las supervivientes. Al hacerlo, dañó su imagen frente al jurado, que lo vio indiferente a la vulnerabilidad que transmitían sus víctimas mientras relataban sus ataques.

Tras menos de siete horas de deliberación, el 24 de julio de 1979, el acusado fue encontrado culpable de dos asesinatos, tres intentos de homicidio en primer grado y dos de allanamiento de morada.

El juez del caso lo condenó a morir en la silla eléctrica.

Después de múltiples retrasos, el 7 de enero de 1980 comenzó en Orlando (Florida) el juicio por el asesinato de Kimberly Leach. Aunque Bundy ya tenía dos condenas a muerte, el estado quería asegurarse la ejecución por si acaso lo impedía alguna de las apelaciones a la sentencia de los ataques a la Chi Omega.

Durante este segundo juicio, los estallidos de ira de Ted Bundy fueron más frecuentes. La fachada de suficiencia e invulnerabilidad tras la que se escondía se estaba desmoronando. Y eso pese a que contaba con el apoyo de Carol Ann Boone, una antigua compañera de trabajo de Seattle que se había convertido en su nueva pareja sentimental. La mujer le ayudaba con los gastos y las gestiones necesarias para su defensa, pues creía firmemente en la inocencia de su novio.

Sin embargo, el jurado no opinó lo mismo. Una vez más, Bundy fue encontrado culpable del secuestro y asesinato de Kimberly Leach.

Carol Ann Boone subió por primera y única vez al estrado para «suplicar por la vida» de su pareja antes de que el jurado dictase la pena. Entonces, aprovechando que una ley de Florida lo permitía, la pareja celebró su

matrimonio ante la mirada atónita del juez y los miembros del jurado. ¿Romanticismo o la estrategia desesperada de Bundy para evitar una nueva condena a muerte?

Cualquiera que fuera la respuesta, la condena fue igualmente severa: morir en la silla eléctrica.

Tras años de estratagemas y apelaciones, Ted Bundy fue ejecutado en la silla eléctrica el 24 de enero de 1989 en la cárcel de Raiford, en Florida.

Mientras esperaba en el corredor de la muerte, Bundy se entrevistó con los escritores Stephen Michaud y Hugh Aynesworth, autores del libro *The Only Living Witness: The True Story of Serial Sex Killer Ted Bundy*. En sus conversaciones, el recluso mantuvo siempre su inocencia, hablando en tercera persona del hombre que había cometido los ataques y especulando sobre su estado mental, sin reconocer nunca que se trataba de él mismo.

Durante esos años, Bundy ofreció su ayuda en el caso del *Asesino de Green River*, dando claves de su comportamiento a Robert Keppel, psiquiatra y autor del libro *The Riverman: Ted Bundy and I Hunt for the Green River Killer*. Durante sus encuentros, el doctor Keppel descubrió que Bundy había practicado necrofilia con muchos de los cadáveres de sus víctimas. Aunque podría dar la impresión que un afán altruista guiaba al asesino, para Robert K. Ressler, el experto perfilador del FBI, se trató de una estrategia de Bundy para regresar al centro de la atención mediática, ya que no ofreció ninguna información determinante para el caso.

Sólo cuando se enfrentó a una ejecución segura, Bundy empezó a confesar sus crímenes. Pero no se trataba de un acto humanitario con las familias de las desaparecidas. Sólo quería prolongar su vida unas semanas más.

La cifra exacta de las víctimas de Bundy sigue siendo un misterio. El propio Bundy insinuó que había matado en seis estados y que había que añadir un dígito a los 36 asesinatos de mujeres que le atribuía la policía. ¿136? ¿360?

Nunca lo sabremos.

6

Gary Leon Ridgway, *el Asesino de Green River*

Aunque fue acusado de cuarenta y nueve muertes y él confesó haber cometido setenta y un asesinatos, se cree que el número real de víctimas de Gary Leon Ridgway se aproxima a noventa.

Es considerado el asesino más prolífico de la historia de Estados Unidos.

Todas sus víctimas fueron mujeres, la mayoría jóvenes prostitutas.

Su reinado de terror duró diecinueve años y dejó el área que rodea Seattle sembrada de cadáveres.

INFANCIA

Gary Leon Ridgway nació el 18 de febrero de 1949 en Salt Lake City, en Utah. Sus padres, Mary Rita Steinman y Thomas Newton Ridgway, tuvieron tres hijos, de los cuales él fue el mediano.

Thomas era conductor de autobús y el pequeño Gary le acompañaba a menudo en sus viajes. Cuando veían a una prostituta haciendo la calle, Thomas hablaba de ellas en términos muy despreciativos y las llamaba «sucias». Pero el odio que sentía por ellas no impedía que recurriera a menudo a sus servicios.

Según el propio Ridgway, no era raro que su padre le llevara de paseo en su coche y que le hiciera bajar para poder practicar sexo con alguna prostituta en el asiento de atrás. Mientras, el niño paseaba por la zona comiendo alguna chuchería, esperando a que regresaran a por él.

La relación entre Mary Rita y su hijo tampoco era fácil. Como recuerda una

compañera de su hermano mayor, «mientras que Gary pasaba totalmente desapercibido en el colegio, su madre no. Trabajaba como dependienta en unos almacenes a media jornada, llevaba el pelo recogido y una capa de maquillaje..., y unas faldas que no eran el estilo que se llevaba entonces, y menos aún en una madre. Daba la impresión de que quería aparentar glamour. No era como nuestras madres. En absoluto». Al mismo tiempo, se daba la paradoja de que era una mujer muy religiosa.

Según algunos parientes, la vida en el hogar de los Ridgway era muy difícil. Mary era muy dominante y discutía a menudo con Thomas delante de sus hijos. Incluso en una ocasión llegó a romperle un plato en la cabeza con los niños como testigos.

Pero Mary no sólo era dura con su marido.

De niño, Gary solía orinarse en la cama. Por la mañana, su madre, que era la primera en darse cuenta de lo ocurrido, lo bañaba de inmediato para que nadie lo supiera. Sin embargo, también ella lo ridiculizaba contando lo que había pasado delante de la familia. Debido a esa mezcla de ternura y dureza, desde bien pequeño el chico tuvo una relación afectiva muy complicada con ella.

Para colmo, era muy mal estudiante, lo que hacía que su madre le tratara de forma aún más dura. Siendo todavía un niño, le hicieron un test de inteligencia que dio como resultado un 82 de cociente intelectual, 18 puntos por debajo de la media. Por lo demás, pasaba totalmente desapercibido en el colegio. Según sus compañeros, era un niño simpático, con quien resultaba fácil llevarse bien y que no llamaba la atención especialmente.

ADOLESCENCIA

Cuando Ridgway llegó a la adolescencia, su madre aún le bañaba, y el baño incluía lavarle los genitales.

Según el catedrático en Psicología Criminal Louis Schlesinger, «para una

persona con una sexualidad emergente, que una madre que viste de forma provocativa le lave los genitales tiene un fuerte impacto. Los niños deben ver a sus madres como asexuadas. Es muy, muy desestabilizador que no ocurra de este modo». En opinión de los psicólogos que han estudiado el caso, el comportamiento de Mary Rita hizo que su hijo la odiase y desease al mismo tiempo.

En esa época, el chico empezó a meterse en peleas, y muy pronto llevó a cabo su primera agresión seria.

Con dieciséis años, vio a un niño de sólo seis que jugaba disfrazado a indios y vaqueros cerca de un bosque. Se acercó a él, le empujó hacia unos arbustos y lo golpeó en el estómago hasta casi matarle. Después sacó una navaja, le hizo un corte en el hombro y dijo: «Siempre me pregunté lo que sería matar a alguien». Así lo recuerda la víctima, confirmado por el propio Ridgway en sus declaraciones.

«THE STRIP»

La autopista 99 conduce hasta el aeropuerto internacional Sea-Tac (Seattle-Tacoma).

Fae Brooks, la detective que desde 1983 lideró la fuerza especial destinada a atrapar al *Asesino de Green River*, explica que «al comienzo de los ochenta era un área muy concurrida, por la que iba y venía mucha gente, con bares de topless, un montón de hoteles donde podías alquilar una habitación por una hora o dos. A una de sus avenidas la llamaban “The Strip”, simplemente. En ella, muchas mujeres jóvenes trabajaban como prostitutas».

La humilde casa de los Ridgway quedaba cerca de esa avenida.

De nuevo según Fae Brooks, «un montón de esas chicas jóvenes habían crecido en hogares donde se abusaba de ellas. Y ésa era la razón por la que habían huido».

Tal y como explicó Patricia Eakes, abogada de la acusación durante el juicio

de Ridgway: «Todas las chicas eran jóvenes, y algunas de ellas tenían un pasado difícil. Pero también todas... eran hijas de alguien. Hermanas de alguien. Madres de alguien».

Para un asesino, eran las víctimas perfectas. Estaban indefensas y era muy difícil identificarlas, lo que complicaba cualquier investigación posterior.

UN HOMBRE CASADO

A los veintiún años, recién acabado el instituto, Gary se casó con su novia, Claudia Barrows, una chica un año menor que él.

Al poco tiempo se alistó en la marina y fue enviado a Vietnam, donde llegó a entrar en combate. Allí frecuentó prostitutas y, como se negaba a usar preservativos, contrajo gonorrea. Pero desde su punto de vista, él no era responsable de haberse contagiado. La culpa era sólo de las prostitutas. Su forma de ver este asunto incrementó el desprecio que sentía por ellas a causa de la influencia de su padre.

Mientras su marido combatía en Vietnam, Claudia comenzó a salir con un amigo de ambos. Cuando Ridgway regresó, Claudia le contó lo que había ocurrido y se divorciaron.

Al poco tiempo, el soldado recién licenciado encontró trabajo en una empresa dedicada a la fabricación de camiones, la Kenworth Truck Company, donde lo contrataron como pintor. Trabajó allí hasta su detención en el año 2001.

En 1973, Ridgway conoció a Marcia Winslow, una mujer con problemas de sobrepeso con la que pronto contrajo matrimonio.

Según contó Marcia tras la detención de su marido, éste le pedía practicar sexo muchas veces al día, tantas como ella aceptara. Su apetito sexual era insaciable. Y no era raro que la presionara para hacerlo en lugares públicos, como cines o parques.

Al mismo tiempo, en aquella época Gary se hizo muy religioso. Leía la Biblia

en voz alta, en casa y en el trabajo, e insistía en que Marcia siguiera las estrictas enseñanzas de su pastor. Tan importante era su fe para él que se convirtió en un miembro fanático de la Iglesia Pentecostal, y en su tiempo libre iba de puerta en puerta intentando convertir a sus vecinos. Era habitual verlo llorar después de leer la Biblia o de asistir a un sermón en la iglesia.

La importancia creciente que fue adquiriendo la fe en su vida no impidió que contratara los servicios de prostitutas. Tal y como él mismo contó cuando fue detenido en 2001, ellas eran su obsesión.

En 1975, Marcia dio a luz al único hijo de la pareja, Matthew. Poco tiempo después, se operó para solucionar sus problemas de sobrepeso y adelgazó, convirtiéndose en una mujer atractiva que atraía las miradas de otros hombres. Su nuevo aspecto enloqueció a Ridgway, cuyos celos hacían que discutieran a menudo. Llegaban incluso a las manos y, en una ocasión, Marcia estuvo a punto de morir estrangulada por su marido.

Mientras tanto, Mary Rita seguía jugando un papel muy importante en la vida de su hijo. Era la «típica suegra» sobreprotectora que se metía donde no la llamaban: intentaba controlar los gastos de la familia, trataba de tomar decisiones respecto a qué debía comprar y qué no, elegía su ropa y acusaba a su nuera de no cuidar bien a su nieto.

Todos estos factores hicieron que la pareja se divorciara cuando Matthew cumplió cinco años.

Fue entonces cuando Gary se convirtió en un habitual del Strip, recorriendo la avenida a bordo de alguna de sus furgonetas en busca de prostitutas.

GREEN RIVER

En 1982, las primeras víctimas de Ridgway aparecieron flotando en el Green River. Eran dos, atadas la una a la otra, y parecían un solo cuerpo. El hombre que las descubrió las vio desde un bote y pensó que eran maniqués.

Mientras se investigaba la escena del crimen, una tercera víctima fue encontrada en la ribera.

Se trataba de prostitutas de dieciséis, diecisiete y treinta y un años, respectivamente.

Fueron sólo el comienzo de un largo reinado de terror.

Cuando otros dos cadáveres aparecieron en el mismo río, se empezó a hablar del *Asesino de Green River*.

En 1992 ya había quince casos, entre muertes y desapariciones de chicas, atribuidos al mismo asesino.

La policía, decidida a encontrarlo, creó una fuerza especial dedicada de forma exclusiva a resolver los asesinatos. Pero era una tarea que no resultaba nada fácil. Como explica la policía Fae Brooks: «No es verdad que se investigara menos porque las víctimas fueran marginales, prostitutas o chicas que habían huido de sus casas. Todo el cuerpo de investigadores relacionados con los casos de estos homicidios, en Green River, estaba comprometido en la tarea».

Atrapar a un asesino en serie no es fácil, y menos aún en la década de los ochenta. Todavía no existían ordenadores sofisticados, por lo que no había un archivo centralizado con todas las pistas relativas al caso. La identificación por ADN, que años más tarde acabó siendo determinante en el caso de Ridgway, estaba empezando a desarrollarse en aquella época.

EL MÉTODO DEL ASESINO

La mayoría de los asesinatos ocurrieron entre 1982 y 1984. Las víctimas eran, o bien prostitutas, o chicas que Ridgway recogía en la carretera mientras hacían autoestop. Algunas de ellas habían huido de hogares conflictivos.

Para el *Asesino de Green River*, matar prostitutas resultaba más fácil que a otro tipo de mujeres. Para acercarse a ellas sólo hacía falta dinero.

Además, las odiaba.

«A todas esas mujeres las maté porque quería. Y eso era odio, yo las odiaba. (...) Odio a las prostitutas y no quería pagar por tener sexo con ellas», llegó a decir.

Nunca se apiadó de los ruegos de sus víctimas. Trataba a las mujeres como si fueran cosas. «Ella no era nada para mí. La follé, la maté y me deshice de ella. (...) Era basura. Por eso yo la cubrí con basura.» Lo que ansiaba era controlar a sus víctimas y sentir el poder que ejercía sobre ellas. «La controlaba cuando la mataba y la controlaba hasta que la descubrieran. La controlaba mientras la tenía en mi posesión. Ustedes no las pueden controlar, yo sí pude», dijo.

Ridgway abandonó la mayoría de los cadáveres en zonas boscosas alrededor del Green River, excepto cuatro que fueron encontrados en Portland (Oregon), donde fueron dejadas supuestamente para despistar a la policía.

Dada la escasa distancia a la que se encontraban unos cuerpos de otros, la policía concluyó que lo más probable es que hubieran sido víctimas de la misma persona. Además, estaban convencidos de que se enfrentaban a lo que Robert K. Ressler, agente retirado del FBI experto en perfilación psicológica, describe como un asesino en serie *organizado*: un psicópata sexual que planifica sus asesinatos con gran eficiencia, y los lleva a cabo con la frialdad que le permite no sentir empatía alguna por sus víctimas.

Gary siempre procedía de forma muy parecida: entablaba conversación con una mujer, habitualmente una prostituta a la que se había acercado en su furgoneta, y se ganaba su simpatía, a menudo enseñándole fotos de su hijo. Si la traía a casa, lo primero que le enseñaba era la habitación del niño. Según explicó el propio asesino, en ese momento ella pensaba: «Ey, este chico tiene un hijo. No parece capaz de hacer daño a nadie».

Pero no sólo lo percibían así sus víctimas. Según relatan quienes lo conocieron, en una primera impresión era imposible imaginar que fuera peligroso. Bajo de estatura, usaba gafas de concha y tenía cara de buen tipo, su físico era el de una persona en quien se podía confiar.

Gary pedía a las mujeres que se quitaran toda la ropa, incluidas las medias, y también que usaran el baño antes de empezar porque sabía por experiencia que las víctimas por estrangulamiento tienden a manifestar episodios de incontinencia.

Esa prudencia le llevaba a extremar las medidas de seguridad. Para empezar, casi nunca pagaba a las chicas antes de que subieran a su vehículo. Y muchas veces les exigía que le mostrasen la vagina o los pechos, un requisito que no aceptarían de ser policías encubiertas.

Después de acostarse con ellas en su casa, en su vehículo o en un área que él considerara segura, las estrangulaba cuando le daban la espalda.

Al principio lo hacía con sus manos, pero como muchas de las víctimas le hicieron heridas y moratones en los brazos mientras forcejeaban, empezó a usar ligaduras. Por eso alguna de ellas murió estrangulada por sus propias bragas.

Al confesar, Ridgway contó que «les decía que no lucharan... que no lucharan y las dejaría vivir. Pero para mí mismo pensaba: “¡Tengo que matarla, tengo que matarla...!”».

No tenía piedad. Según él, su método era más «personal» y «gratificante» que disparar o cualquier otra cosa. Y no valía la pena experimentar con otros, pues «ahorcar era lo que yo hacía, y era bastante bueno en eso».

Una vez cometido el asesinato, conducía de noche, llevando el cadáver a un lugar apartado de la carretera. Después aparcaba la furgoneta todo lo lejos que le fuera posible, se aseguraba de que nadie lo estuviera observando y volvía a través de los bosques para tirar los cuerpos como si fueran bolsas de basura.

Gary dijo en su juicio: «Otra parte de mi plan era el lugar donde coloqué los cuerpos. Les quité la ropa y los objetos personales para no dejar evidencia de quiénes eran y hacer más difícil su identificación. Puse la mayor parte de los cuerpos en grupos, como si fueran “racimos”. Hice esto porque deseé no perder de vista a todas las mujeres que maté. Tuve el gusto de hacer un gran racimo alrededor del condado. Utilicé generalmente una señal para recordar a un

“racimo” (grupo de mujeres). Mi intención fue crear racimos nuevos para no volver a los anteriores y ser atrapado».

Era tan prudente que, cuando una víctima lo arañaba, le cortaba las uñas antes de dejar su cuerpo en el bosque. De esta forma, si la policía encontraba el cadáver, no quedarían en él restos de su piel. «En cierta forma, yo me sentía un tanto orgulloso de que no me descubrieran haciendo cosas como quitarles la ropa. No dejar nada, ninguna huella digital, usar guantes. No presumir acerca de eso. No hablar de eso», llegó a declarar en su juicio.

Pese a ello, había algo que el cuidadoso Gary Leon Ridgway no podía dejar de hacer y que pudo haber conducido a su detención: con frecuencia volvía al lugar donde había dejado los cuerpos para tener relaciones necrófilas.

Aunque nada más ser arrestado negó ser un necrófilo, con el paso del tiempo llegó a reconocerlo. Gracias a su particular «afición», si bien no solía recordar ni sus nombres ni su aspecto, Ridgway sabía perfectamente dónde había dejado a cada una de sus víctimas.

En una ocasión, Ridgway conducía la camioneta acompañado de su hijo pequeño cuando pasaron cerca de un punto donde hacía poco había dejado un cuerpo. Al recordarlo, y aprovechando que el niño estaba dormido, aparcó, bajó y se adentró en el bosque a fornicar con el cadáver.

Según le confesó a un psiquiatra, le parecía que practicar sexo con chicas muertas sólo tenía ventajas. Era «sexo gratis». Al matarlas, Ridgway siempre recuperaba el dinero que les había pagado. Pero es que, además, una vez muertas, las podía «usar» una y otra vez.

CUATRO DETENCIONES

De todos modos, y a pesar de sus numerosas precauciones, Ridgway tuvo varios encontronazos con la justicia que bien pudieron haber terminado con su encarcelamiento.

La primera vez fue detenido en 1980, acusado de intentar estrangular a una prostituta mientras tenían relaciones sexuales en el coche, cerca del aeropuerto de Sea-Tac. Al ser interrogado, admitió la agresión, pero dijo que había sido en defensa propia. Según él, la prostituta le había mordido mientras le practicaba sexo oral y había reaccionado de forma instintiva.

Ridgway fue tan convincente que la policía le permitió marcharse sin realizar más averiguaciones.

La segunda detención se produjo en 1982, cuando fue arrestado por estar en su camioneta con una prostituta. Tiempo después la policía descubrió que la mujer en cuestión, Keli McGinness, había acabado convirtiéndose en una de las víctimas del *Asesino de Green River*.

Pero la única ocasión en que Ridgway estuvo realmente a punto de ser descubierto fue en 1983.

El 13 de abril de ese año, una prostituta llamada Marie subió a la furgoneta de un cliente. Su novio, que también era su chulo, decidió seguirlos para asegurarse de que todo fuese bien, pero en un cruce de carreteras los perdió de vista.

Viendo que pasaban las horas y Marie no regresaba, el chico fue a buscarla a casa de su familia. Al no encontrarla tampoco allí, recorrieron las calles en busca de la furgoneta que la había recogido. Y por fin la vieron en un callejón sin salida, aparcada frente a la modesta vivienda de un hombre que trabajaba pintando camiones en una fábrica cercana. Explicaron lo sucedido a la policía local y los agentes decidieron llamar a la puerta de la casa. Pero el pintor les explicó que estaba solo y los policías se marcharon sin hacer más indagaciones.

«Todos los asesinos en serie tienen la habilidad de parecer tan normales que envían a casa incluso a personas que son consideradas expertas. Son los olímpicos de los mentirosos patológicos», explica la doctora Helen Morrison, psiquiatra forense.

Porque, claro está, el pintor era Gary Leon Ridgway.

La policía encontraría el cadáver de Marie en el año 2003, dos décadas después de su desaparición.

En 1984, Ridgway fue arrestado de nuevo por intentar contratar los servicios de una prostituta que en realidad resultó ser una agente de policía.

Creyendo que pudiera tratarse del asesino que estaban buscando, los policías sometieron al sospechoso a la prueba del polígrafo, pero la pasó sin problemas y fue puesto en libertad.

BUNDY Y RIDGWAY

Uno de los momentos más inusuales en la investigación se produjo cuando otro asesino en serie, Ted Bundy —que por entonces ya se encontraba en el corredor de la muerte—, se ofreció a colaborar con los investigadores.

Al igual que el *Asesino de Green River*, Bundy sólo había matado a mujeres, así que los detectives aceptaron su oferta pensando que él podría entender mejor que ellos la mentalidad del criminal al que estaban buscando.

Bundy dijo que el asesino probablemente conocía a algunas de las víctimas, y que era posible que hubiera más cuerpos enterrados cerca de donde se habían encontrado los otros. Según él, los «racimos» de víctimas debían de estar cerca del domicilio de su ejecutor. Algo que, cuando Ridgway fue detenido, resultaría ser cierto.

Pero nada de todo eso contribuyó al progreso de la investigación.

UN NUEVO RUMBO

En 1987, la dirección de la fuerza especial encaminada a atrapar al *Asesino de Green River* cambió de manos. Y también cambió la manera de investigar el caso. La amplia lista de sospechosos se redujo a quienes tenían un perfil más acorde con lo que se sabía del asesino y pasó a llamarse «Lista A». Debido a los encuentros que había tenido con la policía en la década de 1980, Ridgway fue incluido en ella.

Cuando los investigadores examinaron su historial laboral descubrieron que no había ido a trabajar los días en que la mayoría de sus víctimas habían desaparecido y decidieron ponerle bajo vigilancia.

Además, algunas prostitutas hablaron a los agentes de un hombre al que habían visto merodear por allí y que tenía un aspecto muy similar al suyo.

Sospechando que podían haber identificado al *Asesino de Green River*, el 8 de abril de 1987 la policía registró su casa sin encontrar nada que pudiera inculparle.

Dado que Ridgway había superado la prueba del polígrafo, y ante la ausencia de evidencias en su contra, la policía se vio obligada a ponerle en libertad. Aun así, antes de dejarle marchar le tomaron muestras de pelo y de saliva.

UN DESCANSO

En junio de 1993 ya habían desaparecido veintiséis chicas. En lo que quedaba del verano desaparecieron cinco más. Y otras cinco en otoño. Algunas fueron encontradas al pie de la montaña, otras en el valle del Green River. En alguna ocasión tres o cuatro cadáveres aparecieron enterrados en un mismo punto. En la primavera de 1994, el asesino había acumulado ya cuarenta víctimas.

Pero, de pronto, no hubo más asesinatos. Mucha gente de la zona empezó a pensar que el asesino podía haberse marchado para siempre.

En palabras del profesor David Wilson, criminólogo: «Es increíblemente inusual que un asesino serial simplemente pare. El hecho de que cesen de asesinar ocurre, bien porque son arrestados, bien porque han fallecido».

Sin embargo, Ridgway había parado. O al menos había frenado el ritmo.

La razón es que había empezado a salir con mujeres a las que conocía a través de la organización Parents Without Partners (Padres sin pareja), dedicada a ayudar a padres y madres que debían afrontar solos la educación de sus hijos. Al

tener satisfecho su gran apetito sexual, el *Asesino de Green River* había perdido las ganas de matar.

Gracias a una de esas citas, Ridgway conoció en 1995 a Judith Mawson, una mujer de cuarenta años, madre y divorciada, con la que se planteó tener una relación más seria. Judith vio en él a un hombre con estabilidad laboral (llevaba años en la misma empresa, pintando camiones), amable, responsable y organizado. «Cuando salimos por primera vez pensé que era todo un caballero —contó Judith—. Le gustaba la música country, y bailar..., y estaba siempre sonriendo, nunca se enfadaba. Me ofreció que me mudara con él. Si quería. No había alfombra en la casa, así que me dejó traer una. Me dijo que había tenido inquilinos y que el niño pequeño se había hecho pis en ella.»

En realidad había ocurrido algo muy diferente. Tras su detención, se descubrió que Ridgway había usado la alfombra para enrollar con ella el cadáver de una de sus víctimas y sacarlo discretamente de la casa.

En 1998, después de tres años viviendo juntos, la pareja se casó. «Parecía el matrimonio perfecto. Era bueno con mis hijas. Jugaba con mis nietos. Mis sueños se hacían realidad», dijo ella.

Además, al contrario que Marcia, Judith estaba encantada con la madre de su marido. La veía como una suegra preocupada que quería ayudarlos.

Pero la realidad era que Gary no había parado del todo. Aunque por primera vez parecía satisfecho con el rumbo que había tomado su vida, todavía desaparecía alguna prostituta en los alrededores de su domicilio.

Tras la detención de su marido, Judith recordó que a veces la llamaba para decirle que no volvería a casa para cenar. Sin embargo, nunca pensó que estuviera pasando nada extraordinario. También era habitual que su marido se marchara a trabajar mucho antes de que empezara su turno. Y si preguntaba adónde iba tan pronto, él respondía que quería hacer horas extras.

Para los investigadores del caso no había duda de que esos fueron los momentos en los que volvió a asesinar.

LA DETENCIÓN DEFINITIVA

En 2001, la fuerza especial destinada a atrapar al *Asesino de Green River* la formaban jóvenes detectives que eran adolescentes cuando empezaron los crímenes. A diferencia de sus predecesores, contaban con tecnología informática que permitía crear perfiles usando las pistas encontradas a lo largo de los años. Además, se había desarrollado la investigación basada en el análisis del ADN.

Las muestras de los sospechosos de la «Lista A», cuidadosamente tomadas y conservadas por el equipo anterior, fueron determinantes. De pronto, encontrar al asesino fue tan sencillo como cotejarlas con el ADN hallado en las víctimas.

Y hacía quince años, Ridgway había dejado muestras de su saliva en manos de la policía.

Su ADN coincidía.

El *Asesino de Green River* por fin había sido identificado.

El 30 de noviembre del año 2001, Gary Leon Ridgway estaba saliendo del trabajo cuando fue arrestado acusado de asesinar a Marcia Chapman, Opal Mills, Cynthia Hinds y Carol Ann Christensen. Había restos de semen en todas ellas, y las pruebas de ADN habían establecido que pertenecía al mismo sospechoso que había dejado las muestras de saliva.

Tres víctimas más —Wendy Coffield, Debra Bonner y Debra Estes— se sumaron a la acusación después de que la policía científica determinara que los restos microscópicos de pintura que habían aparecido en sus cuerpos pertenecían a un tipo muy específico que sólo se usaba en la fábrica de Kenworth donde trabajaba el sospechoso.

Cuando Judith, la mujer de Ridgway, recibió la noticia se quedó devastada. «Entré en una fase de negación, no podía aceptarlo.»

Resulta difícil de creer, pero Judith disfrutó de trece años de feliz matrimonio. En una ocasión le dijo a un periodista de televisión: «Siento que he salvado vidas... al ser su mujer y hacerle feliz».

De hecho, hasta que no le escuchó declararse culpable en el juicio, no creyó

que su marido fuera un asesino. «Cuando fui a la cárcel a visitarle, me dijo que estaba bien, que él no lo había hecho, que no había herido a esas mujeres, que no las había matado. Y yo le creí.»

LA CONFESIÓN

En 2003, después de pasar casi dos años encerrado en una cárcel de máxima seguridad, Ridgway, que por entonces tenía cincuenta y cuatro años, decidió contar la verdad y confesarse culpable de todos sus crímenes. Como quería evitar ser condenado a muerte, llegó a un acuerdo con el fiscal que le obligaba a cooperar en la investigación de su propio caso y ofrecer la máxima información posible sobre sus crímenes.

El fiscal, Jeffrey Baird, aceptó el trato en nombre de los familiares de las víctimas. Todos ellos deseaban saber dónde había abandonado a sus seres queridos. Aunque ello implicara perdonarle la vida a su asesino. Baird explicó: «Gary Ridgway no se merece nuestra compasión. No merece vivir. La compasión producto de la resolución de hoy no se dirige a Ridgway, sino a las familias de quienes tanto han sufrido».

Durante cinco meses los detectives entrevistaron a Ridgway hasta que reveló todos los detalles relativos a cada uno de sus estrangulamientos.

Después, el asesino los llevó a cada uno de los lugares donde había matado, y también a donde había abandonado los cadáveres.

Nunca se ha sabido el número exacto de víctimas del *Asesino de Green River*. En una de las cintas que recogen los interrogatorios policiales, confesó haber matado a sesenta y una mujeres. En otra, el número ascendía a setenta y una.

Probablemente, nunca se conocerá la verdadera cifra.

LA PSICOLOGÍA DEL ASESINO

Al mismo tiempo que era interrogado, Ridgway fue examinado por varios psicólogos forenses que intentaron entender el funcionamiento de su mente criminal.

En opinión de Robert Keppel, autor del citado libro *The Riverman*, Ridgway no sentía empatía alguna por sus víctimas: «Asesinó a sus víctimas deliberada, metódica y sistemáticamente. Estaba libre de cualquier preocupación moral. En cinco meses de entrevistas con investigadores y psicólogos forenses, no mostró empatía por sus víctimas ni expresó un genuino remordimiento. Mató porque quería. Mató porque podía».

Es lo mismo que sostiene el abogado de Ridgway, Mark Prothero, en su libro *Defending Gary: Unraveling the Mind of the Green River Killer*, en el que añade la teoría de que Ridgway tenía una enorme habilidad para adaptarse emocionalmente a las exigencias del contexto en el que se encontrara. Era capaz de crear una emoción concreta en cada situación concreta.

Quizá por ello, durante un tiempo Prothero creyó en la inocencia de su cliente. Dijo de él: «Era un mentiroso magnífico. Tenía la habilidad de entrar y hablar y hablar..., contar historias. Por un tiempo, asumí que eran verdad». Y no sólo eso. Para el abogado, «la fortaleza de Gary ha sido siempre su adaptabilidad. A pesar de su pobre educación, a pesar de su inteligencia por debajo de la media, Gary fue, creo yo, el *actor del método* más fino que ha existido. No era algo consciente sino instintivo. Él podía llorar cuando quisiera y dejarlo de hacer abruptamente. Si tú querías remordimiento, él podía hacerlo. Si tú lo querías loco, triste, estúpido, inteligente, avergonzado, presuntuoso, pecaminoso o religioso, él podía hacer todo eso, y te convencería. Era un camaleón, siempre dándote lo que esperabas, siempre preparado para complacer. Y ése era, de hecho, su rasgo más mortal».

De acuerdo con la abogada Patricia Eakes, Ridgway parecía asombrosamente normal. «Lo destacable era... era... que era tan normal. Todos nos miramos, unos a otros... ¿Éste es el tipo del que hablaba todo el mundo en estos veinte años?»

Según los psicólogos forenses que lo estudiaron, su complejo vínculo con sus

progenitores, y especialmente con su madre, es un dato fundamental para entender cómo surgió su impulso asesino.

De niño y adolescente, Gary manifestaba la rabia que sentía hacia su madre llamándola «puta». Era lo que había oído a su padre decir con desprecio de las prostitutas. Las enfermedades de transmisión sexual —de las que nunca se sintió responsable— se añadieron a la antipatía que despertaban en él las prostitutas que le cobraban por sus servicios.

Teniendo relaciones sexuales con prostitutas, Ridgway hacía realidad de forma simbólica las fantasías con su madre. Al matarlas, mataba a la «puta» que era su madre. Así se vengaba directamente de las prostitutas, y, simbólicamente, de las mujeres en general y de su madre en particular.

CUARENTA Y OCHO VECES CULPABLE

Durante el juicio, los familiares de las víctimas insultaron a menudo al asesino de sus seres queridos. Para ellos, lo peor era que ni siquiera se había tomado la molestia de conocer a quienes estaba matando. Para él eran sólo cuerpos. Sus nombres no le importaban. Eran «sólo un trabajo que tenía que hacer».

En uno de los momentos más emotivos del juicio, Robert Rule, padre de Linda Rule, una de las víctimas, dijo algo que nadie esperaba: «Señor Ridgway, hay gente aquí que le odia. Yo no soy uno de ellos. Aunque me resulta difícil hacer lo que creo... y eso es, lo que Dios dice que hay que hacer, perdonar... usted está perdonado, señor».

Entonces, Ridgway rompió a llorar.

Fue la primera vez en la que mostró algo más que desprecio por las mujeres a las que había asesinado. Cuando estaba a punto de terminar el juicio, fue más allá y dijo: «Lamento haber matado a estas jóvenes, tenían toda la vida por delante. Lamento haber causado tanto dolor a tantas familias». Resulta imposible

saber si sus lágrimas y palabras fueron sinceras o si se trataba únicamente de un último intento de ganarse la simpatía del juez.

El 5 de noviembre de 2003, Ridgway fue declarado culpable de cuarenta y ocho cargos de homicidio en primer grado.

El 18 de diciembre de ese mismo año, se le condenó a cuatrocientos ochenta años, sin derecho a libertad condicional.

En la actualidad, Gary Leon Ridgway se encuentra encerrado en la Penitenciaría del Estado de Washington. Ha recibido peticiones para ser entrevistado por una gran variedad de gente interesada en su caso: psiquiatras forenses, terapeutas, estudiantes de Psicología en busca de un doctorado, periodistas, reporteros, documentalistas e investigadores particulares sobre asesinos en serie. Pero aunque él siempre se ha mostrado interesado en ser entrevistado, la dirección de la prisión le niega cualquier tipo de visitas salvo de familiares y abogados.

Todavía en 2011 aparecieron cadáveres de sus víctimas.

La policía cree que pueden aparecer más.

Jeffrey Dahmer, *el Carnicero de Milwaukee*

El nombre de Jeffrey Dahmer está asociado a los crímenes más perturbadores en la historia de los asesinos en serie.

Asesinato, mutilación, necrofilia y canibalismo. Esas fueron las actividades homicidas del que fue llamado el *Carnicero de Milwaukee*.

Y de todo ello encontraron pruebas los agentes de policía que registraron su domicilio, el 213 de los apartamentos Oxford, el principal escenario de las orgías de sangre, sexo y muerte del solitario Dahmer.

Con dieciocho años había cometido su primer asesinato, en Bath (Ohio). Y había resultado impune. Tardó nueve años en volver a matar, pero cuando lo hizo le poseyó un ansia imparable.

Entre 1987 y 1991, asesinó a dieciséis niños y hombres jóvenes en Milwaukee, en el estado de Wisconsin.

Cuando le preguntaron por qué había matado, el asesino respondió: «Mis víctimas eran ligues de una noche. Siempre me dejaban claro que tenían que volver al trabajo. Y yo no quería que se fueran».

Para Dahmer, sus espantosos crímenes eran fruto del amor, no del odio.

LA FAMILIA DAHMER

Jeffrey Lionel Dahmer nació el 21 de mayo de 1960 en Milwaukee. Fue el primer y deseado hijo del matrimonio de clase media formado por Lionel Dahmer, un brillante químico, y Joyce Flint.

A diferencia de lo que ocurre cuando se analiza la infancia y adolescencia de

otros asesinos en serie, en el caso de Jeffrey Dahmer se puede recurrir a un testimonio de primera mano.

Su padre, Lionel Dahmer, contó en *A Father's Story* su relación con Jeffrey, intentando explicar y explicarse qué sucedió para que el joven acabara convirtiéndose en un asesino. En sus palabras: «Es un retrato del terror de un padre..., de la terrible sensación de que tu hijo está fuera de tu alcance, de que tu pequeño gira en el vacío, perdido, perdido, perdido». Parte de las ganancias obtenidas con su publicación fueron donadas a las familias de sus víctimas.

Jeffrey no pareció presentar ningún problema durante la primera etapa de su desarrollo. A los dos años era un niño alegre y extrovertido que se comportaba con normalidad. Le gustaban los peluches, jugar con bloques de madera y adoraba a su mascota, su perro Frisky. Por entonces, Lionel Dahmer estaba preparando su doctorado en la Universidad Estatal de Iowa. En su narración refleja alguna anécdota de su relación con Jeffrey en ese período. En una ocasión, su hijo le ayudó a cuidar a un pájaro herido que ambos acabaron devolviendo a la naturaleza: «Puse al pequeño pájaro en el hueco de mi mano, lo levanté en el aire y le dejé ir. Un sentimiento de felicidad nos embargó. Los ojos de Jeff brillaban. Ése debió de ser el único momento de felicidad en toda su vida».

El pequeño pronto empezó a comportarse de forma extraña. Lionel cuenta otro episodio que, por entonces, no le pareció de gran importancia, pero que con el tiempo se demostraría premonitorio. Observó cómo Jeffrey, de sólo cuatro años, jugaba fascinado con un montón de huesos de animal que Lionel había sacado de la cámara de aislamiento de la vivienda.

A los seis años, a Jeffrey se le diagnosticó una hernia (aunque algunas fuentes mencionan la dolencia a los cuatro años) y tuvo que someterse a cirugía. Para su padre, tras esa experiencia el chico no volvió a comportarse igual. Dejó de ser un niño alegre y confiado para transformarse en alguien introvertido, poco comunicativo y con un rostro que no reflejaba apenas emociones.

En 1966, Lionel terminó su doctorado y consiguió una gran oportunidad

laboral, un puesto de investigador químico en Ohio. De modo que la familia se mudó. Allí, Jeffrey cursó primaria sin problemas aparentes.

En diciembre nació el hermano de Jeffrey, David. Enseguida, el primogénito empezó a acusar la falta de atención. Además, la relación entre Lionel y Joyce se había deteriorado, y ambos pasaban los días embarcados en agrias disputas.

Durmiendo en habitaciones separadas e inmersos en un torbellino emocional de reproches y culpa, los Dahmer desatendieron las necesidades emocionales que demandaba Jeffrey. Para ellos, lo que por entonces le sucedía al mayor de sus hijos se debía solamente a su incapacidad para aceptar los cambios. Lionel había sido muy tímido e inseguro de niño y estaba convencido de que su hijo era como él. Por eso también confiaba en que lo acabase superando con el tiempo.

Para evitar los constantes conflictos en casa, Lionel se refugió en el trabajo. Por su parte, Joyce no salía de la cama, aquejada por diferentes dolencias físicas y psicológicas. Las peleas entre sus padres aumentaron la sensación de aislamiento que Jeffrey había empezado a sentir.

En 1968, los Dahmer se mudaron a una nueva casa en Ohio, Bath. Su vivienda estaba en el 4480 West Bath Road, rodeada de una exuberante naturaleza. Fue la casa familiar durante los diez años siguientes, hasta el tumultuoso divorcio de Lionel y Joyce. Y también sería el escenario del primer asesinato de Jeffrey.

Lionel describe en su libro al Jeffrey adolescente como un chico que parecía estar en constante tensión y muy tímido, que huía del contacto con otras personas, se refugiaba en la soledad de su habitación o consumía las horas delante del televisor. Además, parecía incapaz de interesarse por nada, y se limitaba a «estar» por casa con aspecto deprimido.

UNA AFICIÓN OCULTA

Sin embargo, aunque su padre tardó en descubrirlo, el chico sí que tenía una

afición oculta que le fascinaba de forma obsesiva: recogía animales muertos a los que abría en canal para ver sus vísceras y luego desmembraba.

Parece ser que a los siete u ocho años, tras haber recibido como regalo un juego de química con el que experimentaba en el sótano, Jeffrey encontró en el bosque una ardilla en descomposición y, a diferencia de otros niños, que se hubiesen alejado de una visión tan desagradable, él la recogió, se la llevó al sótano y la diseccionó.

Pronto empezó a buscar animales que hubiesen sido atropellados para ver cómo eran por dentro. Llegó a reunir una gran colección de huesos y aprendió a despellejar y conservar los restos, una capacidad que le resultaría muy útil en el futuro.

Durante el juicio por sus asesinatos, se especuló mucho sobre si Dahmer habría maltratado y torturado animales, como suele ser usual en la juventud de muchos asesinos sádicos. La conclusión fue que era poco probable que eso hubiese sucedido, ya que había tenido una relación afectuosa con todas sus mascotas. Sólo le interesaba experimentar con los cuerpos en descomposición.

A los catorce o quince años, Jeffrey hizo un importante descubrimiento respecto a su sexualidad. Se besó con otro chico del vecindario y por primera vez fue consciente de la atracción que sentía por su mismo género. Aquello se transformó en un nuevo secreto, algo que ocultar y reprimir, como su fascinación por despellejar restos animales.

Jeffrey empezó a tener extraños pensamientos y sensaciones que no se atrevía a compartir con nadie, lo que contribuyó a cortar su conexión con el mundo exterior. Como ocurre con otros muchos asesinos en serie, en las fantasías perversas que recreaba de forma obsesiva se encuentra la motivación que le conduciría hacia el asesinato.

El propio Dahmer intentó explicar su sensación durante la infancia: «Las sutilezas de la vida social estaban fuera de mi alcance. Cuando le gustaba a algún niño, no sabía por qué sucedía. No podía imaginar ningún plan para ganarme su afecto. Simplemente no sabía cómo funcionaban las cosas entre la

gente. Y aunque lo intenté, no pude hacer que el resto de la gente pareciera menos extraña e incomprensible».

Y si a Dahmer las relaciones personales durante la infancia le habían resultado difíciles, en el instituto se convirtieron en un verdadero problema.

MI AMIGO DAHMER

My friend Dahmer es el título de una novela gráfica creada por John Backderf, compañero de Jeffrey Dahmer en el instituto, el Revere High School. En sus viñetas se recrean algunas de las experiencias de Dahmer en la época, siempre desde la perspectiva y experiencia de su autor, que percibía al otro adolescente como una figura trágica.

Lo cierto es que Dahmer no pudo encajar en el ambiente del instituto. Había comenzado a consumir alcohol a los trece años y muchas veces acudía a clase borracho. Se cree que se refugiaba en la bebida para escapar del dolor que le producía reprimir su orientación sexual y sus fantasías siniestras.

Su extraña actitud y el abuso del alcohol le pasaron factura. Fue pronto señalado como un «bicho raro» y se convirtió en una presa fácil para los abusos de cursos superiores. En su cómic, John Backderf dibuja varias escenas que muestran a Dahmer recibiendo palizas durante el primer año de instituto.

El asesino le contó algunos de esos incidentes a Robert K. Ressler, agente retirado del FBI experto en perfiles criminales, que le entrevistó en profundidad y se convirtió en testigo de la defensa durante el juicio por los asesinatos. En una ocasión, cuando volvía a casa por la noche, tres chicos del último año del instituto le estaban esperando a mitad de camino. Uno de ellos sacó una porra y comenzó a golpearle.

Aun así, podría parecer que a Jeffrey no le fue tan mal en el instituto. Sus calificaciones estaban dentro de la media y participó en algunas actividades

extraescolares, siendo el tenis la actividad a la que se dedicó con mayor constancia.

Sin embargo, el joven vivía una dualidad imposible: quería estar en la sombra, pero, a la vez, sentía una desesperada necesidad de llamar la atención.

John Backderf recuerda cómo en ocasiones un grupo de chicos juntaba dinero para pagar a Dahmer y que éste hiciese un «número» en el centro comercial. Jeffrey simulaba un ataque epiléptico y se ponía a hacer locuras, mientras los demás se reían de su comportamiento.

Pero, por regla general, Dahmer era un solitario. Y su alcoholismo le alejaba aún más de los demás. Aunque al principio se había limitado a acudir borracho a clase, en su último año de instituto llegó a llevar un vaso de whisky al aula.

A menudo, esa actitud provocadora le generó conflictos con la dirección del centro.

Una prueba de ello fue su «gamberrada» en la foto del anuario. John Backderf y otro chico se encargaron de la edición anual y convencieron a Dahmer de que entregase una foto suya para ser publicada. Jeffrey se coló entonces en la foto que se tomó de los estudiantes que habían sacado las mejores notas. Como Dahmer no era uno de ellos, al darse cuenta, los miembros de la dirección tacharon su rostro con un bolígrafo. En la foto publicada puede verse un grupo de chicos sonrientes, entre los cuales aparece Jeffrey con una mancha negra por cara.

Fue en esa época cuando empezó a fantasear con practicar actos sexuales con hombres muertos o inconscientes. En una ocasión vio la noticia de un chico que había fallecido en un accidente de moto y se enamoró de él al contemplar su foto en el periódico local. En sus conversaciones con Robert K. Ressler, Dahmer contó que llegó a acercarse a la funeraria a contemplar el cadáver y se excitó tanto que tuvo que meterse en un baño a masturbarse.

A medida que sus fantasías macabras empezaron a ser más intensas, Dahmer se fue aislando de los demás.

Tras su detención, Dahmer contó cómo un joven acostumbraba a hacer

jogging por la carretera cercana a su vivienda. Entonces empezó a tener una fantasía en la que él esperaba al corredor escondido entre la maleza con un bate. A su paso, salía con el arma y le golpeaba hasta dejarlo inconsciente, para luego poseerlo. Y llegó al extremo de proponerse intentarlo. Afortunadamente, el día que Dahmer eligió para hacer realidad su deseo, el joven no salió a correr.

Sin embargo, no tardó en mancharse las manos de sangre.

BOLSAS NEGRAS

Aunque en el instituto Dahmer tenía fama de problemático, en su casa su comportamiento era muy distinto. A diferencia de otros adolescentes, Jeffrey no se rebelaba y no discutía con sus padres. Nada parecía importarle. Y su pasividad contrastaba con la intensidad de las crecientes peleas de Lionel y Joyce.

Dahmer tenía dieciocho años cuando, en 1978, sus padres solicitaron el divorcio. Por entonces, la pareja llevaba tiempo inmersa en una pelea por la custodia de su hijo pequeño, David. Lionel abandonó el domicilio familiar para evitar conflictos y Joyce acabó ganando la custodia. Con el veredicto a su favor, Joyce decidió marcharse de casa con David. Al ser menor, su madre tenía una responsabilidad legal sobre él. Y se fue dejando a Jeffrey atrás.

Debido a la mala comunicación entre sus padres, durante unas semanas del verano de 1978, Jeffrey se encontró solo en casa, sin dinero ni alimentos. Dahmer contó tras su detención que se sintió abandonado por todos y que recurrió más que nunca a sus fantasías. En una de ellas había imaginado que recogía a un atractivo autoestopista con el que acababa teniendo una intensa y variada relación sexual.

Y eso fue precisamente lo que sucedió aquel verano, aunque con un final imprevisto.

El día 18 de junio, Dahmer salió a dar una vuelta con su coche y recogió en la carretera a Steven Hicks, de dieciocho años, que hacía autoestop en dirección a

un festival de música. Jeffrey le ofreció invitarle a su casa a tomar unas cervezas y el chico aceptó.

Tras un rato en la vivienda, Steven Hicks quiso marcharse y Dahmer trató de impedirlo. Forcejearon y Jeffrey acabó golpeando al otro chico con una pesa, causándole la muerte. Dahmer siempre mantuvo que lo único que pretendía era que no se marchase, ya que no deseaba estar deprimido en una casa vacía. Según su versión, le mató por un impulso que no supo o pudo controlar.

Al comprobar que el chico estaba muerto, Dahmer utilizó los conocimientos adquiridos desmembrando animales para descuartizar el cadáver, y lo metió en bolsas de basura negras. Seguidamente, subió los restos a su coche para deshacerse de ellos en algún lugar alejado. Pero por el camino, tras invadir la línea continua, un agente de tráfico le obligó a parar. El policía le realizó una prueba de alcoholemia que dio resultado negativo y le puso una multa por la infracción. Antes de dejarle marchar, le preguntó por las bolsas negras y Dahmer respondió muy tranquilo que se trataba de basura que no había tenido tiempo de tirar. Al final, los restos de Hicks acabaron enterrados en los alrededores de la casa familiar. Años después, Dahmer los recuperaría y machacaría los huesos, esparciendo el polvillo resultante por el bosque.

Durante las semanas siguientes, Jeffrey no dejó de buscar en la prensa local noticias sobre la desaparición del chico. Esperaba ser detenido en cualquier momento. Pero a medida que fue pasando el tiempo, Dahmer entendió que iba a salir impune de su delito.

En las conversaciones con Robert K. Ressler, Dahmer le confió que se asustó con el asesinato de Hicks y decidió que algo así no iba a suceder de nuevo.

Y durante nueve años no volvió a matar.

EL PERÍODO DE ENFRIAMIENTO

En diciembre de 1978, Lionel contrajo matrimonio con su segunda mujer, Shari

Shin Dzhorzhan, y Jeffrey se fue a vivir con ellos.

Aunque Lionel no era consciente de la gravedad del problema de alcoholismo de su hijo —quizá porque había preferido ignorarlo—, su nueva mujer le planteó que la vida de Jeffrey empezaba a tomar un camino de difícil retorno. Mientras que otros chicos de su edad tenían como objetivo comenzar una carrera profesional, conseguir un trabajo o formar una familia, a ella Jeffrey siempre le pareció totalmente desmotivado.

Lionel recurrió la decisión judicial que le había otorgado la custodia de David a su ex mujer y ganó, con lo que los dos hermanos pudieron volver a vivir con su padre y su nueva pareja.

Tras el asesinato de Hicks, Jeffrey se volvió cada vez más introvertido. Lionel, ayudado por Shari, convenció al mayor de sus hijos para que se matriculase en la Universidad Estatal de Ohio. Pero su alcoholismo le impidió completar el semestre. Fue expulsado por falta de asistencia motivada por el consumo de alcohol.

El fracaso en la universidad de Jeffrey marcó un punto de inflexión para su padre. Aceptó por primera vez el problema de su hijo con el alcohol y le planteó dos opciones para seguir viviendo bajo su techo: debía encontrar y mantener un trabajo o alistarse en el ejército. Viendo que Jeffrey no hacía ningún intento de buscar trabajo y continuaba emborrachándose, Lionel le obligó a alistarse. Estaba convencido de que la vida militar con su disciplina sería buena para su hijo.

El 29 de diciembre de 1978, Jeffrey Dahmer se alistó. Y en enero del año siguiente se integró en el ejército. Aunque en principio trató de convertirse en policía militar, no lo consiguió y fue transferido a los servicios médicos, lo que le resultó muy útil para completar sus conocimientos de anatomía. Acabó siendo destinado en 1979 a Baumholder, en Alemania del Este. En contra de lo esperado, el ejército no consiguió acabar con la adicción de Dahmer y, tras negarse a participar en un programa de rehabilitación, fue expulsado con deshonor en marzo de 1981.

Tras la detención de Dahmer, se pensó que podía ser el responsable de unos asesinatos con mutilaciones cometidos en Alemania en la época en que estuvo destinado en aquel país. Pero las exhaustivas investigaciones de la policía alemana concluyeron que Dahmer no era el culpable. Por su parte, él siempre negó su participación en tales muertes.

El ejército le ofreció un billete de avión a cualquier parte de Estados Unidos, y Jeffrey eligió Florida. Aunque nunca había estado allí y no tenía ningún conocido a quien recurrir, «estaba cansado del frío».

Pero no duró mucho en el destino elegido. Sin dinero ni un lugar donde vivir, decidió regresar con los suyos. Incapaz de enfrentarse a su padre, se fue a vivir a casa de su abuela en West Allis, en los alrededores de la ciudad de Milwaukee.

Coincidiendo con la estancia de Dahmer en Florida, apareció el cadáver decapitado de Adam Walsh, un niño de seis años que había sido secuestrado. Sin embargo, Dahmer siempre negó su implicación en los hechos. Y en 2007, gracias a las pruebas de ADN, se demostró que el culpable había sido Ottis Toole, otro asesino en serie.

Acogido por su abuela, Jeffrey decidió buscar en la religión la forma de acabar con sus fantasías perversas. Reprimió sus deseos de contacto homosexual, y se dedicó a leer la Biblia y acompañar a su abuela a misa. Durante un tiempo, Dahmer se convenció de que la religión le ayudaría a controlar sus impulsos.

Pese a ello, en agosto de 1982 fue arrestado por embriaguez y conducta desordenada en la Feria Estatal de Wisconsin, delito por el que fue multado con 50 dólares. En esa ocasión y en los posteriores encononazos de Jeffrey con la justicia, fue Lionel quien pagó las multas.

Algunos años después, en septiembre de 1986, volvió a ser arrestado, esta vez por masturbarse en público delante de dos menores. Fue acusado y condenado a un año de libertad vigilada.

Por entonces, Dahmer había conseguido un trabajo poco especializado en una fábrica de chocolate, la Ambrosia Chocolate Co., donde permaneció hasta poco antes de su arresto definitivo.

Jeffrey intentó explicar a Robert K. Ressler la razón por la que volvió a matar de nuevo. Según él, el detonante fue una nota que recibió de otro hombre mientras estaba en la biblioteca. El desconocido le invitaba a practicar sexo en el baño del edificio. Aunque Dahmer no acudió a la cita, la propuesta activó sus fantasías, algo que, según Ressler, sirvió para crear el marco en el que Jeffrey podría buscar contactos sexuales con hombres.

A partir de entonces, Dahmer se dedicó a visitar las saunas gays de Milwaukee. Como era incapaz de relacionarse de forma normal con sus parejas ocasionales y lo que en el fondo deseaba era tener una experiencia similar a la necrofilia, comenzó a drogar a sus compañeros sexuales. El control físico sobre sus amantes inconscientes le permitía cumplir su fantasía de dominación.

Sin embargo, pronto se extendió el rumor de sus prácticas por tales locales y se le acabó impidiendo la entrada.

Dahmer encontró entonces otro escenario que le proporcionó la intimidad suficiente para realizar sus fantasías, el Hotel Ambassador de Milwaukee.

LOS NUEVOS ASESINATOS

El 15 de septiembre de 1987, Dahmer conoció a Steven Tuomi, de veinticinco años, en un bar de ambiente. Le propuso seguir bebiendo en una habitación de hotel y el joven aceptó. A la mañana siguiente, Dahmer se despertó después de haber perdido el conocimiento a causa de la combinación de alcohol y drogas ingeridas durante la noche anterior. En la cama también yacía el cuerpo inerte de Steven Tuomi. Aunque Dahmer siempre mantuvo que no recordaba haberle atacado, en algún momento de la noche debió de golpearle hasta causarle la muerte.

Sin perder la sangre fría, fue a unos grandes almacenes que estaban frente al hotel, compró una maleta grande, metió allí el cadáver e hizo que el botones le ayudase a llevarla hasta la calle. Entonces paró un taxi. Mientras le ayudaba a

colocar su pesado equipaje en el maletero, el taxista llegó a preguntar si llevaba un muerto ahí dentro. Cuando Dahmer le contestó que así era, los dos se rieron.

Una vez a salvo en el sótano de la casa de su abuela, Dahmer procedió a tener relaciones sexuales con el cadáver antes de deshacerse de él para siempre. Los restos de Steven Tuomi nunca fueron recuperados.

En sus entrevistas con Robert K. Ressler, Dahmer admitió que, al igual que le había sucedido con Hicks, se asustó al ver las consecuencias de sus acciones, sobre todo porque en ninguno de los dos casos había planeado cometer un asesinato.

Pasaron unos meses hasta que Dahmer se decidió a volver a matar. Esta vez el escenario fue la casa de su abuela.

James Doxtator, de catorce años, y Richard Guerrero, de veinticinco, fueron sus siguientes víctimas, en enero y marzo de 1988, respectivamente. Parece ser que a ambos los conoció en el Club 219, un bar gay, y que a los dos los drogó antes de estrangularlos.

Entonces, la abuela de Dahmer, harta de los ruidos que hacían su nieto y sus amigos y de los espantosos olores que provenían del sótano, obligó a Jeffrey a buscar un nuevo alojamiento.

En septiembre de 1988, Jeffrey se mudó a un apartamento en el 808 North 24th Street. Necesitaba un sitio donde poder hacer lo que quisiera sin tener que rendirle cuentas a nadie.

LA PRIMERA CONDENA

El 26 de septiembre de 1988, un día después de haberse mudado a su nueva vivienda, Jeffrey Dahmer intentó abusar sexualmente de un menor.

Le ofreció 50 dólares a un chico de trece años de origen laosiano por acompañarle a su apartamento y posar para hacerle unas fotografías. Una vez allí, consiguió que el chico se desnudase parcialmente, le ofreció una bebida con

tranquilizantes disueltos y le tocó de forma inapropiada. El chico no llegó a perder el conocimiento y, asustado por el cariz que tomaban las caricias de Dahmer, acabó marchándose.

Algunas fuentes sitúan el incidente en una habitación del Ambassador, y otras afirman que sucedió en el nuevo apartamento de Dahmer. En cualquier caso, lo que resultó probado con posterioridad es que la víctima, de apellido Sinthasomphone, era el hermano mayor de otro chico que años después se convertiría en una de las víctimas mortales de Dahmer.

Cuando el chico regresó a su casa, todavía bajo el efecto de los narcóticos, les contó a sus padres lo sucedido y ellos lo llevaron al hospital, donde se comprobó que había sido drogado. Seguidamente, presentaron una denuncia en comisaría.

El 27 de septiembre, la policía detuvo a Dahmer en la fábrica en la que trabajaba, acusado de abuso de menores y asalto en segundo grado. Tras declararse no culpable, Jeffrey recuperó la libertad después de que su padre pagara una fianza de 2.500 dólares. El juicio quedó fijado para mayo de 1989.

En enero de ese año, Dahmer, que había contratado al abogado Gerald Boyle para su defensa, cambió su declaración: era culpable. Sí, había querido tener relaciones con el chico, pero creyendo que era mayor de edad.

Un par de meses después, mientras esperaba la celebración del juicio, Dahmer asesinó a Anthony Sears, de veinticuatro años. Jeffrey había conocido al joven Sears en un local de ambiente llamado La Cage Aux Folles. Sears era un atractivo hombre afroamericano que quería ganarse la vida como modelo. Dahmer le ofreció dinero para posar para él y lo llevó a casa de su abuela, donde se había refugiado de forma temporal mientras esperaba la celebración del proceso judicial que tenía pendiente.

En el sótano, le drogó con una bebida en la que había disuelto píldoras para dormir y, en cuanto estuvo inconsciente, le estranguló. A continuación, sodomizó el cadáver y tomó fotografías Polaroid del cuerpo desmembrado.

Según Anne Schwartz, autora del libro *The Man Who Could Not Kill Enough*, Dahmer conservó la calavera de Sears durante dos años. Para evitar que llamase

la atención, la pintó de gris simulando los modelos de plástico usados por los estudiantes de medicina.

Y llegó la fecha fijada para el juicio. En ese momento nadie sospechaba que el acusado de agresión sexual, Jeffrey Dahmer, era en realidad un asesino despiadado.

Durante el juicio, el ayudante del fiscal del distrito, Gale Shelton, pidió al juez William Gardner una condena de al menos cinco años. Para la acusación, la declaración voluntaria de culpabilidad de Dahmer no resultaba sincera. Su percepción era que, bajo una apariencia falsa de cooperación y voluntad de enmienda, se escondían profundos problemas psicológicos de los que Dahmer no quería o no podía ser tratado.

Su argumentación se basaba en el testimonio de tres psicólogos que habían examinado al acusado y cuyas conclusiones fueron que éste, además de ofrecer muchas resistencias, era manipulador y evasivo. Por eso recomendaron que fuera hospitalizado y tratado psiquiátricamente.

El abogado de la defensa utilizó las conclusiones de la evaluación psicológica para argumentar que su cliente no necesitaba ir a prisión. Debía ser internado en un hospital donde se pudiese tratar su enfermedad mental. Además, señaló que no se trataba de un agresor sexual múltiple, ya que no había cometido actos similares en el pasado. Gerald Boyle estaba convencido de que se había conseguido detener a Dahmer antes de que hiciese un daño irreparable a otra persona.

El propio Dahmer dio su versión al juez sobre lo sucedido, culpando a la bebida de sus actos. Con la distancia que da el paso del tiempo, asombra la capacidad del asesino para esconder o disfrazar su verdadera naturaleza. Durante la vista, habló del terrible error que había cometido y explicó que serviría para encauzar su vida en la dirección correcta que el abuso del alcohol había puesto en peligro. Pidió al juez que no le privase de su trabajo en la fábrica de chocolate, del que se sentía orgulloso, prometiendo que no volvería a infringir la ley.

Jeffrey Dahmer resultó tan convincente que, pese a que el 23 de mayo de 1989 fue declarado culpable, la pena que se le impuso fue de cinco años de libertad condicional y un año de cárcel, pero en régimen abierto, lo que le permitió continuar con su trabajo durante el día y pernoctar en prisión.

Dahmer cumplió sólo diez meses de su sentencia. El juez recibió una solicitud de indulgencia del condenado y decidió concederle la libertad. Y lo hizo pese a haber leído una carta de Lionel Dahmer en la que éste le rogaba que no se le concediese la libertad a su hijo sin antes obligarle a recibir tratamiento psiquiátrico. En su libro, Lionel relata que había dejado de creer que sus esfuerzos pudiesen salvar a su hijo. Había percibido que «a Jeff le faltaba algo..., lo que llamamos conciencia..., que había muerto o nunca había llegado a existir».

Tras su excarcelación, Dahmer volvió a casa de su abuela. Pero no tardó en encontrar un nuevo lugar al que mudarse. El apartamento 213 pronto se transformó en la particular «casa de los horrores» de Jeffrey Dahmer.

LOS CRÍMENES DEL APARTAMENTO 213

El 213 era uno de los treinta y seis apartamentos del edificio Oxford en el 924 de North 25th Street, en un barrio de población mayoritariamente afroamericana.

Jeffrey Dahmer se mudó a su nueva residencia el 14 de mayo de 1990.

Entre las cuatro paredes del 213 el impulso homicida de Dahmer tomó empuje. Su vivienda le dio la intimidad suficiente para llevar a cabo todas sus fantasías perversas, que incluían convivir con cadáveres a los que utilizaba para su gratificación sexual, comer la carne o las vísceras de sus víctimas e inyectar ácido muriático en los cráneos de hombres inconscientes para crear «zombis» que satisficieran sin quejas todos sus deseos sexuales.

En un período de quince meses, acabó con la vida de doce jóvenes, la mayoría de ellos afroamericanos. Aunque se podría pensar que para Dahmer la cuestión

racial tenía alguna importancia, la realidad era que vivía en un barrio pobre de Milwaukee y sus vecinos eran principalmente hombres de color. Al contrario que la mayoría de asesinos en serie, que suelen ser intrarraciales, es decir, matan a gente de su misma raza, Jeffrey escogía a sus víctimas sin preocuparse por el color de su piel.

En junio de 1990, Dahmer se llevó a su casa a Eddie Smith, de veintiocho años, al que había conocido en un local gay, The Phoenix Bar. Una vez en el apartamento, mezcló una droga en su bebida y, cuando cayó inconsciente, le estranguló. El atractivo hombre afroamericano inauguró la serie de asesinatos que se producirían en el número 213.

El *modus operandi* de Jeffrey Dahmer consistía en acudir a bares de ambiente, donde se sentaba a solas con una copa; rechazaba las proposiciones que le solían hacer hasta que aparecía alguien que le gustaba. Entonces le proponía ir hasta su apartamento a seguir la fiesta o se hacía pasar por fotógrafo y ofrecía al elegido dinero por dejarse fotografiar.

Aunque encontró a muchas de sus víctimas en la comunidad gay, no todos los que fallecieron a manos de Dahmer eran homosexuales. Como otros asesinos *oportunistas*, Jeffrey estaba siempre al acecho de posibles presas. En una ocasión recogió de una parada de autobús a un joven de Michigan que estaba de visita en la ciudad. Dahmer detuvo su coche y le convenció para que le acompañase a su casa. No se volvió a saber de él.

Con independencia de la orientación sexual de los jóvenes que seguían a Dahmer hasta el apartamento 213, el resultado final siempre era el mismo.

Nada más franquear la entrada del apartamento, la personalidad de Dahmer sufría una transformación. Pasaba de mostrarse amable y educado a ser dominante y agresivo. Según Robert K. Ressler, el control que conseguía tras cerrar con llave el apartamento era lo que le excitaba sexualmente.

De inmediato, inducía a sus víctimas a consumir una bebida alcohólica con una droga que les hacía perder el conocimiento. Momento que aprovechaba para practicarles sexo oral, estrangulándolos tan pronto como parecía que iban a salir

de su sueño profundo. Normalmente se tumbaba sobre el cuerpo del hombre desmayado y escuchaba los latidos de su corazón. Así aprendió pronto a reconocer los signos de que la víctima estaba saliendo del coma inducido por la droga, ya que su respiración aumentaba de ritmo y se entrecortaba.

Tras el asesinato, Dahmer siempre tenía una relación sexual con el cadáver. Luego procedía a desmembrarlo, colocando los cuerpos en estudiadas posturas, que después fotografiaba. Además, solía conservar en la nevera sus partes favoritas, como la cabeza, el corazón o el pene.

Durante un tiempo conservaba los cadáveres en la bañera recubiertos de hielo para poder disfrutarlos cuando regresaba de trabajar. Dahmer quería compañeros silenciosos, que no le negasen sus deseos y, sobre todo, que no le rechazasen.

Pronto la gratificación que le proporcionaban los cadáveres no fue suficiente, y necesitó abrir los cuerpos en canal y masturbarse con sus vísceras. El siguiente paso fue comer la carne de sus víctimas que conservaba en el congelador.

Deshacerse de los cadáveres resultaba más complicado. Dahmer experimentó con diferentes tipos de ácidos para reducir los cuerpos, pero el proceso de descomposición emanaba un espantoso hedor, y los vecinos se quejaban del terrible olor con frecuencia.

Aunque se han realizado muchos análisis de las patologías mentales que sufría Dahmer, sus parafilias parecen responder en última instancia a su necesidad de control. Todo, las fotografías de los cuerpos, la conservación de sus restos como trofeo y el consumo de su carne, era para Dahmer una forma de dominación, de tener un control absoluto sobre sus víctimas.

Ressler opina que el hecho de intentar convertir a sus víctimas en zombis sexuales era el *súmmum* de ese control y la solución que buscaba Jeffrey para dejar de matar. Para él, Dahmer es un asesino *mixto*, es decir, presenta características de los asesinos organizados, ya que perpetraba sus crímenes de manera metódica y se esforzaba por ocultar los cadáveres, y de los desorganizados, que suelen sufrir algún tipo de enfermedad mental que los lleva a actividades como la necrofilia y el canibalismo.

Lo que muchos expertos creen es que Dahmer, a diferencia de otros asesinos sádicos, no disfrutaba torturando a la víctima, contemplando su terror. Para la mayoría de ellos el «juego» termina con la muerte de su presa; pero, en el caso de Jeffrey, ése era el momento que estaba esperando. La violencia era el paso necesario para poder acceder a un cadáver con el que satisfacer sus pulsiones sexuales.

Sólo en una ocasión, una de sus víctimas estuvo a punto de escapar.

UNA OPORTUNIDAD FALLIDA

El 26 de mayo de 1991, una vecina de Dahmer llamó a la policía para alertar de que había visto a un menor asiático desnudo en la calle escapando de un hombre blanco.

Cuando la patrulla llegó, se encontraron a un incoherente Konerak Sinthasomphone, de catorce años, al que atendían dos chicas jóvenes. El «hombre blanco», educado y tranquilo, llegó poco después y explicó a los agentes que el muchacho era su novio y que tenía diecinueve años. Había abusado del alcohol y las drogas y se había descontrolado. Los agentes le creyeron y los acompañaron de vuelta al apartamento, pese a las protestas de las jóvenes, que aseguraban que Konerak era menor y que estaba asustado.

Una vez en el interior del 213, y pese al espantoso olor que emanaba del piso, los agentes se abstuvieron de investigar la vivienda. Si lo hubiesen hecho, podrían haber visto el cuerpo de Tony Hughes descomponiéndose en el dormitorio. Se marcharon dejando al menor, incapaz de articular nada con sentido, sentado en el sofá al lado de Jeffrey Dahmer.

Konerak había conseguido escapar pese a haber sido drogado y sodomizado, y a que Dahmer le había inyectado ácido en la base del cráneo para convertirle en zombi.

Una vez los agentes de policía desaparecieron, el menor fue estrangulado.

Cuando se supo la verdad de los crímenes del apartamento 213, los agentes que obligaron a Konerak a volver con su asesino fueron suspendidos. La actuación policial suscitó la cuestión de si había existido prejuicio racial en la conducta de los agentes, ya que Dahmer era uno de los pocos blancos en un vecindario de color y su versión había sido creída de forma automática pese a los testimonios de las testigos, afroamericanas.

Para Robert K. Ressler, lo que sucedió con aquellos oficiales se explica por la falta de una instrucción específica que les hubiese permitido detectar que estaban delante de un asesino en serie. La máscara de Jeffrey Dahmer consiguió engañarlos. Pero por entonces, el análisis conductual aplicado al crimen no se había extendido a todos los cuerpos policiales.

Además, entre 1989 y 1991 —el período en el que se produjeron la mayoría de los asesinatos— tampoco se sabía que un asesino en serie estuviese operando en la ciudad. Y como la mayor parte de las víctimas de Dahmer provenían de los márgenes de la sociedad, sin raíces familiares, conductas criminales o vidas itinerantes, sus desapariciones no fueron detectadas con facilidad.

Matt Turner (veinte años), Jeremiah Weinberger (veintitrés años), Oliver Lacy (veintitrés años) y Joseph Bradehoft (veinticinco años) son las últimas víctimas de Dahmer. El asesino había acelerado el ritmo, y a finales de julio de 1991 estaba acabando con un hombre a la semana.

Y entonces, a finales del mes de julio, Dahmer se equivocó en la elección de su siguiente víctima.

UN ESCALOFRIANTE DESCUBRIMIENTO

A Tracy Edwards, de treinta y un años y heterosexual, se le buscaba en Mississippi por la agresión sexual a una menor. No era precisamente inocente, pero aun así, después de escapar de Jeffrey Dahmer confesó que al mirar a los ojos del asesino había visto «el abismo».

Una tarde, Dahmer, al que conocía de vista, le invitó a tomar unas copas en su casa antes de salir de juerga. Lo primero que llamó la atención de Edwards fue que, una vez en el apartamento, la personalidad de su anfitrión cambió de forma radical. Eso, sumado a que la bebida que le había dado le estaba produciendo un efecto extraño, hizo que decidiera marcharse.

Dahmer sacó entonces unas esposas y amenazó a Edwards con un cuchillo de grandes dimensiones. Sin embargo, su víctima, que luchaba por no caer inconsciente, se resistió a dejarse encadenar. Tras una larga «negociación» en la que Dahmer trató de convencerle de que se rindiera, alegando que así su fin sería rápido, sólo una de las esposas acabó en la muñeca de su invitado.

Un rato después, Edwards vio la habitación de Dahmer y se quedó horrorizado ante las fotos Polaroid de cuerpos desmembrados y el cráneo que le enseñó su anfitrión. Sabía que si acababa esposado, su vida no valdría nada.

Pero aprovechando que a Dahmer también le estaba haciendo efecto el alcohol consumido, Edwards consiguió escapar del apartamento. Al salir a la calle, se topó con una patrulla de policía y acabó convenciendo a los agentes de que echasen un vistazo en el apartamento 213.

Nada más abrir la puerta de la vivienda, los agentes se percataron del terrible olor que salía de su interior. Tras informar a Dahmer de la denuncia de Edwards, éste se ofreció a ir a buscar la llave de las esposas. Existen varias versiones de lo sucedido a partir de este punto. En la más extendida, el agente acompañó a Dahmer hasta su habitación y allí descubrió fotografías de diversas fases del proceso de desmembramiento de sus víctimas. Mientras tanto, su compañero inspeccionó la nevera y la encontró vacía salvo por una caja, en cuyo interior halló una cabeza humana.

Por fin, el 22 de julio de 1991, Jeffrey Dahmer fue detenido.

A diferencia de lo que sucede en la mayoría de los estados norteamericanos, en Wisconsin existe la posibilidad de declararse «culpable, pero con enajenación mental». Y eso fue lo que declaró Jeffrey Dahmer en el juicio que comenzó en enero de 1992. Así, el proceso se transformó en un juicio a la salud mental del acusado.

Aunque asesinó a diecisiete jóvenes, fue juzgado sólo por quince de los crímenes, aquellos de los que se encontraron pruebas. Durante el juicio se extremaron las medidas de seguridad. Las minorías estaban especialmente sensibilizadas porque, a pesar de que la mayoría de las víctimas habían sido afroamericanas, sólo había un miembro del jurado afroamericano.

Además, el componente dantesco de los crímenes de Dahmer atrajo una masiva atención periodística. Como dice Robert K. Ressler en su libro *Asesinos en serie*, «era como si Dahmer se hubiera adueñado de todo el horror de los asesinatos sexuales y en serie de los veinticinco años anteriores, condensándolos todos en sí mismo».

El abogado de Dahmer volvió a ser Gerald Boyle, quien ya le había defendido en su primer juicio por agresión sexual. Como Jeffrey, en contra de su opinión, había decidido declararse culpable por enajenación mental para tratar de acabar en un hospital psiquiátrico en lugar de una prisión, todos los esfuerzos de la defensa debían ir encaminados a demostrar la locura de su defendido. Por ello, la principal baza de Boyle fue utilizar los actos de necrofilia y canibalismo, para así convencer al jurado de que estaban ante un enfermo mental que no podía controlar sus impulsos.

La acusación, encabezada por el fiscal del distrito Michael McCann, contraatacó para demostrar su tesis de que los asesinatos habían sido meticulosamente preparados por un hombre que a veces controlaba sus impulsos homicidas y otras veces no. Utilizó las declaraciones del propio Dahmer durante los interrogatorios policiales, en las que confesaba sentir arrepentimiento por lo que había hecho y haber sentido temor de que llegaran a detenerlo.

En febrero de 1992, el jurado de la sala presidida por el juez Laurence C.

Gram, encontró a Jeffrey Dahmer cuerdo y, por tanto, culpable de los quince cargos de asesinato.

Fue condenado a quince cadenas perpetuas.

Tras escuchar el veredicto, Jeffrey Dahmer se dirigió a la sala y, con voz clara, leyó su declaración final. En ella afirmaba que «deseaba la muerte» y que sus crímenes nunca estuvieron motivados por el odio racial. Terminó alegrándose de ir a un lugar donde no podría hacer más daño.

Jeffrey Dahmer fue encerrado en prisión, la Columbia Correctional Institution, en Portage (Wisconsin). Allí se convirtió en cristiano renacido y entabló amistad con el predicador Roy Ratcliff, autor del libro acerca de su conversión al cristianismo, *Dark Journey, Deep Grace: Jeffrey Dahmer's Story of Faith*.

El 28 de noviembre de 1994, Dahmer murió tras recibir una paliza a manos de otro interno llamado Christopher Scarver mientras ambos realizaban trabajos de limpieza.

Existe el rumor de que el cuerpo de Jeffrey Dahmer no presentaba las heridas que hubieran sido lógicas en el caso de que hubiese tratado de defenderse. Por eso muchos creen que Dahmer, que había pedido de forma voluntaria incorporarse a los trabajos con otros presos, sabía que en un momento u otro iba a ser atacado, y que cuando sucedió, se dejó matar.

El edificio de los apartamentos Oxford fue demolido. Aunque existían planes para construir un jardín en memoria de las víctimas del apartamento 213, en la actualidad sigue siendo un solar vacío rodeado de una verja metálica.

Nada indica que allí estaba la casa de los horrores de Jeffrey Dahmer.

8

Aileen Wuornos, *Monster*

Las mujeres matan «en silencio».

Las asesinas en serie son metódicas, y los estudios demuestran que tardan el doble en ser detenidas que sus colegas masculinos.

Sus asesinatos reciben una menor atención mediática y la naturaleza de sus crímenes hace que atraparlas suponga un desafío para las fuerzas del orden.

Generalmente atacan a sus seres queridos o a personas bajo su cuidado. Si escogen una víctima desconocida, suelen ser niños o ancianos, es decir, aquellos a quienes puedan dominar físicamente.

Pero, sobre todo, las mujeres que matan no se ven envueltas en crímenes de naturaleza sexual, la motivación principal de los asesinos en serie.

Y si lo son, no suelen actuar solas.

Sin embargo, de 1989 a 1990, una mujer llamada Aileen Wuornos puso en entredicho todas estas teorías.

¿Qué tiene de especial su caso para que, aun no siendo la asesina más letal o prolífica, acabara convirtiéndose en la más mediática?

EL DESCUBRIMIENTO

La policía de Florida trató de encontrar durante un año a un asesino en serie que operaba en las carreteras del estado. Siete hombres habían sido apartados de la carretera y tiroteados a sangre fría. El asesino había aprovechado para robar sus efectos personales, su dinero, e incluso, en alguna ocasión, el vehículo que conducían.

Se buscaba a un hombre. Las mujeres no suelen matar a desconocidos, y menos aún con un arma de fuego.

Sorprendentemente, muy pronto todas las evidencias indicaron que el asesino era una mujer que actuaba en solitario. Se trataba de Aileen Wuornos, dedicada a la prostitución desde la adolescencia y con más de veinte años de delitos menores a sus espaldas.

Aunque los ataques se produjeron en el marco de un encuentro sexual de pago, los investigadores acabaron descubriendo que no había un motivo de naturaleza sexual tras la agresión. Lo ocurrido parecía un estallido de ira, una oleada de furia que había durado un año entero.

LA FAMILIA WUORNOS

Aileen Wuornos nació el 29 de febrero de 1956 en Rochester (Michigan), como Aileen Carol Pittman. Sus padres eran dos adolescentes que se habían separado meses antes de la llegada al mundo de su segunda hija.

Su padre, Leo Pittman, fue un agresor sexual que, años más tarde, sería condenado por la violación de una niña de siete años, convirtiéndose además en el principal sospechoso del asesinato de otro niño. Si bien Aileen no llegó a conocerlo, el historial violento de su padre biológico lleva a preguntarse si en su caso hubiera podido existir una predisposición genética a la violencia. Además, su madre, Diane Wuornos, la abandonó siendo un bebé. De modo que Aileen y su hermano Keith, apenas un año mayor que ella, fueron adoptados por sus abuelos maternos, a los que creían sus verdaderos padres.

Independientemente de la herencia recibida, la pequeña lo tuvo muy difícil desde el primer momento.

Para el psicólogo forense David Holmes, director del Forensic Research Group, «se les dio a los críos un falso contexto. En un determinado momento iban a descubrir que la realidad no era ésa».

Pero antes de llegar a descubrir el secreto familiar, los pequeños Wuornos sufrieron una década de abusos. Criados como propios por sus abuelos maternos, ambos eran víctimas de la disciplina, casi marcial, que les imponía Lauri, el cabeza de familia. Era un hombre violento, perverso, que corregía el mal comportamiento con palizas. Para David Holmes, esas palizas eran «como un ritual» en la convivencia diaria de los Wuornos. Y debido a su carácter rebelde, la pequeña Aileen recibía muchos de esos golpes. De adulta, contaba cómo su abuelo le hacía limpiar los cinturones con los que le imponía los castigos, golpeándola de forma pseudosexual.

Aileen estaba muy unida a su abuela Britta, la única persona que, pese a sus frecuentes estallidos de ira, parecía quererla de forma incondicional. Pero Britta también tenía un gran defecto: era alcohólica. De hecho, el alcoholismo era corriente en el entorno familiar.

El otro apoyo importante de Aileen era su hermano Keith, con quien tenía una relación muy compleja. Parece ser que ambos mantuvieron relaciones sexuales consentidas en la infancia, quizá impuestas por aquel a quien entonces creían su padre. Según David Holmes, la niña «no tenía vínculos afectivos. Su hermano era su único factor constante en una relación disfuncional pero íntima. La personalidad *borderline* de Aileen, con constantes cambios de humor, necesitaba de alguien que estuviese a su lado, y Keith cumplía tal función». El término *borderline* o *trastorno límite de la personalidad* se aplica a sujetos que muestran un patrón continuo de inestabilidad en las relaciones sociales, la autoimagen y el estado de ánimo. La definición perfecta de Aileen.

En el colegio, Aileen era una niña problemática que pasaba de ser muy retraída a tener estallidos de ira, y con la que nadie quería jugar. La mayor parte del tiempo estaba sola, y casi siempre parecía asustada.

Por fin, a los doce años, Aileen y su hermano descubrieron la verdad sobre sus padres. Para la niña, aquella decepción encajaba con la experiencia vital que había tenido hasta el momento. Si su propia familia le había mentado, quizá el resto del mundo también estaba conspirando contra ella.

En aquella época, Aileen comenzó a escaparse de noche a una zona boscosa conocida como «las canteras», donde acudían jóvenes de la comunidad a beber y divertirse. Allí se desnudaba y practicaba sexo con otros chicos del vecindario a cambio de calderilla o cigarrillos. Pronto pasó a ser conocida en el barrio como «la furcia».

Para David Wilson, catedrático de Criminología y Derecho Penal en la Universidad de Birmingham, «que estuviera dispuesta a venderse a cambio de cigarrillos demuestra su baja autoestima. La interpretación de esta chica de cómo podía sobrevivir en el mundo estaba determinada por su buena disposición a practicar actos sexuales de forma inapropiada. Era alguien que pasaba desapercibida, que sólo recibía atención cuando ofrecía sus servicios sexuales a chicos que la utilizaban».

Aunque Aileen pretendía conseguir así popularidad y aceptación, sus acciones tuvieron un efecto totalmente opuesto. Cada vez estaba más marginada. Los chicos que le pagaban a cambio de sexo la rechazaban como novia o amiga. En una ocasión, compró cervezas con su dinero e invitó a todo el mundo a su casa, y acabaron echándola de la fiesta que ella misma había organizado.

En 1971, con catorce años, dio a luz un niño al que apenas le dejaron ver. Ella explicó que era el resultado de una violación, pero pocos la creyeron. Sus propios abuelos dudaron de su versión y la obligaron a dar al pequeño en adopción.

Pocos meses después, su abuela Britta murió de una insuficiencia hepática. Y al verse solo, el abuelo Lauri decidió que ya había tenido suficiente de adolescentes problemáticos. Estaba tan harto de ellos que amenazó con matarlos si no se iban de su casa.

Tras ser expulsado de su hogar, Keith encontró cobijo junto a unos amigos del vecindario. Sin embargo, la temperamental Aileen se quedó sola. Pasó a vivir en la calle, durmiendo a la intemperie o refugiándose en coches, aseándose en una gasolinera cercana y viviendo de vender su cuerpo.

Con quince años, Aileen dejó definitivamente la escuela y decidió vivir en la

carretera; abrazó con determinación un estilo de vida nómada, viajando de un lado a otro y sobreviviendo con lo que sacaba de la prostitución.

Había comenzado un viaje sin retorno.

VIAJE A NINGUNA PARTE

Tratando de escapar de su pasado, Aileen se estableció de forma temporal en Colorado. Allí experimentó lo que más tarde definiría como «una etapa de felicidad» viviendo con bandas de moteros. Con ellos podía escapar de su reputación, de su condición de «furcia del barrio», podía ser otra. Además, se sentía cómoda dentro de una cultura marginal, antisocial, que en lugar de escandalizarse por su comportamiento, lo aplaudía.

La vida «salvaje» de Aileen pronto empezó a darle problemas con las fuerzas del orden. En 1974 fue detenida en Jefferson County (Colorado) por conducir borracha y disparar desde un vehículo en movimiento, pero consiguió escapar de la ciudad antes de ser juzgada. Si bien utilizaba alias para dificultar su identificación, su carácter la delataba. Se metía en tantas peleas que era imposible no recordarla.

Dos años después fue arrestada por lanzar una bola de billar a la cabeza de un camarero con el que había tenido una trifulca. En ese y otros casos, Aileen recurrió a su hermano, su único apoyo, para que pagara las multas. A pesar de la distancia que los separaba, seguían muy unidos.

Por eso, descubrir poco tiempo después que Keith había muerto de cáncer de garganta fue un golpe muy duro. Ahora sí que estaba completamente sola en el mundo.

Tras gastar en apenas dos meses los 10.000 dólares recibidos como herencia de su hermano, la joven volvió a estar a la deriva, sola y muy enfadada. Entonces decidió emprender un nuevo rumbo y mudarse. Cambió los fríos inviernos del Medio Oeste por las playas de Florida.

Aileen llegó al «estado soleado» con veinte años. Estaba en la indigencia; era una joven iletrada, caótica, sin familia a la que recurrir, que sólo contaba con la prostitución y la comisión de delitos menores para sobrevivir. Pero según la doctora Helen Morrison, psiquiatra forense experta en asesinos en serie, puede que estar sola fuera lo único que le permitiera seguir adelante: «La sensación de libertad, de falta de apego o responsabilidades la ayudaban a soportar su forma de vida y a sobrevivir en ese duro entorno».

Durante aquellos años llegó a casarse con un hombre de sesenta y nueve años llamado Lewis Fell, que la había recogido haciendo autoestop. El matrimonio se rompió en apenas un mes, tras acusarse el uno al otro de «maltrato físico».

Aileen, que se había enganchado a las drogas y sobre todo al alcohol cuando apenas era una niña, vivía en una montaña rusa emocional que la llevó incluso a intentar acabar con su vida.

Empeñada en ganar más dinero, fue asumiendo cada vez más riesgos, hasta que finalmente el peso de la ley acabó cayendo sobre ella.

LA PRISIÓN

En la madrugada del 20 de mayo de 1981, Aileen, en estado de ebriedad, entró en una pequeña tienda de alimentación en Edgewater (Florida). Retuvo al dependiente a punta de pistola y cometió su primer atraco a mano armada. La policía no tuvo demasiados problemas para dar con ella y detenerla. Al año siguiente, se celebró el juicio.

Fue condenada a pasar trece meses en prisión.

La cárcel supuso para ella una experiencia muy importante. Si pudo defenderse y sobrevivir, fue gracias a su carácter violento y a sus constantes cambios de humor. Convivió con delincuentes profesionales más experimentadas que ella, lo que se convirtió en una fuente de aprendizaje.

Además, el tiempo que pasó encerrada le permitió hacer un descubrimiento

fundamental acerca de su sexualidad. Gracias al «consuelo» que le proporcionaron algunas de sus compañeras, descubrió que, después de todo, su sexualidad no era cien por cien heterosexual.

Cuando salió de prisión a los veintisiete años, Aileen volvió a la única forma de vida que conocía: la bebida, la prostitución y la delincuencia.

De 1984 a 1986 fue arrestada por intentar cobrar cheques falsos, por conducir un vehículo sin carnet, por obstrucción a la justicia, por intento de robo a un hombre a punta de pistola...

Su historial delictivo aumentaba a marchas forzadas.

Entonces se enamoró.

UNA HISTORIA DE AMOR

En la primavera de 1986, Aileen, que ahora se hacía llamar «Lee», conoció en un bar gay de Daytona Beach a Tyria Moore, una empleada de hotel de veinticuatro años. Rápidamente se convirtieron en pareja. Por fin alguien le ofrecía a Aileen la estabilidad que tanto deseaba.

Sin embargo, para el criminólogo David Wilson, esto no significó que encontrara en su relación lésbica con Tyria una cierta estabilidad, porque «Aileen no sabía expresar amor, no sabía cómo relacionarse diariamente con alguien, como lo hacemos la mayoría de nosotros». Dicho de otra manera, Aileen era incapaz de tener una relación emocional normal.

El psicólogo forense David Holmes añade algo más: «Las personalidades *borderline* como Aileen tienen un sentido de identidad insustancial, necesitan a alguien a su lado y, una vez lo consiguen, se aferran a esa persona celosamente».

Y ese alguien fue Tyria.

Lo hacían todo juntas. Incluso disfrutaban con la afición favorita de Lee, disparar armas en el bosque. Hasta llegaron a compartir «problemas». El 4 de julio de 1987 fueron detenidas por agredir a un hombre con una botella de

cerveza. En esa ocasión, Aileen utilizó uno de sus alias favoritos, «Susan Blahovec».

En mayo de 1988, Aileen, alias «Cammie Marsh Green», acusó a un conductor de autobús de violencia verbal, citando a Tyria como testigo. Un par de meses después, su casero denunció a ambas por «destrozar vandálicamente el apartamento».

Tyria había dejado su trabajo estable en el hotel y abrazado la existencia itinerante de su novia con todas sus consecuencias. En sus cuatro años de relación fueron de una habitación barata de motel a otra, llegando a dormir en bosques o graneros abandonados cuando andaban cortas de efectivo. Se mantenían con lo que Aileen ganaba prostituyéndose. Y llegó el momento en que eso dejó de ser suficiente para Tyria.

La joven comenzó a presionar a su novia para que consiguiera más dinero. El problema era que entonces la carrera como prostituta de Lee estaba entrando en decadencia. A los treinta y tres años, ya no resultaba tan atractiva como antes. Era una mujer endurecida y enfadada, que tras décadas soportando abusos, irradiaba odio hacia el sexo opuesto.

A finales de la década, la ira iba a provocar que entre los delitos de Aileen se incluyera el asesinato.

CASO ABIERTO

Richard Mallory, un electricista de cincuenta y un años dueño de una tienda de reparaciones de material electrónico en Clearwater (Florida), era conocido por su carácter violento. Bebedor habitual, sus empleados estaban acostumbrados a sus repentinas desapariciones en busca de bebida o sexo de pago. En general, no era un hombre que despertase demasiadas simpatías.

Así que cuando en noviembre de 1989 no acudió a abrir su negocio, nadie le echó de menos. No fue hasta que su coche, un Cadillac de 1977, apareció

abandonado en una playa, cuando empezó a preocupar su desaparición. La policía encontró en el interior del vehículo su cartera con su identificación, sin dinero y media botella de vodka.

Unos días después, unos hombres que recogían basura encontraron su cuerpo en descomposición en los alrededores de una playa distinta, Daytona Beach. El cadáver estaba desnudo de cintura para arriba y presentaba en el pecho tres impactos de bala de un arma del calibre 22. Alguien lo había tratado de tapar de forma burda con un trozo de alfombra. Y no llevaba consigo ningún efecto personal.

La policía utilizó las huellas dactilares para confirmar la identidad de Mallory y comenzó la investigación del crimen.

Tras conocer el «peculiar» estilo de vida del fallecido, que parecía tener cierta obsesión con el material pornográfico, los detectives siguieron la pista de una *stripper* llamada «Chastity», sospechosa de estar involucrada en el asesinato. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que la mujer era un callejón sin salida y, ante la falta de pruebas, el de Mallory quedó clasificado como «caso abierto».

Aunque no se descubriría hasta 1992, con Aileen ya juzgada y condenada por los crímenes, Mallory tenía un brutal historial de violencia que incluía una estancia de diez años en prisión por violación. Pero en el momento de la investigación policial de su desaparición y asesinato, dicho dato pasó desapercibido para las autoridades locales.

El desconocimiento de esa información jugaría en contra de la credibilidad de Aileen Wuornos en el juicio por la muerte de Mallory.

DEPREDADORAS SEXUALES

No es extraño que las mujeres cometan asesinatos de naturaleza sexual como parte de un «equipo», colaborando con otro u otros para llevar a cabo este tipo de crímenes. Lo que es poco frecuente es que se conviertan en depredadoras

sexuales solitarias. De hecho es tan inusual que puede decirse que América sólo tiene una asesina conocida de este tipo, Aileen Wuornos.

En España hubo otra asesina en serie solitaria movida por un impulso sexual, Enriqueta Martí, conocida por *la vampira del Raval*, quien supuestamente mató en 1912 al menos a seis niños, tras abusar sexualmente de ellos y realizar rituales satánicos. Pero tales casos se consideran «anomalías» dentro del universo criminal femenino.

Aunque nadie creyó a Wuornos cuando alegó haber cometido todos sus crímenes en «defensa propia», al salir a la luz el pasado de Mallory como violador de gran crueldad, muchos pensaron que quizá la mujer sí había contado la verdad respecto a su primer asesinato.

Pero ¿qué sucedió para que, a partir de entonces, Aileen se viese impulsada a seguir matando?

La teoría más recurrente es que quizá, tras el largo historial de abusos experimentado a manos de los hombres, el ataque de Mallory detonó en Aileen una rabia imparable contra todo el género masculino.

No obstante, para el criminólogo David Wilson, la respuesta es otra: «Wuornos, que debía esperar su detención en cualquier momento (tras el asesinato de Mallory), al comprobar que no la estaban buscando, debió de experimentar una gran sensación de alivio. Para algunos asesinos, ese alivio es como una droga y necesitan volver a experimentarlo».

Sea cual sea la respuesta, durante el año que siguió al primer asesinato, las escenas de los crímenes de Aileen demostraron que seguía un patrón muy determinado: cada víctima había recibido múltiples impactos de bala efectuados con una pistola del calibre 22; tras el asesinato, los efectos personales y el vehículo habían sido robados; y todas sus víctimas eran hombres, de edad madura, que vigilaban en coche —por motivos de trabajo, muchos de ellos— por las carreteras interestatales; estaban solos y habían buscado la compañía de una prostituta.

La policía pronto clasificó los casos como «homicidios sexuales relacionados

con la prostitución». Lo que no podían imaginar era que los asesinatos los cometiese una mujer que trabajaba sola. Pero Wuornos había sido capaz de dominar a sus víctimas, dispararles sin ser tan fuerte y corpulenta como ellos, y había tenido la suficiente sangre fría para, después, robarles, ocultar el cadáver y quedarse con sus vehículos.

El psicólogo forense David Holmes opina que pudo hacerlo gracias al «elemento sorpresa. Eran hombres que en sus vehículos se sentían fuertes. Ella sólo era una prostituta que habían recogido del arcén. No esperaban que sacase un arma».

Como ya sabemos, al no saberse perseguida por la muerte de su primera víctima, Aileen decidió seguir matando.

El 19 de mayo de 1990, David Spears, un obrero de la construcción de cuarenta y tres años, cogió unos días libres de su trabajo para visitar a su ex mujer en Orlando. Nunca llegó a su destino. Unos días después, la policía encontró su furgoneta abandonada en la carretera interestatal I-95.

Ese mismo mes, otro hombre, Charles Carskaddon, de cuarenta años, empleado temporal en rodeos, desapareció camino de Tampa (Florida). En su trayecto tenía que circular por la misma carretera, la I-95.

En junio, con apenas cinco días de diferencia, la policía encontró los cadáveres de los dos desaparecidos en zonas que no estaban demasiado alejadas la una de la otra. Primero apareció Spears, a cuarenta kilómetros de Tampa. La víctima presentaba seis impactos de bala del calibre 22. Al lado del cuerpo se recogió un condón usado. El cadáver desnudo de Carskaddon apareció a cuarenta y ocho kilómetros al sur de donde se localizó el de Spears. Le habían pegado nueve tiros con un arma del mismo calibre que la utilizada en el asesinato anterior.

El 7 de junio, la policía recuperó el vehículo abandonado de Carskaddon. De su interior faltaba un arma automática del calibre 45. Mientras tanto, Aileen ya había cometido su cuarto asesinato. Ese día, Peter Siems, un misionero y

marinero retirado de sesenta y cinco años, desapareció camino de Arkansas adonde iba a visitar a unos familiares.

Aunque el cuerpo de Siems nunca aparecería para confirmar el homicidio, el robo de su automóvil sería el mayor error que cometería Aileen y la pista principal que conduciría a su detención.

La sucesión de los cuatro asesinatos en un radio de ciento sesenta kilómetros dejó perpleja a la policía. Pero la distancia entre un incidente y otro dificultó que los investigadores llegasen a la conclusión de que estaban ante un asesino en serie. Debido a ello, tardaron en conectar unos casos con otros y en comprobar las similitudes entre todos los crímenes.

Cuando finalmente lo hicieron, comenzó una tremenda presión mediática para que los asesinatos fuesen resueltos.

Y en ese momento intervino el azar para encarrilar la investigación policial en la dirección correcta.

BLAHOVEC Y GREEN

El 4 de julio de 1990, varios testigos contaron a la policía que dos mujeres abandonaron un coche tras salirse de la carretera y estrellarse cerca de Orange Springs. Se comprobó que el vehículo pertenecía al desaparecido Peter Siems. Aunque la policía temía por su vida, sin un cuerpo no podía confirmarse si el incidente guardaba relación con los otros asesinatos.

Mientras tanto, ajenas al despliegue policial, Aileen y Tyria seguían con su pasatiempo favorito: emborracharse en bares de moteros. Su preferido era el Last Resort, propiedad de Al Bulling, uno de los pocos hombres en los que confiaba Aileen. En su compañía, la mujer se desahogaba de la presión que soportaba para mantener a Tyria.

Lo que Aileen ocultaba era que matar se había convertido en la nueva forma de conseguir el dinero que le hacía falta para retener a su novia.

El 30 de julio, Troy Burress comenzó su ronda usual de reparto de pedidos de la empresa cárnica para la que trabajaba. Nunca volvió a su puesto de trabajo. Se le consideró «persona desaparecida» al encontrarse abandonada su furgoneta de reparto. Días más tarde, unos excursionistas descubrieron su cadáver, con dos impactos de bala del calibre 22, en un lugar apartado del Parque Nacional de Ocala. Esta vez estaban todos los efectos personales de Burress, pero faltaba la bolsa donde guardaba el dinero de los pedidos.

En un primer momento, los investigadores creyeron culpable de su desaparición a un vagabundo llamado Curtis Michael Blankenship. Éste había estado haciendo autoestop en la autopista en la que desapareció la víctima y fue recogido por un camión cerca de donde apareció el vehículo abandonado. Pero a medida que se avanzó en la investigación, quedó claro que era inocente. Los detectives estaban nuevamente en un callejón sin salida.

Charles «Dick» Humphreys, de cincuenta y seis años, y Walter «Gino» Antonio, de sesenta, fueron las últimas víctimas de Aileen. Ambos estaban vinculados a las fuerzas del orden —Humphreys era un jefe de policía retirado y Antonio trabajaba en la fuerza de reserva de la policía de Brevard County en Florida—; esto sirvió de estímulo para que los investigadores por fin aunaran fuerzas y recursos con el objeto de estudiar los vínculos entre los diferentes crímenes y detener de una vez al «asesino de la carretera».

Fue entonces cuando el capitán Steve Binegar recordó que, si bien el cuerpo de Siems era el único que no había aparecido aún, su coche sí se había visto envuelto en un incidente con testigos a los que podían recurrir.

Rhonda Bailey contó que del interior del coche de Siems salieron dos mujeres que tiraron un montón de latas de cervezas hacia el bosque. Una de ellas, la alta y rubia, tenía un brazo herido y renegaba a voz en grito. La otra, pequeña y morena, era la que iba conduciendo y se mantenía en silencio. Fue la rubia quien le pidió que no avisase a la policía. Afirmó que su padre vivía algo más adelante y que él se encargaría del coche, ya que no tenían seguro. Después, siguieron su camino.

Poco más tarde tropezó con ellas Hubert Hewett, voluntario del departamento de bomberos local. Las vio andando por la carretera y les preguntó si eran ellas las que habían sufrido el accidente que acababa de ser notificado. En vez de responderle, «la rubia» le insultó, diciéndole que se metiese en sus propios asuntos.

Gracias a los testigos, la policía pudo hacerse con un retrato robot de las sospechosas y decidió pedir la colaboración de la prensa para difundirlo.

La estrategia policial funcionó y enseguida se recibieron llamadas: una mujer afirmó que se llamaban Tyria Moore y Susan Blahovec y que ambas habían trabajado en su motel de Ocala; un informante anónimo confirmó que se trataba de Moore y Lee Blahovec...

Gracias a eso, los detectives de Port Orange, cerca de Daytona, pudieron reconstruir la mayoría de sus pasos desde la publicación de los retratos. Así, llegaron a conocer incluso el lugar donde se hospedaban normalmente, el motel Farview. Sin embargo, parecía que la última vez que habían sido vistas por allí sólo se había registrado la «rubia» y, además, lo había hecho bajo el nombre de Cammie Marsh Green.

Tyria Moore se había esfumado.

El círculo se estrechó alrededor de Aileen y ésta decidió deshacerse de su revólver, lanzándolo desde un puente a las aguas de la bahía Rose, aunque la policía acabaría recuperando el arma tras su detención.

Mientras, los investigadores se hicieron con los carnets de conducir a nombre de «Blahovec» y «Green». Las fotos no se correspondían con los retratos de las sospechosas, pero sirvieron para comprobar si sus identidades figuraban en los registros de las tiendas de empeño del estado. El razonamiento de los policías era que, si el objetivo de la mujer era conseguir dinero, debía vender lo que robaba a sus víctimas. El nombre de «Blahovec» no dio ningún resultado, pero los investigadores tuvieron suerte con «Green».

El 6 de diciembre de 1990, Aileen había empeñado una cámara perteneciente a su primera víctima, Richard Mallory. Aunque dijo llamarse Cammie Marsh

Green, había cumplido con la obligación legal de dejar su huella dactilar. Gracias a eso, la policía pudo averiguar su verdadera identidad.

De acuerdo con la tipología del agente retirado del FBI Robert K. Ressler, experto en perfiles criminales, que clasifica a los asesinos en serie en organizados y desorganizados, Aileen Wuornos pertenece al segundo tipo. Sus crímenes eran «de oportunidad» y brutales en su ejecución. Aunque hacía algún intento de ocultar los cadáveres, se quedaba con sus efectos personales y vehículos.

Sólo era cuestión de tiempo que los cabos sueltos de sus crímenes acabasen provocando su detención.

EN DEFENSA PROPIA

El 8 de enero de 1991, la sospechosa fue localizada por dos policías de incógnito que la siguieron hasta el bar Last Resort. Como suponían que iba armada y era peligrosa, no querían correr el riesgo de detenerla en un local lleno, así que no les quedó más remedio que quedarse a ver cómo Aileen se emborrachaba.

De madrugada, la mujer dijo que no tenía a dónde ir y el dueño del bar le ofreció un sofá viejo donde tumbarse. La detención iba a tener que esperar.

A la mañana siguiente, Aileen ayudó al dueño a abrir el bar y se entretuvo algunas horas jugando al billar bajo la atenta mirada de los policías de incógnito.

Cuando salió del local, éstos la siguieron y la detuvieron, aunque sin mencionar los asesinatos. El pretexto que utilizaron fue que la detenían por los pequeños delitos cometidos por uno de sus alias, «Lori Grody», que además era el nombre real de su tía materna de Michigan.

Al día siguiente se localizó a Tyria Moore en la casa de unos familiares en Pennsylvania. En cuanto empezaron a circular los retratos robots, las mujeres habían decidido mantenerse separadas para dificultar su identificación.

Dado que no era a ella a quien querían, las autoridades le ofrecieron un trato a

Tyria: le garantizaban total inmunidad si testificaba contra su amante y conseguía que Aileen confesase los asesinatos. Y ella aceptó. No quería ir a la cárcel por algo que no había hecho.

Se organizó la grabación de varias llamadas telefónicas entre las dos mujeres, y Aileen escuchó a su amante, entre lágrimas, suplicarle que confesara los asesinatos.

Unos días después, Aileen se confesó culpable de seis de los crímenes. Pero negó el asesinato de Peter Siems, cuyo cuerpo siguió sin aparecer.

Al admitir los crímenes, Aileen explicó su motivación: «Les disparé en defensa propia. Porque sentía que si no les disparaba y los mataba, lo primero..., si sobrevivían me iban a meter en problemas, y ya estoy de mierda hasta el cuello, de todas formas... Y además tenía que matarlos, era como una represalia también. Algo así como: sí, vosotros, bastardos, ibais a hacerme daño...».

La policía tenía un caso muy consistente, ahora sólo debía presentarlo ante un tribunal.

NOLO CONTENDENE

Aileen admitió el asesinato de seis hombres, si bien alegó que los había matado en defensa propia. Según ella, todos la habían violado, lo que para las autoridades resultaba poco verosímil. Sí, era posible que la mujer hubiese sufrido violaciones en el pasado, pero resultaba demasiada coincidencia que los seis fallecidos la hubieran atacado de la misma manera.

Durante el juicio por el asesinato de Richard Mallory, su primera víctima, Aileen mantuvo su versión de que actuó en defensa propia: «(Mallory) puso una cuerda alrededor de mi cuello, y dijo: “Tú, puta, vas a hacer todo lo que yo te diga, y si me dices que no, te mato ahora mismo, y te ‘follo’ después, como a las otras guarras que me he cargado”». Temiendo por su vida, Aileen consiguió levantarse y, según sus palabras, «le escupí en la cara, y mientras él se limpiaba

gritando: “Estás muerta, ‘zorra’, me agaché hasta el bolso, saqué el arma y le disparé”».

Con Mallory herido, Aileen decidió ir un paso más allá. No iba a arriesgarse a que la denunciase. Así que disparó dos veces más, acabando con su vida. El forense ofreció una imagen diferente del crimen. Explicó que el hombre había tenido una larga agonía, llegando a tardar entre diez y quince minutos en morir.

El juez del caso, Uriel Blount, tomó entonces la decisión que provocaría la condena a muerte de Aileen. Permitió que las evidencias de los otros seis asesinatos se incluyesen en el caso Mallory para demostrar que no se trataba de un hecho aislado, sino que existía un patrón de conducta determinado.

La abogada de oficio de la acusada, Tricia Jenkins, tuvo poco que hacer a partir de ese momento. No había sido capaz de conseguir la información relativa al pasado de Richard Mallory como violador convicto. Y ahora debía dotar de credibilidad a la versión de Aileen de «defensa propia» para justificar cada uno de los seis asesinatos.

Tyria Moore también contribuyó a mermar la verosimilitud de la versión de Aileen. Explicó que su novia le contó que había matado a un hombre, sin mencionar el ataque sufrido y, sobre todo, sin demostrar ningún tipo de sentimiento de culpa o arrepentimiento.

Esto, unido al hecho de que el resto de los crímenes compartieran método de ejecución y a que la acusada había tratado de esconder los cadáveres, provocó que el jurado no creyese su declaración de inocencia.

El 27 de enero de 1992, el jurado emitió su veredicto: Aileen Wuornos era culpable de homicidio en primer grado. Al escucharlo, la mujer explotó de ira, insultando a la sala. Al día siguiente, ese mismo jurado decidió la pena que había que aplicar: sería ejecutada en la silla eléctrica.

Tras esta primera sentencia, la condenada debía afrontar tres juicios por las restantes víctimas, cuya duración se extendió durante un año. El 31 de mayo de 1992 comenzó el proceso por los asesinatos de Charles «Dick» Humphreys, Troy Burrell y David Spears.

En el juicio, Aileen empleó una nueva y desconcertante estrategia legal. Por entonces, Wuornos había hecho amistad desde la cárcel con Arleen Paller, a quien al parecer un «mandato divino» había impulsado a escribir a la asesina a la prisión. Tanto intimaron las dos mujeres, que Paller adoptó legalmente a Aileen para poder visitarla durante su encarcelamiento.

Y fue por influencia de su nueva amiga, que Aileen decidió acogerse durante el nuevo juicio al «*nolo contendere*», alegato de renuncia a la defensa por parte del acusado que, de facto, equivale a admitir la culpabilidad. Además, también despidió a su abogada de oficio y contrató a un nuevo representante legal, Steve P. Glazer. Éste era un personaje peculiar, amigo de Paller, ex músico y ahora abogado, que protagonizaba sus propios anuncios en televisión ofreciendo asesoría legal.

En los siguientes procesos judiciales, el de los asesinatos de Charles Carskaddon, en junio de 1992, y Walter «Gino» Antonio, en febrero de 1993, Aileen dio un paso más y se declaró culpable de los cargos, provocando una atención mediática masiva. La asesina, ahora «cristiana renacida» gracias a su madre adoptiva Arleen, se transformó en una «voluntaria» para ser ejecutada. En el documental de Nick Broomfield, *The Selling of a Serial Killer*, se la puede ver enfadada en una de las sesiones, pidiendo que el juicio termine de una vez para ser ejecutada y así ahorrar impuestos a los contribuyentes.

¿Era una estrategia para conseguir suscitar la misericordia del jurado y evitar la pena capital? ¿O Aileen había rebasado su cuota de sufrimiento y quería abandonar de una vez este mundo?

Nunca sabremos la respuesta, sólo quedan sus palabras finales tras conocer las sentencias a muerte por los crímenes: «Gracias, os lo tengo que agradecer..., yo iré al cielo mientras os pudrís todos en el infierno». Después se dirigió al juez mirándole a los ojos y dijo: «Espero que violen a tus hijos... Condenar a alguien que ha sido violado, hijo de puta».

Durante sus últimos años, Aileen deseaba que llegase el final de una vez. Decía que si la dejaban con vida volvería a matar aunque fuese en el patio de la

prisión. Renunció a sus derechos de apelación, y acabó consiguiendo que el estado se «encargase» de ella. El único deseo que le fue concedido fue elegir la forma de morir.

El 9 de octubre de 2002, Aileen fue ejecutada en Florida por inyección letal.

Su caso es uno de los que ha despertado un mayor interés en la prensa y en la industria cinematográfica.

La actriz Charlize Theron interpretó a Wuornos en la película *Monster*, escrita y dirigida por Patty Jenkins y estrenada en el año 2003, un trabajo por el que ganó el Oscar a la mejor interpretación femenina gracias a su recreación de la compulsión homicida de la asesina en serie.

Por su parte, Arleen Paller se ha beneficiado económicamente de la venta de información sobre el caso. De hecho, durante la primera entrevista que mantuvieron, Aileen le dijo al director Nick Broomfield que sabía que Arleen se aprovechaba de su relación.

Existe incluso el rumor de que altos mandos policiales le ofrecieron el ventajoso trato a Tyria a cambio de los derechos cinematográficos de su historia.

Realidad o ficción, todos son ingredientes que hacen más jugoso el mito de la primera asesina en serie de la historia de Estados Unidos.

Lo que muchos investigadores siguen preguntándose es si el caso de Wuornos es una extraña anomalía en el universo criminal femenino, o el primero de una nueva y letal categoría de asesinos.

Sólo el futuro tiene la respuesta.

Beverley Allitt, *el Ángel de la muerte*

El *Ángel de la muerte* es un cuidador que asesina a aquellos de quienes debería ocuparse. Con frecuencia lleva a cabo su misión exterminadora mientras trabaja en hospitales, residencias de ancianos o centros de salud.

Estos falsos cuidadores suelen elegir como presa a aquellos que no tienen la posibilidad de defenderse, sobre todo niños y ancianos.

En 1991, durante un par de meses, un ángel de la muerte provocó los inexplicables colapsos de al menos trece niños de corta edad en la Sala 4 del Servicio de Pediatría del Hospital Grantham & Kesteven, en Lincolnshire (Inglaterra). Cuatro de ellos murieron y nueve sobrevivieron, aunque con secuelas de distinta importancia.

Todos los ataques se produjeron durante el turno de una joven enfermera llamada Beverley Allitt.

UNA JOVEN CON UN TRASTORNO PELIGROSO

Corby Glen, la pequeña y tranquila ciudad rural de Lincolnshire con calles centenarias y zonas boscosas en la que se crió Beverley Allitt, estará ya siempre asociada en la mente de los británicos a los terribles eventos sucedidos en el hospital de la vecina Grantham.

Beverley Gail Allitt nació el 4 de octubre de 1968, en el seno de una familia de clase trabajadora con otros tres hijos: dos niñas y un varón. Su padre, Richard, trabajaba en una licorería, y su madre, Lillian, era limpiadora en una

escuela. Ninguno de ellos detectó un comportamiento anormal en la conducta de la chica durante su infancia y adolescencia.

Muchos de los vecinos la recuerdan prestándose voluntaria a hacer de canguro de sus hijos cuando era adolescente. Por entonces era normal ver a la risueña Allitt abrazando a los bebés. Se cree que fue entonces cuando la joven descubrió cuán valiosos son los hijos para los padres y hasta qué punto éstos podían mostrarse agradecidos si los ayudaba a cuidarlos.

Aunque Allitt no parecía distinta de sus amigas, a partir de los trece años empezó a ganar peso y a mostrar síntomas de una conducta anormal. Se caía con demasiada frecuencia y a menudo llevaba vendajes, tiritas y escayolas. Una compañera de colegio recuerda cómo, al aparecer Beverley en clase con un brazo en cabestrillo, todos admiraban su fortaleza y valentía. Además, eso la convirtió en la preferida de los profesores.

Pero pronto tal sucesión de lesiones levantó sospechas en sus propias amigas y, ante su negativa a mostrar las heridas, la acusaron de inventárselas. Ella lo negó, pero a partir de entonces comenzó a aislarse de los demás.

Ya fuesen reales, autoinfligidas o inventadas, las heridas de Beverley eran los síntomas de un raro y peligroso trastorno de la personalidad, *el síndrome de Munchausen*, que toma su nombre de un barón alemán del siglo XVIII que inventaba heroicas hazañas de las que salía indemne aunque con algún daño. El síndrome se caracteriza porque quienes lo padecen se inventan o provocan lesiones y enfermedades para llamar la atención.

El historial médico de la adolescente aumentó durante esos años de forma poco natural: dolores de cabeza, trastornos digestivos, cortes, lesiones en la espalda... Cada semana había algo nuevo. Y Allitt tenía justificaciones para todo lo que le sucedía. Tanto podía contar que se había caído de un caballo como que había sido atropellada por un coche. Mentía sin pudor.

A los dieciséis años, tras dejar el instituto, decidió estudiar enfermería, y en 1987 fue admitida por el Grantham College en un curso preparatorio.

A la salida de clase, Beverley conoció en un pub a un chico llamado Stephen

Biggs, un trabajador de la construcción un año menor que ella con quien comenzó a salir. Tuvieron una tormentosa relación, en la que eran frecuentes las peleas e incluso las agresiones físicas por parte de Allitt. Además, Stephen descubrió que su novia contaba mentiras de forma compulsiva. Le llegó a decir que un inexistente novio anterior la había violado y fue capaz de fingir un falso embarazo. Pese a todo, el chico no fue capaz de dejarla.

Sin embargo, al año siguiente, inmersa en los estudios de enfermería, Beverley rompió con Stephen para iniciar otra relación, y se dedicó a propagar el falso rumor de que su ex novio tenía el VIH.

Durante el curso de enfermería, Beverley Allitt mostró un comportamiento muy inestable. Mientras llevaba a cabo prácticas en una residencia de ancianos, en una ocasión contó a sus compañeras que alguien había dejado un cuchillo de trincar en su almohada, en otra prendió fuego a las cortinas del baño y se cree incluso que esparció heces dentro de una nevera.

Por aquella época, consiguió convencer a un médico de que le extirpase el apéndice sin motivo e hizo lo posible para que la herida no cicatrizara, llegando a abrirse ella misma los puntos.

Sus frecuentes bajas por enfermedad provocaron que perdiera clases y suspendiera exámenes.

Cuando por fin terminó sus estudios, fue rechazada por varios hospitales, lo que le supuso una gran decepción. Era la única de su promoción que no había sido capaz de colocarse.

En 1990 hizo una primera entrevista para Grantham en la que fue desestimada por falta de experiencia. Pero la segunda vez que lo intentó, el departamento de selección decidió dar una oportunidad a la voluntariosa joven y le ofrecieron un contrato de seis meses de prácticas.

Los padres de Allitt recibieron la noticia con alegría. Su hija había conseguido por fin cumplir su sueño infantil de dedicarse al cuidado de los otros.

En febrero de 1991, Beverley Allitt comenzó a trabajar como enfermera a tiempo completo en la Sala 4 de Pediatría del Hospital de Grantham

Mary Reet, una antigua compañera de trabajo, la recuerda como una «chica jovial, sin preparación en pediatría, pero con mucho interés por todo lo que pasaba en la unidad. Se llevaba bien con la gente, se esforzaba mucho por agradar».

Ninguno de quienes trabajaban con ella podían imaginar que en la intimidad de su casa, Allitt mostraba un comportamiento cada vez más peligroso. Se hacía cortes en las piernas, se inyectaba agua en el pecho, bebía agua hirviendo...

Al poco tiempo de empezar a trabajar, su trastorno se convirtió en el *síndrome de Munchausen por poderes*. Ya no le bastaba autolesionarse. Ahora, su compulsión le hacía infligir daño a los demás para aparecer como una figura heroica dedicada a su cuidado.

Por desgracia, sus pacientes estaban entre los más vulnerables e indefensos de todo el hospital.

A los dos días de haber comenzado a trabajar, Beverley Allitt se convirtió en una peligrosa asesina.

LOS PRIMEROS CRÍMENES

El primero en sufrir una agresión mortal fue el pequeño Liam Taylor, de siete semanas de edad. Sus padres lo habían llevado al hospital el 21 de febrero de 1991 a causa de un resfriado persistente que había derivado en bronquiolitis.

La amable enfermera Allitt los convenció de que el niño estaba en buenas manos y que podían irse a descansar.

Los Taylor dejaron a un bebé saludable ingresado en la planta de pediatría. Cuando regresaron, su hijo estaba cianótico, con evidentes dificultades para respirar. Los médicos consiguieron reanimar a Liam y decidieron asignar una enfermera para que le prestase una atención individualizada. La designada para pasar la noche fue Allitt.

Aunque el padre del pequeño, incapaz de conciliar el sueño en la sala de

espera, había comprobado que los niveles de oxígeno eran normales a medianoche, en algún momento Liam dejó de respirar sin que saltase ninguna alarma de los equipos. Sólo la enfermera Allitt se dio oportuna cuenta de lo que había sucedido. Consiguieron reanimar a Liam, pero su vida dependía de la respiración asistida. Sus padres, inconsolables, tuvieron que tomar la difícil decisión de desconectar la máquina que hacía que los pulmones de su hijo funcionasen. El bebé falleció treinta y seis horas después de haber sido ingresado.

El personal médico no reaccionó con especial extrañeza ante lo ocurrido. Ya habían visto antes muertes de niños a las que no se les podía asignar una causa médica concreta. Debían esperar a conocer los resultados del patólogo para poder plantear una hipótesis de lo sucedido.

Sin embargo, el doctor Nanayakkara se sorprendió al leer el informe de la autopsia del bebé: había fallecido por un infarto masivo. ¿Cómo era eso posible cuando ninguna de las exhaustivas exploraciones de Liam había revelado signos de dolencia cardíaca?

A pesar de ello, la extraña muerte de Liam Taylor fue clasificada como «fallecimiento por causas naturales».

Dos semanas después, el pabellón quedó conmocionado por una nueva muerte.

Timothy Hardwick, de once años y con parálisis cerebral, falleció tras haber sido ingresado por un ataque epiléptico. El especialista, el doctor Porter, creyó que un nuevo ataque de epilepsia había acabado con su vida.

Durante la investigación policial posterior, los agentes comprobaron que esa noche no le tocaba turno de guardia a Allitt. No obstante, se encontraron pruebas que demostraban que había ido al hospital. Se cree que en algún momento de la noche se pasó por la sala y asfixió a Timothy con una funda de almohada.

Tres días después, Kayley Desmond, una niña de un año de edad recién cumplido y que había sido ingresada por una infección de pecho, sufrió otro extraño colapso. Por suerte, pudo ser reanimada y fue trasladada al centro de

referencia de Grantham, el Queen's Medical Centre de Nottingham. Allí se recuperó con normalidad y no volvió a presentar ningún ataque.

Por entonces, los médicos de la Sala 4 de Pediatría empezaron a barajar la posibilidad de que estuviesen ante el inicio de un brote infeccioso y tomaron medidas para controlarlo. Se desinfectaron y fumigaron las salas, se compró equipo adicional...

Mientras tanto, la enfermera Allitt siempre se encontraba en el centro de los dramas de la sala de urgencias. Ella era la primera en alertar que se había producido una crisis en el estado de los pequeños pacientes, e incluso hubo alguna ocasión en que, providencialmente, fue capaz de «adivinar» lo que le sucedía al enfermo. Además, se mostraba cercana y entregada para ofrecer consuelo a los angustiados padres.

Beverley Allitt actuaba de acuerdo a una perversa lógica de pensamiento: cuanto más daño infligía a un niño, más elogios recibía por curarlo o más necesaria se hacía para consolar a sus padres. Los niños sólo eran un vehículo para satisfacer su ego y su fantasía de control sobre los demás. Los investigadores del caso compararon su comportamiento con el de una ruleta rusa señalando al azar quién debía morir.

Por desgracia, el síndrome de Munchausen por poderes es un trastorno poco conocido, y eso impidió que quienes trabajaban con Allitt se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Allitt guardaba una absoluta calma mientras el niño a su cargo se debatía entre la vida y la muerte, y en el momento en que éste conseguía superar la crisis, empezaba a sentirse inquieta. Su enfermedad le impelía a permanecer a toda costa al lado del pequeño.

Parecía guiada por la compasión cuando en realidad estaba dominada por un impulso homicida. Lo único que deseaba era tener una nueva oportunidad de actuar.

EL DESCUBRIMIENTO

El 23 de marzo de 1991, Paul Crampton, de cinco meses, ingresado a causa de una bronquiolitis leve y a punto de recibir el alta, empeoró de forma repentina a los pocos minutos de que la enfermera Allitt comenzara su turno. Le hicieron un rápido análisis de sangre y la prueba ofreció un extraño resultado: sin ser diabético, presentaba bajísimos niveles de azúcar en sangre. Se le administró glucosa y pudo ser estabilizado.

Al día siguiente sufrió un nuevo ataque del que se recuperó. De forma inexplicable pareció mejorar durante el fin de semana. La razón era que Allitt había disfrutado de unos días libres y no había tenido acceso al niño.

Sin embargo, en cuanto la enfermera se reincorporó al trabajo, Paul Crampton sufrió un nuevo colapso.

Los especialistas tomaron entonces la decisión de trasladarle al centro médico de Nottingham, como ya hicieron con Kayley Desmond. Allitt ya había terminado su turno, pero aun así se ofreció a acompañar a la madre. Tras el viaje en ambulancia, Paul Crampton presentó de nuevo preocupantes desequilibrios de azúcar en sangre.

Ese día también ocurrió algo que poco después permitiría detectar el verdadero problema en la Sala 4.

Antes de transferir al paciente, el doctor Porter decidió hacerle una analítica completa durante el ataque, esperando encontrar algún indicio de su causa.

¿Por qué Paul Crampton presentaba bajísimos niveles de azúcar pese a haberle administrado glucosa?

En la respuesta a esta pregunta estaba la clave que permitiría descubrir lo que ocurría tras los inexplicables colapsos de los pacientes de la Sala 4.

Por desgracia, los resultados de la analítica no llegarían hasta quince días después. Y para entonces, Beverley Allitt iba a sumar nuevas víctimas.

LAS ÚLTIMAS VÍCTIMAS

Pese a la creciente sensación de impotencia de los facultativos, la Sala 4 trataba de recuperar su funcionamiento normal. Entonces, dos nuevos colapsos agravaron la situación. Por suerte, los niños Bradley Gibson, de cinco años, y Yik Hung Chan, de dos, fueron reanimados y trasladados de urgencia a Nottingham, donde se recuperaron.

En los análisis de sangre de Bradley se encontró un nivel de insulina inusualmente alto. En el caso de Yik Hung, que había ingresado a causa de una caída desde una ventana y presentaba una fractura de cráneo, el ataque parecía una consecuencia lógica de la lesión.

El 5 de abril llegaron al hospital las gemelas Katie y Becky Phillips, de dos meses de edad. Habían nacido prematuras y eran unas pacientes frecuentes de la Sala 4 del Servicio de Pediatría. Becky había ingresado a causa de una gastroenteritis, y Allitt se mostró muy interesada en atenderla. Esa misma tarde, la enfermera dio la voz de alarma: la pequeña estaba fría al tacto, y creía que se debía a que había tenido un ataque hipoglucémico.

Sin embargo, su supervisora no encontró nada raro en la niña y permitió que fuera dada de alta. Esa misma noche, Becky Phillips murió en su casa.

Más tarde, la investigación descubriría que la enfermera le había inyectado la insulina por vía intramuscular y no intravenosa. De esa forma logró que el efecto fuese más lento y no produjera un ataque repentino. Así se aseguró de que la niña falleciese lejos de los médicos, donde no tenía ninguna posibilidad de ser reanimada.

La extraña muerte de Becky hizo que el especialista a su cargo, el doctor Nanayakkara, se decidiese a ingresar a Katie, su hermana, para poder controlar su evolución. Beverley Allitt volvió a encargarse de ella. Enseguida la niña tuvo un paro cardíaco del que avisó con presteza la joven enfermera. Pero la reanimación funcionó y la madre de la niña pensó que había sido la rápida

reacción de Allitt lo que había salvado a Katie. Se sintió tan agradecida que le pidió que fuese la madrina de su hija.

Dos días después, un nuevo ataque de mayor gravedad dejó a Katie viva pero con daños cerebrales permanentes. En Nottingham, adonde fue trasladada, le detectaron varias costillas rotas que habían pasado desapercibidas a sus pediatras. En aquel hospital habían ingresado ya varios niños procedentes de Grantham, afectados por extraños colapsos. Todos habían mejorado en sus instalaciones y no habían vuelto a tener recaídas.

El 7 de abril, Michael Davidson, un niño de seis años, fue operado de urgencia al haber recibido un disparo accidental de perdigón en el pecho. La intervención salió bien y fue transferido a la planta de pediatría para que se recuperara. La sexta vez que se le inyectó el combinado de antibióticos prescrito, el chico sufrió un shock anafiláctico. La enfermera encargada de esa administración había vuelto a ser Allitt.

Tras Michael, otros tres niños, Cristopher King (nueve meses), Christopher Peasgood (ocho meses) y Patrick Elstone (siete meses), ingresados por afecciones leves, sufrieron los extraños colapsos. El último de ellos tenía sólo una infección de oído al llegar a la Sala 4, pero después de verse privado de oxígeno, salió de ella con un daño cerebral permanente.

Ante el imparable aumento de las urgencias graves en planta, los pediatras de Grantham, el doctor Porter y el doctor Nanayakkara, decidieron mantener una reunión con la jefa de enfermería, D. M. Onions, para comparar impresiones e hipótesis sobre las causas de los ataques.

El doctor Porter creía que alguien, por negligencia o intención criminal, estaba haciendo daño a los pacientes. Por su parte, el doctor Nanayakkara opinaba que todo se reducía a mala suerte y falta de equipamiento.

Incapaces de ponerse de acuerdo, ambos acordaron escribir una carta a la dirección del hospital, dejando constancia de la incomprensible situación. El doctor Nanayakkara fue el encargado de redactarla.

A finales de abril, también en el Queen's Medical Centre de Nottingham, se

especulaba sobre el incremento de urgencias graves en niños trasladados desde Grantham. Como centro de referencia del otro hospital, estaban acostumbrados a recibir a dos o tres niños gravemente enfermos al año. Pero en sólo ocho semanas habían recibido a más del doble. Resultaba tan extraño que se decidió alertar de ello a la dirección del Hospital de Grantham.

Ya eran los especialistas de dos centros médicos quienes empezaban a sospechar que algo raro ocurría en la Sala 4. Sin embargo, no consiguieron impedir el último asesinato de Beverly Allitt.

Claire Peck, de quince meses, ingresó el 22 de abril por un ataque de asma. A Allitt no le correspondía atenderla, pero se ofreció a ayudar a intubarla mientras la supervisora se ausentaba unos minutos para ir a por material. La joven enfermera dio entonces el aviso de que la paciente acababa de sufrir un fallo cardíaco. La niña falleció poco después.

El 30 de abril de 1991, la dirección del hospital recibió la carta escrita por el doctor Nanayakkara, en la que describía, sin plantear ninguna hipótesis sobre su causa, los extraños sucesos en la Sala 4: en apenas dos meses, nueve paradas cardíacas en niños de corta edad.

Para quienes leyeron la misiva, la conclusión estuvo clara. Aquello se salía de cualquier curva estadística de enfermedad infantil.

Entonces se decidió llamar a la policía.

LA LLAVE

En la primera reunión de la policía con la dirección del Hospital de Grantham, los dos médicos especialistas, doctor Porter y doctor Nanayakkara, manifestaron cada uno lo que creían que estaba sucediendo.

Ante la divergencia evidente de opiniones, la policía decidió abrir una primera fase de investigación. Para ello, pidieron la ayuda de un experto médico independiente, el doctor David Hull, cuyo trabajo consistió en analizar los

expedientes de todos los niños que habían sufrido los extraños colapsos para establecer si había indicios o no de negligencia o comportamiento criminal.

Dado lo preocupante del caso, mientras se esperaban los resultados del informe se instalaron cámaras en toda la Sala 4.

A partir de ese momento, los colapsos cesaron por completo.

El informe entregado a la policía por el doctor Hull confirmó el punto de vista del doctor Nanayakkara en la mayoría de los casos, salvo en uno de ellos, el de Paul Crampton.

El análisis de sangre del bebé ordenado por el doctor Porter —tras el tercer y último ataque de Paul el 28 de marzo de 1991— dio unos valores de insulina fuera de lo común según las tablas utilizadas como referencia en los laboratorios. Aunque el pediatra buscaba en aquellos resultados la confirmación de un posible diagnóstico de nesidioblastosis, una anomalía en el páncreas que presentan algunos niños, lo que consiguió fue desenmascarar el juego sucio tras los colapsos de la Sala 4.

En palabras del jefe del Departamento de Policía de Lincolnshire, Stuart Clifford: «El análisis de sangre de Paul indicaba que el bebé había tenido el segundo nivel más alto de insulina en el mundo, al menos en 1991».

La policía vio que había causa suficiente para abrir una investigación.

Enseguida se descubrió que la llave de la nevera de los medicamentos había desaparecido desde poco antes del ingreso de Liam Taylor. Y allí se guardaba la insulina. Cuando se hizo el seguimiento del uso de la llave, quedó patente que la última persona en tenerla en su poder había sido Beverley Allitt. Hasta el momento, nadie del hospital se había dado cuenta de su falta.

El siguiente paso de la policía fue analizar la sangre de Becky Phillips: también presentaba un nivel anormalmente alto de unidades de insulina por litro en sangre.

La policía ya tenía la prueba que permitía encaminar la investigación en la dirección correcta: alguien había administrado insulina a los niños, probablemente inyectándola.

Los investigadores procedieron a interrogar a familiares de las víctimas y personal del hospital. Uno de los primeros pasos que dieron fue eliminar a los familiares de Paul Crampton y Becky Phillips de la lista de sospechosos. El padre de Paul había sido señalado como sospechoso por su actitud defensiva durante los interrogatorios, pero hubo que descartarle tras descubrir que en el segundo ataque del bebé se encontraba en la cafetería, adonde le había enviado la enfermera Allitt.

Además, se recopiló información sobre qué personal atendió a cada una de las víctimas, en qué turno lo hizo, y si debía o no administrar medicamentos. La disposición de los datos en un cuadrante ofreció un resultado muy revelador: la recién contratada Beverley Allitt había estado en todos y cada uno de los extraños incidentes, convirtiéndose en la sospechosa oficial. Se calculó que tenía una probabilidad de menos de uno entre diez millones de que su turno hubiese coincidido con trece ataques motivados por causas naturales. Era demasiada coincidencia.

El 21 de mayo de 1991, el agente Stuart Clifford decidió que, aun sin pruebas físicas en su contra, había motivos más que suficientes para arrestarla e interrogarla con la intención de obtener una confesión.

Los investigadores pronto descubrirían que la frialdad de la joven de veintitrés años les dificultaría enormemente poder llevarla a juicio.

«YO NO LO HICE»

Al ser detenida como principal sospechosa de los asesinatos de los niños, Beverley Allitt no mostró ninguna reacción. De hecho, se quedó tranquilamente dormida cuando la dejaron en su celda. En los interrogatorios posteriores, tampoco dejó escapar emoción alguna acerca de las muertes de los pequeños.

Se la puede escuchar en las cintas diciendo muy tranquila: «Yo no lo hice. Dios mío, no sé cómo convencerle de que yo no lo hice». Cuando se le preguntaba por alguna circunstancia en concreto, siempre tenía una excusa y se

distanciaba de lo sucedido. Al hablar de Liam Taylor, Allitt negó su responsabilidad. Dijo que el niño estaba muy enfermo pese a que en realidad había ingresado por una afección leve, que ella llamó al supervisor nocturno de enfermería y éste fue quien se quedó a solas con el paciente, que el ataque sobrevino cuando ella ya había salido a buscar al médico...

Tras ocho horas de interrogatorio, la policía no consiguió que la enfermera admitiese ni uno solo de sus crímenes. Como no había pruebas suficientes para retenerla bajo custodia o acusarla en firme, Allitt pagó la fianza y quedó libre.

Gran parte del personal del Hospital de Grantham, e incluso los padres de sus víctimas, no podían creer que la amable enfermera fuese culpable. La madre de las gemelas Phillips llegó a contratar los servicios de un detective privado para que la ayudase a limpiar su nombre.

Durante los siguientes meses, la policía se dedicó a reunir evidencias que dejaran fuera de toda duda su intención criminal. Había que demostrar que los niños no habían muerto por causas naturales y que Allitt era la culpable de las agresiones. Por ello, la investigación policial contó con la opinión de expertos médicos independientes, y recabó los testimonios de los facultativos de Grantham y Nottingham.

Enseguida se hicieron importantes hallazgos.

En el caso de Katie Phillips, se descubrió que tenía marcas de pellizcos y costillas rotas. Las lesiones habían pasado desapercibidas al personal de Grantham, pero no al radiólogo de Nottingham. También se demostró que le había inyectado aire en el brazo a otra de las niñas, Kayley Desmond, al encontrarle una burbuja de aire bajo la axila. Después se consiguió el historial médico de Allitt y se buscó a alguien que asesorase sobre el *síndrome de Munchausen por poderes*.

También se procedió a registrar su domicilio. Allí la policía encontró importantes pistas: una jeringuilla hipodérmica, una funda de almohada de hospital y un libro de ejercicios infantiles en el que había escrito: «Libro de guardias».

Ese libro resultaría de especial importancia para sustentar el caso. Era el documento en el que la jefa de enfermeras apuntaba los datos de cada niño, sus necesidades especiales y la enfermera que les había sido asignada. Y estaba en poder de Allitt.

Durante la investigación policial se dedujo que Allitt utilizaba varios métodos para hacer enfermar a los niños: asfixia, inyecciones de insulina o potasio, o un combinado de ambas. El resultado siempre era el mismo: colapso por privación de oxígeno y ataque cardíaco. Por encima de todo, la enfermera trataba de que sus crímenes pasasen desapercibidos. Este aspecto resultaría de vital importancia en el juicio para demostrar su imputabilidad aun reconociendo que tenía un trastorno mental.

En noviembre de 1991, cinco meses después del comienzo de la investigación policial, Allitt fue arrestada y acusada formalmente de los crímenes de la Sala 4.

En el tiempo que pasó libre, aunque había sido suspendida de empleo y sueldo en Grantham, Allitt no perdió el tiempo. Se había trasladado a vivir a casa de un amigo en Peterborough, y allí había atentado contra la vida de su hermano adolescente, Jonathan Jobson, al que le ofreció una naranjada en la que había disuelto pastillas para la diabetes. El chico perdió el conocimiento y fue trasladado al hospital, donde finalmente se recuperó. El perro de la familia no tuvo tanta suerte y falleció tras la ingestión de los medicamentos.

También había trabajado en una residencia de ancianos, donde se sospechaba que había intentado atentar contra la vida de una mujer de setenta y tres años llamada Dorothy Lowe.

Aunque la policía tenía la certeza de que Allitt había querido matar al chico y a la anciana al no poder acceder a los niños, tampoco existían suficientes pruebas para fundamentar esos dos casos.

La acusación se centró en lo sucedido en el Hospital de Grantham. Habían construido un caso sólido gracias a la colaboración de diferentes especialistas médicos y estaban convencidos de poder demostrarlo en el juicio.

TRECE CADENAS PERPETUAS

La causa contra Beverley Allitt comenzó el 15 de febrero de 1993, en el Nottingham Crown Court. La acusada se declaró no culpable de los hechos que se le imputaban: cuatro asesinatos y nueve intentos de asesinato en la Sala 4 de Pediatría de Grantham, y dos intentos fuera de las instalaciones hospitalarias.

El proceso despertó un gran interés en los medios, y la sala llegó a recibir doscientas peticiones de acreditación para seguir el juicio. Éste se prolongó casi dos meses, durante los cuales la acusada sólo asistió a las sesiones durante dieciséis días por enfermedad. Mientras estaba confinada había desarrollado anorexia nerviosa, perdiendo muchísimo peso.

La acusación empleó casi un mes en presentar todas las evidencias que vinculaban a Allitt con los crímenes. La evaluación psiquiátrica de la acusada corrió a cargo del profesor Roy Meadow, que explicó en detalle el *síndrome de Munchausen* y el *síndrome de Munchausen por poderes*, concluyendo que Allitt presentaba síntomas de ambos y que nunca podría curarse. Según sus palabras, la joven sería «siempre un peligro para cualquiera que entrase en contacto con ella».

Aunque el juez aceptó que la joven sufría un trastorno mental, también encontró «un elemento de sadismo en la conducta de la enfermera y en sus agresiones». En su sentencia expresó que «a causa de las acciones (de Allitt), lo que debiera haber sido un lugar seguro para los pacientes, se convirtió, no en un lugar peligroso, sino en un verdadero campo de exterminio o algo de naturaleza similar».

En mayo de 1993 se consideró a Beverley Allitt culpable de todos los cargos, y fue condenada a trece cadenas perpetuas. Era la sentencia más dura jamás dictada a una mujer en Gran Bretaña. De acuerdo con el juez, esto se debía «en parte por las víctimas, en parte por las familias y en parte por el daño que había infligido a la integridad de una noble profesión». La joven no mostró ninguna emoción al escuchar el veredicto. En las imágenes de los informativos de aquel

día se la puede ver sonriendo mientras es conducida al interior del vehículo policial.

Allitt fue confinada en el Hospital Psiquiátrico Rampton, donde todavía hoy recibe terapia psicológica. Fue allí donde acabó reconociendo tres de las muertes. Sin embargo, negó siempre haber atentado mortalmente contra Becky Phillips.

A la gemela superviviente, Katie, las autoridades sanitarias de Lincolnshire le otorgaron 2,25 millones de libras para financiar los cuidados paliativos que necesitaría durante toda su vida. Aun así, las autoridades sanitarias de Lincolnshire no reconocieron ninguna responsabilidad por lo sucedido a una paciente en un hospital público.

El Hospital de Grantham se disculpó públicamente por los actos criminales de Allitt. Para la mayoría de los padres, esa disculpa llegaba tarde.

EL INFORME CLOTHIER

La alarma social generada por el caso Allitt provocó inmediatas reacciones de los responsables de la sanidad en Gran Bretaña.

La secretaria de Estado para la Salud, Virginia Bottomley, encargó una investigación oficial a sir Cecil Clothier sobre lo sucedido en la Unidad de Pediatría del Hospital de Grantham. Mediante su informe se esperaba conocer si la acción criminal de Allitt podía o no haberse evitado y cómo impedir que se repitiese un caso similar en el futuro.

La conclusión principal del informe Clothier no difiere de la ofrecida por la investigación policial. En sus páginas se puede leer que los graves incidentes de la Sala 4 son el fruto de «una mente criminal malévola y trastornada que es la última responsable de los colapsos y muertes de los infantes». La mente de Beverley Allitt.

No obstante, la investigación oficial también puso en evidencia los fallos del

sistema que habían permitido a la enfermera agredir a los niños sin activar ninguna alarma. Una estructura poco consistente en la administración del hospital y la falta de comunicación entre los diferentes niveles produjo una cadena de fallos que, agravada por el exceso de trabajo, la lentitud en los resultados de las pruebas médicas y la incapacidad técnica de detectar los abusos como las costillas rotas de Katie Phillips, permitió a Allitt actuar sin ser detectada durante cincuenta y ocho días.

Las palabras finales de la investigación oficial a cargo de sir Cecil fueron exculpatorias: «Con una situación ideal de plantilla, la acción no se podría haber evitado, sólo le habría resultado más complicado a Allitt llevar a cabo su intención criminal».

Uno de los efectos positivos del informe fue la implantación por parte del Sistema Público de Salud de una serie de recomendaciones para aumentar los sistemas de control y salvaguardar la integridad de los pacientes en los hospitales.

La letal enfermera provocó otros «daños colaterales». La unidad de pediatría del hospital fue clausurada, privando a los habitantes de la ciudad de una atención primaria cercana, y los médicos especialistas, el doctor Porter y el doctor Nanayakkara, despedidos.

Al final, para los padres de los niños agredidos, sólo queda la pregunta que Sue Phillips lanzó a la policía cuando le fue revelado que Beverley Allitt era la autora en los ataques a sus hijas gemelas: «¿Por qué?».

Ivan Milat, *el Asesino de mochileros*

Australia tiene fama de ser uno de los países del mundo donde resulta más fácil viajar haciendo autoestop. Todos los años, miles de jóvenes recorren el país con sus mochilas a la espalda.

Lejos de los grandes núcleos urbanos, perdidos en el inmenso interior del país, los «mochileros» pasan semanas sin ponerse en contacto con sus familias. Cuando alguno de ellos desaparece, a menudo transcurren meses hasta que se da la voz de alarma.

Entre los años 1989 y 1992, un sanguinario asesino en serie eligió como víctimas a jóvenes autoestopistas en los alrededores de Sidney, la ciudad más grande y poblada de Australia.

Su nombre es Ivan Milat, y antes de ser detenido, acabó con la vida de siete jóvenes.

CADÁVERES EN EL BOSQUE

El 19 de septiembre de 1992, unos senderistas descubrieron los cadáveres de dos turistas británicas, Caroline Clarke y Joanne Walters, enterrados bajo un montón de hojas y ramas en el Parque Nacional de Belanglo, en Nueva Gales del Sur, cerca de la ciudad de Sidney.

Caroline y Joanne tenían veintiún y veintidós años, respectivamente, en el momento de su muerte. Habían sido vistas por última vez en Sidney el 18 de abril de 1992, haciendo autoestop en dirección a Adelaida, en la costa oeste.

Las autopsias revelaron que las dos mujeres habían sido violadas. Walters

había sido amordazada y la causa de la muerte fue por apuñalamiento. Clarke, en cambio, había recibido doce disparos en la cabeza.

Poco después, a unos kilómetros de distancia, la policía encontró los restos de los australianos James Gibson y Deborah Everist. Ambos tenían sólo diecinueve años cuando desaparecieron, el 9 de diciembre de 1989. La mochila de Gibson y su cámara de fotos fueron encontradas dos meses más tarde junto a una carretera rural.

La policía siguió peinando la zona en busca de más víctimas, y en octubre halló el cadáver de Simone Schmidl, una alemana de veintiún años desaparecida el 21 de enero de 1991 en el mismo tramo de carretera entre Liverpool y Goulburn. Sus gafas y parte de su equipo de acampada fueron encontrados más tarde cerca de Wangaratta, una pequeña ciudad del estado de Victoria. De acuerdo con la autopsia, Simone había sido atada y amordazada y había muerto apuñalada tras ser violada.

El 4 de noviembre de 1992 aparecieron los cadáveres de otros dos turistas alemanes: la pareja compuesta por Gabor Neugebauer, de veintiún años, y Anja Habschied, de veinte años. Ambos habían sido vistos por última vez el 26 de diciembre de 1991 saliendo de Kings Cross con la intención de llegar hasta Darwin. Neugebauer murió estrangulado, y después le dispararon seis veces en la cabeza. Su novia estaba desnuda de cintura para abajo y había sido decapitada tras ser violada.

Las víctimas apuñaladas tenían algo en común: un corte en la parte superior de su espalda que había seccionado la médula espinal, impidiendo que pudieran moverse.

Al tratarse de crímenes tan parecidos entre sí, la policía consideró desde un principio la posibilidad de que fueran obra de una sola persona. Se enfrentaban a un asesino en serie. Un psiquiatra forense, el doctor Rod Milton, hizo un perfil del agresor de Walters y Clarke. En su opinión, se trataba de un hombre en la treintena, con un historial de conducta delictiva, al que el terreno del Parque

Nacional de Belanglo le era muy familiar y que deseaba infligir a sus víctimas el mayor daño posible.

La prensa local publicó las fotos de las víctimas esperando que alguien pudiera haberlas visto en compañía de su asesino. Pero nadie parecía saber nada.

LA BÚSQUEDA

Durante un año, la policía buscó pistas que le permitieran descubrir al *Asesino de mochileros*.

Sin embargo, pese a que se creó una fuerza especial dirigida por el comandante Clive Small, cuyo único objetivo era capturar al asesino, la investigación se encontraba en un punto muerto.

Era probable que el asesino condujera un 4×4 —única clase de vehículo capaz de recorrer los caminos del bosque donde aparecieron los cadáveres—, y que conociera bien los alrededores de Sidney.

Los expertos en balística descubrieron que el arma que había acabado con las vidas de Gabor, el joven alemán asesinado cuando se dirigía a Darwin, y de Caroline, una de las primeras víctimas encontradas, era la misma. Se trataba de un rifle Ruger fabricado en Estados Unidos, poco habitual en Australia.

Que el asesino usara cuchillos y rifles parecía indicar que podía tratarse de un cazador.

Otro hecho analizado por la policía fue que las víctimas murieron con la misma ropa con la que se les había visto por última vez, lo que llevó a pensar que habían muerto ese mismo día cerca de Sidney, agredidos por alguien que vivía por la zona.

Había muchas teorías. Según el comandante Small, lo más probable es que el asesino fuera de clase social baja, con un trabajo que no requería grandes cualificaciones. No se trataba de un prejuicio de clase, sino de un hecho. La

mayoría de los criminales que cometen asesinatos así en Australia responden a ese perfil.

El 5 de noviembre de 1993, el gobierno ofreció una gran recompensa a cambio de cualquier tipo de información que pudiera llevar a la captura del asesino. Además, se ofreció el perdón a sus posibles cómplices si aportaban datos sobre la identidad del asesino y demostraban que no habían tenido una relación directa con los asesinatos. Se recibieron más de un millón de llamadas. De entre ellas, la policía seleccionó unas diez mil para investigarlas en mayor profundidad. Usando un programa de ordenador, los agentes agruparon toda la información que habían recibido con la esperanza de encontrar pautas y pistas que llevaran a identificar al asesino. Todo su esfuerzo fue en vano.

Justo un día antes de que aparecieran los últimos cuerpos, los de Gabor y Anja, el 3 de noviembre de 1992, los investigadores escucharon por primera vez el nombre de Ivan Milat, uno de los catorce hijos de Stijphan Marko Milat, inmigrante croata, y Margaret Elizabeth Piddleson, australiana hija de inmigrantes ingleses.

Según informó un compañero de trabajo con el que había coincidido construyendo carreteras, Milat estaba obsesionado con las armas y alguna vez había presumido de haberlas utilizado para asustar a los mochileros que recorrían habitualmente la zona.

No obstante, sin pruebas más firmes que respaldaran sus sospechas, aquélla era sólo una llamada más de entre las miles que se habían recibido de personas convencidas de conocer al asesino.

Poco después, los investigadores encontraron un informe sobre otro de los hermanos Milat, Richard. Eran las declaraciones realizadas por la esposa de un obrero de una fábrica de materiales de construcción. Según ella, Richard había dejado caer que sabía quién era el *Asesino de mochileros*, e incluso había llegado a insinuar que podía ser él mismo. Una vez, refiriéndose al número de víctimas, dijo: «Hay más ahí afuera, todavía no han encontrado a las alemanas». Y lo dijo mucho antes de que las tres turistas alemanas fueran descubiertas.

Por todo ello, a finales de año la policía empezó a investigar a Ivan y Richard Milat. Lo primero que hicieron fue averiguar qué días trabajaban y cuáles descansaban para comprobar si alguno de ellos podía haber sido el asesino.

Ivan Milat había librado los días de las desapariciones.

En enero de 1994, el detective Paul Gordon descubrió que Ivan Milat había sido acusado en 1971 de la violación de dos turistas a las que había recogido haciendo autoestop. Ivan amenazó con matarlas cuando se resistieron y sólo decidió perdonarles la vida cuando una de las mujeres aceptó practicar sexo con él. Durante el juicio, una de las víctimas dejó de ser una testigo fiable al cambiar su versión de la historia. A falta de otras pruebas, Ivan fue puesto en libertad.

Los hermanos Milat trabajaban juntos en las carreteras entre Sidney y Melbourne, e Ivan tenía una casa cerca de Belanglo. Resultaba muy sospechoso que hubiera vendido su 4 × 4 poco después de que fueran encontrados los cadáveres de Clarke y Walters.

Esos indicios fueron suficientes para que Milat se convirtiera en el sospechoso número uno. Para los policías estaba claro que si Ivan no era el asesino, bien podía serlo alguno de sus hermanos. Al fin y al cabo, casi todos tenían antecedentes y habían pisado la cárcel en alguna ocasión.

Pero como no tenían pruebas que les permitieran detenerlo y querían construir un caso sólido, montaron un operativo que vigilaba cada uno de sus movimientos, tanto en su trabajo como en la casa que compartía con su pareja y su hermana, en Cinnabar Street, en Eagle Vale, al sudoeste de Sidney.

La continua vigilancia de la policía no pasó desapercibida para Milat. En alguna ocasión, los agentes vieron cómo los observaba con binoculares desde el interior de su vivienda.

EL TESTIGO CLAVE

En 1993, un inglés de veintisiete años, Paul Onions, que vivía en Birmingham

(Inglaterra), se puso en contacto con la policía australiana.

Tres años antes había sufrido un ataque mientras viajaba y al ver un programa de televisión sobre los crímenes de los mochileros, pensó que podía tener alguna relación con lo que le había ocurrido a él.

Onions estaba haciendo dedo junto a una tienda en la autopista Hume de Liverpool, cuando el conductor de un 4 × 4 plateado que dijo llamarse «Bill» paró y le recogió. Cerca del Parque Nacional de Belanglo, Bill se detuvo y sacó una pistola mientras gritaba: «¡Esto es un atraco!». Onions salió corriendo y su agresor empezó a dispararle mientras le perseguía. Pero el joven tuvo suerte y consiguió escapar.

Sin embargo, la policía no le dio importancia a su llamada y se limitó a archivarla.

Afortunadamente, casi un año más tarde, los analistas que estaban estudiando el caso repararon en ella y decidieron ponerse en contacto con Onions.

Por fin, el 2 de mayo de 1994, los agentes le pidieron que volara a Australia para ayudarlos con la investigación. Tres días después, Onions llevó a la policía al lugar donde su asaltante trató de matarlo. Le mostraron trece fotografías de hombres parecidos a la descripción que había dado de su atacante, y Paul identificó a Ivan Milat. «Recuerdo el mostacho», dijo.

Más tarde, la ex mujer de Milat, Karen, confirmaría que Milat acostumbraba a dar «paseos» por el bosque en la época de las desapariciones.

Al fin la policía podía detener a Milat por la agresión a Onions. Sin embargo, esperaron a obtener las órdenes de registro de las viviendas de varios de los miembros de la familia Milat. No sabían si Ivan había actuado solo o acompañado por alguno de ellos, por lo que decidieron hacer redadas simultáneas en las propiedades de los Milat. Confiaban en obtener alguna evidencia que permitiese vincular a Ivan o a sus hermanos con los siete asesinatos de mochileros.

A las 6.36 de la mañana del 22 de mayo de 1994, cincuenta policías llevaron a cabo una redada en su vivienda de Eagle Vale. En aquel momento Ivan estaba

solo con su pareja. Los agentes llamaron a su casa y le dijeron que saliera con los brazos en alto. Pero Ivan se negó a obedecer pensando que era una broma.

Finalmente, después de que la policía volviera a llamar en dos ocasiones más, Milat y su pareja salieron a la calle para encontrarse rodeados por cincuenta policías fuertemente armados.

Después de su arresto, se procedió al interrogatorio de Ivan Milat en su propia casa durante tres horas. Le preguntaron si alguna vez había usado el nombre «Bill», si tenía armas de fuego y si había utilizado un rifle Ruger 10/22. Ivan contestó «No» a las tres preguntas.

Pero al registrar la casa, los agentes encontraron todo tipo de pruebas que le incriminaban: armas de fuego como las que se habían usado en los crímenes, equipo de acampada, ropas y cámaras de las víctimas. Muchos más objetos de los mochileros aparecieron en casa de su madre y de sus hermanos. Al parecer, Ivan se los había regalado.

El 31 de mayo de 1994, Milat fue acusado de los siete cargos de asesinato, además del intento de asesinato de Paul Onions y de posesión de armas de fuego ilegales.

Pero... ¿quién era exactamente Ivan Milat?

IVAN MILAT

Ivan Robert Marko Milat nació dos días después de la Navidad de 1954. Fue el quinto hijo de Stijphan, un inmigrante croata de cuarenta y cuatro años, y su esposa australiana Margaret, una mujer veinte años más joven. Con el tiempo, la pareja acabaría teniendo catorce hijos.

El padre de Ivan había luchado con el ejército británico durante la Primera Guerra Mundial y trabajaba en los muelles. En una entrevista, uno de sus hijos, Wally Milat, lo definió así: «Papá era estricto pero justo. Si te metías en un lío, te daba una paliza..., era estricto y muy duro». Para Mark Whittaker, autor del libro

Sins of the Brother, «el padre de los Milat era un hombre de otra época». Una vez, unos vecinos le vieron golpeando a dos de sus hijos con un gran tablón de madera. Semejantes castigos eran algo habitual.

Otro hijo, Alex, contó que tener armas en la casa era de lo más normal. Los catorce niños aprendieron a disparar en cuanto tuvieron la suficiente fuerza para sostener una escopeta. A veces no tenían casi para comer, pero siempre había dinero para munición.

Cuando Ivan cumplió cuatro años, su padre decidió hacerse granjero. Pero a pesar de que toda la familia colaboraba en las tareas del campo, apenas conseguían llegar a fin de mes.

Los profesores del colegio consideraban «inteligente» a Ivan. Se le daban bien las matemáticas y el estudio en general, pero no le interesaba, y siempre que podía se escapaba para vagar con sus hermanos por las calles de su barrio.

Siendo ya adolescente, Ivan fue internado en Boys Town, una institución religiosa fundada por el padre Flanagan, que se ocupaba de jóvenes rebeldes. Allí, Ivan no dio ningún problema, incluso llegó a hacerse monaguillo.

Como la familia necesitaba dinero, cuando Ivan cumplió quince años dejó la escuela y empezó a trabajar en la construcción, igual que antes habían hecho sus hermanos mayores.

Una de sus diversiones después de salir de trabajar eran los cuchillos y las armas de fuego. Según uno de sus hermanos pequeños, George, en aquella época era muy difícil llevarse bien con Ivan. Siempre se comportaba de forma violenta, aunque no hubiera razón para ello.

A los diecisiete años, Ivan fue detenido por la policía por robar en una casa, y en 1962 fue condenado a pasar seis meses en un correccional.

Durante el resto de la década de los sesenta tendría varias condenas breves de cárcel por la misma razón y también por robar coches. En palabras de Mark Whittaker: «Milat era un mal delincuente. Casi siempre le pillaban, y por eso se pasó la mayoría de los años sesenta en la cárcel».

Si uno de los hermanos se metía en problemas, los demás le protegían. Y

siendo tantos, no se lo ponían fácil a la policía, que más de una vez detuvo al hermano equivocado, teniendo que soltarlo al darse cuenta de la confusión.

En 1969, la familia se trasladó a Guildford, un barrio mejor de Sidney. Fue allí donde, en 1971, la hermana pequeña de Ivan, Margaret, murió atropellada accidentalmente por un coche conducido por su hermano Wally. Ivan fue uno de los primeros en llegar al lugar de lo ocurrido, y, según su familia, después de aquello nunca volvió a ser el mismo.

Un mes después, Ivan fue acusado de violar a las dos autoestopistas. La agresión sexual había ocurrido muy cerca del lugar donde veinte años más tarde empezarían a desaparecer las víctimas del *Asesino de mochileros*.

Poco antes del juicio, Ivan se marchó a Nueva Zelanda, donde permaneció hasta el año 1974.

Al regresar, fue arrestado de nuevo, y fue juzgado por las violaciones y el robo de un banco, cometido unos meses antes de la agresión a las dos mujeres. Pero la suerte estuvo de su lado. Fue absuelto del robo por falta de pruebas y, como ya sabemos, también de la violación después de que una de las víctimas cambiara su testimonio.

En 1975, con treinta años, Milat se había convertido en un ciudadano «respetable». Aún vivía con sus padres, trabajaba duramente como conductor de camiones, no fumaba y tampoco bebía, quizá porque, como explica Mark Whittaker, beber implica perder el control, y a Milat no le gustaban nada las sorpresas. En cuanto algo no era de su gusto, perdía la calma y estallaba.

Ese año Ivan conoció a una chica llamada Karen, que entonces tenía diecisiete años y estaba embarazada de su primo Mark. Muy pronto, la pareja se fue a vivir a una caravana y empezaron a ahorrar para comprar una casa. Cuando nació el hijo de Karen, Jason, Ivan decidió tratarlo como si fuera suyo. Se casaron a mediados de los años ochenta.

Por entonces Ivan estaba peleado con su familia y no la invitó a la boda. Hacía tiempo que los Milat habían dejado de ser una piña. El padre había muerto de cáncer de intestino a principios de los ochenta y uno de los hermanos de Ivan,

David, había sufrido daños cerebrales irreversibles a consecuencia de un accidente de moto. El modo en que cada uno se enfrentó a lo ocurrido generó grandes tensiones entre los hermanos.

En aquella época, Ivan trabajaba mucho y pasaba a menudo varios días lejos de casa. Debido a ello, el matrimonio empezó a tener problemas, que se agravaron con los celos de Milat. No le gustaba que su mujer saliera sin pedirle permiso, no le dejaba tener su propio dinero y no dudaba en pegarle si discutían. De puertas afuera, Milat se comportaba como el marido perfecto, siempre atento con su mujer y ocupándose de la casa, pero la realidad era muy diferente.

Durante el juicio de Milat, se supo que en aquella época había tenido un lío con Maureen, la primera mujer de su hermano Walter. Ésa fue la razón por la que el día de San Valentín de 1987, Karen abandonó la casa con la ayuda de su madre, llevándose con ella todos los muebles.

Ivan no volvió a ver a su ex mujer hasta siete años más tarde, cuando Karen testificó en su contra durante el juicio.

El 13 de julio de 1989, la pareja se divorció. Ese mismo año, Milat dejó su empleo habitual y empezó a trabajar como obrero en la construcción de carreteras usando un seudónimo para no pagar impuestos y para evitar que Karen le pidiera dinero.

Al final de ese año desaparecieron Deborah Everist y James Gibson.

Según los expertos en el caso, Ivan necesitaba controlar a alguien, y como ya no podía controlar a Karen, decidió buscar con quien hacerlo.

Dos meses después de la desaparición de su última víctima, en abril de 1992, Milat conoció a Chalinder Hughes, una divorciada de origen hindú que trabajaba para el gobierno en la Comisión Federal de Derechos Humanos e Igualdad de Oportunidades. Pese a las grandes diferencias entre ellos en cuanto a cultura y educación, la relación funcionó. Tanto que a partir de entonces se cree que Ivan dejó de matar.

EL TESTIMONIO DE LOS TESTIGOS

Como se ha mencionado, la policía había llevado a cabo una investigación exhaustiva, reuniendo pruebas suficientes para demostrar la culpabilidad del acusado. Durante el juicio se esperaba encontrar la respuesta a la pregunta de si Milat había actuado solo o había cometido sus crímenes acompañado por alguno de sus hermanos.

Aunque se había decidido que el juicio se celebrara en junio de 1995, no comenzó hasta casi un año después. Milat había despedido a su abogado, que le aconsejaba declararse culpable de los cargos, e inició una serie de maniobras legales para solicitar del Estado ayuda legal.

Finalmente, el juicio comenzó el 26 de marzo de 1996. Duró quince semanas y el acusado se declaró no culpable.

El primero en dirigirse al jurado fue el fiscal, Mark Tedeschi, que relató el intento de asesinato a Paul Onions, a quien, según su interpretación de los hechos, Milat había intentado matar por el mero gusto de hacerlo.

Después explicó de forma muy detallada las heridas que habían sufrido las siete víctimas del asesino. «Los mochileros fueron asesinados en ataques feroces en los que se usó una fuerza mucho mayor de la que hubiera sido necesaria para matarlos. No hubo ninguna razón para cometer los asesinatos salvo el placer de matar.» Entre otras cosas, Tedeschi contó que el *Asesino de mochileros* usaba la cabeza de sus víctimas para hacer prácticas de tiro después de matarlas. De ahí que muchos de los cadáveres mostraran múltiples impactos de bala.

El 18 de abril de 1996, el Parque de Belanglo fue cerrado al público y los miembros del jurado tuvieron la oportunidad de ver con sus propios ojos los lugares donde habían sido descubiertos los cadáveres de los mochileros asesinados.

Pero a la hora de convencer al jurado de que Milat era culpable, pesó más el testimonio de dos testigos que las pruebas reunidas por los detectives del caso.

La primera testigo fue Karen Milat, su ex mujer. Sin mirar apenas al que fuera

su marido, Karen recordó dos viajes a Belanglo con Ivan en 1983, durante los cuales se dedicó a cazar canguros. Tras abatir uno, lo remató cortándole el cuello. Además, en otras dos ocasiones la había llevado allí de picnic.

Milat había declarado que nunca había ido al bosque, pero, según Karen, conocía muy bien todos los caminos. Tanto que no necesitó mapas. Después habló de la pasión que su ex marido sentía por las armas. Además, confirmó que Milat tenía varios alias, entre ellos «Bargo Bill».

El segundo testigo clave fue Paul Onions. Cuando le llegó el turno de testificar, contó de forma detallada lo que le había ocurrido. Milat lo había apuntado con un revólver después de recogerlo mientras hacía autoestop. Aunque en principio su asaltante le dijo que sólo iba a robarle, Onions vio una sogá asomando de una bolsa. «Eso me asustó más que la pistola», explicó. «Me desabroché el cinturón y salté del coche.»

El joven intentó detener a alguno de los vehículos que pasaban, pero nadie paró. Entonces Milat salió tras él y le disparó. Onions trató de escapar corriendo, pero su agresor le alcanzó y le agarró de la camiseta. El chico se revolvió y consiguió escapar. «Una vez me liberé, pensé: voy a ponerme delante del próximo coche y que pase lo que tenga que pasar. No pienso moverme aunque me atropelle.»

Tuvo suerte. Detuvo una furgoneta, saltó dentro y cerró la puerta. Los dueños del vehículo empezaron a gritarle que se marchara, pero les explicó que ahí afuera había un tipo que quería matarlo.

La última vez que Onions vio a Milat, éste tenía una «sonrisa estúpida» en la cara, como si lo que estaba pasando le estuviera divirtiéndolo.

Tras el testimonio de Onions, los padres de cada una de las víctimas fueron llamados al estrado para hablar de la última vez que vieron vivos a sus hijos. La mayoría de ellos fueron incapaces de contener las lágrimas. Muchos también tuvieron que esforzarse para controlar la rabia que sentían al estar frente a semejante «monstruo».

Durante la semana número trece del juicio, llegó la hora de que testificara

Ivan Milat.

Milat comenzó respondiendo a las preguntas de su abogado, Terry Martin. Negó saber nada sobre las muertes de los mochileros o el ataque a Paul Onions. Admitió tener miles de cartuchos de rifles en casa, pero negó saber cómo había acabado el rifle Ruger en su vivienda. Además, negó haber estado en el bosque de Belanglo, contradiciendo las palabras de su ex mujer. Y por supuesto, no tenía ni idea de cómo era posible que las posesiones de las víctimas hubieran acabado en su casa y las de sus hermanos.

Durante el juicio, la defensa sólo presentó a media docena de testigos. Todos ellos sostuvieron que Milat era «un buen vecino» y que jamás le habían visto hacer nada sospechoso.

En su alegato final, el fiscal Mark Tedeschi dijo que había sido «la increíble arrogancia y la gran confianza en sí mismo (del acusado) lo que le había llevado a guardar en su casa el equipo de camping de sus víctimas y las armas que había utilizado para matarlas».

No sólo el aspecto de Milat encajaba con la descripción aportada por Onions, también el vehículo que conducía y su revólver eran los que había descrito el joven. «Mi opinión es que sólo hay una persona en toda Australia que encaja en la descripción del sospechoso. Y ése es el acusado», continuó el fiscal.

La defensa argumentó que, a pesar de las evidencias encontradas por la policía, no había pruebas de que Ivan Milat fuera culpable. Según el abogado del sospechoso, el *Asesino de mochileros* tanto podía ser Ivan como cualquier otro miembro de su familia, especialmente sus hermanos Richard o Walter. Incluso podía haber ocurrido que las evidencias encontradas en casa de Ivan las hubieran dejado ellos.

Pero tanto Richard Milat, de cuarenta años, como Walter Milat, de cuarenta y cuatro, negaron haber tenido nada que ver con los asesinatos.

Aun así, Manfred Neugebauer, el padre de una de las víctimas alemanas, sigue estando convencido de que Milat no actuó solo. «Mi hijo Gabor era alto y muy fuerte. Habrían hecho falta dos hombres para conseguir matarlo.»

«Creo que existe la horrible posibilidad de que haya alguien libre que no debería estarlo», dijo el padre de Caroline, Ian Clarke.

Y no sólo los padres de algunas de las víctimas pensaban de esa manera. Según el doctor Peter Bradhurst, el patólogo forense que llevó a cabo las siete autopsias, era muy probable que hubiera habido más de un asesino. En una de las escenas del crimen se usaron dos rifles y se efectuaron disparos desde diferentes direcciones. Además, las ramas usadas para cubrir los cuerpos eran demasiado pesadas como para que las levantara una sola persona. Eso sin tener en cuenta que los métodos usados para acabar con las víctimas habían sido muy diferentes entre sí, algo poco habitual entre los asesinos en serie.

Y resultaba difícil creer que Milat hubiera sido capaz de retener a los mochileros que viajaban en parejas sin contar con alguna ayuda.

Por último, se encontraron colillas de cigarrillos y botellas de alcohol vacías en los lugares donde habían sido enterradas las víctimas. Pero Milat ni bebía ni fumaba.

Pese a ello, el jurado llegó a la conclusión de que levantar sospechas sobre los hermanos de Ivan era sólo una estrategia desesperada de la defensa para intentar crear dudas alrededor de su culpabilidad, con la intención de reducir su posible condena.

A falta de más pruebas, los hermanos de Ivan no llegaron a ser acusados.

Por fin, el presidente del tribunal, el juez Hunt, pidió a los miembros del jurado que dejaran a un lado las simpatías por los familiares de las víctimas y que recordaran que «la sospecha no es lo mismo que una prueba».

Hablando con la prensa, Ray Walters, el padre de una de las víctimas, expresó lo que parecía ser el sentir popular al afirmar que quienes cometen crímenes así «no son enfermos, porque hasta cierto punto la gente enferma puede ser curada. Son como un perro con rabia. Debe haber algún sistema que nos permita destruir a esta gente (...) antes de que hagan daño».

El 27 de julio de 1996, Milat fue considerado culpable de los siete asesinatos

y condenado a cadena perpetua. Además, fue condenado a seis años de cárcel por tratar de robar y asesinar a Paul Onions.

El domingo siguiente a su condena, Milat fue trasladado a una prisión de máxima seguridad en Maitland, en Nueva Gales del Sur. Nada más llegar, otro interno le dio una paliza. A pesar de ello, Ivan se adaptó rápidamente a la vida en la cárcel.

UN PRESO CONFLICTIVO

Desde el primer momento, Milat fue un preso conflictivo. Al poco de ingresar en prisión, declaró que se escaparía en cuanto tuviera ocasión y que seguiría intentándolo hasta conseguirlo.

Casi un año después de su juicio, el 17 de julio 1997, se vio envuelto en un intento de fuga fallido impulsado por George Savvas, un ex concejal preso por tráfico de drogas.

Ivan fue recluido en el ala de máxima seguridad de la cárcel de Goulburn, muy cerca de Belanglo. A Savvas lo encontraron ahorcado en su celda al día siguiente del intento fallido de fuga.

Milat ha apelado su condena alegando que sufrió un menoscabo de su defensa a causa de una pobre representación legal durante el juicio. Su intención es que el proceso judicial se repita, pero sus alegaciones nunca han sido aceptadas por los tribunales correspondientes.

Para llamar la atención sobre sus demandas, el 26 de enero de 2009, Milat se cortó un dedo meñique con un cuchillo de plástico con la intención de enviárselo al Tribunal Supremo. Pese a la rapidez de su traslado al hospital, no fue posible reimplantarle el dedo.

¿MÁS VÍCTIMAS?, ¿CÓMPLICES?

Las autoridades australianas están convencidas de que Milat cometió más crímenes de aquellos por los que fue condenado. Y sigue presente la duda sembrada por la defensa durante el juicio: ¿y si Milat no actuó solo?

Tras el juicio, todos los hermanos siguieron insistiendo en que ellos no habían tenido nada que ver con los crímenes. En una entrevista en televisión realizada poco después de que su hermano fuera condenado, Richard Milat contó que no tenía miedo de que le arrestaran. «Nunca he matado a nadie», dijo.

En otra entrevista, Wally Milat fue más allá y dijo que no creía que hubiera habido dos asesinos.

Poco después del juicio, el *Daily Telegraph* de Sidney publicó la transcripción de unas cintas grabadas en secreto en un pub días después del arresto de Ivan Milat, en las que su hermano Richard hablaba de los asesinatos. Las cintas fueron grabadas en el transcurso de un operativo policial puesto en marcha con la colaboración de un amigo de la familia llamado Phillip Polglase.

Sin sospechar que su amigo llevaba un micrófono, Richard le contó a Phillip que estaba seguro de que había habido más de un asesino. Ésa era la razón de que el joven alemán tuviera un brazo y la mandíbula rotos. Se había peleado con alguien. Estaba seguro. Además, se mostraba convencido de que acabarían encontrando más cuerpos. Y cuando Phillip le preguntó si no le preocupaba que le detuvieran a él también, Richard contestó que le daba igual. «No tenía manera de defenderse si lo hicieran. No podía demostrar con quién o dónde había estado.»

La cinta nunca fue escuchada en el juicio. Y Phillip tampoco llegó a declarar. En noviembre de 1994, Polglase había muerto en un accidente de coche.

Otro dato que permite creer que los crímenes de Milat fueron más numerosos de los que consiguió demostrar la policía fueron las declaraciones realizadas por Noel Manning, un preso de dieciocho años que, tras ser encarcelado por un delito de fraude, compartió celda con Milat en 1974, muchos años antes de que los *asesinatos de mochileros* comenzasen.

Según Manning, Milat no paró de contarle historias sobre gente a la que había

atacado, violado o asesinado. «Nunca hablaba de la misma persona dos veces. Cada noche me contaba una historia distinta», contó a la policía.

Sin embargo, Manning tampoco pudo declarar en el juicio. Se suicidó pocas semanas antes de que éste comenzara.

El 22 de marzo de 1998, se abrió una nueva investigación que iba a tratar de determinar si Milat había cometido otros crímenes. De acuerdo con la información aparecida en la prensa, se sospechaba que pudo participar en la desaparición de seis mujeres de Newcastle, ya que en aquella época Milat trabajaba en una carretera cercana, y de un número similar de turistas procedentes de Europa y de Japón. Pero la investigación no dio ningún fruto.

En junio de 2001 se interrogó a Milat acerca del paradero de tres mujeres desaparecidas en 1978 y 1979 en una zona al norte de Sidney. Pero éste negó haber conocido a las mujeres o haber recogido alguna a vez a un autoestopista en aquella zona.

En 2005, unos periodistas consiguieron encontrar al hermano de Ivan, Boris, que por entonces vivía escondido de su familia, en un lugar lejos de Sidney que no ha sido revelado. Cuando se le preguntó si pensaba que Ivan era inocente, contestó: «Todos mis hermanos son capaces de comportarse de una forma extremadamente violenta si las circunstancias son propicias a ello. Las cosas que podría contarte son mucho peores que las que se supone que ha hecho Ivan. Allí donde él ha trabajado ha desaparecido gente. Sé dónde ha estado».

Después, Boris preguntó a los periodistas si pensaban que Ivan era culpable. Cuando éstos contestaron que sí, les dijo: «Si Ivan ha cometido esos asesinatos, estoy seguro de que tiene que haber cometido muchos más».

«¿Cuántos?», le preguntaron.

Su respuesta fue: «Cerca de veintiocho».

El Francotirador de Washington

Durante tres semanas de octubre del año 2002, los habitantes del área de Washington vivieron aterrorizados por los ataques de un certero francotirador. Diez personas fallecieron y tres resultaron heridas de gravedad al ser alcanzadas por las balas.

El asesino escogía a sus víctimas al azar, sin importarle su género, su edad o su raza.

Como los ataques se producían en cualquier lugar —tanto en gasolineras como en el exterior de centros comerciales, escuelas o parques—, el simple hecho de salir a la calle suponía correr un riesgo.

Cerca de las escenas de los asesinatos, el *Francotirador* había dejado notas a la policía reclamando diez millones de dólares para detener la matanza.

Los culpables resultaron ser dos, John Allen Muhammad y Lee Boyd Malvo.

De febrero a octubre de 2002 recorrieron Estados Unidos robando y matando hasta que llegaron a Washington.

Los asesinatos anteriores a las fatídicas tres semanas elevaron finalmente a quince el número de víctimas mortales.

BELTWAY

Beltway, la Interestatal 495, es una carretera que circunvala Washington D.C., Maryland y Virginia. A lo largo de sus ciento tres kilómetros, John Allen Muhammad y Lee Boyd Malvo cometieron sus asesinatos mientras la recorrían

con su Chevy azul. Durante aquellas tres semanas de octubre de 2002 fueron conocidos como los «ataques de la carretera de circunvalación».

En la tarde del día 2 de octubre, una bala entró por una ventana de un establecimiento comercial de Aspen Hill, en el condado de Montgomery (Maryland). Nadie resultó herido. Pero apenas una hora después de ese disparo se produjo otro que acabó con la vida de James Taylor, de cincuenta y cinco años, en un aparcamiento de otra zona del condado.

Para la policía, los incidentes del día 2 eran casos de violencia aislados. No tenían ningún indicio para sospechar que fuesen obra del mismo autor. Sin embargo, al día siguiente las autoridades no tendrían la menor duda de que había comenzado a operar un asesino en serie.

A las 7.41 de la mañana del 3 de octubre, James «Sonny» Buchanan, un jardinero de treinta y nueve años, recibió un impacto de bala que le alcanzó la columna mientras cortaba el césped de un cliente. Lo trasladaron con vida al hospital, pero murió pocas horas después.

El taxista Premkumar Walekar, de cincuenta y cuatro años, cayó a las 8.12 mientras repostaba gasolina.

Ni media hora después, Sarah Ramos recibió un impacto mortal mientras esperaba sentada en un banco. Tenía treinta y cuatro años y trabajaba de empleada de hogar y niñera. La bala atravesó su cuerpo y el escaparate del establecimiento que había detrás. Así fue como los detectives pudieron recuperar una bala en buen estado.

Casi a las 10 de la mañana se produjo un nuevo ataque en otra gasolinera del condado de Montgomery. Lori Ann Lewis-Rivera, de veinticinco años, fue alcanzada mientras limpiaba su coche. Murió en el acto.

Tras estos primeros ataques, la policía tuvo claro que el agresor utilizaba la carretera de circunvalación de la capital para trasladarse con rapidez de un escenario a otro.

Los agentes trabajaban con la teoría de que se trataba de un único tirador. No había motivos para sospechar que actuase acompañado.

Lo que había quedado claro es que el autor contaba con entrenamiento militar. La bala que atravesó el pulmón y el corazón de Premkumar Walekar había sido disparada desde un aparcamiento, a sesenta o setenta metros de distancia, entre el hueco que dejaban dos árboles, y había atravesado seis carriles de autopista antes de impactar en su objetivo. En los casos de Ramos y Lewis-Rivera, la distancia era similar.

La policía procedió a interrogar a todos aquellos que podrían haber sido testigos del crimen sin saberlo, y se encontraron con un testimonio que se repetía: varias personas manifestaban haberse fijado en una furgoneta blanca que se había alejado con rapidez de los lugares desde los que el *Francotirador* había disparado. Con posterioridad se descubriría que aquella pista era falsa.

Antes de que acabase el 3 de octubre, el *Francotirador* se anotó una víctima más. A las 9.15, Pascal Charlot, de setenta y dos años, fue abatido mientras cruzaba una calle en Washington D.C.

Durante ese día el asesino había matado a cinco personas.

La policía sólo pudo aconsejar a la comunidad extremar las precauciones: alejar a los niños de las ventanas, no hacer actividades al aire libre y recomendar que los eventos deportivos fueran suspendidos. En su comunicado, un portavoz de la policía dijo: «Sus hijos no están a salvo en ningún sitio ni a ninguna hora».

Lo cual no evitó que el *Francotirador* siguiese cobrándose víctimas durante los días siguientes.

El 4 de octubre, a las 14.30, Caroline Seawell resultó herida al ser alcanzada por un disparo mientras metía su compra en el coche estacionado en el aparcamiento de un centro comercial a las afueras de Fredericksburg (Virginia).

Aunque el ataque se había producido en otro estado, la policía estableció pronto la conexión entre los tiroteos. La bala recuperada había sido disparada por el arma utilizada en los asesinatos de Maryland.

La policía estaba desconcertada. Los asesinos en serie suelen tener un patrón de víctima, y los fallecidos eran de diferentes razas, edades y géneros. Parecían crímenes sin motivo aparente, con víctimas elegidas al azar.

Tres días después del último ataque, la policía halló el primer mensaje del asesino.

LOS ASESINATOS DEL TAROT

El día 7 de octubre, un niño de trece años, Iran Brown, fue alcanzado por una bala cuando entraba en su colegio en Bowie (Maryland). Sobrevivió gracias a su rápido traslado a un hospital.

En la escena del crimen, la policía descubrió una carta del Tarot junto al casquillo de la bala. Era el arcano que representa la Muerte. En ella se podía leer: «Para usted, señor Policía», «Llamadme Dios» y «No difundir a la prensa».

Tras ese mensaje, el *Francotirador* dejó otros e incluso hizo varias llamadas a la policía, exigiendo diez millones de dólares para acabar con la matanza.

Según los expertos, la conducta de los asesinos en serie que dejan mensajes suele responder a un deseo de demostrar su superioridad frente a las fuerzas del orden y no a una intención de facilitar su detención. Ése es el caso del *Zodiaco*, BTK o Berko-witz.

Las misivas se convierten en piezas fundamentales de la investigación policial para identificar al asesino. De hecho, a través del análisis de la escritura se puede determinar incluso la procedencia demográfica de su autor. A veces, como ocurrió con David Berkowitz, asesino en serie que acabó a tiros con la vida de seis personas en Nueva York en la década de los años setenta, estos mensajes contienen las huellas del asesino resultando fundamentales en su condena.

Según Tod W. Burke, profesor de Justicia Penal en la Universidad de Radford (Virginia), la demanda de dinero que hacía el *Francotirador* convertía el caso en «una especie de secuestro con rehenes a gran escala».

MÁS MUERTES

Las siguientes dos víctimas murieron de un certero disparo mientras repostaban en sendas gasolineras en el estado de Virginia, los días 9 y 11 de octubre. Eran Dean Harold Meyers y Kenneth Bridges. Ambos tenían cincuenta y tres años.

Linda Franklin, una analista de inteligencia del FBI de cuarenta y siete años, cayó el día 14 ante los ojos de su marido. Recibió un impacto de bala en la cabeza mientras guardaba en el maletero las compras que acababan de realizar en un centro comercial del condado de Fairfax, en Virginia.

Tras cinco días de inactividad, el 19 de octubre el *Francotirador* volvió a actuar hiriendo a Jeffrey Hopper, de treinta y siete años, cuando salía de un restaurante en Ashland (Virginia). Durante el registro de la escena se encontró una nueva nota del asesino. Esta vez había dejado indicado que quería ponerse en contacto telefónico con la policía, para lo que dejaba escrito un número que las autoridades deberían habilitar y al que él llamaría.

La última víctima fue el conductor de autobús de treinta y cinco años Conrad Johnson, la mañana del 22 de octubre. El hombre se encontraba en la parada de Aspen Hill, en Maryland, a punto de comenzar su ruta. Eran las 5.55 y aún no había amanecido; sólo había luz en el interior del autobús. Conrad estaba en las escaleras cuando recibió un impacto de bala que le destrozó el hígado. Murió en el hospital pocas horas después.

Cuarenta y ocho horas más tarde, las fuerzas del orden acabaron con las andanzas del *Francotirador*. La responsabilidad por los crímenes se atribuyó a dos hombres, un adulto y un menor.

¿Cómo había conseguido la policía identificar a los asesinos?

UNA LLAMADA CRUCIAL

La investigación policial del caso del *Francotirador* corrió a cargo del Departamento de Policía del Condado de Montgomery, dirigido por el jefe de policía Charles Moose. No obstante, también colaboraron otras agencias —el

FBI, la ATF (Bureau of Alcohol, Tobacco and Firearms), los Servicios Secretos y el Departamento de Virginia de Transporte—, más los departamentos de policía de aquellas jurisdicciones en las que se habían producido los tiroteos.

Cada una de las escenas del crimen fue sometida a exhaustivos registros para recuperar evidencias que condujesen a la detención del asesino.

Se buscaban patrones, y dado que las víctimas no tenían relación entre sí y parecían elegidas al azar, los investigadores se centraron en lo que sabían del tirador. Había estudiado a fondo las localizaciones y tenía una metodología muy concreta: disparaba a distancia con un rifle de largo alcance.

A diferencia de otros asesinos en serie, la larga distancia que separaba al *Francotirador* de sus víctimas hacía que no disfrutase de la agonía de éstas. Pero también le distinguía de aquellos tiradores que matan empujados por la rabia y cuyos ataques se concentran en el tiempo y suelen acabar en suicidio, o bien abatidos por la policía. Siguiendo al profesor de Derecho Penal José Ángel Rollón, podría decirse que el *Francotirador* mostró características tanto de los asesinos en masa, aquellos que matan a un gran número de personas durante un brote violento, como de los asesinos llamados *itinerantes*, que se mueven de un lugar a otro matando.

En este caso, los disparos se habían planificado minuciosamente. Además, no dejaba evidencias y huía con rapidez de la escena.

En los primeros ataques, los días 2 y 3 de octubre, la policía trabajó con rapidez y balística determinó que los proyectiles habían sido disparados por la misma arma.

Siguiendo la pista de la furgoneta blanca, el 21 de octubre, un día antes del asesinato de Conrad Johnson, la policía de Richmond (Virginia), detuvo a los ocupantes de un vehículo similar mientras repostaban en una gasolinera. Pero se trataba de inmigrantes sin papeles que acabaron deportados.

Sin embargo, la policía había estado cerca de detener al asesino.

El día 3 de octubre, un agente de tráfico había dado el alto a un Chevy Caprice

azul de 1990 por una infracción menor, cerca de la que dos horas después sería la escena del asesinato de Pascal Charlot.

La clave para la correcta identificación del *Francotirador de Washington* se obtuvo gracias a las conversaciones telefónicas que el jefe Charles Moose mantuvo con el asesino.

En una de esas llamadas, el interlocutor, que se había presentado como «Dios», alardeó de un robo cometido en «Montgomery» mucho antes de los ataques de Washington. La policía revisó entonces todos los atracos cometidos en el condado sin conseguir resultados.

Sin embargo, gracias a la información proporcionada por un párroco que también había recibido una llamada de «Dios», se pudo descubrir que el robo mencionado por el asesino se refería a Montgomery, en el estado de Alabama y no en Maryland.

El tirador de aquel robo con violencia resultó ser un menor llamado Lee Boyd Malvo. Se habían hallado sus huellas en la escena y estaba fichado como inmigrante ilegal. Según los registros policiales, vivía con un hombre, John Allen Muhammad, en la parroquia Light House, en Bellingham. Y así fue como la policía los relacionó.

El *Francotirador de Washington* no era un asesino, eran dos.

TRAS LA DETENCIÓN

Por entonces ya se sospechaba que en los tiroteos, dada su planificación y precisión, debían estar implicadas dos personas, un observador y un tirador que trabajaban en equipo.

El 23 de octubre se emitió una orden de busca y captura contra John Allen Muhammad y Lee Boyd Malvo.

La policía dio una rueda de prensa para facilitar la matrícula del coche de los asesinos, NDA-21Z.

Un camionero de Maryland llamó a la policía esa misma noche. Había visto el coche en el área de descanso de la I-70. La policía se aprestó a bloquear todas las posibles vías de escape.

Alrededor de las tres de la mañana del día 24, John Allen Muhammad y Lee Boyd Malvo fueron detenidos mientras dormían en el interior de su vehículo, un Chevy Caprice azul de 1990. Se habían detenido en un área de descanso de la carretera interestatal 70 cerca de Myersville (Maryland), y fue allí donde los atraparon.

En el primer registro del vehículo se encontró el arma, un rifle Bushmaster, calibre 223, que posteriormente balística pudo vincular a once de los tiroteos.

Así, el automóvil se convirtió en una de las piezas claves para aportar evidencias de la culpabilidad de John Allen Muhammad y Lee Boyd Malvo.

La policía descubrió en el vehículo pruebas circunstanciales vitales. Entre ellas, el ordenador portátil propiedad de una de las víctimas. En su disco duro se encontró información sobre las zonas que habían explorado y los lugares donde creían que podían causar el mayor daño posible en sus acciones. También se hallaron mapas que indicaban no sólo los lugares en los que habían disparado ya, sino también aquellos donde planeaban seguir matando.

John Allen y Lee Malvo tenían un estudiado *modus operandi* para pasar desapercibidos: circulaban con su coche, el Chevy azul, hasta que elegían una víctima. Gracias a sus conocimientos de mecánica, Muhammad había adaptado el vehículo de manera tal que el tirador pudiese esconderse en el maletero y disparar desde allí. Así no tenían que bajarse del coche para cometer los asesinatos y podían huir de la escena del crimen con rapidez.

Tras su detención se supo que, en la mayoría de los casos, el adulto se quedaba en el asiento del conductor durante el ataque mientras Lee se deslizaba al asiento trasero y de ahí al maletero del coche. Luego, desde una pequeña abertura, apuntaba y disparaba una única bala.

El ADN de Malvo se encontró tanto en el rifle como en las notas a la policía.

En confesiones posteriores, el menor aseguró a la policía que fue Muhammad quien apretó el gatillo las primeras seis ocasiones.

Aunque habían dejado escrito en sus notas que no querían que sus mensajes se pusiesen en conocimiento de la prensa, la policía obtuvo pruebas que demostraban que John Allen sí que estaba interesado en la fama que iba ganando a medida que el número de víctimas aumentaba. Tras su detención, se encontró la grabación de una cámara de seguridad de un restaurante en la que se le ve subir el volumen de la televisión en el momento que se emitían las noticias acerca del *Francotirador*.

Lee Malvo se aprestó a colaborar con las autoridades. Confesó que, aunque casi todos los disparos los hizo desde el maletero del vehículo, en el caso de Linda Franklin estaba tumbado en el suelo de un aparcamiento situado enfrente, en un terreno de mayor altura. Sin embargo, años después Malvo negaría ser el autor material de ese disparo, acusando a Muhammad del crimen.

Con el desenlace del caso del *Francotirador* y el descubrimiento de que eran dos los culpables, pronto surgieron interrogantes que había que contestar: ¿qué relación existía entre John Allen Muhammad y Lee Boyd Malvo? ¿Qué motivos habían tenido para planificar con detalle la muerte de personas que no conocían?

JOHN ALLEN MUHAMMAD

John Allen Williams nació en el estado de Luisiana el 31 de diciembre de 1960. Su padre se llamaba Ernest Edward Williams y su madre, Eva Ferris. Cuando John Allen tenía tres o cuatro años, Eva murió a causa de un cáncer de mama. Por ello, se trasladó con sus cuatro hermanos a vivir a casa de unos familiares. Su infancia es un período del que apenas se tiene información.

Se da la coincidencia de que en la Nochevieja de 1972, precisamente el día del duodécimo cumpleaños de John Allen, Mark Essex, un francotirador de veintitrés años, miembro de la organización radical los Panteras Negras, disparó

en Nueva Orleans a diecinueve personas, dejando nueve muertos, cinco de los cuales eran policías.

John Allen vivía a setenta kilómetros de donde se produjeron los ataques. Existe la teoría de que el ejemplo de Mark Essex, que tuvo un amplio despliegue en las noticias locales, le sirvió de inspiración para los tiroteos de Washington.

A los diecisiete años se alistó en la Guardia Nacional de Luisiana, en la que permaneció hasta 1985. Si bien no tenía vocación militar, ése fue el mejor medio que encontró para salir adelante. En 1981 se casó con Carol Kagle, que ese mismo año dio a luz a su primer hijo, Lindbergh Williams.

Al principio, a John Allen le fue bien en la Guardia Nacional, pero no pasó mucho tiempo para que se pusiese de manifiesto su carácter problemático. Según la información publicada por el Departamento de Psicología de la Universidad de Radford, en agosto de 1982 John Allen desobedeció las órdenes de un oficial y fue multado con 100 dólares y una reducción de rango. Al año siguiente dio un paso más y golpeó a otro oficial.

En 1985, tras separarse de su mujer, dejó la Guardia Nacional y se alistó en el ejército. Su primer destino fue Washington D.C.

Poco después, dio un giro a su vida, convirtiéndose al islam y casándose con su segunda esposa, Mildred Green, con la que tendría tres hijos, un niño y dos niñas.

En el ejército, John Allen —por entonces «Muhammad» tras haberse unido a la Nación del Islam— parecía llevarse bien con sus superiores. Se especializó como mecánico militar, conductor y tirador, consiguiendo en esta área el máximo galardón al que un soldado raso puede optar en el ejército de Estados Unidos, la *Expert Rifleman's Badge*.

Quienes le conocieron en aquella época le describen como un hombre callado, trabajador y buen padre, estricto pero no agresivo o violento. Cuando estaba movilizado, decía que echaba mucho de menos a su familia.

En 1990 fue enviado a combatir en la guerra del Golfo. Aunque se desconoce su experiencia en combate, se sabe que a su vuelta empezó a tener problemas.

Según su mujer, se produjo un cambio en su personalidad. Tenía frecuentes estallidos de ira y parecía resentido contra el mundo y contra ella.

John Allen dejó el ejército en abril de 1994 y se mudó con su familia a Tacoma (Washington), decidido a abrir su propio negocio. Sus aventuras empresariales —un taller mecánico y una escuela de kárate— fracasaron. Por esa época tuvo algún encontronazo con la ley, y en 1995 fue detenido por conducir sin carnet, pues se lo habían retirado.

En 1999, Mildred solicitó el divorcio, y al año siguiente a John Allen le interpusieron una orden de alejamiento temporal por las constantes amenazas hacia su ex mujer.

Poco después de la entrada en vigor de la orden de alejamiento, en marzo de 2000, John Allen raptó a sus hijos. Mildred denunció lo ocurrido de inmediato y se puso en marcha una investigación policial encaminada a descubrir su paradero. Un mes más tarde, Mildred consiguió que la orden de alejamiento fuese permanente.

John Allen se había llevado a sus hijos a la isla de Antigua, en el mar Caribe, donde se ganaba la vida vendiendo documentación falsa a la población local para entrar en Estados Unidos.

Allí fue donde conoció a Lee Boyd Malvo, de catorce años.

LEE BOYD MALVO

Lee nació en Kingston (Jamaica) el 18 de febrero de 1985. Su padre, Leslie Samuel Malvo, no se hizo cargo de él, y su madre, Una James, tuvo que criarlo sola.

Tras la detención de Malvo en 2002, Dewey Cornell, el psicólogo clínico designado por el tribunal para analizar las motivaciones del menor, escuchó el relato de su infancia en Jamaica y la definió como «la tormenta perfecta de lo que se avecinaba».

Una James era una madre abusiva que maltrataba a su hijo. No dudaba en abandonarlo para luego volver, trasladándose de un lado a otro cuando la acuciaban los problemas económicos. A causa de ello Malvo sufrió un desarraigo constante. Vivía con el temor de que su madre desapareciese un día para siempre. Al psicólogo le contó que llegó a amenazarla con suicidarse si volvía a abandonarle.

En esta infancia itinerante, Una y Lee se mudaron a Antigua en 1998. Allí conocieron a Muhammad, quien facilitó a la mujer la documentación falsa necesaria para emigrar a Estados Unidos. Se cree que durante un tiempo llegaron a ser pareja sentimental, lo que permitió el contacto estrecho de John Allen con Lee. Muhammad se convirtió en la figura paterna que necesitaba y admiraba al ver cómo se ocupaba de sus hijos.

Cuando Una se marchó a Fort Myers (Florida), dejó a su hijo al cuidado de Muhammad.

En 2001, John Allen regresó a Bellingham (Washington) con sus hijos bajo nombres falsos y llevó a Malvo consigo. Éste se reunió poco después con su madre en Miami, pero ambos acabaron detenidos por la policía de inmigración y fueron acusados de entrar de forma ilegal en el país. Tras pagar una fianza se los dejó en libertad a la espera de juicio, y Lee Malvo regresó con quien consideraba ya su padre, John Allen Muhammad.

Y volvió en el momento en que su protector más le necesitaba. Acababa de serle retirada la custodia de sus hijos a favor de su ex mujer.

LOS FACTORES DE ESTRÉS

De acuerdo con Robert K. Ressler, agente retirado del FBI y experto en perfiles criminales, en el estudio sistemático del comportamiento de los asesinos seriales, se pueden detectar y documentar ciertos patrones comunes. Entre ellos destaca lo

que denomina «factores de estrés previos al crimen», que suelen detonar la sucesión de asesinatos.

Los expertos en este caso coinciden en señalar la importancia que tuvo para Muhammad la pérdida de sus hijos.

Cuando en 2001 John Allen regresó a Washington, procedió a escolarizar a los niños. Aunque los inscribió con un nombre falso, las autoridades los localizaron y devolvieron al hogar materno. Se fijó un juicio de custodia para septiembre de 2001. Mientras se llegaba a una decisión judicial definitiva, John Allen no podía acercarse a sus hijos ni ponerse en contacto con ellos de ninguna manera.

Tras recuperar a los niños, Mildred Green se mudó a Maryland.

Por entonces, John Allen empezó a comentar a sus conocidos que deseaba vengarse de su ex mujer. Por fortuna para Mildred, desconocía su paradero.

El ex soldado vivía con Malvo en un albergue para gente sin hogar en Bellingham. Insistió en que el menor acudiese al instituto, el Bellingham High School. Allí, Lee Malvo destacó por su talento para el dibujo, pero apenas se relacionó con sus compañeros de clase. No tenía ningún amigo. Había comenzado la extraña dinámica que uniría a John Allen y al chico en la comisión de los asesinatos.

Lee admiraba a Muhammad, que se dedicó a él en cuerpo y alma. No sólo supervisaba su formación académica, sino también la ideológica. Malvo confesaría tras los crímenes que John Allen le había hecho creer que juntos emprenderían una revolución política en Estados Unidos.

Y algo fundamental para llevar a cabo los planes de su mentor era que Lee se convirtiese en un experto tirador. Para conseguirlo, John Allen le llevaba a hacer prácticas de tiro diariamente y le animaba a jugar largas horas a videojuegos de francotiradores. En poco tiempo, el menor llegó a tener mejor puntería que su maestro.

En 2002, John Allen ejercía un control férreo sobre la vida de Lee Boyd Malvo. Incluso controlaba su dieta. Comían sólo una vez al día a pesar del exigente entrenamiento físico al que le sometía.

Había llegado la hora de poner en marcha su plan.

EL PRIMER CRIMEN

El 16 de febrero de 2002, dos días antes de que Lee cumpliera diecisiete años, John Allen Muhammad quiso comprobar que el chico estaba preparado para pasar a la acción.

Fueron juntos hasta Tacoma (Washington) para acabar con la vida de Isa Nichols, una amiga de su ex mujer que la había ayudado durante su separación.

Lee Malvo fue hasta la casa de la mujer con la orden de disparar su 45 tan pronto como ésta le abriese la puerta. Sin embargo, aquel día no estaba allí la señora Nichols, sino su sobrina de veintiún años, Keenya Cook. La chica recibió un disparo a bocajarro en la cara y murió en el acto.

Se cree que ése fue el primer asesinato de Lee.

Y el inicio de una espiral de violencia.

UN ITINERARIO SANGRIENTO

De febrero a octubre de 2002, Muhammad y Malvo recorrieron varios estados, robando y matando a muchas de sus víctimas. Tras su detención por los ataques de Washington, el 15 de diciembre, dos periodistas del *Washington Post* publicaron un reportaje reconstruyendo parte del itinerario durante aquellos meses.

El 1 de agosto dispararon por la espalda a John Gaeta en Hammond (Luisiana), con la intención de robarle. La víctima sobrevivió.

Al igual que Paul LaRuffa, a quien el 5 de septiembre dispararon más de seis veces en Clinton (Maryland) a las puertas de su pizzería. Le atacaron en su coche y le robaron su ordenador portátil y un maletín con más de 3.000 dólares en efectivo.

Million A. Woldemariam, de cuarenta y un años, fue su siguiente víctima mortal. El 21 de septiembre le alcanzaron dos impactos de bala calibre 22 a las puertas del establecimiento comercial de un amigo en Atlanta (Georgia).

Su siguiente ataque tendría una importancia vital para la resolución del caso del *Francotirador*: Muhammad y Malvo atracaron una tienda de licores en Montgomery (Alabama) el 22 de septiembre. Durante el robo dispararon a las dos dependientas, matando a una de ellas. En esa escena del crimen, la policía pudo recuperar una huella digital de Lee Malvo, quien había sido fichado como inmigrante ilegal.

Aunque en aquel momento la policía no se puso en contacto con el FBI, la evidencia resultaría fundamental para la posterior identificación de los asesinatos de Washington.

Al día siguiente acabaron con la vida de Hong Im Ballanger, una mujer de cuarenta y cinco años, en Baton Rouge (Luisiana).

Durante esos meses, John Allen y Muhammad viajaron a veces en autobús, otras cogiendo vuelos domésticos, o haciendo autoestop, fingiendo ser padre e hijo en la mayoría de los casos.

No tuvieron reparos en mentir a familiares de John, o en inventar historias más elaboradas, como que ambos trabajaban para el gobierno en una misión secreta.

Cuando compraron el viejo Chevrolet Caprice azul del 90 desde el que cometerían sus crímenes siguientes, Muhammad le dijo al vendedor que era un padre comprándole un coche barato a su hijo. Cuando la venta se materializó, la versión cambió: John Allen iba a utilizar el vehículo como taxi. Tras el sinfín de mentiras había un propósito: encubrir sus numerosos delitos.

En julio de 2002, Lee Boyd Malvo robó de la armería Bull's Eye Shooter Supply, en Tacoma, el rifle con el se cometerían los asesinatos de Washington, un Bushmaster XM-15, que con su mira telescópica es la versión civil del M-16 militar.

Pronto lo utilizarían para matar con mayor precisión y economía de balas.

Muhammad y Malvo estaban inmersos en su cruzada personal. Querían infligir el mayor daño posible a la comunidad, eligiendo sus víctimas al azar. Para ello se trasladaron a Washington y se hicieron famosos como el *Francotirador de Washington*.

Tras su detención había llegado el momento de juzgarlos.

LOS JUICIOS DE VIRGINIA

Muhammad y Malvo tuvieron juicios separados. La acusación deseaba que así fuese, ya que Lee era menor y resultaba casi imposible solicitar la pena de muerte para él. Por otro lado, esta decisión también beneficiaba a la defensa de Muhammad. El ADN sólo vinculaba al menor con el arma, lo que podía resultar favorable a su cliente.

Como los tiroteos se habían producido en diferentes estados, el primer paso de las autoridades fue decidir cuál iba a ser el primero en juzgarlos. Aunque los acusados habían sido capturados en Maryland, donde se habían producido la mayoría de los asesinatos, el fiscal general de Estados Unidos, John Ashcroft, decidió que el juicio se celebraría en Virginia.

En octubre de 2003 comenzó el juicio a John Allen Muhammad por el asesinato de Dean H. Meyers en una estación de servicio del condado de Prince William. Se celebró en Virginia Beach, a más de trescientos kilómetros, para garantizar la elección de un jurado imparcial.

Aunque John Allen había sido sometido a exámenes psiquiátricos, los informes no se admitieron como prueba en el juicio. No era la salud mental del acusado lo que se iba a enjuiciar, sino su culpabilidad en el caso Meyers.

Fue acusado de cuatro cargos: asesinato, terrorismo, conspiración y uso ilegal de arma de fuego. Se enfrentaba a la pena de muerte.

El acusado decidió defenderse a sí mismo durante el juicio con la autorización

del juez Leroy F. Millette Jr. Tras la exposición inicial, cambió de idea y solicitó asistencia legal. Sus abogados pudieron asesorarlo, pero no intervenir en la sala.

Para que la fiscalía pudiese acusar a John Allen Muhammad de terrorismo, debían demostrar que había participado al menos en dos tiroteos en un plazo de tres años. Por ello, durante el juicio, la acusación llamó a declarar a ciento treinta testigos y mostró más de cuatrocientas evidencias de los tiroteos. Querían convencer al jurado de que el derramamiento de sangre había sido la forma de John Allen de convencer a las autoridades para que le entregasen diez millones de dólares.

Por su parte, la defensa se apoyó en que todas las pruebas contra Muhammad eran circunstanciales. Nadie le había visto apretar el gatillo ni existía una evidencia forense que demostrase que había disparado el rifle Bushmaster.

Aun así, en noviembre de 2003 el jurado encontró a John Allen Muhammad culpable de todas las acusaciones. Fue condenado a pena de muerte.

El 22 de abril de 2005, el juez del Tribunal Supremo de Virginia, Donald W. Lemons, ratificó la sentencia, rechazando la alegación de la defensa de que no podía ser condenado a muerte al no haber apretado el gatillo. Sus palabras fueron: «Con cálculo, una extensa planificación, premeditación y sin conmiseración por la vida, Muhammad llevó a cabo su maquinación de terror».

Lee Boyd Malvo fue enjuiciado el 10 de noviembre de 2003 en la ciudad de Chesapeake por el asesinato de Linda Franklin, la analista del FBI. Como Muhammad, debía enfrentarse además a cargos de conspiración, terrorismo y uso ilegal de arma de fuego.

La defensa pidió que se declarase al acusado «no culpable por estado mental». Su abogado, Craig Cooley, mantuvo a lo largo del juicio que su cliente había sido «adoctrinado» por el adulto, que le había convencido de que todo era un plan con el objeto de conseguir el dinero para iniciar una revolución en nombre del islam. Su tesis era que Muhammad tenía un control total sobre la mente del menor. Para demostrarlo, aportaron los testimonios de los psiquiatras que lo habían examinado.

En el juicio de Malvo, lo que se estaba barajando no era en realidad la inocencia o culpabilidad del menor en los crímenes, ya que su participación estaba demostrada, sino la pena que merecía. La fiscalía creía que debía ser sentenciado a muerte, pero el 23 de diciembre el jurado decidió condenarle a cadena perpetua.

Al año siguiente, Malvo aceptó un acuerdo por el que se declaraba culpable del asesinato de Kenneth Bridges y del intento de asesinato de Caroline Seawell a cambio de no ser condenado a muerte.

Para los cargos pendientes en Virginia, la fiscalía estaba esperando la decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos acerca de la legitimidad de sentenciar a pena de muerte a menores de dieciocho años. El 1 de marzo de 2005, el Alto Tribunal dictó en la sentencia *Roper v. Simmons* que la Octava Enmienda prohibía la ejecución de aquellos que hubiesen sido menores de dieciocho años en la comisión de los delitos.

Ese mismo año, Virginia llegó a un acuerdo con Maryland para extraditar a los dos reclusos y que hiciesen frente a los cargos pendientes.

LOS JUICIOS POSTERIORES

Lee Malvo y su equipo de defensa se mostraron partidarios de cooperar con la justicia en Maryland para llegar a un acuerdo. El acusado dio información sobre los tiroteos y confesó algunos casos que no se habían relacionado con el *Francotirador* hasta el momento, como el intento de asesinato de John Gaeta en Luisiana. En el juicio, Lee Boyd Malvo se declaró culpable de seis cargos de asesinato, y fue condenado a seis cadenas perpetuas consecutivas.

Completamente diferente fue la actitud de Muhammad, quien, ayudado por sus abogados, combatió la extradición hasta agosto de 2005, cuando un juez en Virginia ordenó el traslado del interno a Maryland.

En 2006 fue juzgado y condenado a seis cadenas perpetuas consecutivas por

los seis cargos de asesinato.

John Allen Muhammad fue ejecutado por inyección letal el 10 de noviembre de 2009 en cumplimiento de la sentencia del juicio por la muerte de Dean H. Meyers.

En la actualidad, Lee Boyd Malvo cumple condena en la cárcel estatal Red Onion, una prisión de máxima seguridad en Virginia. Como la sentencia excluye la posibilidad de revisión de la condena para obtener la libertad condicional, Lee Malvo nunca saldrá en libertad.

Poco después del juicio, las familias de los fallecidos erigieron en los Brookside Gardens de Wheaton (Maryland) un lugar conmemorativo en honor de las víctimas.

Alfredo Galán, *el Asesino de la baraja*

Corrían los primeros meses del año 2003 cuando este despiadado psicópata sembró el terror en Madrid.

La frialdad de sus ejecuciones hacía pensar en un hombre para quien matar no suponía problema alguno.

Llegó a reconocer que asesinar le había resultado tan fácil que podría haber seguido haciéndolo durante veinte años más.

UN ASESINO DESPIADADO

Alfredo Galán Sotillo, más conocido como el *Asesino de la baraja* o el *Asesino del naipe*, fue el autor de seis asesinatos en apenas cincuenta y cuatro días.

El 24 de enero de 2003, Alfredo salió de su casa en Alcalá de Henares y condujo su coche hasta la calle Alonso Cano de Madrid.

Antes de salir, cogió la pistola que ocultaba debajo del asiento. Después caminó hasta un portal entreabierto. Era el número 89 de esa misma calle.

A plena luz del día, se adentró en el edificio y accedió a un piso bajo. Se trataba de la casa del portero del inmueble, Juan Francisco, de cincuenta años, casado y padre de seis hijos. Estaba desayunando con el menor de ellos, de apenas dos años.

Alfredo sacó su pistola y obligó a Juan Francisco a arrodillarse y ponerse de cara a la pared. Después apretó el gatillo, pero el arma no disparó.

Galán explicaría más tarde que su víctima pidió clemencia al escuchar el sonido del percutor.

Inmediatamente, Alfredo cargó el revólver y abrió fuego sobre su víctima, matándole de un certero disparo en la nuca, como si de una ejecución sumarísima se tratase.

Tras asesinar a Juan Francisco, Alfredo salió de la casa con tranquilidad, sin ni siquiera recoger del suelo el casquillo de la bala. Nadie se percató de lo sucedido, pero acababa de cometer el ajusticiamiento de un inocente ante los ojos de su propio hijo.

José María Garzón, abogado de la acusación en el posterior juicio, resaltó que el niño «pasó completamente desapercibido para Alfredo y no le preocupó para nada. Lo que mostró fue un gran desdén por la situación del menor».

Era el inicio de una cacería humana que mantendría en jaque a la policía y a las fuerzas de seguridad de Madrid durante las siguientes semanas.

LA FAMILIA

La historia de Alfredo Galán Sotillo no tardaría en ser conocida por la opinión pública.

Nacido en 1978 en un pueblo de Ciudad Real llamado Puertollano, Alfredo había sido el cuarto de los cinco hermanos de una familia numerosa. A los ocho años quedó huérfano de madre, quien falleció al dar a luz a su hermana pequeña. Vecinos de su localidad natal cuentan cómo pasó de ser un niño alegre y sociable a volverse serio e introvertido.

Fue su padre, junto a sus abuelos, quien se hizo cargo de él. Nunca finalizó la educación secundaria y parece que empezó a beber a temprana edad.

A los veintiún años ingresó en el ejército, donde alcanzó el grado de cabo primero formando parte del contingente español en Mostar (Bosnia Herzegovina), participando en labores humanitarias. Para entonces tenía veintiséis años.

PROBLEMAS EN EL EJÉRCITO

Al regresar de su segunda misión en Mostar, la unidad Asturias a la que pertenecía Alfredo fue destinada a Galicia para participar en las labores de limpieza de vertidos tras el accidente del *Prestige*. Una tarea que Alfredo sentía ajena a las obligaciones de un soldado.

Fue allí donde su carrera militar sufrió un vuelco irremediable.

Tras sufrir una serie de brotes psicóticos, comenzó a comportarse de forma agresiva. Intentó robar el coche de una señora tras romper la ventanilla, y discutió fuertemente con sus superiores. Los mandos ordenaron de inmediato su traslado al Área de Psiquiatría del Hospital Gómez Ulla de Madrid, donde se le diagnosticó un cuadro de neurosis y enajenación mental.

Galán insistió en salir de allí cuanto antes y sus familiares se comprometieron con los doctores a que tomaría la medicación que le había sido prescrita, lo que resultó determinante para que recibiera el alta en veinticuatro horas.

Dos semanas después, el ejército le rescindió el contrato como militar profesional, lo que al parecer agravó aún más su estado anímico. Su situación era la de «reservista desactivado». Sus propios familiares lo trasladaron a Puertollano, siempre muy pendientes de él. Pero Alfredo se sintió muy presionado y se marchó a Ciudad Real, donde vivía su padre.

En las declaraciones que prestaron a la policía, los familiares de Galán coinciden en señalar que Alfredo llegó muy cambiado de su último viaje militar a los Balcanes. «Vino raro, quizá por lo que había visto allí», contó su hermana María Dolores. «Evitaba a las personas. Le preguntábamos qué le pasaba, pero él rehuía la conversación. Decía que no quería hablar con nadie.»

Aunque le tenían por un muchacho muy ahorrador, comenzó a despilfarrar. Hacía compras compulsivas y regalos para toda la familia. Pasaba muchas horas sentado frente al televisor viendo películas generalmente violentas y programas de sucesos.

Su hermano José Manuel recordaría a posteriori algunas cosas que ocurrieron

apenas dos semanas antes de que Galán cometiera su primer crimen.

En un viaje entre Ciudad Real y Puertollano en el Renault Megane que luego Alfredo usaría en los crímenes, Galán dejó a sus hermanos hechos un manojo de nervios tras poner el coche a la máxima velocidad en la carretera. También agitó una pistola a voz en grito durante aquella Nochebuena, aunque tranquilizó a sus acompañantes diciéndoles que no funcionaba porque estaba encasquillada.

Además, Alfredo intentó entrar en la Guardia Civil. Al no superar las pruebas, su autoestima sufrió un duro golpe. Finalmente, consiguió trabajo como vigilante de seguridad en una tienda de la terminal internacional del aeropuerto de Barajas.

La abogada defensora de Alfredo, Helena Echeverri, matiza las razones de aquel extraño comportamiento: «No fue tanto la misión en Mostar la que le pudo de alguna manera alterar. Después de haber pasado meses y meses, veinticuatro horas al día, siete días a la semana, de ayuda humanitaria en Bosnia, se le mandó sin tener ni un solo día de descanso a realizar labores de ayuda para la recogida del chapapote. En ese momento, él estaba muy cansado y así se lo hizo saber a su familia. Él pensaba que quizá deberían haberle dado unos días de permiso a él y a todos sus compañeros entre el regreso de Bosnia y el nuevo destino. Eran jornadas maratónicas de más de catorce horas en la recogida del vertido del fuel».

UN AS DE COPAS

En la madrugada del 5 de febrero de 2003, cerca de la Alameda de Osuna, Alfredo Galán cometió su segundo asesinato. Había dejado de tomar la medicación y bebía con profusión pese a que los médicos se lo habían prohibido.

Juan Carlos, de veintiocho años, empleado de la limpieza del aeropuerto de Barajas, acababa de salir de su trabajo. Eran las dos de la madrugada. Esperaba

un autobús nocturno cuando el coche de Alfredo frenó a escasos metros de la marquesina.

Juan Carlos apenas tuvo tiempo de reaccionar al ver a Alfredo sacar su revólver y apuntarle. Tras situarse detrás de él y obligarle también a arrodillarse, Galán le disparó en la zona occipital, causándole la muerte.

Fue junto a la marquesina donde apareció un as de copas junto al cadáver, lo que trajo a la memoria de los investigadores los asesinatos del *Francotiraor de Washington*. En aquel caso fueron dos los asesinos que sembraron el terror en la ciudad al matar a diez personas con un rifle y dejar algunas cartas del Tarot con mensajes para la policía en las escenas de los crímenes.

Debido a ello, se especuló con la posibilidad de que Alfredo conociera el caso, y con que éste hubiese influido en su decisión de empezar a «firmar» sus crímenes.

Sin embargo, nunca ha quedado claro si fue el asesino quien dejó la carta o si ya estaba allí, y al ver la atención que la prensa prestaba a ese detalle, Galán decidió incorporarlas a su *modus operandi*.

Al psiquiatra forense Juan Carlos Carrasco, la aparición de esas cartas nunca le reveló nada especial: «Nosotros tampoco le preguntamos mucho a Alfredo Galán sobre eso, a pesar de ser el elemento más sensacionalista de los crímenes. Ni siquiera para él pareció el tema principal».

Fuera cual fuera la intención de Alfredo al abandonar las cartas en los escenarios de sus crímenes, éstas acabaron convirtiéndose en su rasgo distintivo. De esa manera se aseguraba de que la policía supiera que era él quien había cometido «sus» crímenes y no otro asesino.

MÁS ASESINATOS

El tercer crimen tuvo lugar tan sólo doce horas después del segundo.

Según los expertos en psicopatología, los asesinos en serie suelen espaciar sus

acciones porque necesitan recuperarse del «trabajo» que supone matar. Asesinar les sume en una especie de éxtasis tras el que acusan un enorme cansancio.

Pero ése no fue el caso de Galán.

El 5 de febrero de 2003, el Bar Rojas de la calle Río Alberche, en Alcalá de Henares, estaba casi vacío. El *Asesino de la baraja* entró y enseñó su pistola al camarero, quien solo atinó a preguntar si quería tomar algo. Alfredo abrió fuego sobre su frente.

El camarero abatido se llamaba Mikel, tenía dieciocho años y era el hijo de la dueña del establecimiento. De inmediato, Alfredo disparó también contra una clienta que estaba hablando por el teléfono público del local. Era Juana Dolores, de cincuenta años de edad, viuda y madre de tres hijos. La bala la alcanzó en el ojo y murió en el acto.

Fue entonces cuando Alfredo se dio cuenta de que la dueña del bar, Teresa, que lo había presenciado todo y que acababa de ver morir a su hijo agachada bajo el mostrador, intentaba huir hacia el almacén.

Alfredo caminó hasta tenerla a su merced.

Pero en esta ocasión, el asesino no realizó el mismo disparo certero y mortal de sus anteriores crímenes, sino que optó por una ejecución lenta y agónica: hasta tres veces disparó para que la víctima se desangrara. Una bala le traspasó el brazo, otra la espalda y otra la pierna.

Teresa, malherida e inmóvil, fingió estar muerta, y Galán huyó creyendo que había acabado con su vida.

Aunque esta vez el asesino no dejó ninguna carta, había suficientes coincidencias con los anteriores crímenes, de modo que el doble asesinato fue adjudicado también al *Asesino de la baraja*.

«Madrid empezó a vivir la irrupción de un asesino en serie», según escribió el periodista Manuel Marlasca.

Por su parte, Teresa tuvo secuelas físicas muy importantes. Meses después, en el juicio, declaró por videoconferencia, ya que se sentía incapaz de estar cerca del asesino de su hijo. Según contó, aquel día Alfredo no dejaba de disparar. En

su recuerdo, escuchaba muchas detonaciones: «Cuando me arrastraba hacia el almacén y ya casi había conseguido llegar a la cocina, me disparó por la espalda, sentí un golpe muy fuerte, me tiré al suelo y me encogí. Me quedé quieta, sin moverme, para que él pensara que me había matado. Pero tras unos segundos, volvió a dispararme en la pierna. Yo seguía sin moverme para nada, no quería que pensara que estaba viva».

CONFUSIÓN POLICIAL

Para la policía ya no había ninguna duda. Un asesino en serie que pretendía desafiar a los investigadores estaba sembrando el pánico en Madrid. Sabían que volvería a matar, pero desconocían dónde y cuándo.

Según el psiquiatra forense Juan José Carrasco, «en la escala animal, las especies operan a la caza de otros animales para alimentarse y sólo se mata por comer o por defender un territorio. Pero con la especie humana esto es distinto, no existe esa dosis de instinto de supervivencia, se mata por matar, sin ninguna otra motivación ni finalidad. Así era en este caso».

Galán volvió a salir de «caza» el 7 de marzo, en Tres Cantos.

Eran entre las 2.30 y las 3.30 de la madrugada. A Santiago Eduardo, un joven estudiante ecuatoriano de veintisiete años que estaba en España haciendo un máster, le acompañaba una amiga española. Alfredo aparcó su coche cerca de la pareja, bajó del vehículo, se acercó a ellos rápidamente y abrió fuego sobre el rostro de Santiago. Luego apuntó a la chica, pero esta vez falló, ya que la pistola se había encasquillado.

Alfredo lanzó al suelo el dos de copas de una baraja y huyó.

Santiago Eduardo tuvo que pasar por diez operaciones para que los cirujanos consiguieran reconstruirle la mandíbula.

En el juicio, regresaría de Ecuador para enfrentarse cara a cara con la persona que intentó acabar con su vida: «Vi venir a una persona caminando. Sus pies se

aproximaban mientras que agachó la cabeza. Me miró, volvió a agacharla, y después de eso sentí retumbar dentro de mi cabeza una especie de explosión».

La reacción instintiva de una persona que va a recibir un disparo no es mirar a la cara de su atacante, sino al arma, a la boca del cañón. Sin embargo, en este caso, Santiago Eduardo no se había percatado de que Alfredo venía armado. Así que le miró a los ojos. Debido a ello, pudo ver la cara del asesino perfectamente. Y se la describió a la Guardia Civil.

Gracias a su testimonio, la policía elaboró algunos retratos robots del *Asesino de la baraja*. La Delegación del Gobierno de Madrid los difundió y activó un teléfono gratuito para recabar cualquier pista sobre los crímenes.

La sucesión de asesinatos y el protagonismo que se le otorgó en los medios de comunicación provocó una gran alarma social. Las falsas pistas y los testimonios confusos también se sucedieron, obstaculizando la investigación policial.

UNA PISTA FUNDAMENTAL

La principal pista con la que contaban los investigadores provenía de balística. Los casquillos recogidos en los escenarios de los crímenes confirmaban que todas las balas habían sido disparadas por la misma pistola. Eran coincidentes. No se trataba de la misma marca o del mismo modelo, sino de una pistola en concreto.

El arma empleada para cometer los crímenes era una Tokarev TT-33 del calibre 7,62. Se trata de una pistola rusa diseñada en la década de los treinta, que tuvo una amplia difusión durante la Segunda Guerra Mundial. En desuso hoy en día, es un arma muy apreciada por los coleccionistas. El dato indicaba que podía proceder de los países de Europa del Este casi con total seguridad.

Paralelamente, Alfredo Galán se disponía a hacer caer las siguientes cartas.

En Arganda del Rey, a las 20.45 del 18 de marzo, el matrimonio de

inmigrantes rumanos compuesto por Gheorghie y su esposa Doina regresaba de una iglesia.

Alfredo los asaltó tan fría y repentinamente como siempre y los mató con cuatro certeros disparos. Firmó con el tres y el cuatro de copas.

La investigación contemplaba diversas hipótesis, incluida la posibilidad de que hubiera una competencia o reto criminal entre individuos, quienes se pasarían la pistola Tokarev para crear un clima de terror entre la población.

El temor a que aquella pistola pudiera volver a ser disparada mantuvo a la policía en máxima alerta durante aquellas fechas. La sombra del cinco de copas era una amenaza evidente.

Sin embargo, luego se supo que Alfredo Galán había decidido dejar de matar durante un tiempo. La alarma social generada por los crímenes le había infundido cierto miedo, así que volvió unos días a Puertollano, a la casa de su infancia.

3 DE JULIO DE 2003

Según contaría posteriormente su hermano Miguel Ángel, en esa fecha Alfredo llegó de Madrid en AVE. Normalmente viajaba a su ciudad natal en coche, pero al parecer quince días antes había perdido las llaves. Por la mañana estuvieron tomando cervezas. Sobre las tres de la tarde, Alfredo le pidió a Miguel Ángel que le llevara a un videoclub para recoger unas películas. Su hermano se ausentó un instante a hacer un recado, y cuando volvió a casa, Alfredo ya no estaba.

Mientras, otra de las hermanas de Galán, Ana Inés, recibió una llamada del propio Alfredo, quien reconoció ser el *Asesino de la baraja* y que estaba pensando en entregarse.

«YO SOY EL ASESINO DE LA BARAJA»

Cansado, según afirmó, de la ineficacia policial, y para sorpresa de propios y

extraños, Alfredo Galán había decidido dar por concluida su macabra partida. Borracho, se presentó en la comisaría de Puertollano y pidió hablar con el comisario, alegando que él era el *Asesino de la baraja*.

En principio, los perplejos agentes no creyeron que la persona a la que habían buscado desesperadamente durante siete meses se estuviese entregando. Pero lo cierto es que aquel tipo empezó a ofrecer datos que sólo la policía y el propio asesino podían conocer.

Alfredo dijo que usaba guantes de cuero para no dejar huellas en las cartas que tiraba al lado de sus víctimas tras matarlas. Pero como, con la llegada de la primavera y del calor, los guantes le molestaban, decidió dejar de matar durante el verano. Sin embargo, tenía previsto seguir asesinando llegado el invierno.

La policía avisó a los familiares de Alfredo. Los agentes todavía pensaban que Alfredo estaba diciendo cosas incoherentes.

Pero su testimonio terminó por arrojar pruebas de gran peso. En concreto, desveló algo que nunca había sido publicado en los medios de comunicación y que sólo podía conocer el verdadero asesino: los naipes aparecidos en la escena del crimen tenían un punto pintado con rotulador azul.

Tan sólo la primera carta, encontrada en la parada de autobús junto al cadáver de Juan Carlos, no estaba marcada. Los agentes llamaron a Madrid y, cuando facilitaron este dato, varios miembros de la Brigada de Homicidios se trasladaron rápidamente a Puertollano. Tal fue el impacto de la confesión de Alfredo en su familia que esa tarde Manuel, su padre, sufrió un fuerte dolor en el pecho. Había acudido alarmado a la comisaría a interesarse por su hijo, y hubo que llevarlas de urgencia a un hospital.

AL DESCUBIERTO

Trascendió la noticia. Los amigos, vecinos y conocidos de Alfredo no creían lo que estaba pasando. ¿Cómo era posible que una persona tranquila y buena, que

nunca había dado ningún problema, fuese el autor de seis asesinatos? A todos les costaba admitirlo, y más al recordar que cuando era un niño había obedecido siempre a su padre sin rechistar siquiera.

Por su parte, la policía necesitaba encontrar el arma Tokarev utilizada en los crímenes para confirmar la culpabilidad de Alfredo. Pero Galán contó que se había deshecho de ella tirándola a la basura.

Intensas batidas de búsqueda se sucedieron en el vertedero de Puertollano, donde supuestamente había sido arrojada la pistola. Pero nunca fue localizada. Así que los investigadores se afanaron en buscar otras pruebas que corroboraran la confesión de Galán, realizando varios registros en su casa.

Fue en el dormitorio paterno donde las encontraron. Una bala percutida dentro de un jarrón coincidía, según balística, con las disparadas en los crímenes. También se encontró parte de la ropa que Alfredo vestía al cometer los asesinatos.

Por otra parte, surgió un detalle al que la policía dio mucha importancia y que tampoco había publicado ningún medio de comunicación. Cuando se cometió el primer crimen en la calle Alonso Cano, Alfredo afirmó que encima de la mesa había una billetera y que no se la llevó porque a él nunca le había interesado el dinero. Un dato que fue corroborado por la esposa de la víctima.

Según el psiquiatra forense Juan Carlos Carrasco, «puede ser que estuviera cansado, que no supiera cómo terminar con aquello, e indudablemente hay un factor que desencadena su entrega, que es el alcohol. Él bebía; no es que fuera un alcohólico, pero sí quizá un bebedor excesivo ocasional, y estando bebido fue cuando acudió a comisaría a contarlo todo. El alcohol facilitó que se entregara porque él ya lo venía pensando desde algún tiempo atrás».

En sucesivos testimonios, Galán desveló más incógnitas.

Explicó cómo logró introducir ilegalmente en España la pistola Tokarev; la ocultó en el interior de un televisor combi, burlando así los controles militares.

La abogada defensora Helena Echeverri también se refirió a este hecho: «Lo único que reconoció mi defendido fue que él se había traído desde Bosnia una

pistola Tokarev. Por lo visto era algo muy habitual entre los soldados destinados en Bosnia traerse armas que podían ser consideradas casi como de coleccionista».

Entonces, en septiembre de 2003, cuando parecía que la pesadilla de vivir con un asesino en serie había terminado, Galán se retractó de su autoinculpación y defendió su inocencia.

En concreto, Alfredo Galán aseguró que había vendido su pistola Tokarev a dos «cabezas rapadas», a los que culpó de los asesinatos.

También confesó que se autoinculpó porque había recibido amenazas de dos personas a las que no había podido identificar. Le habían dicho que, si no lo hacía, sus hermanas sufrirían un daño muy serio. Que incluso podrían llegar a morir.

Pese a ello, la policía y el fiscal Rafael Escobar entendieron que ya había sobradas pruebas que inculpaban a Alfredo Galán como autor de los crímenes, de modo que fue enviado a la cárcel de Herrera de la Mancha (Ciudad Real) a la espera de juicio.

TRASTORNO DE PERSONALIDAD

De resultar condenado, Alfredo Galán sería el primer asesino en serie juzgado como tal por un tribunal español.

Durante el juicio, el inculpado no quiso responder a las preguntas de ninguna de las partes y optó por guardar silencio.

Los forenses encargados de examinar su estado mental concluyeron que Galán no padecía ninguna patología estrictamente psiquiátrica. Únicamente se le diagnosticó un trastorno adaptativo de la personalidad, junto a ciertos rasgos paranoides.

El *trastorno de la personalidad* es un conjunto de perturbaciones o anomalías que se dan en el campo emocional, afectivo, motivacional y de

relación social de los individuos. A lo largo de la historia se han establecido varias clasificaciones de este trastorno. La actualmente vigente es la reflejada en el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM), publicado por la American Psychiatric Association y que proporciona un lenguaje común y criterios uniformes para la clasificación de los trastornos mentales en tres tipos:

- El grupo A incluye los trastornos paranoide, esquizoide y esquizotípico de la personalidad. Los sujetos con estos trastornos suelen parecer raros o excéntricos.
- El grupo B incluye los trastornos antisocial, límite, histriónico y narcisista de la personalidad. Estos pacientes tienden a parecer dramáticos, emotivos e inestables.
- El grupo C comprendería aquellos trastornos por evitación, por dependencia y obsesivo-compulsivo de la personalidad. Los sujetos pertenecientes a este apartado suelen parecer temerosos y ansiosos.

Se da la circunstancia de que algunos sujetos pueden padecer trastornos con elementos de varios grupos combinados. Éste parece ser el caso de Alfredo Galán, que cuenta con una personalidad esquizoide, antisocial y narcisista.

Pensaba que matar a alguien no tenía por qué ser malo. Él mismo se consideraba una persona educada y tranquila. Incluso se reconoció sorprendido por lo fácil que le había resultado ser un asesino. Le embriagaba tener al lado en todo momento a sus potenciales víctimas; por ejemplo, en el metro. Escuchaba a las personas que viajaban a su lado hablando del *Asesino de la baraja* sin saber que en realidad lo tenían al lado. Algo que primero le sorprendió muchísimo, y que luego pasó a estimularle.

El *Asesino de la baraja* mataba por placer, por mera gratificación personal, por tener la experiencia de lo que se siente al quitar la vida a otro ser humano.

ASESINO EN SERIE DESORGANIZADO

Un asesino en serie *desorganizado* es una clasificación técnica de los criminólogos referida a individuos con ciertos rasgos característicos, como la ausencia de inteligencia y su impulsividad a la hora de cometer los crímenes. Matan cuando tienen la oportunidad. Rara vez se molestan en deshacerse del cuerpo, que suele aparecer en la propia escena del crimen. Atacan sorpresivamente a sus víctimas, sin previo aviso.

La personalidad asocial de Galán, así como su historial de problemas mentales, también lo adscriben en este grupo.

Y no sólo eso. Según los estudios, Alfredo Galán tenía rasgos de distintos tipos de psicópatas.

Por un lado, los psicópatas desalmados son gente que carece de determinados sentimientos básicos, los que de forma natural tiene cualquier persona, tales como compasión, vergüenza, sentido del humor, remordimientos, conciencia, etc. Alfredo Galán no mostró sentimiento alguno hacia sus víctimas ni antes, ni durante, ni después de cometer los asesinatos.

Por otro lado, los psicópatas abúlicos son personas que se entregan a su macabra labor con mucha facilidad y falta de voluntad propia, considerándose meros instrumentos para la comisión de actividades delictivas.

Y Alfredo Galán siempre negó tener un móvil para los asesinatos. Aseguró que estaba guiado por el mero placer de matar. No le afectaba el hecho de quitar la vida a otra persona. No le producía ningún sentimiento. No sintió conmoción interior alguna.

PENA MÁXIMA

Los tres psiquiatras judiciales que examinaron a Alfredo insistieron en sus trastornos de personalidad, pero dejaron claro que no era un enfermo mental propiamente dicho. El alcohol y el trauma por la temprana muerte de su madre

podían ser causas para su desequilibrio, pero no eran razón para su comportamiento.

Mataba por matar y se trataba de una persona «narcisista, sádica y algo megalómana». Era imputable a efectos legales.

El fiscal del caso, Rafael Escobar, solicitó una condena de ciento cincuenta y tres años para Galán por seis asesinatos y otros tres en grado de tentativa.

La defensa mantuvo la inocencia de Alfredo Galán bajo el argumento de que nunca apareció el arma Tokarev con la que se cometieron los asesinatos. Su abogada Helena Echeverri insiste en este punto: «La pistola, nunca sabremos si por desgracia o por fortuna, jamás apareció. Pero estoy segura de que, si algún día lo hace, será para corroborar que mi cliente dijo la verdad y que era completamente ajeno a los hechos que se le imputaban».

El 10 de marzo de 2005, Alfredo Galán fue condenado a un total de ciento cuarenta y dos años por un delito de allanamiento de morada, por seis delitos de asesinato, por otros tres en grado de tentativa con arma de fuego y por un delito de tenencia ilícita de armas.

Un fallo que llevó al máximo la pena por el «manifiesto desprecio a la vida» y «la alarma social y desasosiego que los hechos produjeron en su momento».

Alfredo Galán no podrá acogerse a beneficios penitenciarios durante los próximos veinticinco años. En febrero de 2006, el Tribunal Supremo desestimó los recursos de casación interpuestos por las representaciones del procesado y los acusadores particulares para declarar al Estado responsable civil subsidiario.

Actualmente está cumpliendo pena en la prisión de Soto del Real en Madrid.

Harold Shipman, el *Doctor Muerte*

«Un médico de familia ha resultado ser un asesino en serie. El número de víctimas se desconoce por el momento.»

Este breve titular de un informativo británico de 1998 resumía el terrible descubrimiento realizado por la policía de Manchester acerca del doctor Harold Shipman. Pronto quedó patente que el número de sus asesinatos alcanzaba una cifra inimaginable.

Se le imputaron las muertes de al menos doscientos dieciocho de sus pacientes. Aunque se teme que en realidad fueran muchas más.

Y sin embargo, hasta el momento de su detención, no había habido un rastro de cadáveres que seguir, como sucede con los criminales seriales.

¿Cómo pudo el doctor hacer que sus crímenes pasaran desapercibidos?

La respuesta estaba en sus víctimas.

EL AMOR DE UNA MADRE

Harold Frederick Shipman nació el 14 de enero de 1946. Fue el mediano de los tres hijos de una familia obrera que vivía en un humilde barrio de Nottingham.

A la hora de buscar en su biografía las causas de su posterior conducta criminal, destaca que, a diferencia de otros asesinos en serie con familias disfuncionales e infancias atormentadas, Shipman disfrutó de una niñez relativamente normal.

Sin embargo, en palabras del psicólogo forense David Holmes, director del Forensic Research Group: «Sólo hay que profundizar un poco en las vivencias

del médico para detectar los indicios de una personalidad con tendencias asociales».

Lo primero que llama la atención es la estrecha relación que mantuvo con su dominante madre, Vera.

Quizá debido a los buenos resultados que el chico había obtenido en primaria, su madre tenía el convencimiento de que su «Fred» era especial y no dudaba en decírselo una y otra vez. A diferencia de su hija mayor, que dejó los estudios con quince años, y del pequeño, que no resultaba demasiado brillante, el futuro de Fred sí parecía prometedor.

Para lograr que ese objetivo se hiciera realidad, Vera se encargaba de decidir cuándo y con quién podía jugar su hijo, sometiéndole a una vigilancia constante. Quienes recuerdan a Shipman en aquellos años lo describen como un chico distante y frío que no se relacionaba con otros niños de su edad.

La intuición de la madre pareció verse refrendada cuando su hijo mediano aprobó el examen de acceso a secundaria y fue admitido en un instituto de prestigio, el High Pavement School. Aquello supuso un triunfo para los padres de Shipman, quienes no dudaron en hacer los sacrificios que fuesen necesarios para que el adolescente completase una educación de calidad.

No obstante, pronto se demostró que el joven Shipman no estaba especialmente dotado para los estudios. Si bien en primaria había destacado por su inteligencia, en el instituto era sólo uno más. Para estar a la altura de sus compañeros tenía que emplear mucho tiempo estudiando, por lo que apenas se relacionaba con los otros chicos. Algo que no parecía importarle demasiado, ya que desde niño se había acostumbrado a estar solo, protegido por el marcado sentimiento de superioridad que su madre había alentado en él.

David Holmes explica que la presión que Vera ejerció sobre su hijo hizo que éste se centrara exclusivamente en sus estudios. En vez de integrarse en el mundo real, se dedicó a crear ilusiones que suplieron la ausencia de vida social. Según Holmes, eran «fantasías de poder, que quizá tenían una connotación

sexual, porque al chico no se le permitió desarrollarse ni social ni sexualmente con normalidad».

Para Robert K. Ressler, agente retirado del FBI y experto en perfiles criminales, la clave de la transformación de un individuo con conductas asociales en un asesino en serie «no está en el trauma infantil, sino en el desarrollo de patrones de pensamiento pervertidos».

Visto desde ese punto de vista, el periplo juvenil de Shipman explica muchas cosas sobre el adulto en quien acabó convirtiéndose.

Pese a su alienación social, el joven Shipman se las arreglaba para coexistir con los demás sin llamar demasiado la atención. Según algunos de sus compañeros de instituto, su apariencia madura le protegía frente a las burlas que podía generar su comportamiento. Se le recuerda acompañado de su hermana mayor en los bailes del club de rugby y bailando con ella durante toda la velada. Sin embargo, a nadie se le ocurrió reírse de él.

EL NACIMIENTO DE UNA OBSESIÓN

Y entonces se produjo el acontecimiento que marcó un claro punto y aparte en su vida.

El 21 junio de 1963, Vera murió de cáncer de pulmón. La noticia pilló por sorpresa a los compañeros de clase de Shipman, ya que éste no les había contado que su madre estaba gravemente enferma.

Durante las semanas previas a su muerte, la enferma recibía la visita del médico de familia, que aliviaba sus dolores a base de inyecciones de morfina. Mikaela Sitford, periodista y autora del libro sobre el caso, *Addicted to Murder*, cuenta que el chico acudía al lecho de su madre todos los días tras volver del instituto y se quedaba junto a ella mientras el médico la atendía, viendo cómo poco a poco la morfina la relajaba y dejaba de sufrir.

Después de perder a su madre, Shipman empezó a correr grandes distancias

todas las noches, aunque hiciera frío o estuviese lloviendo. Esto, que parece una forma más de enfrentarse al duelo, tiene para muchos expertos una importancia trascendental en la transformación del futuro médico en un asesino en serie. Según el doctor Holmes, «este ejercicio le hacía segregar endorfinas, que son potentes opiáceos naturales», que, combinados con el «alivio» que debió de experimentar cuando Vera por fin descansó, hizo que «recrear esa sensación de alivio se transformase en una adicción para él».

No es posible afirmar cuánto hay de cierto en esta teoría. Lo que sí se sabe es que, hasta la muerte de su madre, Shipman no había mostrado interés alguno por la medicina.

Al revelarse su comportamiento homicida posterior, se planteó la pregunta de si se hizo médico para salvar a la gente o para disfrutar del poder de tener su vida en sus manos.

En opinión de muchos de los que han estudiado el caso, sí hay una conexión entre las inyecciones de morfina que Vera recibía y el método elegido por el médico para la ejecución de las ancianas. Incluso existe la teoría de que en los asesinatos recreaba una y otra vez la escena de la muerte de su madre.

Pese a que lo deseaba con todas sus fuerzas, a Shipman no le resultó fácil convertirse en médico. En su primer intento no consiguió la nota suficiente para estudiar medicina en la Universidad de Leeds. No obstante, en lugar de desanimarse, dedicó todo un año a preparar la siguiente convocatoria.

En 1965, con diecinueve años, Shipman repitió los exámenes de ingreso y aprobó.

Por fin logró hacer realidad los sueños de su madre, progresando en la escala social, tal y como ella siempre había querido.

LA CARRERA DE MEDICINA

En septiembre de 1965, Shipman comenzó sus estudios de medicina en la

Universidad de Leeds, donde pasó cinco años hasta completar su formación. Y durante ese tiempo, hizo algo más que concentrarse en sus estudios.

En el autobús que tomaba para ir a la facultad, coincidía diariamente con una chica muy introvertida, Primrose Oxtoby. La joven provenía de un hogar muy disciplinado; sin embargo, había abandonado su educación a los quince años sin haber conseguido ningún título, y por entonces estaba a punto de terminar un curso de Arte y Diseño en Leeds. Aunque ella, al igual que Shipman, tampoco había socializado demasiado, acabaron entablando conversación. A partir de ahí todo progresó con rapidez.

Primrose se quedó embarazada y, a los seis meses de relación, se casaron en una ceremonia civil.

Shipman se licenció en Leeds en 1970 y pasó a formarse como residente en el Hospital General de Pontefract (Yorkshire). Tras doce meses de prácticas, consiguió el título que le permitió ejercer la medicina de forma oficial. Siguió en el mismo hospital hasta cumplir veintiocho años, obteniendo un diploma en salud infantil en 1972 y otro en obstetricia y ginecología en su último año.

En la investigación posterior se descubrió que probablemente fue allí donde cometió su primer asesinato. La madre de una niña de cuatro años con parálisis cerebral, ingresada por una pulmonía, le pidió al joven residente que fuese amable con su hija mientras ella iba a la cafetería. Se cree que el médico entendió sus palabras como una petición de eutanasia e inyectó una dosis mortal de morfina a la paciente. La niña murió antes de que su madre volviera.

En 1974, Shipman era ya padre de dos hijos; por tanto, al necesitar mayores ingresos, aceptó una oferta de trabajo que suponía una mejora de sus condiciones laborales.

La familia se trasladó al norte, a Todmorden, en Yorkshire, donde el médico comenzó a trabajar como socio comanditario en un consultorio, el Abraham Ormerod Medical Centre.

En su nuevo destino pareció desarrollar una nueva personalidad alejada de la seriedad que le había caracterizado hasta ese momento. Se convirtió en un

extrovertido y respetado miembro de la comunidad. Y en un socio muy útil para sus compañeros del centro médico, a los que convenció para adoptar un sistema más moderno de clasificación de los datos en las historias de los pacientes, encargándose él mismo de implantarlo.

Sin embargo, la nueva incorporación no resultó positiva para todos.

Hubo quien le acusó de ser incapaz de delegar, de no dejar que las enfermeras pusiesen las inyecciones, de no permitir que los patólogos realizaran los análisis de sangre... En el consultorio de Todmorden se hizo evidente que Shipman, pese a ser muy respetado por los pacientes, tenía claros problemas para trabajar en equipo.

Por entonces se interpretó tal comportamiento como el deseo del médico de controlar los tratamientos de sus pacientes. La realidad era que necesitaba cierta intimidad para cometer sus crímenes.

De acuerdo con la investigación oficial de los asesinatos de Shipman, realizada por la honorable juez Dame Jane Smith en el año 2001, probablemente muchos de los pacientes fallecidos del Abraham Ormerod Medical Centre fueron «ejecutados» por Shipman. Se elaboró una larga lista de nombres en cuyas muertes podría haber intervenido su médico de cabecera: Lily Crossley, Robert Henry Lingard, Elizabeth Pearce, Jane Isabella Rowland, Eva Lyons, Edith Roberts, Elsie Royles...

Los tres primeros fallecieron el mismo día, el 21 de enero de 1975, con pocas horas de diferencia. Todos presentaban enfermedades que en poco tiempo hubiesen acabado con sus vidas. Debido a la condición médica de sus pacientes, se podría pensar que el doctor era partidario de la eutanasia, pero la realidad era que utilizaba a estos enfermos para recetar grandes cantidades de un narcótico analgésico, llamado Petidina, al que se había vuelto adicto. Cuando fallecían, Shipman se ponía a disposición de los familiares para deshacerse de los medicamentos sobrantes.

Pero como su adicción le exigía un suministro constante de la droga, las cantidades que conseguía de esa manera no eran suficientes, así que el médico se

ofreció a sus colegas para destruir los medicamentos caducados almacenados y para abastecer el botiquín con nuevas remesas.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA ADICCIÓN

En febrero de ese año, la Brigada de Estupefacientes de West Yorkshire encontró sospechosa la gran cantidad de Petidina que Harold Shipman estaba encargando. Hablaron con los farmacéuticos locales para descubrir qué estaba pasando, pero estos declararon en favor del facultativo. Aun así, se redactó un informe policial que concluía que el doctor debía ser sometido a vigilancia.

Durante los meses posteriores, Shipman sufrió unos extraños colapsos producidos por la droga que incluso le obligaron a dejar de conducir. Pese a ello, continuó trabajando tanto como antes. Con la ayuda de su mujer, que le hacía de chófer, siguió visitando en sus domicilios a los pacientes de edad avanzada o gravemente enfermos. Según uno de los colegas de consultorio, el médico parecía estar siempre en un estado «frenético».

Entonces, gracias a una comprobación rutinaria, los socios del Abraham Ormerod descubrieron que su nuevo asociado estaba falsificando las recetas y utilizando la Petidina para su propio consumo. Tras avisar a la policía, decidieron hablar con él. Para su sorpresa, el médico confesó la verdad y les pidió ayuda para seguir consiguiendo la droga. Llegó a justificar su adicción diciendo que «no se puede recetar a un paciente nada que no haya probado uno mismo».

Los miembros del consultorio se negaron a ayudarle y Shipman, enfurecido, presentó su dimisión.

De septiembre a diciembre de 1975, el médico estuvo ingresado en The Retreat, un hospital privado de York del que salió rehabilitado de su consumo de drogas, con un diagnóstico psicológico de «tendencias depresivas» y la recomendación de seguir bajo tratamiento psiquiátrico.

Un año después, fue juzgado por sus delitos y declarado culpable de los cargos de fraude con recetas y delitos de drogas. Se le condenó a pagar 600 libras de multa. Pese a ello, el Consejo Médico General no le impidió seguir ejerciendo la medicina ni le prohibió el manejo de narcóticos. Jugaron a su favor los informes psiquiátricos positivos elaborados durante su rehabilitación, y también la investigación policial, según la cual ninguno de sus pacientes había sufrido daños a causa de su adicción a las drogas.

En ese momento no podían saber cuán errónea era esa conclusión.

Shipman pronto encontró un nuevo destino donde empezar de nuevo.

EL NUEVO TRABAJO

En 1977, Shipman respondió a un anuncio en una publicación médica en el que se ofrecía un puesto en la consulta Donneybrook, en Hyde, una pequeña localidad a once kilómetros de la ciudad de Manchester. Tras una entrevista durante la cual habló abiertamente de sus problemas con las drogas, los socios de la consulta decidieron darle el trabajo.

El 1 de octubre de ese año comenzó a trabajar en Donneybrook, donde acabaría pasando consulta unos catorce años, siendo un médico respetado y muy popular entre sus pacientes. Su actividad no se limitó al consultorio. Se integró en diversas organizaciones de profesionales relacionados con la medicina y volvió a poner todo su empeño en ofrecer una atención personalizada a sus pacientes.

Pero al cabo de los años surgieron desavenencias con algunos empleados y colegas del consultorio, por lo que Shipman decidió abrir su propia consulta. Para algunos de los que trabajaron con él en aquella época, su carácter arrogante era lo que le impedía integrarse en un equipo.

Así, en agosto de 1992, el doctor inauguró The Surgery en el número 21 de Market Street. La apertura había sido precedida de una amarga disputa con sus

anteriores colegas, que comprobaron con irritación cómo su ex socio se llevaba con él su lista de pacientes y a algunos de los trabajadores de Donneybrook.

La nueva consulta se convirtió pronto en una de las más exitosas entre las personas de edad avanzada en Hyde. Shipman ofrecía un trato personal que incluía las visitas a domicilio para aplicar tratamientos o realizar pruebas como análisis de sangre. El familiar de una de las pacientes del médico contó en la investigación posterior que su madre había dicho que se sentía como «si le hubiese tocado la lotería» cuando fue aceptada en la saturada lista del nuevo consultorio.

La recepcionista de The Surgery era Primrose, la esposa de Shipman. Ambos habían formado una gran familia, con cuatro hijos. A los dos mayores, Sara y Christopher, se les habían unido David, nacido en 1979, y Sam, en 1982. Desde que se conocieron, ella había mostrado una devoción absoluta por su marido. Nunca cuestionaba sus decisiones y le apoyaba en todos sus planes. Tal era la adoración que sentía por él que cuando el médico fue finalmente detenido, nunca creyó que pudiera ser culpable.

Para todos, las visitas domiciliarias eran la prueba de que las prioridades de Shipman eran la atención y la salud de sus pacientes. No se podían imaginar que durante esas visitas el médico satisfacía su compulsión homicida.

Para David Holmes, la capacidad de integración del médico en la sociedad «fue el factor fundamental que le permitió seguir y seguir, hasta convertirse en el asesino en serie más prolífico de nuestros días». Además, escogía víctimas cuyas muertes no resultaban demasiado sospechosas por su edad avanzada, y que además solían vivir solas. El doctor Holmes resalta la ironía de que es un caso único entre los asesinos en serie, ya que conseguía que los familiares o el ayuntamiento se hiciesen cargo de los cadáveres que dejaba a su paso. No tenía que molestarse en ocultarlos.

Pero con el paso del tiempo, alguien empezó a detectar unas extrañas similitudes entre los fallecimientos certificados por Shipman: los dueños de los servicios funerarios Massey.

EXTRAÑAS DEFUNCIONES

La hija del dueño, Deborah Bambroffe, se dio cuenta de que los pacientes fallecidos del médico solían ser mujeres de avanzada edad que habían muerto en sus casas. Lo extraño era que cuando llegaba a los domicilios, se encontraba a las mujeres completamente vestidas y no veía en la vivienda rastro de enfermedad, ni equipos de soporte vital o medicamentos que sugiriesen que sufrían alguna enfermedad grave. Además, muchas veces el médico había estado presente en el momento del deceso e incluso era él quien abría la puerta a la señora Bambroffe y sus ayudantes.

Deborah compartió sus temores con su padre, Alan Massey, y éste se entrevistó con Shipman, que se mostró confiado, asegurando que el libro en el que detallaba las causas de las muertes estaba a disposición de quien quisiera consultarlo.

Massey salió de la entrevista con la certeza de que el médico no ocultaba nada.

Pese al convencimiento de su padre, Deborah siguió intranquila. Las últimas fallecidas certificadas por Shipman a finales de 1997 —por las que más adelante resultaría condenado— confirmaban que las muertes relacionadas con el doctor seguían un patrón muy concreto.

El 24 de noviembre de 1997, Marie Quinn, de sesenta y siete años, falleció en su casa. El médico certificó muerte por «accidente cardiovascular». Cuando llegaron los servicios funerarios, encontraron a Shipman en el interior de la vivienda. Éste contó que se había encontrado a la mujer en el suelo de la cocina, agonizando a causa de una embolia cerebral. A Deborah Bambroffe le resultó extraño que hubiese podido entrar en el domicilio, pero el médico se justificó diciendo que la paciente le había dejado fuera una llave después de llamarle al consultorio para decirle que no se encontraba bien. A la encargada de la

funeraria también le llamó la atención que la muerta estuviese totalmente vestida. Eso probaba que el médico no había intentado reanimarla pese a haber estado presente durante el ataque.

El 9 de diciembre de ese mismo año, Laura Kathleen Wagstaff, una anciana de ochenta y un años que gozaba de buena salud, recibió una visita a domicilio de su médico de cabecera. Una vecina vio a Shipman entrando en casa de la señora Wagstaff sobre las tres de la tarde. Poco después, el médico llamó a su puerta para informarla de la muerte de Laura Kathleen. Había sufrido un repentino ataque al corazón. Aunque el cuerpo de la señora Wagstaff fue incinerado, el rumor de las circunstancias de su fallecimiento llegaron hasta la funeraria Massey.

Un día después, otra paciente de Shipman murió en su casa tras la visita del médico. Esta vez se trataba de una mujer de sólo cuarenta y nueve años, Bianka Pomfret, que sufría una depresión crónica y vivía sola tras su divorcio. Nada indicaba que hubiese presentado un doloroso colapso, pero el médico certificó que había muerto de un ataque al corazón fulminante. A la mujer la encontró su hijo, sentada en una silla, con apariencia relajada y con una taza de café y un cigarrillo a su lado. También había sido una muerte muy extraña.

A comienzos de 1998, Deborah Bambroffe decidió compartir sus sospechas con Sue Booth, una de las doctoras del consultorio Brooke, situado justo enfrente de The Surgery.

Los médicos de Brooke colaboraban con Shipman firmando el segundo formulario de los dos que exige la ley inglesa para poder incinerar los cadáveres de quienes han fallecido en su vivienda, sin que su muerte haya sido certificada por un juez de instrucción. La *Form B* es firmada por el médico que confirma la muerte y consigna la causa, y la *Form C* es firmada por un médico independiente que corrobora la causa del fallecimiento.

Cuando Sue Booth comentó con sus colegas las sospechas de Deborah, descubrió que no era la única que creía que el médico podía estar acabando con

sus pacientes. Otra de las facultativas adscritas al consultorio Brooke, Linda Reynolds, también había hecho un preocupante descubrimiento.

Como la doctora Reynolds acababa de instalarse en Hyde, tenía la experiencia de su trabajo anterior para establecer comparaciones. Por eso, a diferencia del resto de los médicos de Brooke, pudo darse cuenta de que el número de certificados de cremación para los que Shipman solicitaba una segunda firma era anormalmente alto y decidió comparar los de las dos consultas.

El resultado fue revelador: en tres meses los doctores habían firmado dieciséis certificados de cremación *Form C* para Shipman. Casi todos correspondían a mujeres que habían muerto en casa, y a las que Shipman estaba visitando en el momento de su muerte o poco antes de que ésta se produjera.

En el mismo período, la consulta Brooke había pedido la firma de catorce *Form C* al consultorio vecino. A simple vista, las cifras podrían parecer normales, salvo porque la consulta Brooke atendía a 9.500 pacientes y The Surgery sólo a 3.000.

Tras una reunión en la que los doctores de Brooke debatieron los indicios encontrados de mala praxis o intención criminal, Linda Reynolds decidió dar un paso más y contactar con el juez de instrucción John Pollard.

El 24 de marzo de 1998, la doctora mantuvo una entrevista con el magistrado, y le transmitió la preocupación de los miembros de la consulta Brooke acerca de las elevadas muertes de los pacientes de Harold Shipman. También detalló las circunstancias «especiales» de esas muertes, detectadas por los servicios funerarios de la zona.

Fue suficiente para que el juez decidiera iniciar una investigación policial.

LA INVESTIGACIÓN POLICIAL DE MARZO DE 1998

El detective David Smith no tenía ninguna experiencia en casos de

características similares. Cuando cerró la investigación, el 17 de abril de 1998, concluyó que no había razones para acusar a Shipman de crimen alguno.

Los pasos que dio el detective Smith fueron analizados en detalle por la consiguiente investigación oficial a cargo de la juez Dame Jane Smith. Su informe sostiene que el oficial de policía cometió varios errores que le impidieron descubrir lo que realmente había ocurrido: no le dio importancia al hecho de que era imposible hacer autopsias porque la mayoría de los cuerpos habían sido incinerados, ni a la diferencia entre las tasas de mortalidad de las dos consultas o al extraño hecho de que Shipman hubiese estado presente en casi todas las muertes sospechosas.

Mientras llevaba a cabo sus pesquisas, la doctora Reynolds informó a David Smith de que el médico acababa de solicitar la firma de la *Form C* para dos nuevas fallecidas: Lily Higgins, de ochenta y tres años, y Ada Warburton, de setenta y siete años, a las que se les podía realizar una autopsia antes de ser incineradas. Sin embargo, el oficial no quiso hacer pasar un mal trago a sus familiares y desestimó la petición.

David Smith quería encontrar pruebas que demostraran la culpabilidad del doctor antes de plantearse pedir una autopsia. Con esa intención se dirigió al Registro Civil y solicitó los certificados de defunción firmados por Shipman en los seis meses anteriores. Pero se produjo un nuevo error y le dieron muchos menos de los que deberían haberle entregado, con lo que el investigador tuvo la impresión de que Linda Reynolds había exagerado. Este hecho se recoge en el informe de la investigación oficial, aunque se elude pedir responsabilidades a nadie en concreto.

Su siguiente paso fue visitar las oficinas de las autoridades sanitarias de West Pennine, donde se entrevistó con el subdirector Alan Banks. Para Dame Jane Smith, el aprecio y respeto que el señor Banks sentía por Shipman hicieron que le resultase muy difícil contemplar la posibilidad de que estuviese matando deliberadamente o por negligencia a sus pacientes. Así pues, en lugar de buscar en las historias médicas archivadas las extrañas similitudes de las muertes de los

pacientes del médico, el detective se centró en comprobar que el historial de cada enfermo era compatible con la causa de la muerte. Más tarde se descubriría que el doctor manipulaba dichos datos tras haber asesinado a los pacientes.

Antes de cerrar el caso, David Smith hizo una visita al crematorio de Hyde, donde le aseguraron que el doctor Shipman rellenaba de forma adecuada los certificados que posteriormente se entregaban al Registro Civil. Al policía no se le ocurrió mirar en los propios registros del crematorio. Según Dame Jane Smith, si lo hubiese hecho, podría haber comprobado que las posibles víctimas de Shipman eran más de las que aparecían en los papeles recogidos en el Registro Civil.

Además, al policía ni se le pasó por la cabeza introducir el nombre del sospechoso en el ordenador central; allí habría encontrado registrados los delitos del médico en relación con su adicción a las drogas. En ese caso, quizá hubiese seguido investigando. Ésta es también una conclusión extraída del informe de Dame Jane Smith.

Mientras tanto, Shipman, ajeno a la investigación que se estaba realizando, siguió con su rutina de visitas domiciliarias.

Antes de ser detenido, el médico acabó con la vida de tres mujeres más: Winifred Mellor (setenta y tres años, fallecida el 11 de mayo), Joan May Melia (setenta y tres años, fallecida el 12 de junio) y Kathleen Grundy (ochenta y un años, fallecida el 24 de junio).

Y podría haber seguido matando durante años si no se hubiese dejado llevar por la codicia.

EL ERROR

Kathleen Grundy, ex alcaldesa de Hyde, era una mujer que gozaba de buena salud a sus ochenta y un años. Viuda, disfrutaba de una vida social muy activa,

participando como voluntaria en el Centro de Día de Mayores Werneth House, en el que ayudaba a servir comidas.

El 24 de junio de 1998, Kathleen quedó en su domicilio con su médico de cabecera, Harold Shipman, para que éste le tomara una muestra de sangre. Así lo dejó reflejado en su diario.

Unas horas más tarde, unos compañeros se acercaron hasta su casa extrañados de que Kathleen no hubiese ido a Werneth House. Cuando llegaron, se encontraron que la puerta no estaba cerrada. Al entrar en la vivienda descubrieron el cuerpo de la anciana en el sofá. Estaba fría y sin pulso. Buscando entre los papeles de la fallecida, encontraron el teléfono de Shipman. En cuanto le llamaron, acudió al domicilio y certificó el fallecimiento. La causa que consignó fue la edad avanzada.

La muerte de la señora Grundy podría haber sido una más, pero esta vez la historia iba a discurrir por otros cauces.

Después de enterrar a su madre en el panteón familiar, Angela Woodruff recibió a través de un bufete de abogados una copia de su testamento. Esto despertó sus sospechas, ya que ella era una competente abogada y estaba al tanto de los asuntos legales de su madre.

Al examinar con detenimiento el documento, comprobó que su madre le había dejado todas sus posesiones a su médico de cabecera, Harold Shipman; entre ellas, su vivienda principal, con un valor por encima de las 300.000 libras. Extrañamente, parecía haber olvidado la existencia de una segunda residencia también de su propiedad, que no llegaba a mencionar en el documento.

Para la señora Woodruff aquello no tenía ni pies ni cabeza. Su madre nunca le hubiera dejado todo aquello a alguien que no fuera un familiar. Y lo que hizo aumentar más su sospecha fue la torpeza y el «desorden» con que estaba redactado el testamento. Se trataba de un documento muy chapucero, algo que chocaba con la personalidad metódica de la señora Grundy. Además, ésta tenía por costumbre escribir todos sus documentos a mano y el testamento estaba mecanografiado. Sin duda, se trataba de una falsificación.

Angela Woodruff buscó recibos para comparar la firma de su madre con la que aparecía en el testamento y llegó a la conclusión de que no coincidían. Entonces decidió investigar las firmas de quienes figuraban como testigos; se trataba de dos pacientes de Shipman que habían creído cumplimentar un formulario de un seguro o algo similar.

El 24 de julio de 1998, la señora Woodruff acudió a la policía de Warwickshire y los hizo partícipes de sus sospechas. El asunto pasó a la policía de Manchester. Allí, algo llamó la atención del superintendente Bernard Postles: en la denuncia aparecía el nombre de un médico que había sido objeto de una investigación policial hacía pocos meses.

LA SEGUNDA INVESTIGACIÓN POLICIAL

Tras escuchar las sospechas de la hija de Kathleen Grundy, el 1 de agosto se decidió exhumar el cadáver de la anciana.

Ese mismo día se procedió a registrar el domicilio y la consulta de Harold Shipman. De su lugar de trabajo se requisaron los historiales médicos, el ordenador y una máquina de escribir.

Enseguida se demostró que la máquina había sido empleada para redactar el testamento de Kathleen Grundy. En los interrogatorios posteriores a su detención, Shipman, que mantuvo en todo momento una pose de arrogancia y fastidio ante sus entrevistadores, explicó que la fallecida le había pedido la máquina y él no había preguntado para qué la necesitaba. Sin embargo, no podía recordar cuándo ni quién se la había devuelto.

Además, si bien en el papel del testamento aparecieron las huellas de Shipman y de los testigos, fue imposible encontrar ninguna de la señora Grundy, lo que dejó aún más claro que ella no había participado en su redacción.

Mientras, el médico siguió pasando consulta como siempre. Incluso fue capaz de bromear con amigos y conocidos sobre lo que le estaba sucediendo.

Por su parte, los investigadores continuaron recolectando evidencias que demostrasen su culpabilidad fuera de toda duda.

Su siguiente paso fue intentar recuperar la muestra de sangre que en teoría le había extraído el médico a su última víctima. Pero ni había sido enviada al laboratorio ni apareció en la consulta del doctor. Todo parecía indicar que Shipman había mentido para justificar su presencia en casa de Kathleen Grundy.

Lo que encarriló definitivamente la investigación fueron los resultados de las pruebas toxicológicas. A la mujer se le había inyectado un medicamento llamado Diamorfina antes de morir, a pesar de que no sufría dolencia alguna que la obligara a tomarlo. En ese momento, la policía tenía ya en su poder el historial criminal del médico, en el que aparecía reflejado su consumo abusivo de narcóticos.

Para los investigadores quedó claro que la causa de la muerte fue una inyección letal de morfina administrada por el doctor Harold Shipman.

Se procedió a su arresto el 7 de septiembre de 1998, acusado de la muerte de Kathleen Grundy y falsificación de documento público.

Durante el interrogatorio, el médico se mostró convencido de que acabarían dejándolo libre y se mantuvo sereno en todo momento. Justificó la presencia del narcótico en el cuerpo de la fallecida explicando que se trataba de una adicta de larga duración.

Al escuchar la misma teoría durante su defensa en el juicio, muchos harían suyas las palabras del juez de instrucción John Pollard: «Pensar que una mujer como Kathleen Grundy, octogenaria, ex alcaldesa de Hyde, buscaba papelines de heroína por los bajos fondos de Manchester es absurdo y ridículo, y un ultraje a su memoria».

La versión de Harold Shipman hacía aguas por todas partes.

Para el superintendente Bernard Postles, había llegado el momento de ampliar la investigación al resto de casos sospechosos, aquellos con los que la muerte de la señora Grundy compartía similitudes. Por desgracia, muchas de las fallecidas

habían sido incineradas y no era posible llevar a cabo pruebas toxicológicas con sus cuerpos.

De septiembre a diciembre de 1998, se procedió a exhumar los cadáveres de Joan Melia, Winifred Mellor, Bianka Pomfret, Marie Quinn, Ivy Lomas, Jean Lilley, Muriel Grimshaw e Irene Turner. En todos ellos se encontraron rastros de morfina, y Shipman fue acusado de provocarles la muerte.

En febrero de 1999, se le acusó también de los asesinatos de Norah Nuttall, Kathleen Wagstaff, Maureen Ward, Pamela Hillier, Marie West y Lizzie Adams. Habían sido incineradas, pero existían indicios para sospechar que murieron asesinadas.

Pese a que Shipman ya era conocido como *Doctor Muerte*, en su consulta se siguieron recibiendo muestras de apoyo de pacientes leales que creían firmemente en su inocencia. Muchos de ellos pensaban que el juicio demostraría que todo había sido un error.

EL TESTIGO IRREFUTABLE

El juicio comenzó el 5 de octubre de 1999, en la sala del tribunal de Preston Crown, presidida por el honorable juez Forbes.

Harold Shipman se declaró «no culpable» de todos los cargos.

La primera iniciativa de la abogada del acusado no tuvo éxito. Pretendía que se celebrasen hasta tres juicios distintos: uno por los casos en los que se contaba con evidencias físicas, otro por los que carecían de tales pruebas y el último por el caso Grundy, al que el delito de falsificación le confería un carácter distinto.

El juez decidió que se juzgaran juntos los quince casos de asesinato y el de falsificación de documento público.

A partir de ahí, la defensa puso todo su empeño en tratar de demostrar que las pacientes habían fallecido por dolencias médicas preexistentes, como

demostraban las anotaciones en sus historiales médicos a lo largo de los años. Además, nadie había sido testigo de una actuación criminal del doctor.

En cambio, sí que existía un testigo irrefutable que demostraba que Shipman había manipulado las historias médicas de sus víctimas. El disco duro de su ordenador había registrado las fechas en las que el médico había efectuado entradas en los historiales. Aunque figuraban con fechas anteriores, siempre las había escrito con posterioridad a los asesinatos, lo que desmontaba su coartada.

Las evidencias en su contra se acumularon durante las sesiones, destruyendo la imagen de médico de la «vieja escuela» que la abogada quería dar de su defendido.

Tampoco ayudó la actitud arrogante de Harold Shipman durante todo el proceso. Cuando se le confrontaba con las mentiras que había contado a los familiares de las fallecidas o a los agentes de policía, parecía indiferente.

Para la fiscalía se estaba juzgando a un asesino en serie, que había roto el código deontológico de los profesionales de la medicina y no tenía un ápice de compasión.

Se puso de manifiesto el patrón común en todos los crímenes de Shipman: sus víctimas eran mujeres que, en su mayor parte, vivían solas. No habían estado enfermas en el momento de su muerte y sus familiares desconocían las supuestas condiciones médicas preexistentes anotadas por su médico de cabecera. En ningún caso Shipman llamó a los servicios de emergencia como contó a los familiares y como demostraban los registros telefónicos. Y nunca había intentado reanimarlas pese a haber estado presente en muchos de los decesos.

La prueba definitiva la aportó el patólogo forense, quien afirmó que se habían encontrado importantes cantidades de morfina en todos los cuerpos exhumados.

Respecto al caso Grundy, las evidencias eran demoledoras. El testimonio de Angela Woodruff resistió todos los ataques de la defensa para minar su credibilidad.

Tras cuatro meses de juicio, el 31 de enero del año 2000, Harold Shipman fue

declarado culpable de todos los cargos y condenado a quince cadenas perpetuas consecutivas y cuatro años por falsificación de documento público.

Poco después, el 11 de febrero, Harold Shipman fue expulsado del Colegio Médico Británico.

El juez Justice Forbes concluyó el proceso con las siguientes palabras: «Ninguna de sus víctimas supo que realmente usted las conducía a la muerte, una muerte disfrazada con la apariencia de la cariñosa atención de un buen doctor».

Pero el caso Shipman estaba lejos de concluir.

EL INFORME DE DAME JANE SMITH

La larga carrera del *Doctor Muerte* y las investigaciones policiales provocaron una alarma social que cristalizó en una auditoría clínica por parte del catedrático Richard Baker de la Universidad de Leicester, quien estimó la cifra de muertes atribuibles a Shipman en al menos 236.

El gobierno británico decidió entonces que había llegado la hora de conocer la verdad.

Con ese fin, el secretario de Estado para la Salud encargó en 2001 la investigación oficial del caso Shipman a la honorable juez del Tribunal Supremo Dame Jane Smith. Su labor debía consistir en valorar la extensión de las actividades criminales del médico y las posibles responsabilidades de las diferentes autoridades, así como recomendar qué cambios debían llevarse a cabo para proteger de forma más eficaz a los pacientes.

El resultado fue una investigación exhaustiva que determinó que al menos 218 pacientes murieron a manos del médico. Las conclusiones de Dame Jane Smith se recogieron en seis informes, el último de los cuales se publicó en enero de 2005.

Aun así, Shipman nunca reconoció sus crímenes y se negó a colaborar con la

investigación oficial.

En la madrugada del 13 de enero de 2004, un día antes de su cincuenta y ocho cumpleaños, el *Doctor Muerte* se suicidó colgándose en su celda de la cárcel de Wakefield, en Yorkshire. Se cree que lo hizo para que Primrose pudiese cobrar la pensión que el Servicio Nacional de Salud aseguraba a su viuda si él moría antes de los sesenta años.

Por su parte, Primrose jamás ha admitido la culpabilidad de su esposo, jamás ha hablado de las motivaciones tras su conducta criminal y, por supuesto, jamás ha pedido perdón a los familiares de las víctimas.

En julio de 2005 se inauguró El Jardín de la Tranquilidad en Hyde Park (Londres) en memoria de los fallecidos. Es el único consuelo que les queda a los familiares de sus víctimas.

Para muchos de ellos, el suicidio de Harold Shipman fue su último crimen. Al morir, les privó de la posibilidad de llegar a saber alguna vez qué lo había impulsado a matar.

Volker Eckert, *en las carreteras de Europa*

«La mañana del 1 de julio de 1959 me lanzaron a un viaje que prefería no haber comenzado. Fue el día en que nací. Mis padres (...) habían engendrado a un demonio.»

Son palabras de Volker Eckert, un camionero alemán que, entre 1999 y 2006, recorrió las carreteras de Europa dejando atrás un reguero de cadáveres de prostitutas.

Sus crímenes tenían una peculiar firma: a todas sus víctimas les había cortado mechones de cabello.

EL DESCUBRIMIENTO

El 3 de noviembre de 2006, apareció en un pueblo de Gerona el cuerpo sin vida de Miglena Petrova Rahim, una prostituta búlgara de veinte años. Había sido estrangulada y le habían cortado varios mechones de cabello.

La joven prostituta había sido testigo protegido de la policía en una investigación interna de corrupción, lo que facilitó la identificación del cadáver y que los agentes contactasen con sus compañeras de trabajo, algunas también confidentes. Gracias a ello, los Mossos d'Esquadra obtuvieron con rapidez pistas encaminadas a la detención del culpable.

«Vicky», otra prostituta, los informó de que Miglena había subido a la cabina

de un camión el día 2 de noviembre, en la carretera de Sant Julià de Ramis, en Gerona.

El camionero extranjero había intentado contratar a otras mujeres que trabajaban en el arcén de la carretera antes de toparse con Miglena. Ofrecía un dinero extra para que se dejaran maniatar durante el acto sexual. La joven búlgara fue la única que aceptó. Y eso le costó la vida.

Los Mossos tuvieron además un golpe de suerte en los primeros pasos de la investigación: en las inmediaciones del campo de fútbol junto al que había aparecido el cadáver de la mujer, una empresa de logística acababa de instalar unas cámaras de seguridad.

El periodista de investigación británico Nick Davies contó en *The Guardian* cómo la policía española se puso tras la pista de Volker Eckert: «(...) Había aparcado su camión al lado de un campo de fútbol en una pequeña ciudad del nordeste de España y esperaba que se hiciese de noche para deshacerse del cuerpo de su última víctima. Por casualidad, un técnico se encontraba instalando unas cámaras de seguridad en una fábrica cercana. Mientras las ajustaba para dejarla enfocando a la verja de entrada, accidentalmente la dirigió al aparcamiento del campo de fútbol. Allí había aparcado un camión solitario con su logo impreso en un lateral».

Sin embargo, otras versiones de lo ocurrido sostienen que la grabación en la que apareció el camión de Eckert fue realizada por una de las cámaras de seguridad que ya se encontraban colocadas en la zona. Lo importante es que, gracias a ella, la policía española consiguió encontrar rápidamente a un posible sospechoso.

Los agentes revisaron las imágenes y se pusieron en contacto con sus colegas alemanes para que procediesen a identificar e interrogar al conductor del camión. Aunque no fuera necesariamente el asesino, sí que podía haber sido testigo de lo ocurrido. En cualquier caso, era una pista valiosa.

El 17 de noviembre de 2006, la policía alemana encontró a Volker Eckert, de cuarenta y siete años de edad, en su puesto de trabajo en la empresa Me-Tra, en

los alrededores de Colonia, y le solicitaron que los acompañase a las dependencias policiales de Wesseling.

Allí, el camionero negó cualquier implicación en el crimen de la prostituta en España. Además, según él, no había visto nada que pudiera servir de ayuda a la policía. Entonces ocurrió algo extraño. Eckert les dijo a los agentes que tenía un terrible dolor de cabeza y les pidió que fuesen a buscarle un medicamento especial que guardaba en la cabina de su camión.

Cuando el policía fue a buscar la medicina, encontró en la cabina mapas de carretera manoseados, un cartel del Bayern de Munich —el equipo de fútbol favorito de Eckert—, revistas eróticas y... algo más. Entre los dos asientos delanteros, había un par de fotos Polaroid de mujeres que parecían muertas o agonizantes y que tenían lo que parecía un lazo, o cuerda, alrededor del cuello. El agente reconoció a una de ellas: era la prostituta asesinada en España. Además, en un compartimento de la cabina encontró tres fotos más, mechones de cabello y lo que parecían «trofeos» de las víctimas guardados por el asesino.

Enviar al agente de policía en busca de su medicina había sido la retorcida forma elegida por Eckert para ser detenido.

Volker Eckert fue acusado del asesinato de Miglena Petrova Rahim. Cuando le comunicaron su arresto, el camionero dijo: «Al fin me habéis detenido. Yo no podía parar de hacer esto. Sólo así, matando a las mujeres, disfruto del sexo. Sé que eso está mal, que así no podía seguir, y por eso tenía pensado entregarme, dentro de un año».

Después confesó algunos detalles escabrosos del asesinato de Miglena. El cadáver había estado sobre la pequeña litera de la cabina del camión mientras Eckert descargaba veinte toneladas de plástico granulado en la fábrica Neoplástica España en Sant Feliu de Buixalleu (Gerona). En los ciento veinte minutos que tardó en vaciar su carga no había sentido ningún nerviosismo por la posibilidad de que alguien pudiese ver a su víctima. Luego, sólo había tenido que buscar un lugar para deshacerse del cuerpo y esperar unas horas a que se hiciese de noche.

La policía alemana quería saber quiénes eran las otras mujeres que aparecían en las fotografías y qué había sucedido con ellas. En algunas de las fotos, el detenido había escrito comentarios sobre ellas o su agonía.

Pero Eckert sabía que, de hacerlo, se arriesgaba a ser extraditado a un país extranjero donde tendría que cumplir una larga condena. Así que, en lugar de hablar de las mujeres de las fotografías, cuyos asesinatos había cometido en España y Francia, confesó su primer crimen, que databa de 1974 y había tenido lugar en Plauen, en la extinta RDA.

De esa forma se aseguraba cumplir su condena en Alemania.

Los agentes escucharon cómo, con tan sólo catorce años, Eckert había estrangulado a una compañera de clase y había conseguido que pareciese un suicidio.

Cuando le preguntaron por el móvil de aquel asesinato, Eckert contestó con claridad que la mató para acariciar su pelo sin ser molestado.

UN EXTRAÑO FETICHISMO

Fetichismo: Trastorno sexual caracterizado por fantasías sexuales recurrentes e impulsos sexuales ligados a objetos inanimados durante un período no inferior a seis meses.

Volker Eckert nació en Plauen, una ciudad fronteriza de Alemania Oriental. Su padre, Christian Eckert, era originario de allí y trabajaba como pintor. Kristel, la madre, era enfermera y había nacido en Oelsnitz, una ciudad cercana que también pertenecía a la RDA.

Poco se sabe de la vida familiar de Wolker Eckert. Sus padres dejaron de vivir juntos cuando él era adolescente y los tres hijos del matrimonio, dos niños y una niña, pasaron a vivir con la madre, a quien le resultó muy difícil sobrevivir en Alemania del Este. Para sacar adelante a sus hijos debía dejarlos mucho tiempo

solos. Eckert reconoció haber estado desde la infancia muy unido a Sabine, su hermana pequeña, pero no a su madre.

Casi todo lo que se conoce de la infancia y adolescencia de Eckert fue lo que éste le contó al doctor Norbert Nedopil, reputado psiquiatra forense encargado de su evaluación psicológica, durante las doce horas en que se entrevistaron.

Desde muy pequeño se sintió fascinado por una muñeca de su hermana Sabine, con la que jugaba a menudo. Un día, cuando contaba con nueve o diez años de edad, acariciando el pelo de la muñeca, y debido a su precoz desarrollo sexual, tuvo un orgasmo. Aquello le gustó y se acostumbró a repetirlo.

La siguiente experiencia relacionada con su obsesión por el pelo databa de 1971. Eckert tenía entonces doce años y contempló cómo su madre se cortaba su larga melena negra. El chico guardó uno de sus mechones, que incorporó a sus juegos sexuales con la muñeca.

Pronto empezó a cansarse del pelo artificial y a anhelar de forma extraordinaria el poder jugar con el pelo de sus compañeras de clase. Eckert le contó al doctor Nedopil que acostumbraba a sentarse en la última fila en clase para observar las largas cabelleras de las chicas que estaban delante de él. Se sentía atormentado por no poder acariciarlas. Llegó a perder el apetito por su deseo de tocar el pelo de sus compañeras de la misma forma que había hecho con el de la muñeca.

Para el psiquiatra, ahí comenzó el proceso psicológico que impulsó a Eckert a convertirse en un asesino. Sabía que no podría cumplir su deseo mientras las chicas estuvieran conscientes. Debía dominarlas; por tanto, en palabras del doctor Nedopil, «a los doce o trece años empezó a fantasear con estrangularlas para poder acceder al pelo».

Entre sus compañeras de clase estaba Sylvia Unterdorfel, una chica muy guapa que vivía en su mismo bloque. En su mente había recreado muchas veces la fantasía violenta de estrangularla para jugar con su cabello.

Y llegó el día en que tuvo la oportunidad de hacerlo.

LA MUERTE DE SYLVIA

El 7 de mayo de 1974, al regresar de su trabajo, la madre de Sylvia Unterdolfe encontró a su hija de catorce años ahorcada en el salón de la vivienda. La joven tenía anudado en el cuello un cordón de cortina atado a la manilla de una puerta.

La muerte de Sylvia resultó extraña para quienes la conocían. No había razón alguna para que se hubiese quitado la vida. Y una de las personas que estaban convencidas de que aquello era poco creíble era el padrastro de Sylvia, oficial de la Volkspolizei.

Sin embargo, basándose en la ausencia de evidencias, y teniendo en cuenta que la puerta de la vivienda no había sido forzada, se determinó que su muerte había sido un suicidio. Además, en Alemania del Este no había excesivo interés por llegar a la verdad de crímenes que pudieran afectar a las autoridades y resultar escandalosos. De modo que, dado que el padre de Sylvia pertenecía a la fuerza policial, el caso se cerró sin ulteriores investigaciones.

Lo que nadie sabía es que Volker Eckert, quien dos meses más tarde cumpliría quince años, había estado en casa de su compañera de clase con la excusa de realizar un trabajo escolar.

Tras su detención, el camionero explicó con detalle cómo había sucedido todo.

Esa tarde, el chico subió al ático del edificio, un espacio comunal que comunicaba las dos escaleras, izquierda y derecha, del edificio, y bajó hasta el piso de Sylvia Unterdorfel. Ella abrió la puerta y le invitó a entrar. Volker trató de seducirla. Ella le rechazó, y ése fue el detonante del acto violento. Sabiendo que no había nadie más en la casa, el chico realizó la fantasía de estrangulamiento que había ensayado tantas veces en su mente. Le rodeó el cuello con sus manos y apretó su tráquea hasta que la chica cayó inconsciente. Por fin pudo hacer realidad su deseo de acariciar una larga melena femenina.

Después, preocupado por lo que podía sucederle si Sylvia contaba lo sucedido, decidió rematar a la joven moribunda. Para ello, improvisó con lo que

tenía a mano, utilizando un cordón de la cortina para colgarla de la manilla de la puerta.

Salió sigilosamente del apartamento y volvió a su casa, donde se masturbó con el recuerdo de lo sucedido. Eckert llegó a decir que el crimen le devolvió el apetito.

En opinión del doctor Nedopil, este primer asesinato no fue planificado. Con un adecuado tratamiento de psicoterapia, el adolescente podría haber controlado su impulso asesino en un momento en el que éste no había llegado a desarrollarse totalmente.

El problema es que nadie conocía el trastorno sexual del joven Eckert. Ya por entonces el chico intuía que su impulso sexual era extraño y que debía ocultarlo a los demás.

Con el tiempo, el deseo de matar volvió con mayor fuerza.

Y el modo en que asesinó a su compañera de clase se convirtió en su *modus operandi* en los sucesivos asesinatos.

UN HOMBRE EN CONFLICTO CON LA SOCIEDAD

En Alemania Oriental, Eckert tuvo problemas varias veces con las autoridades, y al menos en dos ocasiones cumplió penas que implicaron su ingreso en prisión.

En 1974, el año del asesinato de Sylvia, el joven Volker robó el coche de su madre. Ésta lo denunció a las autoridades, lo que le valió dieciocho meses en una penitenciaría juvenil. Cuando salió, se dedicó a trabajar de pintor al lado de su padre. Este empleo le permitió frecuentar viviendas de Plauen, en donde podía entrar en contacto con posibles víctimas.

Según el periodista británico Nick Davies, en 1978 fue sorprendido en pleno ataque a una mujer a la que trataba de estrangular. Fue detenido y condenado a dos años y ocho meses de prisión por agresión sexual. Sin embargo, obtuvo la condicional en menos de un año.

Tras el fallecimiento de sus padres, Volker Eckert se hizo cargo temporalmente de sus hermanos pequeños. Según contó al doctor Nedopil, esa responsabilidad inesperada atenuó sus impulsos homicidas. Pero cuando la custodia de los niños pasó a otros familiares, el ansia de matar se apoderó de nuevo de él.

Eckert era incapaz de precisar a cuántas mujeres intentó estrangular a partir de entonces. Ninguna de ellas murió, y no parece existir constancia de que tal conducta hubiese llamado la atención de la Volkspolizei. El camionero también le contó al doctor Nedopil que había intentado tener novia en varias ocasiones, pero que sus relaciones no llegaron a prosperar porque él no podía reprimir las ganas de asfixiarlas.

En 1987 atacó a dos mujeres en plena calle y esta vez volvió a ser detenido. Además, la policía encontró pruebas que demostraban que estaba planeando cruzar a la República Federal. Eso constituía un delito político que se sumó a las dos agresiones sexuales. Como resultado, fue condenado a doce años en la cárcel de Karl Marx Stadt (Chemnitz, en la actualidad).

En la investigación de 2006, la policía alemana revisó la conducta delictiva del acusado en la RDA. A Volker Eckert se le consideró sospechoso probable de un crimen no resuelto de abril de 1987 en Plauen. Se cree que, poco antes de ser arrestado por la agresión contra las dos mujeres, consiguió acabar con la vida de una joven de dieciocho años, Heike Wunderlich, que apareció estrangulada y desnuda en un bosque de los alrededores de Plauen.

Pero Eckert negó en 2006 su participación en el asesinato. En la década de los setenta, otro estrangulador actuaba en la ciudad y aquel crimen podía haber sido obra suya. Sin embargo, la policía comprobó que éste había sido detenido en 1980 y que estaba recluido en prisión cuando Wunderlich fue asesinada.

El muro de Berlín cayó el 9 de noviembre de 1989, marcando el inicio de la reunificación alemana. En 1990, el sistema legal de Alemania Oriental fue absorbido por el de la antigua República Federal, y los delitos con connotaciones políticas fueron reconsiderados y eliminados de las penas. Esto tuvo un efecto directo en el caso de Volker Eckert. Al desaparecer la parte de su condena relativa al intento de fuga, sólo debía cumplir seis años por agresión sexual, de los cuales ya había cumplido la mitad.

Tres años después volvió a ser un hombre libre y, dado que podía viajar a cualquier lugar de Alemania, abandonó Plauen y se trasladó a la vecina Hof.

Nick Davies sostiene que Volker Eckert salió en libertad vigilada, lo que le habría impedido abandonar las fronteras alemanas, pero que en el caos burocrático del desmembramiento de Alemania Oriental, su expediente se perdió. La policía de Hof, que hubiese sido la responsable de vigilar al ex recluso, nunca tuvo conocimiento de que uno de sus vecinos fuera un agresor sexual que había cumplido condena y a quien había que supervisar.

Antes de ser liberado, Eckert se había comprometido a someterse con regularidad a terapia psicológica para no reincidir en sus delitos sexuales. Pero dejó de acudir a las sesiones sin comunicarlo a las autoridades.

Con cuarenta años, obtuvo el permiso para conducir camiones y enseguida encontró trabajo como chófer para largas distancias en Oelsnitz. Eckert confesó al doctor Nedopil que escogió de forma premeditada un trabajo que le permitía cumplir sus fantasías. Llegó a decir que preparaba cada viaje de forma minuciosa, planificando sus ataques y sintiendo una excitación parecida a la «del día de Navidad para un niño». Por entonces no sólo era adicto al cabello femenino, también estaba obsesionado con el propio acto del ahogamiento.

Mientras tanto, Volker Eckert, residente en Hof, parecía un ciudadano modelo. Pagaba su alquiler a tiempo, hacía frente a sus impuestos, ahorraba para su jubilación y dedicaba su tiempo libre a su hermana y sus sobrinos.

Tras los primeros interrogatorios del 26 y 27 de noviembre de 2006 en las dependencias policiales de Wesseling, Volker Eckert fue trasladado a la comisaría de Hof, su ciudad de residencia.

La policía alemana había registrado su apartamento. En él hallaron una gran cantidad de pruebas incriminatorias. Además de objetos personales y ropa de las víctimas, se encontraron más de cincuenta fotos de mujeres, similares a las aparecidas en la cabina del camión, y un diario en el que el acusado había dejado constancia detallada de sus actividades.

Los agentes también encontraron una muñeca hinchable, vestida con ropa de las prostitutas asesinadas y con una peluca de pelo largo. El fiscal del caso, Gerhard Schmitt, explicó que el camionero solía pegar los mechones de pelo de sus víctimas a la peluca de la muñeca para conseguir gratificación sexual, recreando el acto de estrangulamiento.

Tras varias exploraciones físicas y test psicológicos, el doctor Nedopil diagnosticó a Eckert como «sádico sexual». Para el psiquiatra, el acusado presentaba una personalidad sádica combinada con rasgos esquizoides. El asesino «no tenía sentimientos de compasión hacia las demás personas, pero sufría mucho a causa de su anomalía sexual».

El camionero sentía un desapego emocional total hacia casi todas las personas que le rodeaban. No sabía lo que era el afecto entre humanos. Sólo había sentido amor por contadas personas y, entre ellas, la más importante era su hermana pequeña, Sabine.

Gracias a las entrevistas entre el doctor Nedopil y Eckert, la policía pudo descubrir nuevos datos para facilitar la investigación.

La policía alemana conocía el *modus operandi* que utilizaba el asesino. Sabía que accedía a las prostitutas que trabajaban en las autopistas y les ofrecía un dinero extra si participaban en un juego sexual. Después de aceptar que las atara,

lo acompañaban a la cabina del camión y allí las ahogaba lentamente hasta que perdían el conocimiento.

A continuación se dedicaba a sus juegos fetichistas, las violaba y después las estrangulaba hasta matarlas. Les cortaba mechones de pelo, les quitaba la ropa y los complementos, y al final se deshacía de los cadáveres a muchos kilómetros de distancia del lugar donde las había asesinado. No le preocupaba viajar con un cadáver en la litera de su vehículo.

La cantidad de fotos encontradas sugería que Volker Eckert había dejado las carreteras europeas llenas de cadáveres. La policía alemana se enfrentaba a una labor ingente; era necesario saber qué les había ocurrido a aquellas cincuenta mujeres desconocidas. A esto se añadía la dificultad de identificarlas debido a su presumible condición de inmigrantes y a las mafias que operan en el terreno de la prostitución y trata de blancas.

Por este motivo, las pesquisas policiales comenzaron por las cuatro fotografías Polaroid aparecidas en el camión.

Eckert no tardó en aceptar su culpabilidad y ofreció algún detalle que permitió la identificación de las víctimas.

LA CONFESIÓN DEL ASESINO

Los agentes pudieron reconstruir en el tiempo el macabro itinerario del camionero.

El 21 de junio de 2001, de regreso de un trabajo que le había llevado hasta España, Volker Eckert detuvo su camión en los alrededores de Burdeos, en Francia, y contrató los servicios de una prostituta nigeriana de veintiún años llamada Sandra Osifo. Aunque le había llamado la atención su largo pelo, una vez a solas en la cabina del camión descubrió que era una peluca y la mató con rapidez. El cuerpo de la joven apareció cuatro días después en una cuneta a

noventa kilómetros de donde trabajaba normalmente. La policía francesa abrió una investigación que no dio ningún fruto.

En agosto de ese mismo año, Eckert volvió a España por trabajo. Si bien su siguiente víctima, Isabel Beatriz Díaz Muñoz, no estaba entre las mujeres fotografiadas con la Polaroid, el camionero confesó su asesinato durante los interrogatorios. Isabel Beatriz provenía de una familia humilde de una barriada obrera de Gerona, y era una joven problemática, sin lazos familiares. Por eso en agosto nadie había notificado su desaparición a la policía. Su cuerpo apareció en avanzado estado de descomposición en octubre de 2001 en un municipio de la provincia. Sin testigos ni evidencias físicas, la policía española no consiguió ninguna pista para avanzar en el caso.

El camionero recordaba que la había recogido en Lloret de Mar y que la joven se había resistido cuando empezó a asfixiarla. Eso le había excitado hasta tal punto que la forzó sexualmente mientras la mataba.

En febrero de 2005 acabó con la vida de una prostituta rusa, Mariya Veselova, a la que recogió en Figueras. El cuerpo de la mujer fue hallado el 1 de marzo por otro camionero en Sant Sadurní d'Osormort (Barcelona). La policía pronto dedujo que la mujer era de origen extranjero, pero se encontró con muchas dificultades para identificarla.

La cuarta víctima de las fotos Polaroid fue identificada como Agnezka Bos, de origen polaco, que apareció estrangulada en los alrededores de Lyon (Francia) en octubre de 2006. Ejercía la prostitución de forma esporádica en Reims y la policía creía que había muerto durante una práctica sadomasoquista.

Estos crímenes, unidos a los de Miglena y Sylvia, le valieron a Eckert seis acusaciones de asesinato en las que él reconoció su culpabilidad.

Para los servicios policiales alemanes, las seis confesiones no eran suficientes. Debían ponerse en contacto con sus colegas de los países por los que pasó Eckert para descubrir quiénes eran las otras mujeres de las fotografías y qué había sido de ellas.

TRAS EL RASTRO DEL CRIMINAL

Las fotos que la policía había encontrado en el apartamento de Eckert sugerían que había puesto en práctica su «técnica» a lo largo de los años y en varios países europeos antes de ser detectado.

Era una labor de enormes proporciones que exigía la colaboración con los servicios policiales de varios países. En la Europa Schengen, de libre circulación de personas y mercancías, Volker Eckert había podido cruzar fronteras sin control; sin embargo, la investigación policial intraeuropea tenía que cumplir con una extensa burocracia, derivada de diferentes sistemas penales, que dilataba en el tiempo la conclusión de los casos.

Pese a ello, los esfuerzos policiales combinados dieron algunos frutos.

En Francia, por ejemplo, la policía determinó que Benedicta Edwards, la prostituta de Sierra Leona de veintiún años que había aparecido desnuda y estrangulada en un sendero en los alrededores de Troyes en agosto de 2002, había sido víctima de Eckert. Aunque éste negó su implicación, se pudo demostrar que había circulado por la zona en esas fechas y que había sacado dinero de un cajero en Troyes el día de la desaparición de la mujer.

En la República Checa, la policía no había podido resolver el asesinato de una prostituta sin identificar encontrada en junio de 2003 en el arcén de una autopista cerca de Pilsen. Como las restantes víctimas de Eckert, había muerto asfixiada. De nuevo, el camionero se declaró inocente, y también se pudo demostrar que se encontraba en la zona en el momento del crimen, lo que le convertía en probable autor del asesinato.

Mientras tanto, en Alemania se había creado un grupo operativo con miembros de las fuerzas de la lucha contra el crimen organizado, la OKD, para que colaborase con el resto de fuerzas policiales europeas en la resolución de los crímenes de Eckert, pese a que éste no tenía ninguna relación conocida con las mafias.

La OKD llegó a utilizar a más de cuarenta agentes para reconstruir los viajes

de Eckert.

Tuvieron en cuenta los movimientos de sus tarjetas de crédito, la localización por satélite del tráfico, y todo tipo de registros en gasolineras, peajes... Llegaron a enviar los detalles del ADN del camionero a treinta y dos países diferentes para compararlo con las evidencias de casos no resueltos que cumplieran el patrón criminal de Eckert.

Según el periodista Nick Davies, el esfuerzo de las autoridades germanas no recibió siempre una respuesta entusiasta de los servicios policiales del resto de países. En su artículo sobre el caso en *The Guardian*, llega a afirmar que sólo la policía española respondió a sus demandas. Los Mossos d'Esquadra viajaron a Alemania para ayudar en el interrogatorio de Eckert y enviaron los datos de todos los crímenes no resueltos que pudieran ser obra del camionero.

Y lo hicieron pese a las primeras fricciones surgidas entre las policías de ambos países por la jurisdicción del caso. La muerte de Miglena Petrova Rahim en suelo español había permitido determinar la existencia del asesino en serie, pero aun así, quienes se estaban ocupando de él eran los alemanes. Una circunstancia que no acababa de resultar del todo satisfactoria para los españoles.

Ambos países acabaron acudiendo al Eurojust, el órgano europeo encargado del refuerzo de la cooperación judicial entre los Estados miembros, que determinó la jurisdicción alemana del caso. La policía española aceptó que quedase en manos germanas y se prestó a colaborar en la resolución de otros posibles asesinatos atribuibles al camionero alemán.

UN EJEMPLO DE COLABORACIÓN

El camionero, recluso en prisión a la espera de que se celebrase el juicio, confesó a un compañero que, además de las seis muertes de las que se había declarado culpable, era también responsable del asesinato de una prostituta africana en Italia.

Dicha información llegó a la policía alemana y los agentes de la OKD se pusieron en contacto con sus colegas italianos de Bolzano, al otro lado del paso de Brenner.

Trabajaron en equipo revisando las imágenes grabadas por las cámaras de vigilancia a lo largo de la ruta que une Alemania e Italia, y se dedicaron a rastrear los movimientos de Eckert mediante la comparación de los datos entregados por la empresa para la que trabajaba con los que tenían de peajes y repostajes.

Johanes Ramoser, detective de Bolzano, realizó el trabajo de campo y contó cómo se dedicaron a estudiar el comportamiento de Eckert. Querían saber con total certeza adónde había ido, dónde había entregado la carga del camión, dónde había entrado y salido de la autopista... Todo ello para comprobar si había coincidencias con los lugares en los que habían aparecido prostitutas asesinadas cuyos casos estaban sin resolver.

Pronto dieron con un crimen cuyo *modus operandi* coincidía con el del camionero.

En septiembre de 2004, un hombre había encontrado el cadáver desnudo de una mujer negra en el interior de un canal de riego de los alrededores de Calcinato (Brescia). La mujer fue identificada. Se llamaba Ahhiobe Gali, tenía veinticinco años, se dedicaba a la prostitución y era de origen africano.

Tal y como le había contado Eckert a su compañero de prisión.

A la policía de Bolzano sólo le quedaba demostrar que había sido el camionero el autor de su asesinato.

Gracias al Telepass del camión de Eckert proporcionado por la empresa, la policía de Florencia pudo acceder a todos los cargos de peajes que había hecho el vehículo. De esa manera se demostró que el sospechoso había estado durante tres días en la zona de Brescia, del 3 al 6 de septiembre.

Sin embargo, el cuerpo de la prostituta se encontró el 8 de septiembre, y por entonces Volker Eckert estaba a cientos de kilómetros de allí. Pero gracias a la autopsia se estableció que la hora de la muerte de Ahhiobe Gali se había

producido cuarenta y ocho horas antes de haber sido encontrada, lo que permitía concluir que el camionero podía haber asesinado a la mujer. Aun así, éste no admitió su culpabilidad en el crimen.

PLAZOS LEGALES

La policía alemana determinó que Eckert podía ser el asesino probable de al menos diecinueve prostitutas, y estaban convencidos de que con una minuciosa investigación podrían llegar a atribuirle los asesinatos de muchas de las cincuenta mujeres cuyas fotografías habían aparecido en su apartamento.

Según el periodista Nick Davies, la OKD en sus investigaciones se topó con decenas de casos de asesinatos de prostitutas sin resolver, llegando a la conclusión de que debía de haber varios asesinos en serie sin detectar en Europa. Sólo en la autopista que une Innsbruck con el norte de Italia, descubrieron cuarenta y cinco asesinatos de prostitutas sin autor conocido.

Muchas de las fallecidas podrían provenir del tráfico sexual de seres humanos. En esos casos, sus documentos están en manos de las mafias. Sin contacto con sus familias, son invisibles para la sociedad, y una presa fácil para alguien con intenciones homicidas.

El principal problema al que se enfrentaban las autoridades era que el paso del tiempo corría en su contra. Según las leyes alemanas, la fiscalía tenía el plazo de un año para presentar el caso. Aunque se enviaron requerimientos urgentes a la policía de toda Europa, no había tiempo material para fundamentar muchos de los casos sin resolver.

Y, además, el juicio tenía ya una fecha fijada: julio de 2007.

Por su parte, Eckert siguió el consejo de otro recluso y contrató para su defensa a un reputado abogado defensor, Alexander Schmidt Gall. Éste pidió a su defendido que escribiese la historia de su vida para demostrar durante el juicio que sufría un trastorno mental que le obligaba a matar. De las memorias escritas

por Eckert, Schmidtgall resaltó que el camionero parecía tener una doble personalidad: una llevaba una vida normal, mientras que la otra necesitaba asesinar prostitutas.

Pero el abogado defensor no tuvo oportunidad de contrastar la eficacia de sus argumentos con el tribunal, ya que el juicio no llegó a celebrarse.

SU PROPIA MEDICINA

El 1 de julio de 2007, Volker Eckert cumplió cuarenta y siete años. Ese día lo pasó solo en su celda de la prisión de Bayreuth. A las seis de la mañana del día siguiente, un funcionario de prisión descubrió que se había colgado con las tiras de una sábana sujetas al soporte del televisor.

Según el abogado Schmidtgall, fue la cercanía del juicio lo que impulsó a Eckert a quitarse la vida. El acusado temía enfrentarse a las preguntas del tribunal y hablar en público sobre su conducta homicida o sus tendencias sexuales. Además, sabía que iba a tener que soportar el escrutinio de los medios, ya que su caso había despertado mucho interés.

El doctor Nedopil tiene otra versión. Las palabras de Eckert sobre la relación con su hermana, «cuando en 1974 comprendí el monstruo que era, sólo tenía una razón para seguir viviendo: mi hermana», arrojan otra perspectiva sobre su suicidio.

Al conocer la verdad sobre los crímenes que había cometido su hermano, Sabine se negó a seguir en contacto con él. Aquel 1 de julio de 2007, el recluso no había recibido ninguna felicitación de cumpleaños de su adorada hermana. Para Nedopil, eso fue el detonante que le empujó a matarse.

El cuerpo de Volker Eckert fue reclamado por un amigo que había hecho en prisión, quien lo enterró en un cementerio de montaña en Baviera.

Al elegir el suicidio, Eckert consiguió algo más que abandonar este mundo.

El juicio no llegó a celebrarse y se interrumpieron de forma abrupta todas las

investigaciones en curso, ya que el sistema penal alemán no permite llevar a cabo una investigación policial en contra de una persona muerta. De forma similar, también se aparcaron las investigaciones que se realizaban en Reino Unido, Suecia, República Checa e Italia.

Nunca se conocerá la identidad de las decenas de mujeres que aparecieron en las fotos Polaroid del apartamento de Eckert, y tampoco se sabrá el número exacto de prostitutas que perdieron la vida en sus manos.

Remedios Sánchez, la *Asesina de ancianas*

En el verano de 2006, Remedios Sánchez, conocida también como la «Reme», fue detenida acusada del asesinato de tres ancianas y la tentativa de asesinato de otras cinco.

Su forma de actuar siempre era la misma: se ganaba la confianza de mujeres de avanzada edad y, cuando conseguía que la dejaran entrar en sus casas, las golpeaba y las estrangulaba. Después robaba todo lo que tuvieran de valor.

Para unos era sólo una ladrona que mataba a sus víctimas para que no fueran capaces de identificarla; para otros, una psicópata que no asesinaba por dinero, sino como manera de satisfacer sus fantasías de poder.

LA REME

Remedios Sánchez Sánchez nació el 22 de julio de 1957 en San Cristovo de Dormeá, un pequeño pueblo de La Coruña, a sesenta kilómetros de Santiago de Compostela. Sus padres, Enrique y Dosinda, una pareja muy querida en el pueblo por su carácter afable, tuvieron doce hijos. Remedios fue la tercera en nacer y la única niña.

Enrique y Dosinda trabajaban en las faenas del campo o cuidando vacas, como hacían la mayor parte de sus vecinos. Pese a lo pobres que eran, Beatriz Montero, prima de la futura asesina, recuerda que de niña Remedios era «una persona cariñosa y amable. Siempre andaba haciendo bromas».

En 1973, la familia se trasladó a Barcelona creyendo que allí las cosas podrían irles mejor. Sin embargo, al poco de llegar a la Ciudad Condal, el cabeza de

familia se vio obligado a emigrar a Alemania para poder mantener a su mujer y a sus hijos.

Según Jorge Jiménez, psicólogo, criminólogo y experto que elaboró el perfil de *la Mataviejas*, la clave para entender su personalidad se encuentra en esos años de su infancia y primera adolescencia. Aunque delante de los demás siempre intentaba aparentar que ser tan pobre no la hacía infeliz, en realidad aquella época la dejó muy marcada. Por eso, de adulta lo más importante para ella sería siempre evitar volver a ser pobre.

Tras una adolescencia sin hechos especialmente reseñables, Remedios se casó con Pedro José, un conductor de camión también gallego, con quien a los veinticinco años tuvo dos hijos gemelos. Según los vecinos de la casa en la que vivieron durante veinte años en el barrio de Sant Martí, en La Verneda, era «una pareja gris, como cualquier otra, que pasa desapercibida».

Nadie podía sospechar que la «pareja gris» tenía un problema muy grave que amenazaba con destruir su relación: Remedios era ludópata y gastaba en el bingo todo lo que ganaba su marido.

Pedro José, que también había sido un niño pobre de pueblo y cuya única obsesión era conseguir ahorrar un poco, estaba desesperado.

Para el perfilador Jorge Jiménez, «está claro que, a nivel psicopatológico, la ludopatía, como una patología del control de los impulsos, sí genera en las personas que la sufren unas condiciones a nivel familiar bastante problemáticas. Siempre tienen necesidad de dinero para jugar, perder les produce estrés, tienen que mentir, tienen que embaucar... Posiblemente eso creó una relación familiar bastante conflictiva (...)».

Pedro José trató de ayudar a su mujer como pudo. Incluso llegó a acompañarla para que se inscribiera en el registro de «autoprohibidos» del Departamento de Juego de la Generalitat. En teoría, al aparecer allí su nombre, no volvería a permitírsele el acceso a ningún bingo.

De todas maneras, Remedios encontró otro modo de seguir jugando: las máquinas tragaperras.

Sin decirle nada a su marido, empezó a pasar horas y horas echando monedas en las máquinas de los bares. Como ha relatado algún testigo, si le tocaba algo, volvía a meterlo en la máquina sin dudar. Sólo se marchaba si se quedaba sin dinero o si el bar cerraba.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Durante dos décadas, Pedro José aguantó la enfermedad de su mujer. Pero cuando sus hijos cumplieron veinte años, habló con Remedios para poner fin a su relación. Y ella accedió de buena gana. También estaba harta de su matrimonio. La única razón por la que había aguantado tantos años al lado de su marido era porque no quería que los gemelos vivieran sin un padre.

Sin embargo, al llegar el momento de tomar la decisión de con quién marcharse, sus hijos eligieron irse con Pedro José.

Tras divorciarse, la adicción al juego de Remedios fue a peor. Ahora ni siquiera tenía que ocultar lo que hacía. Podía pasarse todo el tiempo que quisiera jugando.

Pero, aunque ella había creído que lejos de la presión de su marido sería más feliz, vivir sola, y, sobre todo, lejos de sus hijos, no le estaba resultando nada fácil. Según sus amigos, en pocos meses Reme cayó en una depresión de la que llegaron a pensar que no podría recuperarse.

Además, en aquella época tuvo una breve relación de la que se sabe muy poco con un hombre que acabó maltratándola. Para escapar de él, se vio obligada a vivir durante una temporada en una casa de acogida.

Entonces, dos golpes de suerte hicieron que pareciera que el desastroso rumbo que había tomado su vida podía llegar a enderezarse.

Primero, le ofrecieron trabajo como cocinera en un bar que frecuentaba a menudo, el Cebreiro, situado en la calle Balmes. Al saber por lo que estaba pasando la mujer, los dueños, también gallegos, decidieron contratarla como

cocinera. Después, Reme conoció a quien se convertiría en su nueva pareja: Rafa, un taxista de la ciudad.

Según Maruja, propietaria del bar Cebreiro junto a su marido Jaime, Remedios hacía muy bien su trabajo y nunca tuvo ningún problema con ella. «Era limpia, ordenada y muy lista. Una vez, un cliente se dejó un monedero y yo lo guardé. Cuando volvió a buscarlo, yo no recordaba dónde lo había puesto. Fue la Reme quien me dijo dónde estaba. Desde la cocina, no sé cómo, lo controlaba todo.»

Curiosamente, el Cebreiro está muy cerca de una comisaría de policía. Muchos de sus agentes se dejaban caer por allí a menudo, mostrándose especialmente satisfechos con la tortilla de patatas de la futura asesina de ancianas.

Durante unos meses, Remedios volvió a llevar una vida relativamente normal. Continuaba jugando, pero, por lo demás, todos los que la trataban pensaban que su relación con Rafa la había ayudado a dejar atrás la desesperación que se había apoderado de ella tras separarse de su marido.

Entonces, un nuevo contratiempo volvió a dar al traste con sus esperanzas de salir adelante: Rafa la abandonó por la misma razón por la que lo había hecho Pedro José. La vida con una ludópata se le hacía insostenible.

La nueva separación supuso un duro golpe para Remedios. Empezó a beber y a tomar tranquilizantes. Y, sobre todo, se le agrió el carácter.

En una ocasión le dijo a Maruja, la dueña del Cebreiro: «Ojalá algún día él (Rafa) sufra lo que yo estoy sufriendo y se dé cuenta del daño que me ha hecho». De la mujer simpática y cariñosa de la que hasta ese momento hablaban sus amigos ya sólo quedaba el recuerdo.

Además, al perder a Rafa, Remedios se vio obligada a afrontar en solitario el pago de la hipoteca del piso que habían comprado juntos.

Por entonces Remedios no es que trabajara, es que se mataba a trabajar. «Se había convertido en una verdadera burra de carga. Era capaz de cualquier esfuerzo para no volver a caer en el pozo de la pobreza», cuentan sus amigos.

Otra persona hubiera empezado a tener más cuidado con sus gastos. Pero Remedios era incapaz de hacerlo. Su ludopatía se lo impedía. Como todos los «enfermos del juego», pensaba que la manera de solucionar sus problemas económicos era tener un golpe de suerte en el bingo.

Y como ese «golpe de suerte» no llegaba, fue agobiándose cada vez más.

Encima, su estrés era doble, pues, además de encontrarse muy mal, no podía compartir lo que sentía con nadie. Y no sólo porque estuviera sola, sino porque no quería.

Porque si algo le preocupaba a Remedios era la imagen que tenían de ella los demás. A la hora de hablar de sí misma, siempre tendía a tratar de dar una idea positiva de sus circunstancias.

Robert K. Ressler, agente retirado del FBI y experto en perfiles criminales, describe en su libro *Asesinos en serie* que una característica que se repite en los asesinos *desorganizados* como Remedios Sánchez es que durante su niñez aprenden a interiorizar de forma anormal sus emociones. Y, efectivamente, siendo adulta Reme seguía comportándose como de niña, cuando todos pensaban que pese a ser tan pobre era una chiquilla feliz. Tras su detención se descubrió que había contado en su pueblo que trabajaba como empleada doméstica para Johan Cruyff, el famoso jugador y entrenador de fútbol. Era su manera de hacerles creer a sus vecinos que había triunfado en Barcelona.

Felisa y Ricardo, los dueños de una frutería en el barrio de Remedios, recuerdan que en una ocasión les contó que tenía un restaurante y les pidió que le hicieran un trato especial. Según Ricardo, «se llevaba las patatas a sacos». Pero un año antes de su detención, Ricardo entró en el bar de la calle Balmes donde trabajaba Remedios y descubrió que sólo era la cocinera. Le había estado mintiendo todo ese tiempo. Al verlo, ella se sobresaltó. Ricardo la saludó, pero ella hizo como si no le viera. «Su mirada me sorprendió; nada que ver con la mirada que tenía en la calle —cuenta Ricardo—, aunque últimamente se la veía un poco desesperada: mirada perdida, cabeza agachada...»

Con cuarenta y ocho años, Reme se encontraba sola, arruinada y llena de

resentimiento contra un mundo que según ella la había tratado injustamente.

Para aquellos que la consideran una psicópata, su ansiedad fue el detonante de la crisis que la convirtió en una asesina.

Para quienes opinan que sus crímenes fueron sólo el medio que decidió emplear para solucionar sus problemas económicos, todo fue mucho más sencillo: si la vida no estaba dispuesta a darle la oportunidad que creía merecer, ella iba a proporcionársela por sí misma.

Al precio que fuera.

LOS ASESINATOS

La primera vez que Remedios Sánchez mató fue el 10 de junio de 2006.

Su primera víctima, Josefa C., una viuda de ochenta y tres años que vivía sola, era una vecina del barrio a la que había conocido hacía sólo una semana.

El 10 de junio, Remedios se presentó en casa de Josefa y ésta le abrió la puerta sin sospechar ninguna posible mala intención por su parte. Ya en el interior de la vivienda, cogió un cuchillo e intentó apuñalar a la anciana, que trató de defenderse. Al contar, según el escrito de la fiscalía, «con una fortaleza física importante», Reme redujo con facilidad a su víctima, le puso un tapete alrededor del cuello y la asfixió mientras le tapaba la nariz y la boca empujándole la cabeza contra el sillón con tanta fuerza que le rompió la nariz. Después de matarla, le robó las joyas y el dinero.

Pocos días después, una amiga de la víctima, otra anciana llamada Dolores C., también viuda, se encontraba preparando unas albóndigas para su nieto cuando llamaron a su puerta. Era una conocida suya, la «Mari». Quería hablar con ella. Pero como estaba muy liada, Dolores le dijo que no tenía tiempo para charlar. Además, la muerte de Josefa la había dejado muy triste. Y también asustada. No se sentía con ganas de hablar con nadie.

Entonces Mari preguntó por Josefa. «La han matado, a la pobre», respondió

Dolores con voz temblorosa, casi a punto de echarse a llorar. «Ha sido horrible, horrible... ¿Quién ha podido hacerle algo así, a ella, que nunca molestó a nadie?» Al escuchar aquello, la otra mujer reaccionó con sorpresa y se marchó prometiendo volver «más tarde».

Dolores jamás habría podido imaginárselo, pero había hablado con la asesina de su amiga.

Porque Mari en realidad era el nombre que Remedios Sánchez había decidido adoptar para relacionarse con sus futuras víctimas.

Josefa y Dolores la habían conocido una semana antes, cuando se paró a hablar con ellas junto a un café del paseo de Maragall.

«Era una mujer de unos cincuenta años. Nos dijo que no se sentía bien y que no encontraba las llaves de su casa, así que la invité a la mía a tomar una manzanilla», explicó Dolores en una entrevista. «Como tenía comida de sobra, se quedó a almorzar. Era muy amable, me contó que tenía dos hijos.»

A los postres llegó Josefa. Y como se cayeron muy bien, la mujer que acababa de conocer le pidió su dirección para ir también a visitarla.

Ninguna de las dos sospechó que su nueva amiga pudiera tener malas intenciones. «¿Cómo iba a pensar que esa mujer tan amable era una ladrona y una asesina? —contó Dolores—. Parecía una buena mujer, sencilla, de pueblo. Iba algo desarreglada y toda vestida de negro. Mi amiga y yo éramos muy confiadas. Cuando me enteré, me temblaron las piernas. Menos mal que no la dejé entrar de nuevo en casa cuando lo intentó. No he vuelto a ser la misma desde que pasó aquello.»

La muerte de Josefa apenas mereció una escueta nota en los periódicos.

Animada por el éxito de su primer ataque, Remedios siguió dando paseos por el barrio en busca de futuras víctimas.

El *modus operandi* de la que pronto sería conocida como la *Mataviejas* fue en todas las ocasiones muy parecido al que empleó la primera vez: merodeaba por las calles de los barrios que frecuentaba para seleccionar a su víctima, tratando de decidir cuál de las ancianas que se cruzaban con ella podían tener más

posibilidades de vivir solas. Si veía a una mujer mayor volviendo de la compra cargada de bolsas, significaba que no tenía nadie que la ayudara. Así que, poniendo cualquier excusa, se acercaba a ella y entablaba una conversación que le permitía obtener más datos para decidir si le convenía hacerse su «amiga» o no.

Luego, una vez tenía claro que había elegido correctamente, conseguía que su víctima la dejara entrar en casa utilizando las más variadas excusas.

Llama la atención que Remedios buscara a sus víctimas en su entorno cercano. Todas las mujeres a las que atacó vivían en el barrio del bar Cebreiro o en el de su casa. Pero aunque hubiera sido más seguro que matara lejos de casa, los expertos en psicopatología saben que los criminales desorganizados acostumbran a actuar en la zona donde llevan a cabo sus actividades rutinarias. Es el lugar donde se sienten seguros. Su «territorio».

Ocho días después de su primer asesinato, Reme entró en un edificio detrás de Rosa R., de ochenta años. Le contó que era la novia de un vecino y le pidió referencias sobre su supuesta pareja. Cuando se ganó su confianza, le pidió una tirita y, al entrar en su vivienda, empezó a propinarle puñetazos y patadas y la estranguló hasta hacerle perder el conocimiento.

Al marcharse, Remedios creyó que su víctima estaba muerta. Pero se equivocó. A pesar de su avanzada edad, Rosa había sobrevivido a la brutal agresión.

El 21 de junio, Reme subió en el ascensor con Rosario M., de ochenta y siete años, y cuando ésta abrió la puerta de su casa, la cogió por el pelo, la empujó dentro del domicilio y empezó a golpearla.

Creyendo tener a su víctima controlada, la agresora fue al baño a curarse una quemadura en el brazo que se había hecho en el trabajo. En ese momento, Rosario intentó escapar, pero al darse cuenta de lo que estaba pasando, Reme la alcanzó, la golpeó de nuevo y la asfixió hasta dejarla sin sentido.

De nuevo Remedios se equivocó al darla por muerta.

Tres días más tarde, la *Mataviejas* entró en el edificio de Pilar S., de ochenta y

un años. Haciéndose pasar por una vecina, le explicó que se había producido un escape de gas y que tenía que revisar su piso para comprobar que no se hubiera visto afectado. Cuando la anciana la dejó entrar, Remedios le pidió ir al servicio. Al salir llevaba una toalla que usó para ahogar a su nueva víctima hasta que ésta se desvaneció inconsciente.

También la creyó muerta sin estarlo.

Al día siguiente, el 25 de junio, la asesina entró en otro edificio, se puso a hablar con Alicia L., de setenta años, y le pidió un poco de agua. La anciana abrió para traérsela y Remedios aprovechó para esconderse detrás de la puerta con la intención de abalanzarse sobre ella cuando volviera y estrangularla. Pero la mujer regresó acompañada de su marido, quien al verla le pegó un puñetazo en la cara, obligándola a huir.

Remedios era una asesina inexperta que no paraba de cometer errores. Nada más iniciada su carrera criminal, ya había cinco personas que podían identificarla: cuatro ancianas y el marido de la última de ellas.

Mientras tanto, la policía estaba empezando a sospechar que los ataques a las ancianas podían ser obra de un solo individuo. Las descripciones que las víctimas habían dado de su agresora eran muy similares. Aun así, de momento no la asociaron a la muerte de Josefa, la única víctima mortal de Remedios.

Eso cambió cuando menos de un mes después de la primera muerte se produjo una segunda.

El 28 de junio, Reme atacó a Adelaida G., de noventa y seis años, en su casa de la calle Villarroel. Primero la golpeó y después la estranguló con una toalla. Tras cometer el crimen, se llevó de casa unos pendientes y alrededor de 1.200 euros en efectivo.

Como en todas las otras ocasiones, nada más salir del escenario de su último crimen, se fue a un local de juegos recreativos a gastarse el dinero que acababa de robar.

Remedios cometió su tercer asesinato el 1 de julio. Tras ganarse la confianza de María S., de setenta y seis años, la acompañó hasta su casa en la calle

Muntaner y la asfixió con un trapo y una toalla. Al marcharse, se llevó joyas, 500 euros, monedas antiguas y varias libretas bancarias de las que no consiguió sacar dinero.

Entonces, los Mossos d'Esquadra tuvieron claro que una asesina en serie de ancianas estaba actuando en Barcelona.

El 3 de julio, Montserrat F., de ochenta y cinco años, dejó entrar en su casa a una mujer que traía un paquete para una vecina. Una vez dentro de la vivienda, la recién llegada trató de ahogarla con un paño de cocina. Pero sólo llegó a dejarla inconsciente. Tras robar joyas y dinero, Remedios se fue a jugar a un bingo cercano.

Y volvió a perderlo todo.

Llegó un momento en que estaba tan desesperada que incluso cometió un robo en mitad de la calle. Una tarde, se acercó a Isabel M., una mujer de setenta y nueve años, y después de hablar con ella un rato, aprovechó que la anciana se distrajo un momento para robarle su monedero. Dentro había cinco euros, una estampa religiosa y un carnet de la Asociación Virgen de Fátima.

Por entonces, la policía ya estaba tras la pista de la *Mataviejas*.

Además de que su aspecto había sido descrito con exactitud por las ancianas a las que había dado por muertas y por el marido de una de las supervivientes a sus ataques, Remedios había cometido otro error: usar las tarjetas de crédito de sus víctimas.

Entretanto, los investigadores trabajaban a contrarreloj. El tiempo entre ataque y ataque se había reducido, lo que significaba que un día más sin detener a la *Mataviejas* podía suponer que otra anciana fuera asesinada. No había tiempo que perder.

Dado que la investigación policial avanzaba más lentamente de lo deseado, José Luis Traperó, el jefe de investigación criminal de los Mossos, hizo un llamamiento público a través de la prensa dirigido a las cincuenta mil mujeres de más de setenta años de Barcelona: no debían dejar entrar a ninguna desconocida en su casa hasta que la asesina fuera atrapada. «Pensamos incluso en pedir que

no salieran de casa, pero con el calor del verano y al ser un colectivo tan vulnerable era peligroso inducirlas a quedarse encerradas durante días porque podía pasarles cualquier cosa», recordó Trapero en una entrevista de prensa concedida una vez Remedios fue detenida.

En el transcurso de la investigación, la policía se hizo con varias imágenes de la que en ese momento conocían como la «Mari». La primera había sido tomada por la cámara de vídeo de la sucursal de un banco, y en ella aparecían la asesina y Dolores, la mejor amiga de Josefa, la primera víctima, el día en que se conocieron. La segunda había sido registrada en una estación de metro justo después de su ataque frustrado. En ella, Remedios tenía un hematoma en la cara causado por el puñetazo que le había propinado el marido de su víctima.

Claro que una cosa era saber qué aspecto tenía la asesina, y otra muy diferente saber quién era.

Pero, finalmente, la Reme fue reconocida por un vecino de Sant Andreu al que la policía había mostrado la foto de la asesina tomada por la cámara del metro. Para entonces, los Mossos llevaban días enseñándosela a cientos de personas sin conseguir resultado alguno.

Aunque la sospechosa no vivía ya en la dirección que aparecía en su DNI, lograron descubrir que trabajaba en el Cebreiro y fueron allí a buscarla. Como Remedios no estaba trabajando, siguiendo las indicaciones de los dueños del bar fueron a su vivienda. Pero tampoco la encontraron en la casa.

Tras averiguar su número de teléfono móvil, la policía decidió rastrearlo para localizarla, usando el International Mobile Equipment Identity (IMEI), un código pregrabado que llevan todos los teléfonos móviles que permite conocer la zona en la que se encuentra en todo momento cada aparato. No importa que el usuario no lo esté utilizando. Es suficiente con que el móvil esté encendido, pues el IMEI se transmite a través de la red al conectarlo.

Dispuestos a atraparla de una vez por todas, más de doscientos agentes salieron a peinar las calles con la misión de encontrarla. Lo que más temían era que hubiera decidido matar de nuevo y no fueran capaces de detenerla a tiempo.

UNA ASESINA DESORGANIZADA

El inspector José Luis Trapero fue uno de los policías que buscó a Remedios Sánchez aquel día.

Según su propio relato de los acontecimientos, estaba ya harto de dar vueltas cuando le llamaron la atención los neones de un bingo de la calle Provenza, junto al paseo de Gracia.

Dado que los policías habían barajado desde el principio que una de las razones por las que la *Mataviejas* podía asesinar era conseguir dinero para satisfacer una adicción al juego, a Trapero se le ocurrió echar un vistazo en el interior del bingo. Así que entró con un compañero y... ¿qué fue lo primero que vieron?, a una mujer morena metiendo monedas de forma compulsiva en una máquina tragaperras.

Era la Reme.

Al ser detenida, la mujer no ofreció resistencia alguna. Se limitó a decir que no entendía por qué la estaban arrestando. ¿A cuento de qué la estaban deteniendo? ¡Si ella no había hecho nada!

Pero al examinar su bolso, los policías encontraron una agenda en la que había anotada la dirección de Josefa. Estaba claro que no se habían equivocado. Era la asesina.

Después, los agentes llevaron a cabo un exhaustivo registro del domicilio de Remedios en el que ella estuvo presente. En una entrevista de prensa, el policía que dirigió el registro, el subinspector Josep Porta, explicó que la mujer «chillaba, gritaba, pedía explicaciones, tuvo varios ataques de nervios». Fue la primera y última vez que la *Mataviejas* perdió la calma.

En su casa había guardadas más de doscientas cincuenta joyas y todo tipo de

objetos de valor sustraídos a sus víctimas.

El informe elaborado por los Mossos d'Esquadra describe al detalle el resultado del registro. En todas las habitaciones, la policía encontró algo robado. En la cocina se hallaron un total de seis cajas con joyas, tres libretas bancarias y dos tarjetas de crédito de María S., una de las víctimas.

Mientras, lo único que Remedios decía era que todo había sido un error. Según ella, la policía la había confundido con otra persona, una tal «Mari», una mujer de la que no sabía gran cosa excepto que le había alquilado una habitación de su casa. Las joyas que había encontrado la policía eran suyas, estaba segura.

Sin embargo, como las pruebas reunidas por los investigadores permitían acusarla formalmente, el juez pudo decretar su prisión provisional.

Remedios era una asesina torpe y desorganizada. Según Trapero: «Hacía tiempo que no trabajaba en un caso que reuniera tantas pruebas incriminatorias».

Al confirmarse la detención de Remedios y amparándose en la alarma social generada por el caso, el Ayuntamiento de Barcelona decidió ejercer la llamada «acción popular», que supone la interposición de acciones penales por parte de personas distintas del perjudicado y el Ministerio Fiscal.

La noticia cayó como un jarro de agua fría entre sus amigos y conocidos. A todos les costaba creer que la Reme hubiera sido capaz de matar.

«Era una persona buenísima, muy maja; en la vida lo hubiera pensado. Era muy equilibrada y tranquila. Podías hablar con ella de cualquier cosa. Cuando Jaime me enseñó su foto en el periódico pensé que se habían equivocado», afirma Sandra, una joven clienta que trabajaba en una agencia de viajes cercana al Cebreiro.

Para Maruja, la copropietaria del bar, la noticia fue un mazazo. «Era la trabajadora más noble que he tenido en los treinta y cinco años que llevo en la hostelería. Nunca le pesó la faena, nunca tuvo un mal gesto en estos dos años y medio», dijo.

Según Jaime, el marido de Maruja, Remedios «era amiga de todos, incluso los mossos de la comisaría de aquí al lado la querían un montón».

LA CONDENA

Remedios Sánchez fue juzgada por tres delitos de asesinato, otros seis en grado de tentativa, siete delitos de robo con violencia, otros dos en grado de tentativa y una falta de hurto.

Parapetadas tras una mampara para evitar ser vistas por la acusada, todas las ancianas que sobrevivieron a sus ataques la reconocieron como la persona que intentó acabar con sus vidas.

«No me dejó ni un euro en la casa», explicó Montserrat F. «Tengo grabados a fuego vivo sus brazos en mi cuello —relató Alicia L.—. Me ha destrozado la vida. Desde entonces estoy con medicación.»

Cuando le llegó la hora de hablar, Remedios dijo que ella era incapaz de hacer «una cosa así». Y siguió insistiendo en su historia de la Mari. A lo que ya había contado antes añadió que la mujer «usaba guantes de látex por su trabajo como enfermera» y que fue quien le permitió entrar en los domicilios de las víctimas. Ella había robado con su ayuda, eso era cierto. Pero no había matado. No era una asesina. Y si la estaban identificando las víctimas era sólo porque la habían visto en la televisión. Hasta llegó a negar que fuera ludópata. «Sí, yo iba al bingo, pero no tenía adicción», dijo.

El 3 de julio de 2008, la Audiencia de Barcelona condenó a Remedios Sánchez a ciento cuarenta y cuatro años y siete meses de prisión. Además, la sentencia la condenó a pagar indemnizaciones de entre 19.000 y 120.000 euros a sus víctimas o a sus familias.

Para el tribunal, la historia de la acusada sobre la Mari era «absurda». Sus declaraciones al respecto habían sido inconsistentes y contradictorias. Era obvio que se trataba de una mentira.

Además, de acuerdo con la sentencia, los delitos juzgados eran merecedores de «una gran repulsa social», ya que «todas las víctimas eran ancianas,

especialmente vulnerables, por las limitaciones físicas y psíquicas propias de su edad», razón por la que fueron elegidas por Sánchez, que «aprovechó la bondad e ingenuidad de las mismas para acceder a sus domicilios y realizar los hechos».

La Sala entendió que Remedios Sánchez «asumió conscientemente que podía causar la muerte de las tres ancianas, con los agresivos ataques que desarrolló», y que «conocía el peligro concreto que creó con su conducta para la vida de las víctimas, a pesar de lo cual ejecutó la acción, aceptando la producción del resultado».

¿LADRONA O PSICÓPATA?

El tribunal que la juzgó descartó que Remedios sufriera una enfermedad mental o algún tipo de trastorno de la personalidad.

Además, se subrayó que, de acuerdo con los peritos, era una persona con una inteligencia normal y sin ninguna alteración psíquica. Lo único destacable a nivel psicológico eran «algunos rasgos de su personalidad negativos, como la dureza emocional, la impulsividad y la dificultad para asumir su responsabilidad». Ni siquiera se consideró que realmente fuera ludópata, aunque tras algunos de sus asesinatos, la acusada se apresurara a gastarse el dinero que había robado en el bingo o en salas de juego.

No obstante, algunos expertos en psicopatología siguen considerando que el ánimo de lucro no fue la razón por la que cometió sus crímenes.

Para el perfilador Jorge Jiménez, «el móvil económico no es la motivación principal de esos asaltos. Por una razón muy sencilla, la mayoría de las joyas y de objetos valiosos que roba de las víctimas se encuentran en su casa. Posiblemente no le dio tiempo a venderlos. Pero creo que a nivel psicológico esos objetos tenían un componente psicológico que los criminólogos solemos llamar “trofeo”. En sus asaltos, algunos asesinos en serie roban algo de la escena del crimen. (...) Les sirve para recordar lo que son capaces de ser, o es un

souvenir, que los ayuda a rememorar la experiencia, aquella necesidad psicológica que han podido cubrir con ese asesinato».

También según Jiménez, no hay que desestimar que para ella matar también pudiera ser una forma de vengarse del mundo que no le había dado lo que creía merecer. ¿Por qué ella debía ser tan pobre cuando había mujeres que tenían más de lo que necesitaban y ya no iban a poder disfrutarlo?

Para Felipe Pérez, psicólogo clínico de Barcelona y especialista en trastornos de la conducta, Remedios podría sufrir «un trastorno disocial, una psicopatía. Una parte del cerebro puede disociarse y transgredir el pacto de no agresión, de respeto a la vida humana».

Por su parte, Leopoldo Ortega Monasterio, presidente de la Sociedad Española de Psiquiatría Forense, cree que «las causas por las que un psicópata mata son muy variables, pero siempre hay una necesidad de poder, ya sea material o simbólico: ánimo de lucro, fanatismo, celos... En muchos casos nos comportamos siguiendo un motivo del que no conocemos la causa».

Los hechos objetivos son los siguientes: Remedios necesitaba dinero desesperadamente, y para conseguirlo decidió asesinar a ancianas a las que después robaba. Pero luego no llegó ni a intentar vender muchas de las joyas que había conseguido y prefirió guardarlas en su casa.

¿Por qué?

Como Remedios Sánchez nunca ha querido explicarlo, ésa es una pregunta que no puede ser respondida. Y, como sostiene Leopoldo Ortega, es probable que ni siquiera ella conozca la respuesta.

Stephen Griffiths, el *Caníbal de la ballesta*

Entre 2009 y 2010, tres prostitutas desaparecieron sin dejar rastro en el Barrio Rojo de Bradford (Inglaterra).

En mayo de 2010, las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad de un edificio de apartamentos revelan la identidad del asesino. Stephen Griffiths, un estudiante de Criminología que preparaba su doctorado en la Universidad de Bradford, se había convertido en un asesino en serie.

La razón que le había llevado a matar fue conseguir sus quince minutos de fama en la galería de los criminales más aborrecibles de la historia.

UN JOVEN VIOLENTO

Stephen Shaun Griffiths nació el 24 de diciembre de 1969 en Dewsbury (West Yorkshire). Era el primogénito del matrimonio formado por Stephen Griffiths, un vendedor, y Moira Dewhirst, una telefonista. Después sus padres tuvieron dos hijos más: Caroline, nacida en agosto de 1972, y Phillip, en febrero de 1976.

Según afirman los que conocieron a Stephen de niño, parecía un crío normal, aunque quizá algo retraído y con cierta obsesión por cuidar su apariencia.

El matrimonio Griffiths se separó cuando Stephen tenía trece años. Los tres menores siguieron a su madre hasta Wakefield, donde residieron en una casa de protección oficial propiedad del ayuntamiento.

Pese a sus precarios ingresos, Moira consiguió pagar la educación de Stephen en el Queen Elizabeth Grammar School de Wakefield, una prestigiosa escuela privada hasta 1986, de la que también fue alumno otro asesino en serie, John

George Haigh, uno de los futuros ídolos del Griffiths adulto. Conocido como el *Asesino del baño de ácido*, Haigh mató a seis personas en los años cuarenta y se deshizo de los cadáveres sumergiéndoles en un barril de ácido sulfúrico.

Durante esa época no pareció tener ningún problema y, aunque era muy poco sociable, sacaba buenas notas. Pero al llegar a la adolescencia, comenzó a cometer pequeños hurtos en tiendas. Su conducta asocial pasó desapercibida durante mucho tiempo, hasta que a los diecisiete años atacó cuchillo en mano a un empleado que le sorprendió robando.

El resultado de esa agresión se tradujo en tres años de internamiento en un correccional. Durante ese tiempo, Griffiths cortó todo contacto con su familia, alegando que se había sentido abandonado por ellos.

Una vez liberado de la Tutela de Menores, los servicios sociales le proporcionaron un piso en Manningham, una zona de Bradford, y el joven retomó sus estudios matriculándose en Psicología en el Bradford College.

Pronto volvió a tener problemas. En 1989 fue ingresado en el Hospital Psiquiátrico de Rampton, y posteriormente condenado a cumplir una pena de dos años en la prisión de Leeds por posesión de una pistola de aire comprimido y agresión con un cuchillo a una joven.

Durante su estancia en el hospital se le diagnosticó un trastorno de la personalidad. Los psiquiatras que trataron a Griffiths dijeron que era un «sádico, psicópata esquizoide» con fantasías violentas, que además decía querer convertirse en un asesino en serie. Los especialistas debían valorar si era un «enfermo mental». La conclusión fue que el joven de veintidós años era «un peligro social», pero no se le podía considerar «un enfermo mental». Era imputable por sus delitos y debía ingresar en prisión.

En 1993, Griffiths salió de la cárcel y se matriculó en Psicología en la Universidad de Leeds; diez años después consiguió licenciarse.

Durante esos años, Griffiths se embarcó en varias relaciones sentimentales que fracasaron. Una de sus ex parejas, Zeta Pinder, cuenta que tenían problemas en su vida sexual. Cuando tras dos años de relación Zeta conoció su apartamento,

decidió cortar de raíz. Y lo hizo por teléfono; no deseaba estar a solas con el joven ni un minuto más. Curiosamente, Stephen no dio muestras de molestarse por la ruptura.

El apartamento reflejaba una personalidad trastornada obsesionada por los asesinos en serie. Tenía muchos libros sobre desmembramientos y fotos de víctimas de crímenes colgadas en las paredes.

La última pareja de Griffiths en 2000, Kathy Hancock, no lo tuvo tan fácil para alejarse de su ex novio. Tras la ruptura, sufrió el acoso físico y psicológico de Stephen, a quien no le importó que la chica hubiese tenido un embarazo ectópico que le había hecho perder al hijo que esperaba.

En 2004, con treinta y cinco años y adicto al alcohol y las drogas, Griffiths ya mostraba su cara más violenta. Tras su detención, la policía pudo comprobar que por entonces había empezado a descargarse pornografía violenta de internet.

UN PELIGROSO ESTUDIANTE DE CRIMINOLOGÍA

Ese otoño, Griffiths decidió dar un paso más en su conocimiento obsesivo de los asesinos en serie y se matriculó en la Universidad de Bradford para cursar, a tiempo parcial, un doctorado en Criminología. Su tesis de doctorado se titulaba: «El homicidio en una ciudad industrial: Violencia en Bradford de 1847 a 1899».

Stephen Griffiths se describía como un hombre solitario que despreciaba el género humano. Aun así, pese a su reconocida misantropía, no cejaba en su empeño de conseguir una pareja sentimental. Buscaba novia a través de internet, tenía citas rápidas... Convencido de tener una buena apariencia y una gran educación, no podía entender por qué las mujeres le rechazaban. De hecho, existe una teoría según la cual el fracaso amoroso sería el detonante de la violencia contra las mujeres.

En su página web, *El esqueleto y el jaguar*, en la que colgaba las fotos de los

cuerpos sin vida de las víctimas de asesinos en serie e imágenes de ballestas y otras armas, reflejaba su glorificación de la violencia y de los asesinos en serie.

También le gustaba comunicarse a través de las redes sociales, como Facebook o MySpace. Bajo el seudónimo de *Ven Pariah*, dejó entrever su personalidad trastornada con entradas como: «Soy un misántropo que ha llevado el odio al cielo», o «La condición humana no es sólo una condición biológica, también es un estado de ánimo... En tal caso soy un pseudohumano para lo mejor y un demonio para lo peor».

Con la ventaja que da la distancia, parece claro que Griffiths estaba anunciando su decisión de matar.

EL APARTAMENTO DE HOLMFIELD COURT

Bradford tiene una triste fama gracias a Peter Sutcliffe, el *Destripador de Yorkshire*, uno de los héroes de Griffiths, que en los años setenta acabó con la vida de trece prostitutas e hirió a otras siete.

Con bastante probabilidad, su conocimiento sobre Sutcliffe y sus víctimas fue lo que le llevó a alquilar un apartamento en un edificio en pleno Barrio Rojo de Bradford, el Holmfield Court.

Su situación en Thornton Road le permitía estar en el meollo del tráfico sexual, que desde finales de los años noventa se había trasladado a las zonas más industriales de la ciudad. La expansión del consumo de heroína había hecho que las mujeres trabajasen a destajo y sin la protección de un chulo. En palabras de una de aquellas prostitutas: «La droga era nuestro chulo», y muchas eran víctimas de ataques violentos en forma de violaciones en grupo y de palizas por parte de los clientes.

El apartamento de Griffiths estaba en una antigua fábrica textil victoriana transformada en bloque de viviendas. El edificio tenía un pasado reciente violento, lo que había llevado a sus dueños a cambiar su nombre de Soho Mills a

Holmfield Court, en un intento de acabar con la celebridad que había adquirido uno de sus inquilinos, Kenneth Valentine.

En 1996, éste había asesinado en su domicilio a Caroline Creevy, una prostituta de veinticinco años. Valentine alquilaba su dormitorio a las trabajadoras sexuales y sus clientes. Además de beneficiarse económicamente, había horadado un agujero en la pared del salón a través del que espiaba a las mujeres para obtener satisfacción sexual. Caroline Creevy lo descubrió y plantó cara a Valentine, que acabó con su vida tras violarla.

Como luego le sucedería a Griffiths, Valentine fue arrestado gracias a las cámaras de seguridad del edificio que lo grabaron sacando el cuerpo de su víctima enrollado en una alfombra. Fue condenado a cadena perpetua.

En 2007, dos años antes de que se desatase la espiral de violencia de Griffiths, la policía había abierto una investigación sobre él tras recibir una alerta: estaba comprando en la red y librerías locales un gran número de libros sobre crímenes violentos. Esto, unido a su pasado criminal, fue decisivo para que la policía ordenase el registro de su domicilio, donde se le requisaron cuchillos de caza y una ballesta.

Había indicios de un posible comportamiento criminal, pero no suficientes evidencias de su peligrosidad como para que se le aplicase una Orden de Conducta Antisocial (ASBO, *Anti-Social Behaviour Order*), que le hubiese obligado a alejarse de la zona.

La dirección de Accent, la compañía dueña del edificio, fue informada del pasado violento de su inquilino y elaboró un dossier con todas las quejas recogidas por el personal de mantenimiento y los vecinos, que entregó a la policía. Por desgracia, no fue suficiente para detener a Griffiths. A los dueños del edificio sólo les quedó prohibir a las empleadas de la limpieza que entrasen solas a su piso y mejorar el sistema de cámaras de seguridad, que en caso de incidente podrían servir de prueba ante un tribunal.

Sus vecinos de Holmfield Court recuerdan a Griffiths como un hombre poco hablador, de aspecto extraño. Vestía con largos abrigo de cuero, gafas oscuras y

salía a pasear con sus mascotas, que, en línea con su extravagancia, eran un par de grandes lagartos. Una de sus vecinas, Rachel Farrington, llegó a entablar una cierta amistad por su mutuo interés en los animales, que se desvaneció tan pronto como presenció a uno de los lagartos comerse una rata viva en el apartamento de Griffiths.

A partir de 2007, el comportamiento de Griffiths empezó a ser cada vez más errático. Dormía con algodones en los oídos porque estaba convencido de que unos pequeños bichos, a los que culpaba de sus cambios de humor, se estaban introduciendo en su cerebro. Y aunque en teoría debía tomar medicamentos que le ayudaban a mantener a raya su inclinación a la violencia, no siempre lo hacía.

Pese a ello, durante varios años llevó una vida en apariencia tranquila.

Pero en mayo de 2010, hizo una alarmante afirmación en su perfil de MySpace: *Ven Pariah*, su alter ego virtual, se había deshecho para siempre de Stephen Griffiths y estaba preparado para actuar.

Menos de veinticuatro horas después, acabó con la vida de Suzanne Blamires. El asesinato de la mujer quedó grabado por las cámaras de seguridad del edificio.

Y la policía, tras detenerle, descubrió que la prostituta no había sido su primera víctima.

LA DESAPARICIÓN DE SUSAN

Susan Rushworth era una mujer de cuarenta y tres años que llevaba pocos años ejerciendo la prostitución para pagar su adicción a las drogas. Su vida había sido bastante normal hasta que entró en la treintena. Criada por una familia humilde y afectuosa en un entorno rural, a los treinta años estaba casada y era madre de tres hijos.

Fue entonces cuando todo cambió. Su matrimonio se rompió y algún tiempo después Susan inició una relación con un hombre que la introdujo en el mundo

de la heroína antes de abandonarla. A los treinta y cinco, era una madre soltera de tres niños con una grave y cara adicción. La forma que encontró para aumentar sus ingresos fue vender sus servicios sexuales en el Barrio Rojo de Bradford.

El 24 de junio de 2009, Susan Rushworth se despidió de su madre sobre la una del mediodía con la intención de acercarse a Bradford a por su dosis de metadona. Nadie volvió a verla.

A pesar de su estilo de vida y su adicción, Susan siempre estaba en contacto con su madre o con sus hijos. Nunca había desaparecido más de dos días. Aunque, al principio, la familia quiso creer que su ausencia podía deberse a un ingreso repentino en un centro de rehabilitación, a medida que fue transcurriendo el tiempo decidieron denunciar su desaparición.

La policía interrogó a todos los conocidos de la mujer, tratando de descubrir si alguno de ellos podía ser sospechoso de su secuestro. Al cabo de un tiempo, la policía reconoció que no tenía evidencias que pudiesen aclarar qué había pasado con ella. Ni había utilizado su móvil ni sus tarjetas desde el día de su desaparición, lo que no auguraba nada bueno.

La familia recurrió entonces a los medios locales en un intento de que la colaboración ciudadana ofreciese alguna pista que permitiera localizar a Susan.

Tendría que pasar un año para que la familia pudiese descubrir lo que había ocurrido.

UNA ESPIRAL DE VIOLENCIA

En palabras del psicólogo forense David Holmes, director del Forensic Research Group: «El asesino acababa de comenzar su viaje, (...), tras la muerte de Susan ya debía de estar planeando quién sería su siguiente víctima y quizá lo que haría con ella».

Stephen Griffiths esperó casi un año para volver a matar. El 26 de abril de

2010, Shelley Armitage, de treinta y un años, tuvo la mala fortuna de encontrarse con él.

Shelley se había enganchado a la heroína con dieciséis años. Recién entrada en la treintena, ejercía la prostitución para pagarse su adicción.

Criada en el seno de una familia trabajadora, sus padres habían tardado en darse cuenta del peligroso camino que había tomado su primogénita.

La primavera de 2010, Shelley vivía en Allerton, uno de los suburbios de Bradford, con su novio, al que mantenía gracias a la prostitución. El día de su desaparición se encontró por casualidad con sus padres. Poco después llamó a su hermana menor, Gemma, hablaron de pasar un rato juntas y Shelley prometió que volvería a llamarla. A las siete, extrañada de no haber recibido ninguna llamada, Gemma llamó a su móvil. Saltó el buzón de voz.

Al día siguiente, al ver que no regresaba a casa, su novio acudió a la policía. Tampoco había recogido la metadona ni su prestación social, lo cual alarmó a la familia, que intuyó enseguida que algo grave debía de haberle ocurrido.

La policía abrió una investigación. Buscaban testigos que hubiesen visto a la joven. No dudaron en pedir la colaboración de los medios locales, y para ello se emitieron en los informativos las imágenes de las cámaras de vigilancia urbana. En un vídeo grabado de madrugada puede verse a Shelley negociando con un motorista en Rebecca Street, la calle en la que trabajaba, muy cerca de la casa de Stephen Griffiths.

Una organización caritativa recorría a menudo el Barrio Rojo para ayudar a los necesitados, ofreciéndoles un lugar en el que pasar la noche y comida caliente. La noche de su desaparición, un miembro de la organización ofreció a Shelley Armitage acercarla hasta su casa, pero la mujer declinó la oferta. Le dijo que necesitaba ganar unas libras más.

Nadie volvió a verla.

La policía organizó búsquedas por los alrededores en las que participaron los propios familiares de la chica. Todos los esfuerzos fueron en vano.

Susan Rushworth llevaba casi un año desaparecida, pero la policía no

encontró conexión alguna entre los casos de las dos mujeres. Sólo sabían que ambas se dedicaban a la prostitución en el Barrio Rojo y que no había testigos ni contaban con información que pudiese encarrilar la investigación en la dirección correcta.

La historia personal de la tercera víctima de Griffiths no es muy diferente a la de las otras dos mujeres desaparecidas.

Suzanne Blamires se crió en Bradford en un hogar de clase media. Había comenzado a estudiar Enfermería y, como a Susan Rushworth y Shelley Armitage, la adicción a las drogas volvió su vida del revés. Al principio sólo consumía éxtasis de forma recreativa, pero pronto dio un paso más y comenzó a inyectarse heroína, con lo que entró en un círculo del que no fue capaz de salir. Al descubrir su adicción, su familia sufrió un duro golpe y cuando sus padres le cortaron el suministro de dinero, Suzanne decidió ejercer la prostitución.

El 20 de mayo de 2010, Suzanne, que entonces tenía veintiséis años, durmió en casa de sus padres. Por la mañana, su madre la llevó en coche hasta su domicilio en Allerton antes de seguir camino a su trabajo. Quedaron en hablar más tarde. Aunque esa noche Suzanne no llamó, su madre no se preocupó en exceso.

Todo cambió cuando al cabo de dos días el novio de Suzanne llamó preguntando por ella. No la había vuelto a ver tras una discusión la noche del 21. Su madre supo de forma inmediata que algo terrible había sucedido e instó a la pareja de su hija a que acudiese a la policía.

Se inició entonces una tercera investigación. Suzanne había sido vista por última vez en los alrededores de Sunbridge Road en la madrugada del 22 de mayo. Además, era amiga de Shelley Armitage, de la que no se sabía nada desde hacía un mes. Todos los esfuerzos se encaminaron a la búsqueda de testigos que pudiesen dar alguna pista de lo sucedido a Suzanne.

Y, esta vez, la policía pronto contó con una evidencia incuestionable.

LA GRABACIÓN DE UN ASESINATO

El 25 de mayo de 2010, el encargado de la seguridad del edificio Holmfield Court hizo un terrible descubrimiento mientras revisaba las imágenes grabadas durante el fin de semana por las cámaras de seguridad. Tras el visionado, se puso en contacto con la policía.

En las imágenes, una mujer, identificada como Suzanne Blamires, acompaña a uno de los inquilinos por el pasillo de la planta hasta su apartamento. Poco después, la mujer sale corriendo de la casa, como si estuviera intentando escapar.

Algo sucedió en el interior del apartamento que hizo que la mujer se asustase.

En opinión de David Holmes, Suzanne Blamires fue consciente de la naturaleza sádica del hombre al ver las cosas que éste tenía en su piso. «Su experiencia en el entorno violento del Barrio Rojo hizo que la mujer entendiese que debía salir del apartamento si quería conservar la vida.»

Sin embargo, Suzanne no llegó muy lejos.

En el vídeo, la mujer sale corriendo y pocos segundos después aparece el hombre. Entre sus manos sujeta una gran ballesta.

La secuencia de acontecimientos se reconstruyó a partir de lo grabado y de las conclusiones a las que llegó el equipo forense cuando fueron recuperados algunos de los restos de Suzanne.

Stephen Griffiths efectuó un primer disparo con el que hirió a la mujer. Después se acercó a ella, apuntó con tranquilidad a su cabeza y disparó una segunda vez.

En la secuencia siguiente se puede ver a Griffiths arrastrando el cuerpo inerte de la prostituta hacia el interior de su apartamento. Al pasar junto a la cámara, levanta la ballesta en señal de victoria.

Poco después vuelve a salir de su domicilio, se dirige directamente a la cámara de seguridad y hace un gesto obsceno.

En las siguientes horas de la grabación se le puede ver saliendo varias veces del piso con unas bolsas negras y una mochila.

Stephen Griffiths fue detenido de forma inmediata.

El 25 de mayo, dos bolsas negras fueron recuperadas del río Aire. Dentro estaban los restos de Suzanne Blamires, incluido el cráneo con parte de una de las flechas disparadas. También se encontró una mochila en cuyo interior había una ballesta y varios cuchillos.

Tras conocerse los detalles de su detención, se especuló sobre el hecho de que Griffiths fuese consciente de que estaba siendo grabado y de que, enfrentado a la disyuntiva de matar y ser detenido o dejar escapar a la mujer, hubiese optado por el asesinato.

Para uno de los detectives del caso, Mark Williams-Thomas, inspector de policía retirado de Bradford, Griffiths debió de pensar que las cámaras no funcionaban o que, si lo hacían, no habría nadie comprobando todo lo que se grababa. Es común en los asesinos en serie tener un marcado sentimiento de superioridad e invulnerabilidad.

Griffiths había puesto a la policía la resolución del caso en bandeja.

Y por fin podría conseguir la misma fama que sus ídolos, los asesinos en serie.

EL INTERROGATORIO POLICIAL

En las siguientes veinticuatro horas, Stephen Griffiths fue interrogado por el crimen de Suzanne Blamires, y confesó de forma inmediata.

Los investigadores del caso decidieron preguntarle también por la desaparición de Susan Rushworth y Shelley Armitage. Les parecía que Griffiths encajaba en el perfil de un asesino en serie y ambas tenían muchas cosas en común con su víctima.

En las imágenes del interrogatorio policial se puede ver a Griffiths relajado, bebiendo té, mientras mantiene la vista baja y contesta sin preocupación a las preguntas.

La policía había revisado las cintas de las cámaras de seguridad del edificio

Holmfield Court de los días en que desaparecieron Rushworth y Armitage. El visionado fue revelador. En ambas fechas se podía ver a Griffiths sacando grandes bolsas de basura. Los detectives estaban convencidos de que en su interior se encontraban los restos de las prostitutas desaparecidas.

Griffiths admitió los asesinatos, pero se negó a responder de qué forma acabó con ellas y dónde ocultó lo que quedaba de sus cadáveres. En el registro de su apartamento se encontraron cuchillos, una espada japonesa y otra ballesta.

El final de Rushworth se transformó en un enigma, pero la policía fue capaz de hacer hablar al asesino sobre Shelley Armitage.

Según el propio Griffiths, la noche del 26 de abril salió a buscar una víctima. Al regresar a su domicilio se topó con Shelley y consiguió atraerla hasta su casa. Nunca se sabrá cómo acabó con ella, pero la labor de los forenses pudo determinar que el asesino había comido partes del cadáver de la joven y tirado algunos restos a un río cercano.

Unas pocas vértebras, los hombros y algo de tejido conjuntivo de Shelley Armitage aparecieron al dragar el río Aire en Shipley, cerca de Bradford.

Además de confesar los crímenes de las tres mujeres, hizo revelaciones sorprendentes a sus interrogadores. Llegó a explicar que se deshizo de parte de los cadáveres utilizando una estufa que tenía en casa. Cuando el detective le preguntó por qué quemaba los restos, el estudiante de Criminología contestó que era la forma de destruir su ADN o deteriorar la calidad de las pruebas.

También aprovechó para señalar la falta de atención del vigilante del edificio, que no se percató de la cantidad de humo que producía la combustión de los cadáveres. Él se había preparado para los «efectos secundarios» del proceso utilizando una máscara de oxígeno.

En opinión del criminólogo David Wilson, Griffiths utilizó el doctorado para convertirse en un mejor asesino en serie. Quería aprender cómo no ser detectado, cómo deshacerse de los cadáveres, conocer el detalle de las investigaciones policiales...

Detrás de la inusual franqueza de Griffiths había una motivación egoísta:

quería ser recordado junto a los grandes criminales a quienes admiraba, como Peter Sutcliffe. Sabía que los detalles ayudarían a la construcción de su mito. En el caso de los asesinos en serie, las víctimas son olvidadas, pero no sus verdugos.

La policía trató de obtener información respecto al paradero de los restos de las tres mujeres. Para los familiares sería un gran alivio poder enterrar a sus seres queridos. Sin embargo, Stephen Griffiths se negó en rotundo a explicar dónde podían encontrarse los cadáveres. Una forma más de ejercer su poder sobre las familias de sus víctimas y su sufrimiento.

Mientras se llevaban a cabo los interrogatorios, el equipo forense analizó de forma minuciosa el apartamento de Griffiths, la probable escena de los crímenes. El aspecto de la vivienda, con la moqueta y las baldosas despedazadas, parecía indicar que el asesino había tratado de desembarazarse de toda evidencia.

Aun así, encontraron restos de ADN de las tres mujeres en el baño y la cocina de la vivienda. Se confirmó la hipótesis de que Griffiths había descuartizado a las tres mujeres en la bañera y había cocinado y comido algunos de sus restos.

También se hallaron en el ordenador de Stephen imágenes del cuerpo desnudo de Shelley Armitage en la bañera. El hombre había escrito «mi esclava sexual» en su espalda con un spray.

Preguntado por los motivos que le empujaron al asesinato, Griffiths evitó dar una respuesta concreta. Al aumentar la presión por parte de los investigadores, contestó: «Soy un misántropo que odia la raza humana» y «A veces matas a alguien para matarte a ti mismo o a una parte de ti mismo (...)». Llegó a confesar que sabía que tenía grandes problemas en su interior.

OTRAS POSIBLES VÍCTIMAS

Aunque sólo pudo ser juzgado por las muertes de Rushworth, Armitage y Blamires, al ser interrogado por la policía, Stephen Griffiths afirmó que otras

mujeres habían sido también sus víctimas. Se le pidió que diese una cifra y levantó seis dedos.

La policía intentó vincular a Griffiths con algunos de los casos no resueltos y que podían encajar con su perfil.

En 1992, cuando Stephen tenía veintitrés años, se encontró semienterrado en los alrededores de Bradford el cuerpo de Yvonne Fitt. La chica había sido atada y apuñalada hasta la muerte. Dos años después apareció enterrada de forma similar Dawn Shields. Esta vez la joven había sido estrangulada. En el año 2000 había desaparecido Gemma Simpson. No estaba vinculada al mundo de la prostitución y fue vista por última vez al ir a coger un autobús en el centro de Leeds. Se sospecha que Griffiths la secuestró y asesinó.

Y otros casos no resueltos, los asesinatos de dos prostitutas en el año 2001: Rebecca Hall, muerta como consecuencia de una paliza en Bradford, y Michaela Hague, apuñalada en el centro de Sheffield.

Los investigadores intentaron obtener del propio Griffiths alguna confesión o información al respecto, pero éste rechazó dar cualquier dato.

La policía, sin evidencia alguna para relacionar esos crímenes con Griffiths, hubo de centrarse en construir un caso sólido con las muertes sobre las que sí tenían pruebas forenses y que él mismo había confesado.

Lo que quedó claro para los agentes es que, de no haber sido detenido, Griffiths habría seguido asesinando mujeres.

LA CREACIÓN DEL MITO

Dado que el objetivo de Stephen Griffiths era pasar a la historia de los criminales seriales, necesitaba un alias memorable. Y eligió darlo a conocer en su primera aparición en el juzgado, el 28 de mayo de 2010.

Cuando el juez James Goss le preguntó su nombre, Griffiths contestó: el *Caníbal de la ballesta*.

Para el detective Mark Williams-Thomas, este comportamiento del asesino respondía a la necesidad de conseguir la suficiente notoriedad para su caso. Era una manera de dejar su firma.

Entonces, el juez Goss, en consideración a las familias de las víctimas, decidió que la siguiente aparición de Griffiths en la sala, el 7 de junio de 2010, se produjese por videoconferencia desde la cárcel de Wakefield. Ese día, el juez le informó de la fecha prevista para la celebración del juicio.

Griffiths se declaró culpable de los tres crímenes. Su defensa intentó hacer responsable de los asesinatos de las mujeres al sistema que veinte años antes había diagnosticado que su cliente era un psicótico.

Sin embargo, el juez Openshaw explicó al tribunal que al acusado no se le podía considerar un enfermo mental y que nunca había mostrado ningún remordimiento por sus crímenes.

El 21 de diciembre de 2010, Stephen Griffiths fue declarado culpable de los tres asesinatos y condenado a cumplir tres cadenas perpetuas sin posibilidad de libertad condicional.

Una vez en prisión, Griffiths trató de suicidarse. Para David Wilson, catedrático de Criminología y Derecho Penal en la Universidad de Birmingham, «es una conducta muy típica en asesinos en serie (...), es una forma de seguir alimentando su narcisismo (...). Al no poder controlar nada salvo tu propia vida, el hacerte daño con una cuchilla es una forma de control».

El comportamiento de Griffiths parece confirmar las palabras de Wilson. De haberse arrepentido, de haber sentido remordimientos, habría revelado no sólo cómo mató a Susan Rushworth y a Shelley Armitage, sino dónde estaban sus restos, algo que sus familiares llevaban deseando saber desde hacía años.

Aunque ha iniciado varias huelgas de hambre para conseguir su traslado de la cárcel a una institución para enfermos mentales, las autoridades británicas han denegado su petición.

Stephen Griffiths pasará el resto de su vida en prisión.

Joan Vila, el *celador de Olot*

La noche del 18 de octubre de 2010, la prensa recibió un comunicado de los Mossos d'Esquadra informando que un trabajador de un geriátrico de Olot llamado La Caritat había sido detenido por su relación con la muerte de una interna.

En aquel momento, nadie podía imaginar que el detenido era el asesino en serie más prolífico de la historia reciente de España.

Su nombre es Joan Vila, y en el momento de su detención había acabado con la vida de once de los ancianos que se encontraban a su cargo.

Para algunos es un ángel de la muerte; para otros, sólo un asesino despiadado que matando encontraba las satisfacciones que la vida le había negado.

UN CHICO SIMPÁTICO

Joan Vila Dilmé nació en el año 1968 en Barcelona y es hijo único. Sus padres, Encarnación y Ramón, son dos payeses jubilados que viven aún en Castellfollit de la Roca, un pueblo de mil vecinos situado en la provincia de Gerona. Ambos trabajaron en una fábrica de embutidos del pueblo hasta que cerró.

Se sabe poco de su infancia, pero todo parece indicar que fue bastante normal.

En los años en que cometió los asesinatos, Vila seguía viviendo en casa de sus padres y, según sus conocidos, se sentía muy unido a su madre. No se le conocía ninguna relación sentimental.

En palabras de una amiga suya: «Había chicos más echados para adelante y otros más retraídos. Joan estaba entre los segundos. Era muy buena persona,

tímido e introvertido. Tenía una voz un poco afeminada, pero jamás le vimos decantarse por hombres o por mujeres».

De adolescente, Vila empezó a estudiar peluquería en un centro de Olot. Ser peluquero era su gran vocación. Le gustaba practicar su oficio en los ratos libres, y quedaba a menudo con las chicas del pueblo para hacerles peinados a la moda inspirados en los del grupo Mecano.

Cuando salía, a Vila no le gustaba beber ni fumar. Sus amigos y conocidos le consideraban un chico «de muy buen rollo y sanote».

Eso no quiere decir que su adolescencia fuera fácil. Le acomplexaba tener la cara marcada por el acné y también le hacía sufrir su indefinición sexual.

A los veintitrés años, después de pasar un tiempo trabajando como peluquero en Gerona, Vila decidió montar con un amigo una peluquería en Figueras, Tons-Cabell Moda. Contrató a una chica para que le ayudara y alquiló un local. Pero a los dos años se cansó del negocio y lo cerró. Aunque no ha podido demostrarse, según algunos vecinos del pueblo fue estafado por su socio. Lo que sí se sabe es que, al cerrar la peluquería, dejó pendientes varias deudas de las que se hicieron cargo sus padres.

La periodista Tura Soler, de *El Punt* de Olot, tuvo oportunidad de tratar a Vila cuando aún era peluquero. En su recuerdo era «un chico muy simpático, muy solícito, muy amigo de sus amigos, al que le gustaba mucho la juerga. Un chico normal».

NO ERA LO QUE PARECÍA

El 9 de julio de 1990, Vila acudió por primera vez a la consulta del psiquiatra Jordi Pujiula, en Olot. Tenía problemas para retener lo que leía, le daban miedo las aglomeraciones de gente y le temblaban mucho las manos. Le preocupaba que los demás pudieran notarlo y que eso influyera en la manera en que se relacionaban con él. Sospechaba que ésa había sido la razón de su despido en un

bar en el que trabajaba como camarero. Pero él era el único que veía ese temblor de manos.

En aquella época empezó a fumar y se convirtió en un consumidor empedernido de Gold Coast.

Pese a la terapia, sus fobias y sus angustias fueron a peor, y poco a poco se volvió más inestable. No sólo le acomplexaba el temblor de manos, sino también su «homosexualidad y afeminamiento». Porque según uno de los informes de su primer psiquiatra, el gran problema de Vila era que se sentía incapaz de asumir su homosexualidad. Según ese mismo informe, su personalidad era «muy inmadura».

Sintiéndose perdido y sin saber qué rumbo tomar tras su fracaso como peluquero, empezó a hacer cursos de todo tipo. Estudió cocina, masajes, corte y confección, reflexología, etc. Nada parecía satisfacerle.

En diciembre de 1994 empezó a recibir clases para convertirse en auxiliar de clínica. Pero también las acabó dejando. Después se inscribió en la Escuela de Hostelería del Alto Ampurdán y empezó a trabajar en hoteles y restaurantes de la zona. Fue ayudante de cocina en el Casino de Perelada, estuvo empleado en una estación de esquí, y pasó varios veranos en restaurantes de la zona turística de Ampuriabrava.

Mientras, continuó visitando a su psiquiatra.

Pero las sesiones no le servían de nada; cada vez se encontraba peor: sufría continuas crisis de ansiedad, insomnio, falta de energía. En octubre de 1994, con veintiséis años, decidió cambiar de psiquiatra y empezó a ver al doctor Josep Torrell Llauradó. A menudo acudía a las sesiones con su madre.

En 1995 empezó a trabajar en una pizzería de una urbanización costera de Castellón de Ampurias, donde compró un pequeño apartamento y empezó a pasar los veranos. Lejos de todos los que le conocían, comenzó a frecuentar una apartada discoteca gay en un polígono industrial.

Y entre sus visitas al psiquiatra, sus escapadas a su apartamento de la playa y los continuos cambios de trabajo, discurrió la vida de Vila durante varios años.

TRABAJANDO CON ANCIANOS

En mayo de 2005, Vila trabajó por primera vez con ancianos en el psiquiátrico de Salt. Después de ocho meses, se marchó a la pequeña residencia geriátrica privada El Mirador de Bañolas, donde se sacó el título de auxiliar de enfermería.

Según una compañera de trabajo, Vila era el preferido de los residentes. Cuando no estaba, preguntaban por él. «Cuando todas nos íbamos a casa, él se quedaba fuera de su horario, planchando la ropa para que al día siguiente los abuelos fueran conjuntados. Él siempre decía que le gustaría ir al Tercer Mundo a ayudar a la gente. Era una persona de confianza, uno de los nuestros», cuenta su compañera.

Vila sólo pasó otros ocho meses en El Mirador. Lo dejó para irse a La Caritat, en Olot, la residencia donde cometería sus crímenes. La razón fue que estaba más cerca de la casa de sus padres. El día que se marchó, el director del centro le dejó claro que podía volver cuando quisiera. Un trabajador tan bueno siempre tendría un sitio en su negocio.

En La Caritat, Vila trabajaba los fines de semana y los festivos. Su turno era de siete de la mañana a ocho de la tarde. Su trabajo consistía en levantar a los internos, ayudarlos a asearse, a comer y, por la tarde, pasearlos por el patio.

Mientras tanto, sus crisis de angustia siguieron yendo a peor. Desesperado, decidió tratarse en un centro de acupuntura. Pero el tratamiento no impidió que siguiera sintiéndose mal.

En 2009, cuando ya había cometido dos de sus crímenes, se encontraba cansado, casi agotado, durante la mayor parte del día. A causa de ello, por primera vez empezó a comportarse de una manera distinta en el trabajo. Ya no estaba tan dispuesto a ayudar a todo el que se lo pidiera, y en alguna ocasión hasta llegó a discutir con los compañeros. Su carácter pasó de ser afable a irritable. Todo le molestaba.

Aun así, en La Caritat todos sus compañeros le tenían por alguien muy trabajador, en quien se podía confiar. Tanta confianza le tenían, que cuando ocurría algún problema, siempre había alguien que decía: «Vamos a llamar a Joan, que él siempre sabe qué hacer».

17 DE OCTUBRE DE 2010

La primera víctima conocida de Joan Vila fue una de las internas de La Caritat. Su nombre era Paquita G. y tenía ochenta y cinco años. La mujer entró en un proceso de agonía y los enfermeros decidieron trasladarla al Hospital Sant Jaume, a sólo un centenar de metros del geriátrico.

Al darse cuenta, Vila trató de convencer a los médicos de que no se la llevaran. «No hace falta que aviséis a la ambulancia, se está muriendo», les dijo.

Aun así, Paquita fue trasladada al hospital. Una vez allí, los médicos se dieron cuenta de que tenía quemaduras en la boca, los labios y el esófago. En un principio, pensaron que quizá la mujer había intentado suicidarse. Pero al llamar al geriátrico les informaron de que era imposible que hubiera ocurrido algo así, ya que Paquita apenas podía moverse.

Ese mismo día, al acabar su turno de trabajo, Vila pasó por el hospital para ver cómo estaba la señora G.; allí descubrió que ya había fallecido.

El médico que debía certificar la muerte tuvo claro rápidamente que aquélla no había sido una muerte natural y dio la voz de alarma. Tras la autopsia, el forense dictaminó que sin lugar a dudas se trataba de un homicidio. Alguien había obligado a la mujer a tragar un líquido corrosivo.

El asesino tenía que ser alguien que trabajara en la residencia geriátrica. La agresión había ocurrido por la noche, en un centro donde se controlaba quién entraba y quién salía. Y nadie ajeno al centro había salido o entrado en esas horas.

Al día siguiente, los Mossos d'Esquadra empezaron a interrogar a los

trabajadores de la residencia. Entre ellos se encontraba Joan Vila. Además, incautaron las grabaciones de las cámaras de vigilancia.

Pero las cámaras de acceso de la planta baja y del primer piso no habían grabado nada el día del crimen, pese a que estaban orientadas a la habitación de la anciana y la sala donde solía estar. La grabación se reanudaba a las 2.30 de la madrugada del lunes.

Los Mossos interrogaron al técnico que había instalado las cámaras hacía un año y éste, después de explicarles que las grabaciones estaban almacenadas en dos discos duros diferentes, y de comprobar que no se había producido ninguna anomalía, no pudo darles ninguna explicación que justificara la ausencia de imágenes. Nunca se ha sabido por qué no se realizaron esas grabaciones.

En cambio, sí había grabaciones de otra cámara orientada al almacén de limpieza. En ellas se veía a Vila entrando en el cuarto de la limpieza a las 20.43. Un minuto después, salía y se dirigía hacia la habitación de Paquita G. Cinco minutos más tarde, aparecía de nuevo en un pasillo y entraba en un lavabo. A continuación, se le veía dirigiéndose hacia las escaleras.

Al cabo de diez minutos, una auxiliar de geriatría llamada María Asunción encontró a la anciana agonizando. «La encontré de lado, con la mirada extraviada, la boca entreabierta, y la lengua de un color extraño, como grisácea, y con un poco de sangre en el labio. Corrí a buscar Joan Vila. Él siempre sabía qué hacer en estos casos», explicó la empleada a los Mossos d'Esquadra.

UNA CONFESIÓN

Al ser interrogado al respecto por los agentes, Vila se derrumbó y confesó rápidamente ser el autor del crimen. Había obligado a la anciana a ingerir un producto de limpieza, un desincrustante líquido, utilizando una jeringa que la policía encontró en una papelera cerca de la habitación de la víctima. De acuerdo

con el forense, ingerir ese producto produce un deterioro tisular mediante la destrucción de los tejidos y abrasión de los músculos.

Vila le contó así al juez lo ocurrido: «Entré en su habitación porque la oí toser. Le costaba respirar y se encontraba mal. Y pensé: quiero aliviarla. Fui al cuarto de limpieza y llené una jeringuilla con lejía. Volví, y le dije: “Verás cómo con esto te vas a encontrar mejor”. Y le vacié la jeringuilla en la boca. Agonizaba, pero yo no tuve la sensación de que padeciera. Luego bajé al comedor y me sentí eufórico, como si fuera Dios».

Un día más tarde, la sobrina de Sabina M., una mujer que había muerto cinco días antes en la residencia, se puso en contacto con la policía tras ver en la televisión la noticia sobre la detención de Vila. Mientras estaba velando a su tía en el tanatorio, el dueño le había dicho que tenía unas extrañas marcas moradas en la cara y no habían logrado disimularlas con el maquillaje. Pero... ¿qué es lo que había producido esas marcas?

Vila fue interrogado al respecto y confesó que también había matado a la señora M.: «Estaba sola en su habitación, medio dormida. Le metí lejía en la boca con una jeringuilla. Ella no dijo nada. Pareció como si se ahogase. Luego avisé a la enfermera Dolors Garcia, que dijo que seguramente había sufrido una hemorragia interna. No tardó en morir».

Después de cometer su crimen, Vila había acudido al velatorio para dar el pésame a la familia. Se mostró muy compungido y no cesó de animar a los apenados familiares. Fue uno de los últimos en marcharse. Dejó un mensaje sobre lo ocurrido en el registro del geriátrico: «Exitus. La sobrina, el sobrino y el resto de familiares, muy agradecidos por el trato y las atenciones dispensadas a Sabina durante su estancia en el centro».

Sólo unas horas más tarde, ya ante el juez, Vila confesó también el asesinato de Montserrat G., de ochenta y ocho años. La había matado tres días después de Sabina M. y un día antes de Paquita G., administrándole lejía en un vaso de plástico. Antes de morir entre terribles dolores en el Hospital de Sant Jaume, la mujer había tratado de quitarse varias veces la mascarilla de oxígeno. Pero sus

hijos se lo habían impedido. Algunos de ellos ahora se preguntan si lo que su madre quería era contarles lo que había ocurrido.

Hablando con otros empleados del centro, la policía descubrió que Joan Vila había comentado que tenía «muy mala suerte» porque todos los ancianos se morían durante su turno.

Pero las palabras de Vila no eran sólo una broma de mal gusto. Durante los cinco años anteriores habían muerto allí cincuenta y nueve ancianos. La mayoría de las muertes se habían concentrado cuando él estaba presente en el geriátrico. Teniendo en cuenta que sólo trabajaba sábados y domingos, estaba claro que ocurría algo muy extraño. Era demasiada coincidencia.

Al ahondar en las causas de las muertes de todos esos ancianos, la policía llegó a la conclusión de que ocho de ellas se habían producido en circunstancias harto sospechosas. No podían explicarse por causas naturales.

En principio, Vila sólo se responsabilizó de la muerte de las tres ancianas. Pero al saber que el juez de Olot había ordenado que se exhumaran los cadáveres de los ocho ancianos muertos en circunstancias sospechosas, pidió que volvieran a tomarle declaración.

Y fue entonces, el 30 de noviembre de 2010, cuando explicó que había matado a un total de once personas: nueve mujeres y dos hombres. Sólo que para él no se trataba de asesinatos. Simplemente había «ayudado a morir» a unos ancianos que se encontraban muy mal.

¿UN ÁNGEL DE LA MUERTE?

Hablando de la muerte de Montserrat G., Vila dijo: «Yo pensaba que la estaba ayudando, que le facilitaba la vida porque había perdido la cabeza, tenía vómitos y el cuerpo rígido. Me daba mucha pena. Ella empezó a toser, tosió mucho, tenía como angustia y parecía que quería vomitar. Me marché y fui al comedor a repartir cenas a otros ancianos».

Insistir en que sus acciones obedecen al deseo de ayudar a sus víctimas es uno

de los razonamientos habituales de los llamados «ángeles de la muerte». Ése es el nombre con el que los especialistas en psicopatologías conocen a los asesinos que trabajan en hospitales, residencias geriátricas, etc., donde el fallecimiento de los pacientes es algo habitual. Normalmente ocupan puestos de trabajo que les permiten decidir sobre la vida y la muerte de las personas de salud precaria que se encuentran a su cargo.

Sin embargo, los métodos empleados por Joan Vila no ayudaban precisamente a evitar el sufrimiento de los ancianos. Mató a sus últimas tres víctimas obligándolas a ingerir un líquido corrosivo que les produjo una muerte tremendamente dolorosa.

Muchos de ellos, a pesar de encontrarse muy débiles, quisieron resistirse. La doctora que examinó el cuerpo de Paquita G. sostiene que las heridas de la víctima indicaban que hizo todo lo que pudo para impedir que Vila le introdujera el líquido en la boca. A pesar de su estado, no deseaba morir aún. Definitivamente, el auxiliar no le estaba haciendo ningún favor.

Conocer los detalles de sus crímenes no ha impedido que algunos de sus amigos sigan creyendo su versión. Una amiga que realizó declaraciones a la prensa de forma anónima, se mostraba convencida de que era verdad que había matado a las ancianas como un gesto de amor. Según ella, lo que ocurría es que Vila no había sabido «dónde estaba el límite».

LA DECLARACIÓN

Una vez confesó que era el responsable de la muerte de once ancianos, Vila explicó con detalle todos sus crímenes.

Tal y como le contó al juez, mató a sus primeras víctimas de una manera distinta a las tres últimas. En vez de lejía o líquido desincrustante, usó un cóctel de barbitúricos en seis ocasiones e inyecciones de insulina en otras dos. Lo que no acertó a explicar fue por qué había decidido cambiar de método, pasando de

uno relativamente indoloro a otro que provocaba la muerte a los ancianos en medio de una terrible agonía.

Desde agosto de 2009 hasta el 17 de octubre de 2010, había acabado con la vida de once ancianos: dos hombres y nueve mujeres. Aunque entre los dos primeros asesinatos había pasado más de un mes, entre los dos últimos sólo transcurrieron veinticuatro horas.

Según los psiquiatras que lo examinaron, matar le provocaba un sentimiento de bienestar por la generación de endorfinas. Pero cada vez necesitaba más para sentirse bien. Por eso asesinó a los últimos ancianos en un espacio de tiempo mucho más corto que los anteriores.

Aunque varias víctimas fueron asesinadas con productos tóxicos, y mostraban quemaduras y heridas que pasaron desapercibidas para los médicos, se ha descartado cualquier tipo de conducta negligente por parte del centro o de los doctores que certificaron las muertes.

Durante su declaración ante el juez, Vila sólo perdió la calma cuando éste le preguntó si había robado a los ancianos asesinados. De hecho, se mostró indignado. «¿Robar yo a los ancianos? Pero, por favor, de ninguna manera. Yo no sería capaz de hacer algo así.»

Paradójicamente, el celador no quería ser considerado un ladrón, pero no tenía problema alguno en que se supiera que había matado a once personas.

Cuando le preguntaron sobre la contradicción que supone querer ayudar a los ancianos y producirles sufrimiento, Vila se bloqueó. Al principio sólo supo decir: «No sé, no sé», mirando al suelo. Después volvió a sostener que él creía estar ayudándolos.

En el transcurso de la investigación se descubrió algo que cambió la imagen de trabajador amable y diligente que Vila había sabido transmitir siempre a sus compañeros.

Según la sobrina de Paquita G., ésta le había dicho varias veces que el auxiliar que la atendía «era una mala persona». «Este *malparit*, este maricón, me dio una hostia en la cara. Me llevó del comedor a la sala de confort (la de los ancianos

menos dóciles) y me dejó un cardenal», contó la anciana. Pero nadie la creyó. Pensaron que sólo había sido un incidente sin importancia que la mujer estaba exagerando porque Vila le caía mal.

Un aspecto desconcertante de la historia de Joan Vila es que, pese a estar en tratamiento psiquiátrico durante veinte años, nunca le detectaron un perfil homicida.

Según Vicente Garrido, profesor de Criminología de la Universidad de Valencia, aun llevando una vida en apariencia normal, «este tipo de personas sienten una especie de desequilibrio, de turbulencia, que les impide llevar una vida convencional y matan para restablecer el control». A su entender, «Vila mataba para aliviarse de sí mismo». En su opinión, los rasgos depresivos y obsesivos del celador son compatibles con la personalidad compulsiva de los asesinos en serie. Más aún teniendo en cuenta las peculiaridades de su caso.

Para Garrido, el trabajo de Vila fue lo que le permitió matar. «Estas personas están trabajando cuando matan. Quizá no lo harían sin esa facilidad.» Le ayudó que durante su turno de fin de semana no había médicos que pudieran determinar la causa de la muerte. Las certificaciones de defunción se hacían telefónicamente. Nadie podía sospechar que alguien quisiera acabar antes de tiempo con la vida de ancianos de salud delicada.

El abogado de Vila, Carles Monguilod, solicitó al juez que unos peritos psiquiátricos examinaran a su cliente, y el magistrado ordenó que dos médicos forenses elaboraran un informe para determinar «el estado psicopatológico, posibles trastornos de personalidad, anomalías en la esfera cognitiva, volitiva y/o afectiva y, finalmente, se determine un posible perfil psicopático» del encausado.

En dichas entrevistas, Vila explicó que sufría doble personalidad. Según él, sentía cómo se «desdoblaba» y cómo salía de él otra persona con su mismo aspecto pero con diferente personalidad, que era quien cometía los crímenes.

Pero de acuerdo con las conclusiones de los expertos que le han examinado, Vila no es un enfermo mental. Simplemente le producía una gran satisfacción

sentir que tenía poder para decidir quién vivía o quién moría. Sabía lo que hacía y era consciente de las consecuencias que podían acarrearle sus actos.

Su último psiquiatra dictaminó que padece un «trastorno ansioso depresivo en una personalidad con rasgos obsesivos», lo cual no significa que sea un loco. Por eso tendrá que responder penalmente por sus crímenes.

Matar le daba sentido a su vida. Ser dueño y señor del destino de los ancianos a su cargo le hacía sentirse poderoso. Por primera vez en sus más de cuarenta años, era él quien tenía el control.

En palabras de Vicente Garrido, a estos asesinos «la posibilidad de acabar con otros les parece enormemente fácil». Su objetivo es «ganar control sobre sus vidas, sentir sensación de dominio, como si se tratase de una droga».

Según la periodista Tura Soler, bajo su apariencia amable y educada, Vila ha demostrado ser una persona muy narcisista y egocéntrica que, tras fracasar en todo lo que había intentado hacer en la vida, encontró que sólo así podía conseguir llamar la atención. Ser descubierto fue lo mejor que le podía haber ocurrido. De esa manera, todo el mundo estaría pendiente de él.

ESPERANDO EL JUICIO

A pesar de que sólo confesó once asesinatos, muchos investigadores del caso se muestran convencidos de que es muy probable que Vila tuviera algo que ver con el fallecimiento de los veintisiete ancianos que murieron durante sus turnos de fin de semana.

Los padres del celador lo visitaron en la unidad psiquiátrica de la Cárcel de Brians, en Barcelona, donde está recluido. Al parecer, cuando hablaron con su hijo, no mencionaron los crímenes ni una sola vez. Él les contó que estaba bien y que hacía cursos de cerámica.

Desde que Joan fue detenido, Encarnación y Ramón no salen de casa salvo para visitar a su hijo. Viven encerrados en su vivienda y ni siquiera abren las

ventanas. Unos vecinos les hacen la compra y no quieren oír hablar de periodistas.

En Castellfollit de la Roca, el pueblo donde viven, nadie habla de lo ocurrido. Parece que se ha establecido un pacto de silencio entre los vecinos. Moisés Coromina, el alcalde, no lo niega. «Sí, lo hay. Pero es algo espontáneo. La gente no habla por respeto a la familia, para no herirla.»

Una de las pocas veces que Encarnación bajó a la calle, se encontró con la hija de una de las ancianas asesinadas. Al verse, ambas se echaron a llorar. Cada una a su manera, las dos habían sido víctimas del celador de Olot.

JUICIO Y SENTENCIA

La Sección Tercera de la Audiencia Provincial de Gerona dictó sentencia el 21 de junio de 2013 recogiendo el veredicto de culpabilidad dictado por el jurado que intervino en el juicio desde el 27 de mayo al 11 de junio pasados.

La sentencia estima, al igual que el veredicto del jurado, no probado el trastorno mental transitorio alegado por la defensa y condena a Joan Vila como autor de once asesinatos con la agravante de alevosía y tres de ellos, además, con la agravante de ensañamiento.

Las penas impuestas suman un total de ciento veintisiete años y seis meses de prisión, de los que cumplirá un máximo de cuarenta años, límite previsto en la normativa penal vigente, en casos como el de Vila.

Además, se le condena al pago de 369.000 euros en concepto de indemnización por responsabilidad civil derivada de delito, estableciendo la responsabilidad subsidiaria del geriátrico La Caritat y, solidariamente, a la compañía de seguros Zurich.

También se le inhabilita para el ejercicio de su profesión por un tiempo igual al de su condena y se le prohíbe acercarse a menos de cien metros o comunicarse con cualquiera de los familiares o allegados de sus víctimas.

Durante el juicio se escucharon los testimonios de ochenta y dos testigos, además de los de peritos policiales, forenses, miembros del Instituto Nacional de Toxicología y del Instituto de Medicina Legal de Cataluña y nueve psicólogos y psiquiatras. Ninguno pudo despejar la incógnita que este caso comparte con los otros de este volumen: ¿por qué?

Albert DeSalvo, ¿el *Estrangulador de Boston*?

Entre 1962 y 1964, los habitantes de la ciudad de Boston (Massachusetts) vivieron aterrados por los crímenes de un asesino de mujeres conocido como el *Estrangulador de Boston*.

Durante meses, la policía se mostró incapaz de encontrar ni una sola pista que pudiera llevar a la detención del *Estrangulador*. Lo único que podían hacer las bostonianas era rezar para que el asesino no se cruzara en su camino.

Pero, de pronto, los asesinatos se detuvieron.

¿Qué había ocurrido? ¿Acaso el *Estrangulador* se había cansado de matar? Y si no, ¿a qué estaba esperando para volver a actuar?

Para responder a esta pregunta hay que conocer también las historias del *Hombre de las medidas* y el *Hombre de verde*.

Tres apodos y... ¿un solo criminal?

LOS CRÍMENES DEL *ESTRANGULADOR DE BOSTON*

A finales de la década de 1950, la ciudad de Boston no se encontraba en su mejor momento. Era la única ciudad norteamericana que había perdido población tras el boom de la posguerra y, al carecer de un sólido entramado industrial, no resultaba un destino atractivo ni para trabajadores, ni para hombres de negocios.

Pero en 1960, el recién elegido presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, impulsó una serie de proyectos destinados a cambiar radicalmente la imagen de la ciudad. Entre otras cosas, se levantó un rascacielos cuya finalidad

era albergar las oficinas de una gran compañía de seguros, se crearon programas para acabar con el chabolismo, e incluso se construyeron edificios para la NASA.

El «Nuevo Boston» iba a costar casi un billón de dólares.

Sin embargo, durante mucho tiempo, de lo único que se iba a hablar al hacer referencia a la ciudad sería de los asesinatos del *Estrangulador*. Porque justo el día en que la Cámara de Comercio de Boston anunció su campaña para promover las nuevas inversiones, el asesino comenzó a actuar.

Era el jueves 14 de junio de 1962.

Esa tarde, Juris Slesers fue a visitar a su madre, la costurera Anna Slesers, de cincuenta y cinco años, a su apartamento del barrio residencial de Back Bay. Al llamar a la puerta, nadie respondió. Temiendo que su madre pudiera haber sufrido un accidente, Juris forzó la cerradura para entrar en la vivienda y descubrió algo horrible: su madre había sido estrangulada con el cinturón de su bata y yacía desnuda en el suelo de la cocina.

En un principio, la policía pensó que un ladrón sorprendido en pleno robo había matado por miedo a que lo identificasen. Pero aunque el apartamento tenía la apariencia de haber sido desvalijado, con todos los cajones abiertos y su contenido desparramado por el suelo, algo no encajaba. Para empezar, la puerta de la vivienda, cuando la encontró el hijo de la víctima no había sido forzada, lo que indicaba que la mujer había dejado entrar a su atacante. Además, el intruso no se había llevado ni el reloj de oro ni las joyas de la señora Slesers.

Otros detalles llamaron la atención de la policía: el cinturón de la bata, utilizado para acabar con la vida de la mujer, estaba atado con un vistoso nudo de lazo alrededor del cuello de la víctima. A esto se añadía que el criminal había dejado el cadáver en una posición poco natural. Desnuda, con una pierna recta y la otra abierta formando casi un ángulo de 90°, el cuerpo de la víctima quedaba completamente expuesto a las miradas ajenas. Tras la autopsia se determinó que la mujer había sufrido una agresión sexual con un objeto no identificado.

Aunque para la policía el asesinato de Anna Slesers tenía características

singulares, la prensa local sólo le dedicó unos pocos párrafos en las páginas interiores de los periódicos. En aquella época se cometían en Boston unos cincuenta homicidios al año y la muerte de la costurera sólo fue una cifra más, apenas una noticia sin importancia.

Entonces, dos semanas después, otra mujer, Nina Nichols, de sesenta y ocho años, apareció estrangulada en circunstancias muy similares. También había sufrido una agresión sexual tras ser asfixiada, en esta ocasión con dos medias de nailon, y el atacante había utilizado el mismo nudo de lazo que con Anna Slesers.

Al descubrirse que en menos de dos semanas dos mujeres habían sido estranguladas tras ser agredidas sexualmente, la alarma empezó a cundir entre los bostonianos.

Decidido a evitar que hubiera más víctimas, el recientemente nombrado comisario de policía, Edmund McNamara, convocó a sus jefes de departamento el 2 de julio de 1962. Antes de terminar su reunión, les llegó la noticia de que se había producido un nuevo asesinato. La víctima era Helen Blake, una enfermera jubilada de sesenta y cinco años muerta en unas circunstancias similares a las de las otras mujeres.

Además, la autopsia determinó que Helen Blake había sido asesinada el mismo día que Nina Nichols. El *Estrangulador de Boston* había actuado dos veces, en zonas distintas, con sólo unas horas de diferencia.

Para los agentes del caso, las muertes tenían un mismo autor. Habían encontrado el mismo tipo de nudo en los estrangulamientos. Las víctimas eran mujeres anónimas asesinadas sin motivo aparente salvo por la naturaleza sexual del crimen. Además, el asesino no había forzado las puertas de las viviendas, lo cual significaba que había conseguido que mujeres que vivían solas le franqueasen la entrada.

«Tenemos un loco suelto», dijo McNamara al ser informado de la muerte de Helen Blake.

Inmediatamente, el comisario asignó a todos los detectives libres al caso. De

acuerdo con los psiquiatras que asesoraban a la policía, debían buscar a un psicótico, «un hombre joven, un solitario que sufría manía persecutoria y odiaba a su madre».

El 21 de agosto, Ida Irga, una mujer de setenta y cinco años, apareció estrangulada con una funda de almohada en su apartamento del West End de Boston. Llevaba muerta cerca de dos días. El asesino la había dejado colocada en la posición que adoptan las mujeres cuando pasan una revisión ginecológica. Y no cabía duda de que había sido víctima del *Estrangulador*.

El miedo entre los bostonianos llegó a tal punto que el *Boston Herald* publicó un editorial tratando de calmar los ánimos de una manera hartamente peculiar: explicando las pocas posibilidades que había estadísticamente de acabar siendo víctima del *Estrangulador loco*. Eso no impidió que todas las mujeres de la ciudad extremaran las medidas de seguridad. No era raro que el cartero o el lechero tuvieran que quedarse en la puerta de las casas sin poder entrar. Y las ventas de productos que se vendían puerta a puerta, como los cosméticos Avon, disminuyeron notablemente.

Aun así, no todas las mujeres de la ciudad tomaron las medidas adecuadas para protegerse de un posible ataque.

Seis días después de la muerte de Ida Irga, Jane Sullivan, una enfermera de sesenta y siete años, apareció estrangulada con sus propias medias. El atacante había utilizado un nudo de lazo.

Durante los tres meses siguientes, el *Estrangulador* permaneció inactivo. Y cuando reapareció, el patrón de sus asesinatos había cambiado.

LA CONTROVERSIA DEL *ESTRANGULADOR*

El 5 de diciembre de 1962, Sophie Clark, una estudiante afroamericana de veintiún años, fue encontrada asesinada por sus compañeras de piso. El apartamento estaba en Back Bay, a pocas manzanas del domicilio de la primera

víctima del *Estrangulador*. Le habían atado al cuello tres de sus medias con un nudo de lazo, la firma del asesino.

En este caso, el agresor había violado a su víctima. Por primera vez se descubrió un rastro de semen en la alfombra en la que yacía el cadáver.

Y también por primera vez, las fuerzas del orden pudieron obtener una pista sobre la identidad del agresor. Una vecina de Sophie Clark contó cómo ese día un hombre que vestía unos pantalones verdes de trabajo había llamado a su puerta diciendo que le habían encargado pintar su apartamento. La mujer le explicó que su marido todavía dormía en la habitación de al lado y el hombre se marchó con rapidez.

Para la mayoría de los agentes de policía implicados en el caso, la edad de la nueva víctima suponía una irregularidad en el patrón de los asesinatos. No tenían dudas de que la autoría de los estrangulamientos correspondía a un mismo hombre. Y que pronto retomaría su *modus operandi*.

Sin embargo, sólo veintiséis días después murió estrangulada Patricia Bissette, una secretaria de veintitrés años, en su apartamento situado también en Bay Back. Su autopsia reveló que había sido violada. Al igual que en anteriores ocasiones, en la casa de la víctima no se encontraron pistas que ayudaran a rastrear al asesino.

Se ofreció una recompensa por cualquier información que pudiera conducir a la detención del agresor, pero nadie parecía saber más de él que lo que se había publicado en la prensa.

Por entonces, las ciudadanas de Boston estaban ya totalmente aterrorizadas. Además, aunque en un principio parecía que el objetivo del asesino eran las mujeres maduras, la juventud de sus últimas dos víctimas generó la sensación de que nadie estaba a salvo de un posible ataque.

Eran muchas las mujeres que no se atrevían a salir solas a la calle. Nunca se habían vendido ni adoptado tantos perros en Boston, ni habían tenido tanto éxito las clases de defensa personal.

El 8 de febrero de 1963, una camarera de veintinueve años fue agredida por

un hombre que llamó a la puerta de su casa diciendo que venía a arreglar una gotera. En cuanto le dejó entrar, el hombre se lanzó sobre ella tratando de pasar una cuerda alrededor de su cuello. La mujer se defendió mordiéndole, y el tipo escapó corriendo. La víctima describió a su atacante a la policía, pero era imposible saber si éste era realmente el *Estrangulador*.

Beverly Samans no tuvo tanta suerte. El 6 de mayo, la estudiante de Cambridge de veintitrés años fue asesinada tras ser violada. También había recibido varias puñaladas en el pecho izquierdo formando la figura de una diana. Tenía varios pañuelos atados al cuello con un nudo de lazo. De nuevo, la firma del *Estrangulador*.

La policía empezó a dudar de que todos los asesinatos fueran obra de un solo individuo. Sobre todo por las grandes diferencias que había entre las edades de las víctimas. Aquello no parecía obra del «psicópata que odiaba a su madre» que habían descrito inicialmente los psicólogos. Cabía la posibilidad de que uno o varios imitadores hubiesen comenzado a actuar atraídos por la fama mediática del asesino.

¿Y si había más de una persona involucrada en los asesinatos? ¿Y si en vez de a un estrangulador, la policía se estaba enfrentando a varios?

Porque, en realidad..., ¿qué era lo que sabían de él hasta ese momento?

Poca cosa: dado que había matado a casi todas sus víctimas en domingo o en vacaciones, era probable que trabajara. Y nada más.

Ese mismo año hubo otras dos víctimas: Evelyn Corbin, de cincuenta y ocho años, y Joan Graff, de veintitrés años, cuya muerte se produjo el día después del asesinato del presidente John F. Kennedy en Dallas.

Aunque la edad de Evelyn Corbin apuntaba a una víctima en línea con el patrón inicial de los asesinatos, su apariencia juvenil encajaba en los últimos crímenes del asesino en serie.

La muerte de una tercera víctima en 1964 fue la que más horror produjo entre los bostonianos.

Mary Sullivan, de sólo diecinueve años, fue encontrada estrangulada con una

media. Además, tenía dos bufandas de colores chillones anudadas en el cuello. El asesino la había violado con un palo de escoba. Entre los dedos de su pie izquierdo, la policía encontró una tarjeta navideña en la que el *Estrangulador* había escrito: «¡Feliz Año Nuevo!».

UN CAMBIO DE RUMBO EN LA INVESTIGACIÓN

Dos semanas después, el fiscal general Edward Brooke Jr. decidió tomar cartas en el asunto y ordenó que la Oficina del Fiscal General del Estado se ocupara de la investigación. Boston era una ciudad paralizada por el miedo. A los únicos a quienes parecía irles bien era a los cerrajeros. No podía ser que la labor de la policía se limitase a recomendar que se durmiera con las puertas cerradas y que se les avisara rápidamente en el caso de que se viera merodeando a alguien sospechoso.

El encargado de coordinar la nueva fase de la investigación fue John Bottomly, el «segundo de a bordo» de Edward Brooke Jr.

Sin embargo, uno de los primeros pasos que dio Bottomly para atrapar al asesino le abochornaría el resto de su vida. Siguiendo el consejo de un hombre de negocios, aceptó la ayuda de un famoso vidente especializado en resolver crímenes llamado Peter Hurkos, quien decía ser capaz de localizar al asesino sólo con visitar los lugares donde se habían cometido sus crímenes. Pero Hurkos no consiguió identificar al *Estrangulador* y, después de pasarse una semana haciéndole perder el tiempo a la policía, se marchó de Boston para no volver jamás.

Poco después se dobló la recompensa que se ofrecía por aportar informaciones que pudieran conducir a la captura del *Estrangulador*.

Pero entonces, en noviembre de 1964, el asesino dejó de matar.

¿Qué había ocurrido? ¿Había decidido detener su carrera criminal ante la

presión policial? ¿Se habría trasladado a otro estado para comenzar de nuevo con su actividad criminal?

La respuesta era mucho más complicada de lo que nadie podía imaginarse.

A principios del mes de marzo de 1965, uno de los detectives que se encargaban del caso recibió una llamada que lo cambió todo. Un joven abogado llamado F. Lee Bailey quería hacerle unas preguntas concretas sobre el caso. Un recluso del Hospital Estatal de Bridgewater para enfermos mentales había tratado de convencerle de que el *Estrangulador* era él y, para poder confirmar si estaba diciendo o no la verdad, Bailey necesitaba conocer ciertos detalles que sólo podían saber la policía y el asesino.

El recluso en cuestión era Albert DeSalvo, conocido como el *Hombre de verde* y, mucho antes, como el *Hombre de las medidas*.

ALBERT DESALVO

Albert Henry DeSalvo nació el 3 de septiembre de 1931 en el seno de una familia muy pobre de Boston. Su padre, Frank DeSalvo, era un peón y fontanero de origen italiano, y su madre, Charlotte, un ama de casa de origen irlandés. Albert fue el tercero de los seis hijos de la pareja.

La subsistencia de la familia dependía de la beneficencia. Frank DeSalvo nunca tuvo mucho interés en encontrar trabajo y prefería robar a tratar de ganarse la vida honradamente. De hecho, una de las pocas cosas que Albert aprendió de su padre fue a llevar a cabo pequeños hurtos en los comercios de su barrio y a allanar viviendas.

Sólo eso ya habría hecho que la infancia del pequeño Albert fuera muy difícil. Pero lo peor era que, además de ser un delincuente, Frank DeSalvo era un alcohólico muy violento que acostumbraba a darle palizas a su madre. En una ocasión llegó a romperle a puñetazos todos los dientes a Charlotte, y en otra le rompió los dedos de una mano.

Por si eso fuera poco, a menudo Frank obligaba a sus hijos a mirarle mientras tenía relaciones sexuales con prostitutas a las que llevaba a casa. Y no era raro que violara a su mujer y a sus hijas delante de sus hijos, aduciendo que eran «clases» en las que supuestamente debían aprender cómo tratar a las mujeres.

Según la doctora Helen Morrison, psiquiatra forense experta en asesinatos en serie, «para DeSalvo, sexo y agresividad se convirtieron muy pronto en la misma cosa».

Sin duda, la crueldad con la que su padre se comportaba con su madre tuvo que darle una visión distorsionada de la masculinidad, pero también de cómo son las mujeres y la manera en la que deben ser tratadas.

El hermano pequeño de Albert, Richard, lo recuerda así: «Mi padre bebía, y cuando lo hacía era violento. Yo debía de tener cuatro años, cinco como mucho, y recuerdo que había mucho jaleo en la cocina. A mi madre la había golpeado. La tiró y se golpeó con la lavadora. Creo que tenía la cabeza abierta o algo así. Albert intentaba defenderla y mi padre le tenía cogido por la garganta. Con las dos manos le rodeaba el cuello. Lo recuerdo bien. Salté sobre la mesa. No sé qué llevaba en la mano, una cuchara, un tenedor, un cuchillo, algo, e intenté clavárselo mientras gritaba: “¡Deja en paz a mi hermano!”».

Aun así, las cosas todavía podían ir peor. Dispuesto a conseguir dinero de cualquier manera, Frank DeSalvo vendió a Albert y a dos hermanas suyas como esclavos a un granjero de Maine por 9.000 dólares. Durante varios meses, además de verse obligados a trabajar de la mañana a la noche, los tres críos fueron sometidos a todo tipo de maltratos, incluyendo abusos sexuales.

No es de extrañar que, al regresar a casa, Albert se escapara a menudo para ir a dormir allá donde su padre no pudiera encontrarle. Más de una vez acabó pasando la noche junto a otros jóvenes fugitivos en los fríos muelles del este de Boston.

Afortunadamente para los DeSalvo, el cabeza de familia los abandonó en 1937 y se desentendió totalmente de ellos. Pero aunque Frank DeSalvo había salido de escena, Albert ya había iniciado un peligroso camino.

La primera vez que fue arrestado, por robo y lesiones, DeSalvo sólo tenía doce años.

«Él y uno o dos chicos tenían una Luger alemana», cuenta Richard DeSalvo. «No era auténtica. Él y alguien más intentaron atracar una tintorería con este tipo de arma. Ésa fue la primera vez que se metió en problemas. Le enviaron a la Escuela Lyman para chicos.»

La Escuela Lyman era un correccional con fama de duro. La violencia empleada con los internos, pero también entre los internos, estaba a la orden del día. Sin embargo, el comportamiento de DeSalvo fue impecable. En Lyman aprendió que, si no puedes ganar, no merece la pena luchar.

En octubre de 1944 se le concedió la libertad y comenzó a trabajar como recadero. Pero en agosto de 1946 robó un coche, lo que provocó que acabara de nuevo en el correccional.

Tras completar su sentencia, con sólo diecisiete años DeSalvo se alistó en el ejército. Era el 16 de septiembre de 1948. Inmediatamente, fue destinado a Alemania, tres años después del final de la Segunda Guerra Mundial.

UN HOMBRE DE FAMILIA

A DeSalvo, vivir en Alemania le dio la oportunidad de volver a empezar. Su nuevo destino le permitió dar rienda suelta a su gran apetito sexual, algo para lo que, además, no encontró muchos obstáculos. Era un hombre simpático y agradable que, sin llegar a ser guapo, resultaba atractivo para muchas mujeres.

Después de completar su primer período de servicio, a DeSalvo se le concedió el retiro con honores. Sin saber qué otra cosa hacer, volvió a alistarse. Le gustaba ser un soldado. Quizá porque, al igual que le había ocurrido en el correccional, no le costaba mostrarse agradable con sus superiores. En realidad, le encantaba estar cerca de aquellos que detentaban más poder.

En Frankfurt, DeSalvo conoció a Irmgard, una joven muy atractiva con la que

contrajo matrimonio. Y fue ella quien le sugirió que regresaran a Estados Unidos en 1954. Sólo un año más tarde, nació la primera hija de la pareja, Judy, y DeSalvo empezó a pensar en dejar definitivamente el ejército. Era un hombre ambicioso y sabía que su carrera allí ya había tocado techo.

Fue entonces cuando fue detenido por primera vez por un delito de carácter sexual. Al parecer, DeSalvo había besado y acariciado de forma inapropiada a una niña de nueve años, después de entrar en su casa haciéndole creer que venía a cobrar el alquiler.

A sus veinticuatro años, fue confinado en la cárcel del condado de Burlington. De ser condenado, podía llegar a pasar hasta cinco años en prisión. Pero la suerte estuvo de su parte. Según su abogado, James Logan: «Antes del juicio, la madre de la niña decidió que no quería que su hija testificara para evitarle la posible vergüenza y que tuviera que revivir el incidente. Así que el caso se desestimó».

DeSalvo abandonó el ejército y volvió a Boston con su familia, donde encontró trabajo rápidamente.

Como marido, tenía una obsesión: parecerse lo menos posible a su padre. Si Frank era un tirano con su familia, Albert se comportaba siempre de forma servicial con Irmgard y trataba de pasar el mayor tiempo posible con su hija.

Lo único que no podía controlar era su gran apetito sexual. Le pedía a Irmgard tener relaciones con ella cinco o seis veces al día, lo que complicó su relación de pareja. Además, desde el nacimiento de Judy, Irmgard rechazaba los requerimientos sexuales de su marido. La niña había nacido con una deformidad en la cadera que la obligaba a utilizar aparatos ortopédicos, y DeSalvo sentía que su mujer le culpaba por ello.

Poco después, la familia se mudó a Chelsea, la zona donde DeSalvo había pasado su infancia y adolescencia. Allí celebraron el nacimiento de su segundo hijo, Michael.

Y allí fue también donde volvió a delinquir. Como su padre, cuando necesitaba dinero, en vez de buscar más trabajo, Albert prefería allanar alguna casa para robar en ella.

«DeSalvo afirmó que había entrado en todas las casas de Charles Street, que es una de las zonas más selectas de Boston», cuenta la periodista Loretta McLaughlin, antigua editora del *Boston Globe* y experta en el caso. «Subía por las escaleras de incendios. Se le daba muy bien entrar y salir de los edificios.»

En 1958, DeSalvo fue arrestado dos veces por allanamiento de morada, y en ambas ocasiones evitó la prisión porque la policía no encontró pruebas concluyentes que demostraran que él era el ladrón al que habían estado persiguiendo.

Sin embargo, la policía no tardaría en encontrar evidencias suficientes para arrestarle.

EL HOMBRE DE LAS MEDIDAS

Según todos los expertos en el caso, los problemas en su vida conyugal fueron los que detonaron el impulso que acabaría convirtiéndole en agresor sexual. En casa, Irmgard había pasado a rechazarle totalmente. Seguían siendo un matrimonio, pero sólo de puertas afuera.

De modo que DeSalvo decidió satisfacer sus deseos con otras mujeres.

Diciendo que era representante de una agencia de modelos, se las arregló para entrar en innumerables ocasiones en los apartamentos de las estudiantes universitarias de la zona de Boston. Había visto un programa de televisión en el que un fotógrafo explicaba cómo hacía pruebas a las chicas para convertirlas en modelos. Y aquello le sirvió de inspiración para franquearse el acceso a los apartamentos.

Una vez dentro, trataba de conseguir que se quedasen con poca ropa. A algunas de ellas consiguió seducirlas gracias a su labia, con la promesa de que sus favores sexuales les asegurarían un contrato con la agencia para la que trabajaba. A otras sólo llegó a tomarles las medidas. Pero nunca agredió a ninguna.

Aun así, muchas chicas, al pasar el tiempo y darse cuenta de que el supuesto representante no iba a ponerse de nuevo en contacto con ellas, decidieron llamar a la policía para contar lo que les había ocurrido.

Muy pronto, DeSalvo empezó a ser conocido como el *Hombre de las medidas*.

El 17 de marzo de 1961, fue arrestado por la policía intentando entrar en una casa de la zona de Cambridge de Boston, donde se habían producido la mayoría de los delitos del falso empleado de la agencia de publicidad. El detenido reconoció su culpabilidad y confesó ser el *Hombre de las medidas*. Algunas de sus víctimas pudieron identificarle.

DeSalvo fue acusado de allanamiento de morada con agravantes. Si bien no había agredido sexualmente a las chicas, sí que había conseguido que le dejaran entrar en sus casas con un pretexto falso. Tras su juicio, fue condenado a pasar once meses en prisión.

No obtuvo la libertad hasta 1962. Precisamente, el año elegido por el *Estrangulador de Boston* para comenzar a actuar, y también por el *Hombre de verde*, un violador en serie.

EL HOMBRE DE VERDE

Entre 1962 y 1964, DeSalvo agredió sexualmente a cerca de trescientas mujeres en Massachusetts, Connecticut, Rhode Island y New Hampshire.

Como cada vez que llevaba a cabo las agresiones lo hacía vistiendo ropa de trabajo de color verde, la policía lo apodó el *Hombre de verde*, un mote que al poco tiempo también empezó a usar la prensa.

Su *modus operandi* era el siguiente: entraba en los apartamentos abriendo las cerraduras con unas tiras de polietileno recortadas de los botes de detergente; una vez dentro, ataba a las mujeres a sus camas y, amenazándolas con una navaja, abusaba de ellas y, en ocasiones, incluso las violaba. Lo raro es que, en otras, pedía perdón y se iba antes de hacerlo.

Pese a ser tan prolífico, la policía tardó mucho en descubrir su identidad. Y si lo hizo fue sólo gracias a un golpe de suerte.

El 27 de octubre de 1964, un hombre entró en la casa de una mujer en East Cambridge haciéndose pasar por un detective. Luego ató a la mujer a la cama y la agredió sexualmente. Lo extraño es que de pronto se marchó diciendo «lo siento» mientras salía por la puerta.

Al hablar con la policía, la mujer describió con exactitud a su asaltante, y los agentes por fin pudieron identificarle. En realidad, tenían su ficha desde hacía años, sólo que no estaba fichado en la categoría de «agresiones sexuales», sino en la de «allanamientos». Pero esta vez, una búsqueda más exhaustiva acabó dando resultados.

El *Hombre de verde* era también el *Hombre de las medidas*, Albert DeSalvo.

Cuando su foto fue publicada en la prensa, fueron muchas las mujeres que le identificaron como el hombre que las había atacado. DeSalvo era el agresor sexual «perfecto». Tenía una apariencia simpática, buenos modales y una voz aguda y clara. Por un lado, era perfectamente olvidable; por otro, resultaba muy fácil confiar en él.

Pero... ¿era capaz de ir más allá de la agresión sexual?

Para los policías que se encargaron del caso del *Hombre de verde*, la respuesta era un rotundo «no». Por eso, en ningún momento se les pasó por la cabeza que DeSalvo pudiera ser también el *Estrangulador de Boston*. Su forma de actuar era demasiado diferente. El *Hombre de verde* no sólo no mataba nunca, sino que permitía que sus víctimas vieran claramente su rostro. Era como si en el fondo estuviera deseando que lo atraparan. En cambio, el escurridizo *Estrangulador* no dejaba ninguna huella que permitiese identificarle.

Ésa fue la razón más importante por la que, pese a su confesión, la policía tardó tanto en aceptar que DeSalvo pudiera estar diciendo la verdad.

LA CONFESIÓN

Tras ser detenido por los crímenes del *Hombre de verde*, DeSalvo fue ingresado en el Hospital Estatal de Bridgewater para que los médicos determinaran si padecía un trastorno mental.

Allí tuvo un encuentro que resultaría de crucial importancia.

En el mismo centro se encontraba internado George Nassar, un asesino de treinta y tres años, con quien DeSalvo compartía celda. Nassar había sido enviado a Bridgewater después de asesinar brutalmente a Irvin Hilton, el propietario de una estación de servicio, y los médicos habían concluido que tenía tendencias esquizofrénicas.

En una ocasión, DeSalvo le preguntó a Nassar qué pasaría «si un tipo que hubiera sido encarcelado por robar un banco en realidad hubiera robado trece», insinuando que había cometido crímenes mucho más graves que aquellos por los que había sido acusado el *Hombre de verde*.

Nassar nunca ha contado de qué más hablaron, pero siempre ha sostenido que fue aquel día cuando empezó a pensar que su compañero de celda podía ser el *Estrangulador de Boston*.

Sin duda animado por la idea de cobrar la recompensa que se ofrecía por aportar información que condujera a la captura del *Estrangulador*, Nassar se puso en contacto con su abogado, F. Lee Bailey, a quien acabó convenciendo de que se entrevistara personalmente con DeSalvo.

Al principio, Bailey no le concedió demasiada credibilidad a lo que le había contado Nassar. «Cuando se producen asesinatos en serie, y se les da publicidad, mucha gente suele entregarse y confesar —contó Bailey años más tarde—. Y aquí tenemos a un hombre internado en una institución mental, con algún tipo de patología.»

Pese a ello, el 4 de marzo de 1965, el abogado se reunió con DeSalvo en Bridgewater. En su entrevista, el preso confesó los once asesinatos conocidos del *Estrangulador*, así como otros dos más: el de Mary Brown, que había muerto apuñalada en 1963, y el de Mary Mullen, fallecida debido a un ataque al corazón sufrido cuando DeSalvo la atacó en 1962.

Los detalles que dio DeSalvo sobre los crímenes sólo los conocía la policía. Eso fue lo que convenció al escéptico Bailey de que era el asesino que había tenido en vilo a la ciudad de Boston todos esos años. DeSalvo llegó incluso a explicarle que el nudo que utilizaba para estrangular a sus víctimas era el mismo que adornaba los lazos que colocaba en las piezas ortopédicas que necesitaba su hija Judy para corregir la deformidad de cadera con que había nacido.

Sin embargo, no había ninguna evidencia física de que estuviera diciendo la verdad.

Por este motivo, los investigadores no podían condenarle por los crímenes que decía haber cometido. Su confesión no era suficiente. Además, no había nadie capaz de identificarlo. Así que, al no tener ningún otro hilo del que tirar, John Bottomly decidió interrogar a DeSalvo en profundidad.

Entre la primavera y el otoño de 1965, ambos hombres se reunieron cada semana en presencia de un testigo. DeSalvo describió todos sus crímenes al detalle. Como sospechaba la policía, la mayoría de los asesinatos se habían producido en fines de semana porque así «podía salir de casa el sábado, diciéndole a su mujer que iba a trabajar». Después se dedicaba a vagar por las calles en su coche hasta que el «ansia de matar» se apoderaba de él y buscaba una víctima. Entraba a un edificio, buscaba un piso donde viviera una mujer sola y, si la mujer que le abría la puerta era de su agrado, se las arreglaba para que le dejara entrar diciendo que venía en nombre de su casero a ofrecerle una nevera nueva o a pintarle el piso. Conversaba unos minutos con ella y cuando se activaba dentro de él algo que era incapaz de controlar, la mataba. Normalmente le ocurría cuando la mujer le daba la espalda. Eso le despertaba un sentimiento de odio incontrolable.

DeSalvo no supo explicar nunca por qué mataba. A veces culpaba a su esposa, otras a su educación, o a sí mismo. Incluso llegó a decir que esperaba que al testificar pudiera entender las razones que le habían llevado a convertirse en un asesino. En todo caso, las teorías que había manejado la policía en sus fallidos intentos de identificarle le parecían absurdas. Él amaba a su madre; es más, se

sentía culpable por no haber sabido protegerla de su padre. Y no era un solitario precisamente, sino un hombre de familia.

Lo que sí explicó fue algo que había tenido desconcertados a los investigadores: la razón de la diferencia de edad entre sus víctimas. Y la respuesta era sencilla, se debía únicamente a que las elegía al azar. Le obsesionaban las mujeres y le daba igual la edad que tuvieran o que fueran guapas o feas.

Si el asesinato de Beverly Samans fue más salvaje que el de sus otras víctimas se debió sólo a que ésta le gritaba suplicando «¡no lo hagas!» mientras la agredía sexualmente. Justo lo mismo que le decía su mujer cuando le rechazaba. Ella le hacía «sentirse un don nadie, que sintiera complejo de inferioridad». En cierta manera, al matar a aquellas mujeres, le estaba dando su merecido a Irmgard.

La declaración concluyó el 29 de septiembre de 1965. Al analizarla, los policías llegaron a la conclusión de que no estaba mintiendo.

Albert DeSalvo era realmente el *Estrangulador de Boston*.

UNA POLÉMICA SENTENCIA

Dado que no había pruebas que pudieran garantizar la condena de DeSalvo en el caso de que fuera juzgado por los crímenes del *Estrangulador*, se decidió juzgarle por los que había cometido como el *Hombre de verde*.

Y fue el abogado Lee Bailey quien decidió hacerse cargo de su defensa. No quería verle libre, sino conseguir que fuera internado en una institución psiquiátrica donde podría recibir el tratamiento adecuado. Para ello, debía conseguir que su cliente fuera declarado «no culpable» al haber cometido sus delitos encontrándose enajenado mentalmente.

El 30 de junio de 1966, se celebró una vista preliminar para determinar si Albert DeSalvo podía ser juzgado por los crímenes del *Hombre de verde*.

Por fin, el 10 de julio, el juez Horace Cahill declaró competente al acusado

para ser juzgado.

Seis meses después, el 9 de enero de 1967, comenzó el juicio de Albert DeSalvo. Se enfrentaba a los cargos de agresión sexual y robo a mano armada.

Puesto que DeSalvo había reconocido su culpabilidad en los crímenes del *Hombre de verde*, el juicio giraba en torno a la salud mental del acusado.

El fiscal fue Donald L. Conn y los testigos de la acusación, cuatro mujeres víctimas del *Hombre de verde* cuyas identidades se mantuvieron en secreto. Como Bailey quería que el jurado aceptara la idea de que estaban ante un enfermo mental, los peritos de la defensa más relevantes fueron dos psiquiatras, los doctores Robert Ros Mezer y James Brussel, del Departamento de Salud Mental de Nueva York. Este último afirmó que la infancia del acusado y el rechazo de su mujer le habían llevado «primero a la agresión sexual, que le llevó a las violaciones y al asesinato en última instancia».

Aunque el doctor Brussel había traído a la sala la mención a los estrangulamientos, que debían evitarse ya que el acusado no estaba siendo juzgado por ellos, para el fiscal era más importante que el jurado no interpretase que DeSalvo era un hombre a merced de un impulso incontrolable. Por ello insistió mucho en que el psiquiatra explicase a qué se refería con exactitud. La respuesta del doctor Brussel fue contundente: «Se creía Dios en su propio mundo».

Conn contraatacó llamando a declarar a otro interno de Bridgewater, Stanley Setterland, que manifestó bajo juramento que había escuchado a DeSalvo contar que iba a hacerse pasar por enfermo mental para evitar la prisión y que planeaba escribir un libro sobre los crímenes del *Estrangulador* cuyos ingresos servirían para mantener a su familia.

De todas las conclusiones a las que se llegó durante el juicio respecto a la personalidad de DeSalvo, la que parece menos discutible es que fue su complejo de inferioridad lo que le llevó a cometer sus crímenes. Hablando de la época en la que se dedicaba a tomarle medidas a las universitarias, dijo: «Creen que son

mejores que yo. (...) Yo no tuve nada en la vida, pero he sido más listo que ellas».

El 18 de enero de 1967 se dio por terminado el juicio.

Para el fiscal, DeSalvo sólo era un astuto criminal que se hacía pasar por loco para ser recluido en una institución psiquiátrica.

Para la defensa, en cambio, era «un fenómeno, una oportunidad única para ser estudiada. (...) Aparte de la moral, la religión, la ética o cualquier otra objeción para la pena de muerte, ejecutar a este hombre es un acto tan desmedido e ignorante como lo fue quemar a las brujas de Salem».

En su alegato final, el juez Cornelius Moynihan explicó al jurado que el acusado podía ser declarado culpable, no culpable o no culpable por enajenación mental. Y les dejó muy claro que no se le juzgaba por los estrangulamientos, sino por sus agresiones sexuales.

El jurado se retiró a deliberar y, después de casi cuatro horas, regresaron con su veredicto: Albert DeSalvo era culpable.

Sin embargo, la sentencia del juez no fue precisamente la que deseaba Bailey; su cliente fue condenado a cadena perpetua y devuelto al Hospital Estatal de Bridgewater hasta que llegase el momento de enviarle a una prisión de máxima seguridad, en la que debería permanecer el resto de su vida.

Para Bailey, dicho veredicto supuso un gran error. «Lo que yo quería era que el *Estrangulador* acabara en un hospital, donde los doctores pudieran tratar de descubrir qué era lo que le había impulsado a matar. A la sociedad se le ha privado de un estudio que podría ayudar a disuadir a otros asesinos en serie que viven entre nosotros (...).»

Además, Bridgewater no era precisamente lo que parecía. Se trataba de un lugar más parecido a una cárcel que a un hospital, y su personal no estaba preparado para atender a un enfermo mental.

Al poco tiempo de ingresar en Bridgewater, DeSalvo consiguió escapar de allí junto a otros dos internos. Los tres hombres compartían celdas adyacentes y se fugaron utilizando una llave fabricada por ellos mismos. Luego salieron a la calle deslizándose por el hueco de un ascensor en construcción en la parte exterior del edificio.

En la litera de DeSalvo se encontró una nota. En ella explicaba que había escapado para llamar la atención del público sobre las condiciones de vida del hospital y también sobre su propia situación. Se iba porque, queriendo recibir ayuda, nadie había hecho nada por él.

Los tres hombres fueron capturados sólo treinta y seis horas más tarde. La policía detuvo a los otros dos internos en un bar de un barrio cercano. Por su parte, DeSalvo telefoneó a su abogado desde una tienda de ropa. Quería entregarse. Simplemente le dijo: «Se acabó. Lléneme de vuelta».

Su nota era sincera, quería ayuda. La fuga había sido sólo una manera de conseguir que se le volviera a prestar atención. Al hablar con la prensa tras su nuevo arresto, dijo: «No molesté a nadie y nunca lo haré. No quise hacer daño a nadie. Lo hice para reclamar la atención pública sobre el caso de un hombre que tiene una enfermedad mental, contrata a un abogado y nadie hace nada para ayudarlo».

Sin embargo, su intento de fuga tuvo consecuencias graves. Se añadieron de siete a diez años a su condena, y no sólo se le negó la atención que requería, sino que además fue enviado directamente a una prisión de máxima seguridad.

Para entonces, DeSalvo ya sólo tenía un plan: pasar el resto de sus días dedicado a uno de sus hobbies, crear artesanalmente joyas, y vivir lo más tranquilo posible.

Y lo consiguió. El problema es que «el resto de sus días» fueron muchos menos de los que esperaba disfrutar.

El 25 de noviembre de 1973, Albert DeSalvo fue hallado muerto en su celda de la prisión de Walpole. Había sido apuñalado dieciséis veces, seis de ellas en el corazón.

Según la policía, fue víctima de una lucha de poder entre los internos más poderosos de la cárcel. Llevaba muerto diez horas cuando su cadáver fue por fin encontrado por uno de los guardias.

Aunque Robert Wilson, un miembro de una banda de ladrones, fue juzgado por el asesinato, el jurado no le consideró culpable. Y dado que los compañeros de DeSalvo en la prisión de Walpole se negaron a colaborar en la investigación, el asesino del supuesto *Estrangulador* nunca fue encontrado.

EL MISTERIO

Pese a su condena, algunos de los investigadores del caso del *Estrangulador* nunca llegaron a estar del todo convencidos de que DeSalvo fuera realmente culpable.

Una teoría que resurge de tanto en tanto es que Albert DeSalvo confesó sólo porque estaba convencido de que, ya que iba a pasar el resto de su vida en la cárcel, por lo menos, si era condenado por ser el *Estrangulador de Boston*, se haría lo bastante famoso como para conseguir dinero para mantener a su mujer y a sus hijos. Además, sus allegados afirman que le atraía la idea de llegar a ser conocido mundialmente.

Según su hermano Richard, «Albert confesó o tuvo que hacerlo únicamente por dinero. Estoy convencido de que fue por esa razón. Una vez me llamó por teléfono desde la cárcel y me dijo: “Van a rodar cabezas cuando se sepa esto. Muchos se avergonzarán”». Pero sabiendo que le estaban escuchando, no se atrevió a contarle lo que parecía que quería compartir con él.

Al día siguiente de esa llamada, DeSalvo murió asesinado. ¿Fue una

casualidad o realmente estaba a punto de contar algo importante que su muerte impidió que saliera a la luz?

Susan Kelly, una escritora que ha tenido acceso a todos los archivos del caso, sostiene que los asesinatos del *Estrangulador* en realidad fueron obra de varios asesinos. Otro escritor y agente retirado del FBI, experto en perfiles criminales, Robert K. Ressler, opina que los asesinatos responden a patrones de comportamiento tan distintos entre sí que resulta inconcebible que los hubiese cometido el mismo hombre.

Hoy en día, George Nassar, el preso a quien DeSalvo confesó sus crímenes, es considerado uno de los sospechosos del caso. Con cerca de ochenta años, sigue en prisión cumpliendo cadena perpetua por el asesinato que cometió en 1967.

Aunque Claudia Bolgen, la abogada de Nassar, siempre negó que su cliente tuviera nada que ver con los crímenes del *Estrangulador*, Ames Robey, un antiguo psicólogo de prisiones que analizó tanto a DeSalvo como a Nassar, definió a este último como «un asesino psicópata misógino». En su opinión, era un sospechoso mucho más creíble que DeSalvo. Y no es el único que piensa que existe la posibilidad de que Nassar fuera realmente el asesino.

Sea inocente o no, la vinculación de Nassar al caso del *Estrangulador de Boston* eliminó cualquier posibilidad que pudiera haber tenido de conseguir la libertad condicional.

A su manera, Nassar ha sido la última víctima de DeSalvo.

*Ésta es la historia no contada del Estrangulador,
El hombre que reclama la muerte de trece mujeres, jóvenes y ancianas (...)
jóvenes y ancianas, sus labios están sellados.
El secreto de su muerte nunca revelado...**

19

La Dalia Negra

Corría la época dorada de Hollywood cuando la joven Elizabeth Short llegó a Los Ángeles (California) con la ilusión de convertirse en una estrella de cine.

Sin embargo, fue su misterioso y brutal asesinato lo que la convirtió en una celebridad.

Los medios de comunicación de la época la apodaron la «Dalia Negra» por su oscuro cabello, sus ojos azabache y porque casi siempre vestía de negro. El alias emulaba el título de una famosa película de cine negro estrenada en aquella época, *La Dalia Azul*, protagonizada por Alan Ladd y Veronica Lake, y con guión de Raymond Chandler.

Durante varias semanas el gran público no habló de otra cosa.

Sin embargo, la policía nunca descubrió al asesino.

Más de sesenta años después, el asesinato de Elizabeth Short sigue impune.

EL DESCUBRIMIENTO

El 15 de enero de 1947 amaneció nublado en Los Ángeles.

Betty Bersinger, un ama de casa que vivía en Norton Avenue, salió con su pequeña hija de tres años hacia una tienda de reparación de calzado. Estaban cruzando un terreno sin edificar y lleno de matorrales en el distrito de Crenshaw, cuando algo llamó la atención de la niña. Parecía un maniquí de gran tamaño, partido por la mitad.

Betty no se extrañó. Muchas tiendas de ropa de la zona habían cerrado tras la

muerte de sus dueños durante la Segunda Guerra Mundial, así que era bastante habitual encontrar por allí ese tipo de material desechado.

Pero cuando se acercaron, sus corazones dieron un vuelco. El blanquecino maniquí era en realidad el cadáver de una joven, seccionado en dos por la cintura.

Betty se apresuró a tapar los ojos de su hija. El faro de un coche se alejó al escuchar su grito de pavor, aunque Betty no consiguió ver qué automóvil era, como luego confesó a los detectives. Sólo estaba preocupada por correr hasta la casa más cercana para avisar a la policía.

La escena del crimen no tardó en llenarse de periodistas y agentes de policía. Frank Perkins y Will Fitzgerald fueron los primeros agentes en llegar. Observaron que las dos partes del cuerpo estaban a medio metro de distancia la una de la otra. Pero lo más llamativo de todo era su disposición, que no respondía a una cuestión del azar. Alguien lo había colocado allí con mucho cuidado.

En un extremo estaban las piernas, colocadas en una grotesca y obscena posición. Muy cerca se encontraba el tronco, con los brazos alzados sobre la cabeza ladeada. El rostro estaba destrozado, apenas reconocible, presumiblemente golpeado con un bate de béisbol. Las mejillas habían sido rajadas desde las comisuras de los labios hacia los lados, dejando la mandíbula sin apenas sujeción y dibujando una siniestra sonrisa. Además, los tobillos y muñecas presentaban marcas de cuerdas, y al examinarlas durante la autopsia se llegó a la conclusión de que la víctima habría sido atada y torturada durante un mínimo de setenta y dos horas.

Un gran número de laceraciones, golpes y quemaduras aparecían por todo su cuerpo. El pecho derecho le había sido extirpado. Profundos cortes en forma de «X» adornaban sus miembros y su zona pélvica. Además, faltaban trozos de su cuerpo que habían sido seccionados con precisión de cirujano.

Se halló una pequeña mutilación en el muslo izquierdo. Tenía forma de

triángulo. Era el lugar donde Short tenía tatuada una flor. En la autopsia se descubrió que ese pequeño trozo de carne le fue introducido en la vagina.

El forense dictaminó que la causa de la muerte fue una hemorragia cerebral provocada por múltiples fracturas de cráneo. El macabro detalle final era la evidencia de una violación post mórtem.

Además del propio cadáver, la única evidencia era un saco de tela en el que, en teoría, el asesino había desplazado el cuerpo descuartizado.

Ni una gota de sangre adornaba el cuerpo ni la hierba a su alrededor, lo que probaba que había sido cuidadosamente lavado en el lugar en el que se produjo la muerte, antes de ser trasladado hasta el solar.

Desvelar su identidad se convirtió en la prioridad de los agentes. Pero los dedos de la víctima estaban arrugados por efecto del agua, con lo que la toma de huellas dactilares se hizo especialmente dificultosa.

Había empezado la investigación policial más importante de toda la historia de Los Ángeles.

UNA VÍCTIMA ANÓNIMA

Harry Hansen y Finis Brown, los primeros detectives asignados al caso, enviaron desde California las huellas dactilares de la víctima a las oficinas centrales del FBI. Si estaba fichada, quizá podría hallarse una coincidencia.

Los técnicos encargados de la dactiloscopia contrastaron un archivo que contaba con ciento cuatro millones de huellas. Treinta y dos horas después de encontrar el cuerpo, el cadáver anónimo ya tenía un nombre.

La víctima era Elizabeth Short. Tenía veintidós años, y sus huellas habían sido tomadas durante la Segunda Guerra Mundial. Elizabeth había trabajado en la cantina del cuartel Camp Cooke, donde fue fichada por la policía por consumo de alcohol siendo menor de edad.

De inmediato, la policía inició una investigación exhaustiva para conseguir

más pistas sobre su pasado.

Mientras, la prensa siguió el mismo camino, pero de manera muy distinta.

En aquella época existía una gran relación entre los reporteros y los agentes de la ley. Ni siquiera se utilizaba precinto policial para alejar a los curiosos de las escenas del crimen, y la información era a menudo compartida con los periodistas, quienes incluso asistían regularmente a las autopsias.

Así que muy pocas horas después de identificar el cadáver, se produjo la primera filtración del caso al diario *Los Angeles Examiner*. Aunque se prohibió la publicación de las imágenes realizadas en la escena del crimen debido a su brutalidad, los periodistas no tardaron en comenzar a hacer su trabajo.

Telefonaron al domicilio de la madre de Elizabeth, Phoebe Short, que residía en Cambridge (Massachussets). Le dijeron que su hija acababa de ganar un concurso de belleza, consiguiendo así una gran cantidad de datos sobre la vida de Elizabeth. Luego le dieron la noticia de su terrible fallecimiento al final de esa misma conversación. No fue la única vez que los familiares de Elizabeth sufrieron a los medios. En el mismo momento en que pisaron Los Ángeles, los reporteros empezaron a seguirles incansablemente, obligándoles a hacer públicas sus muestras de dolor.

Pero sobre todo, los periodistas no tardaron en empezar a hacerse eco de la vida disoluta que Elizabeth Short acostumbraba a llevar en los submundos de Hollywood. Titulares bochornosos la tildaban de prostituta, lesbiana y borracha. Se dio rienda suelta a todo un bombardeo de noticias y chismes sobre sus supuestos devaneos amorosos.

Las pistas inconclusas, los numerosos sospechosos y el carácter aparentemente turbio de la víctima dispararon la imaginación y los miedos de la población. Durante varios meses no se habló de otra cosa.

Pronto se supo que Elizabeth se movía en un entorno frecuentado por jóvenes frustradas que no habían conseguido hacer realidad sus sueños de triunfar en el mundo del espectáculo.

Sin embargo, ninguna de todas ellas había aparecido muerta, y Elizabeth sí.

LA VIDA DE ELIZABETH SHORT

Elizabeth Short nació en un pueblecito de Massachusetts el 29 de julio de 1924.

Sus padres, Cleo y Phoebe Short, regentaban un humilde negocio de minigolf que se fue a la quiebra durante el Crack del 29, como tantos otros.

Cleo abandonó a su familia de una manera bastante excéntrica: dejó su coche cerca de un puente y desapareció fingiendo su propio suicidio. Phoebe se quedó al cuidado de sus seis hijas. Todas habían nacido en un plazo de ocho años.

Durante más de una década, las Short vivieron sin su padre. Hasta que de pronto Cleo reapareció en sus vidas. Estaba vivo y quería regresar a casa. A pesar de disculparse con Phoebe, la madre de Beth jamás quiso volver a saber nada de él.

La infancia de Elizabeth quedó marcada por este abandono, pero también por la enfermedad: sufría problemas pulmonares y asma. Los fríos inviernos de su localidad natal eran tan perjudiciales para la joven que a partir de los dieciséis años su madre empezó a mandarla a casa de unos conocidos de Florida durante las estaciones frías.

Fue allí, concretamente en Miami, donde Beth consiguió su primer empleo, de camarera en un restaurante. Conforme pasaban los años, Beth se iba convirtiendo en una esbelta y hermosa mujer que causaba admiración allí donde iba, y empezó a hacer cuanto estaba en su mano para explotar su imagen. Se tiñó el pelo de negro azabache y comenzó a lucir vestidos ajustados.

Fue en esa época cuando empezó a considerar seriamente la posibilidad de convertirse en modelo o actriz. De niña, pasaba veladas enteras viendo películas con su madre, y ya de adulta, se convirtió en una asidua de los grandes estrenos del Hollywood de los años treinta, a los que asistía con su hermana mayor. Le encantaban sobre todo los musicales de Fred Astaire y Ginger Rogers.

En 1943, Beth se mudó a Vallejo para vivir con Cleo durante una temporada.

Así estaría más cerca de Los Ángeles. Pero la reconciliación entre padre e hija duró poco, y no tardaron en separarse. Él explicó a la prensa que ella salía mucho, pero la verdad era que Cleo esperaba que su hija fuese una especie de criada que llevara la casa. Sin embargo, los planes de Beth eran otros.

Tras acabar mal con su padre, se marchó a Santa Bárbara, donde trabajó temporalmente en la base militar de Camp Cooke. Elizabeth tuvo *affaires* con muchos soldados, quienes la convencieron de que tenía la belleza y el talento necesarios para triunfar en Hollywood.

Beth no tardó en abandonar ese empleo para marcharse lejos de allí, a la Costa Este. Se convirtió en una habitual de los garitos de moda y empezó a cambiar de pareja con la misma facilidad que lo hacía de vivienda.

Hasta que, en la Nochevieja de 1944, conoció a un militar del que se enamoró perdidamente, el mayor Matthew M. Gordon Jr.

No tardaron en prometerse. Gordon era un apuesto piloto, un héroe de guerra. Beth se imaginaba casada con él, una especie de idílica ilusión «hollywoodiense».

Sin embargo, Matt murió en un accidente aéreo en La India en 1945.

Beth quedó traumatizada. Estaba convencida de que la vida le había arrebatado a su príncipe azul, y cayó en una profunda depresión. Volvió a California, donde buscó consuelo en la bebida y en un ex novio también militar, el teniente Gordon Fickling. Pero la relación no prosperó, debido sobre todo a los constantes flirteos de Beth con otros hombres.

Fickling se mudó a Carolina del Norte y Beth se quedó sola. Seguía siendo incapaz de mantener un empleo fijo ni de vivir durante mucho tiempo en el mismo lugar. Y para terminar de complicar las cosas, gastaba el poco dinero que conseguía en ropa nueva y elegante en vez de hacerlo en comida y alquiler.

Los hombres la invitaban a cenar, le pagaban copas, le hacían regalos caros y hasta le ofrecían dinero en metálico. Y ella no se negaba. Su gran esperanza era conocer a algún adinerado mecenas que la sacara de la precariedad y la impulsara en su camino al estrellato.

Comenzó a relacionarse con malas compañías que la rodearon de drogas, alcohol, mafia y prostitución. Un submundo muy habitual en Hollywood, que inspiró multitud de argumentos salidos de la imaginación de escritores como el citado Raymond Chandler y Dashiell Hammett.

El descontrolado círculo vicioso en el que entró Elizabeth la llevó incluso a rondar el circuito de cine erótico de serie B. También empezó a hacer de chica de compañía de personajes relevantes, lo que avivó el rumor de que ejercía la prostitución.

El 8 de enero de 1947, Flicking recibió una carta de Beth. La chica anunciaba su intención de ir a Chicago para intentar ser modelo.

Por motivos que se desconocen, Elizabeth había abandonado Los Ángeles en febrero de 1946. Viajó por todo el país hasta que llegó en diciembre a San Diego. Una semana más tarde conoció a un comercial de veinticinco años llamado Robert «Red» Manley. Elizabeth buscaba un lugar donde dormir, y él la recogió en su coche.

Según la posterior declaración de Manley, tras pasar unos días juntos, se ofreció a llevarla a Los Ángeles. En el camino pararon a dormir una noche en un motel. Aunque estaba casado, él quiso tener una aventura con Elizabeth. Pero ella se negó y no hubo sexo entre ellos.

Además, aunque Elizabeth hubiera querido, no habría sido posible. Tal y como se había descubierto durante la autopsia, la mujer era incapaz de mantener relaciones sexuales. Según el informe post mórtem, tenía genitales infantiles, a medio desarrollar.

Al día siguiente, el 9 de enero de 1947, Red y Elizabeth llegaron al Hotel Biltmore en el centro de Los Ángeles.

Elizabeth se hospedó allí y Manley se marchó a su casa.

A las diez de la noche, Beth salió. El recepcionista recordaría más tarde que quedó admirado ante su belleza. La observó alejarse por Oliver Street, vestida con su suéter y pantalón negro habituales.

Es lo último que se supo de ella. Nunca más se la volvió a ver con vida.

LA MAYOR BÚSQUEDA DE LA HISTORIA

El Departamento de Policía de Los Ángeles desplegó el mayor dispositivo de búsqueda de toda la historia de la ciudad californiana.

Con la prensa tan pendiente, el crimen se convirtió inmediatamente en una prioridad. Una notoriedad que a la postre sólo trajo inconvenientes. Las pistas falsas no tardaron en empezar a superar a las válidas.

Armados apenas con los resultados de la autopsia, y con el temor a que el asesino actuara de nuevo, decenas de oficiales de policía se dedicaron a hacer entrevistas de puerta en puerta en los alrededores del solar de la escena del crimen.

Se trataba de rastrear el vecindario buscando testigos, sospechosos o alguna pista incriminatoria. Pero ni siquiera el hallazgo del bolso y los zapatos de Beth en un cubo de basura a kilómetros de la escena del crimen arrojó luz al suceso.

Se abrió una línea de investigación para cubrir la potencial relación del asesinato de la Dalia con otros crímenes. Cada nuevo asesinato fue examinado desde entonces con gran detenimiento con el fin de encontrar cualquier coincidencia, pero no hubo resultados.

Como tampoco los hubo al comparar el crimen con otros casos anteriores. El más significativo fue el del *Descuartizador de Cleveland*, a quien se le atribuyen los llamados «crímenes del torso» entre 1934 y 1938. Unos asesinatos que también siguen sin resolverse a día de hoy. Pero la policía pronto descartó que estuviesen relacionados con el de la Dalia, pese a que las víctimas también fueron seccionadas por la mitad, a la altura de la cintura.

Los agentes atendieron miles de llamadas de personas que daban pistas de dudosa fiabilidad o que directamente confesaban haber matado a la Dalia. Decenas de personas se autoinculparon del crimen. Pero sólo buscaban

notoriedad. Ninguno demostró saber más de lo que estaban publicando los periódicos.

También hubo quien delató a algún conocido, lo cual obligó a la policía a investigar con mayor exhaustividad la pista facilitada. Pero esas acusaciones solían ser producto de alguna rencilla personal y del ansia de venganza del confidente.

Incluso dos oficiales de policía, charlando sobre el caso, fueron señalados como sospechosos por el camarero del restaurante donde se encontraban.

Los detalles excéntricos tampoco faltaron. Videntes, ocultistas y pseudocientíficos con métodos «infalibles» se prestaron a resolver el crimen. En ese contexto, un individuo sugirió que se tomaran fotografías en detalle del globo ocular de Elizabeth. Pensaba que la imagen del asesino podía haber quedado «fotografiada» en la retina de la víctima. Se trataba de una creencia algo extendida en la época, que tampoco arrojó resultado alguno.

Las continuas investigaciones sobre el entorno social de Beth fueron dejando patente su errática vida y la carencia de amigos íntimos, así que empezó a barajarse la posibilidad de que el asesino de la Dalia fuese un amorío casual.

Tampoco se descartó que fuese una mujer la responsable, y que seccionar el cuerpo por la mitad respondiera a razones prácticas (una mujer tendría menos fuerza que un hombre para transportar según qué peso).

El ritmo de trabajo en la comisaría de Los Ángeles era frenético, y todavía no se había llegado a ninguna conclusión real. Los recursos policiales se dedicaban casi exclusivamente a descartar pistas falsas, con lo que la labor de investigación real avanzaba muy lentamente.

Pero la lista de sospechosos no dejaba de crecer.

EL PRINCIPAL SOSPECHOSO

Durante un tiempo, el principal sospechoso de haber asesinado a Elizabeth Short

fue Robert «Red» Manley.

El 19 de enero fue detenido en su casa de Los Ángeles y sometido a un durísimo interrogatorio que duró diez horas. Pero sus coartadas resultaron sólidas, y no fue procesado.

Según el reportero de la KTTV Tony Valdez: «Robert Manley era el sospechoso perfecto para la policía. Fue la última persona que vio con vida a Elizabeth Short. Corría un riesgo al acercarse a ella, porque estaba casado con una mujer hermosa y tenía un bebé recién nacido. Y además admitió que, de haber tenido oportunidad, habría mantenido relaciones sexuales con la víctima».

Antes de quedar en libertad, Manley proporcionó al menos un detalle importante para la investigación: la última vez que vio con vida a Elizabeth fue el 9 de enero. Pero el cuerpo no se encontró hasta el día 15. De modo que la policía se concentró en descubrir dónde podía haber estado esos días.

Dos años después del asesinato, a Red Manley le diagnosticaron un trastorno psiquiátrico y fue ingresado en un centro mental, en el que permanecería de por vida. Pese a ello, años después, en 1954, se le volvió a citar para ser interrogado tras inyectarle el popularmente conocido como «suero de la verdad», el pentotal sódico. Nuevamente fue absuelto de todos los cargos. Aun así, cuando falleció en 1986 todavía suscitaba la desconfianza de muchos.

La verdad es que bastantes hombres habían abandonado a Elizabeth a lo largo su vida. Red Manley sólo había sido el último. El primero fue su propio padre, Cleo Short. A él también se le llegó a considerar sospechoso. Era un hombre tremendamente frío y distante, mantenía una tortuosa relación con su hija y ni siquiera se presentó al funeral de Elizabeth el 25 de enero de 1947 en Oakland (California).

En la época en que se produjo el asesinato, Cleo vivía a escasos cinco minutos de donde se encontró el cuerpo descuartizado. Pero como también tenía coartada, la policía no tardó en desestimarle como sospechoso. Además, se consideró que Cleo sentía demasiado desapego por su hija como para estar implicado.

La lista de posibles asesinos fue tan extensa y dispar que llegó a incluir a personas de gran relevancia social en la época. Si bien en muchos casos estas sospechas obedecían a caprichosas teorías sensacionalistas de los reporteros de turno más que a otra cosa.

Todos los esfuerzos fueron en vano.

Hasta que el 23 de enero de 1947, el presunto asesino telefoneó sorpresivamente al editor del periódico *Los Angeles Examiner*, ofreciéndose a enviar una serie de pistas y pertenencias de Short a la redacción.

Al día siguiente, llegó un misterioso paquete.

¿UNA PISTA FIABLE?

Fue la mayor pista referente a este caso. El paquete llegó apenas nueve días después de que se descubriera el cadáver, y contenía objetos personales de Elizabeth Short, como su tarjeta de la seguridad social y el certificado de nacimiento. Le acompañaba una nota que decía: «Aquí están las pertenencias de la Dalia, y pronto seguirá una carta».

Tanto el sobre como su contenido estaban impregnados de gasolina, con lo que se había borrado todo rastro de huellas dactilares. Algo que evidenciaba cierto conocimiento de las técnicas utilizadas por la policía por parte de quien lo enviaba.

Al estudiar la libreta de direcciones, la policía acabó centrando su atención sobre un nuevo sospechoso, Mark Hansen.

Hansen era el propietario de un club nocturno de Los Ángeles llamado The Florentine Garden, que había montado un espectáculo erótico con coristas, algunas de las cuales eran menores de edad. Las alojaba en una casa que se había construido justo detrás del local, y parece que Elizabeth vivió allí durante varias semanas.

Hansen era un turbio benefactor y un gran emprendedor. Ejercía de «mecenas» en Hollywood, por lo que no resulta extraño que Elizabeth le quisiera

entre sus amistades. Se rumoreaba que tenía contactos con la mafia, y entre sus amigos se contaban varios médicos.

La precisión quirúrgica con la que el asesino había seccionado el cuerpo de Elizabeth Short hizo pensar a la policía que éste era un médico con años de experiencia. El detective a cargo del caso, Harry Hansen (sin parentesco familiar alguno con el sospechoso Mark Hansen) declaró ante el Gran Jurado del Distrito de Los Ángeles que estaba convencido de que un «excelente cirujano» había sido el autor de tan pavoroso crimen.

En cuanto a Mark Hansen, nunca se le descartó totalmente como posible sospechoso, pero tampoco se encontraron suficientes pruebas en su contra.

Después de todo, el misterioso paquete no proporcionó en realidad pista fiable alguna. El resto de nombres de la agenda coincidían básicamente con las mismas personas que habían conocido a Beth por casualidad en la calle o en un bar. La policía ya sabía que la habían invitado a unas copas, y que desaparecieron y no la volvieron a ver en cuanto supieron que ella no tenía interés alguno en acostarse con ellos.

Poco después, y tal y como se anunciaba en el primer envío, llegó la siguiente carta. En ella, el presunto asesino anunciaba que se entregaría a las autoridades en una fecha y un lugar determinados.

Pero un tercer anónimo, similar al anterior, advertía que había cambiado de opinión y se jactaba de que nunca le cogerían.

Así, se llegó a otro punto muerto. El tiempo pasaba y el terrible crimen seguía sin resolverse.

MÁS SOSPECHOSOS

El doctor Patrick S. O'Reilly era uno de los médicos amigos de Mark Hansen, y gracias a él había conocido a Beth. O'Reilly era un asiduo de las fiestas y orgías de las playas de Malibú. Tenía un amplio historial de actos violentos

relacionados con el sexo. Había estado en prisión por secuestrar a su secretaria y golpearla hasta casi matarla por no querer acostarse con él.

El nombre de Carl Balsiger también aparecía en el paquete recibido por la policía. Al parecer, después de conocer a Beth en Camp Cooke, había quedado con ella en varias ocasiones, la última el 8 de diciembre de 1946. Su hermano Claude fue juzgado y absuelto por un asesinato similar al de la Dalia en su pueblo natal, y también fue sospechoso de matar a Elizabeth. Sin embargo, las pruebas resultaron demasiado vagas como para acusarle formalmente.

El doctor George Hodel era otro médico de familia que arrastraba un historial de conductas sexuales cuanto menos cuestionables. En 1949, su hija de catorce años le acusó de abusar de ella. Además, un testigo afirmó haber visto a Hodel en el Hotel Biltmore en varias ocasiones. Sin embargo, nadie confirmó dicha historia. Ni siquiera se llegaron a encontrar pruebas irrefutables de que Hodel conociera a Beth.

Marvin Margolis era un soldado licenciado de la marina por inestabilidad mental. Tenía una obsesión insana con el servicio de cirugía. Compartió piso con Beth y dos amigos, Bill Robinson y Marjorie Graham, durante el mes de octubre de 1946. Margolis se adecuaba al perfil psicológico del asesino, pero no había ninguna prueba en su contra.

Seguían apareciendo sospechosos por todos lados. Algunos llegaron incluso a ser encarcelados, pero no se les pudo procesar por falta de pruebas concluyentes.

UN CASO ABIERTO

El resultado de todo ello es que el caso, a día de hoy, todavía no se ha resuelto. Convertido en una cuenta pendiente para la policía de Los Ángeles, la aparición de cualquier nueva pista siempre hace pensar en reabrir el archivo.

Dani Galindo fue detective en jefe desde 1968 hasta 1978. Después del estreno de una película para televisión sobre la Dalia Negra en 1975, Galindo

recibió una carta de William Kennedy, antiguo jefe del Departamento de Policía de California, en la que hablaba de un hombre que podía ser el asesino.

En 1947, Kennedy se había puesto en contacto con el detective Harry Hansen para informarle de que había un agente sospechoso en su equipo.

Ese oficial, cuya identidad no trascendió, no se había presentado al trabajo el 16 de enero, día siguiente al descubrimiento del cadáver. Tenía fama de mujeriego y, años atrás, había trabajado como carnicero.

Galindo, intrigado, contactó veinticinco años después con la esposa del oficial para preguntarle si recordaba qué había hecho su marido en las horas posteriores al descubrimiento del cuerpo de Elizabeth Short. La mujer afirmó que su esposo había limpiado su coche a conciencia con una manguera, incluido el maletero. También comentó que ambos habían tenido una enorme discusión el día 16 de enero por la noche, porque él llevaba dos días sin aparecer por casa. Pero la mujer le dijo que no quería seguir hablando porque le hacía daño recordar este tema. Nunca se había divorciado de su marido, pero llevaba años sin saber de su paradero.

A principios de los ochenta, el escritor John Gilmore conoció a un hombre llamado Jack Anderson Wilson mientras se documentaba para su libro sobre el caso *Severed: The True Story of the Black Dahlia Murder*. Wilson era un hombre alto, flaco y demacrado. Cojeaba y bebía mucho. Tenía una lista de antecedentes criminales larguísima y sabía muchas cosas sobre Elizabeth Short.

Según su versión, un amigo de Indianápolis que se travestía había matado a Elizabeth. Incluso relató cómo se había cometido el asesinato. Además, conocía datos y detalles que nunca se habían hecho públicos.

Gilmore se puso en contacto con la policía de Los Ángeles para organizar un nuevo encuentro con Wilson. Para entonces se había publicado un artículo sobre las investigaciones del propio Gilmore en el *Herald Examiner*. Pero al leerlo, Wilson se asustó y no quiso volver a verle.

Mientras la policía lo buscaba, Jack Anderson Wilson murió en el incendio de la desvencijada habitación de hotel donde vivía.

Lo cierto es que, de manera constante y periódica, siguen apareciendo libros de periodistas, de familiares de la Dalia o de gente remotamente relacionada con el caso, que afirman haber resuelto el asesinato. Desde los que utilizan técnicas criptográficas hasta los que se basan en recuerdos borrosos de algún álbum familiar.

En 1997, el editor y escritor de *Los Angeles Times* Larry Harnisch se encontraba trabajando en un artículo con motivo del cincuenta aniversario del crimen. En sus investigaciones halló el certificado de matrimonio de Virginia Short, la hermana de Elizabeth.

Le sorprendió descubrir que Barbara, una amiga de Virginia que fue testigo en su boda, vivía a apenas una manzana de donde se encontró el cadáver. Y que su padre era un reputado cirujano llamado Walter Bayley.

Una serie de turbias circunstancias habían rodeado la vida de Bayley durante la época en que se cometió el asesinato, con lo que Harnisch empezó a considerarlo un sospechoso.

Elizabeth habría entrado en contacto con Bayley mediante su hija, por considerarle una persona influyente y otro potencial mecenas. Bayley tenía alzheimer y encefalomalacia (un encogimiento de los tejidos cerebrales). Se estaba divorciando cuando se cometió el asesinato de la Dalia Negra, y él mismo murió un año después. Fue entonces cuando la doctora Alexandra Partika, que había sido su amante, afirmó conocer un gran secreto de Bayley con el que presumiblemente le estuvo chantajeando durante los últimos meses de su vida.

Partika nunca desveló ese secreto, pero Harnisch intuyó que se refería al asesinato de Elizabeth Short.

MITO E HISTORIA

Puede que alguno de estos nombres sea el del asesino de Elizabeth Short, o

puede que no. Más de seis décadas después, la posibilidad de capturar al culpable (en el dudoso caso de que siga vivo) es cada vez más improbable.

Quizá sea ése uno de los motivos por los que la historia de la Dalia Negra ha quedado tan arraigada en la memoria colectiva estadounidense.

Hace tiempo que dejó de ser una mera historia para transformarse en un mito que con los años ha inspirado a directores de cine tan dispares como David Lynch (*Carretera perdida*), Ulu Grosbard (*Confesiones verdaderas*) o Fritz Lang (*Gardenia Azul*), o a escritores como James Ellroy.

También puede que el motivo de tan macabra fascinación no se encuentre únicamente en las morbosas singularidades del caso, sino en sus estereotipos.

Como postulaba el psiquiatra suizo Carl Jung, hay una serie de factores universales con los que el hombre de cualquier tiempo y lugar se siente familiarizado. Componen de alguna manera la columna vertebral de nuestra existencia emocional y son la base de los mitos.

Jung denominó a esta dinámica «inconsciente colectivo».

Probablemente, el caso de la Dalia Negra posea esa cualidad particular. La de activar los resortes de nuestra psique más profunda.

Lo único que realmente sabemos es que Elizabeth Short se encontró con una persona que nunca debió haber conocido, en el lugar equivocado y en el momento menos oportuno.

Nadie ha podido hacerle justicia.

En la ciudad del glamour no hubo focos encendidos ni plateas repletas de público esperándola. Sólo una muerte terrible.

El asesino del Zodiaco

El *Zodiaco* estuvo activo a finales de los años sesenta, comienzos de los setenta, en el norte de California y la ciudad de San Francisco. Siete son las víctimas que se le atribuyen, cinco fallecieron y dos sobrevivieron.

Jugaba con las fuerzas del orden a través de llamadas telefónicas a las instalaciones policiales o enviando cartas a las redacciones de los periódicos. Su firma era un círculo atravesado por una cruz, semejante a la mirilla de un rifle.

El asesino utilizaba la comunicación epistolar para dar detalles de sus crímenes, y proponer criptogramas tras los cuales se escondía su identidad.

De los cuatro códigos que envió, sólo uno ha sido resuelto.

La policía llegó a tener dos mil quinientos sospechosos, aunque con el paso del tiempo la lista se redujo.

A partir de 1974 no se volvió a saber de él.

El *Zodiaco* pareció reaparecer en 1990 en la ciudad de Nueva York. Sin embargo se trataba de un imitador, Heriberto «Eddie» Seda, que fue detenido.

En el año 2007, el Departamento de Policía de San Francisco reabrió el caso, confiando en que los últimos avances en identificación por ADN permitiesen dar con el culpable. En los condados de Vallejo y Napa, los asesinatos del *Zodiaco* nunca se han cerrado.

Sin embargo, son varios los aficionados a resolver crímenes que aseguran haber descodificado los criptogramas o mensajes ocultos en las misivas,

desvelando así la identidad del asesino. Ninguna de tales teorías ha sido confirmada por las autoridades.

De forma oficial, a día de hoy se desconoce la identidad del *Zodiaco*.

EN EL LAGO HERMAN

El *Zodiaco* actuó por primera vez el 20 de diciembre de 1968, en un arcén de la carretera del lago Herman, cerca de la ciudad de Benecia, en California. Una joven pareja de adolescentes, David Faraday, de diecisiete años, y Betty Lou Jensen, de dieciséis, fueron tiroteados a sangre fría durante su primera cita oficial. Habían acudido juntos a un concierto celebrado en el instituto de la chica y decidieron pasar un rato a solas en un lugar poco transitado antes de volver a casa.

Según los informes policiales del Departamento de Policía de Vallejo, sobre las 23.15 horas David Faraday recibió un único impacto de bala en la cabeza y se desplomó al lado de la puerta del conductor. Estaba con vida cuando llegó la policía, pero ingresó cadáver en el hospital. Debido a la gravedad de su herida no pudo decir nada a los agentes sobre su agresor.

Betty Lou Jensen había tratado de huir cuando el asesino disparó a David. Consiguió alejarse unos metros del coche, pero recibió cinco impactos por la espalda que acabaron con su vida en el acto.

En el escenario del crimen se recuperaron casquillos de bala del calibre 22. El asesino había utilizado una pistola semiautomática J. C. Higgins Modelo 80. No parecía tratarse de un tirador experto, ya que había fallado muchos de los disparos aunque sus objetivos estaban a corta distancia.

Uno de los pocos testigos del caso fue el conductor de un coche que afirmó que mientras circulaba por la carretera había visto un vehículo aparcado al lado del de Faraday poco antes de que se produjesen los asesinatos.

El crimen carecía de motivo y los esfuerzos policiales se centraron en dos líneas de investigación. Por un lado, se pensaba que David Faraday podía haber sido testigo de una transacción de drogas y que el asesino buscó silenciarle. La otra línea se centró en un joven, pretendiente de Betty Lou, al que ésta había rechazado.

Pronto ambas hipótesis condujeron a callejones sin salida y la investigación policial entró en un punto muerto del que no saldría hasta que el *Zodiaco* afirmó ser el autor del asesinato de los adolescentes.

EN EL PARQUE BLUE ROCK SPRINGS

Unos meses después, el 4 julio de 1969, una pareja de Vallejo fue atacada en un aparcamiento solitario del parque Blue Rock Springs, a algo más de seis kilómetros al noroeste de la escena del crimen de la carretera del lago Herman.

La conductora del vehículo, Darlene Ferrin, de veintidós años, recibió varios disparos de bala a quemarropa. Cuando llegaron los agentes, la joven seguía viva, pero falleció en la ambulancia camino del hospital. Mejor suerte corrió su acompañante, Michael Mageau, de diecinueve años. Pese a haber recibido varios impactos en la mandíbula, el cuello y una pierna, consiguió sobrevivir a la agresión.

Unas horas después se recibió una llamada en el Departamento de Policía de Vallejo. El interlocutor habló con una voz baja y monocorde y, según Nancy Slover, la oficial que recibió la llamada, parecía «como si lo leyese de un papel». Se identificó como el autor de los crímenes en Blue Rock Springs. Confirmó que había disparado a sus víctimas con una 9 mm y añadió que era el responsable de la muerte de los otros dos adolescentes el año anterior. Se despidió con un *goodbye* (adiós).

La llamada fue rastreada hasta una cabina de teléfonos a pocas manzanas de la

comisaría. Los agentes se encontraron con el auricular descolgado, pero sin rastro del asesino.

Aunque Michael Mageau había resultado malherido en el tiroteo, se recuperó y pudo proporcionar a la policía un relato de lo sucedido esa noche.

Contó al detective Ed Rust que cuando llegó al aparcamiento con Darlene, otros coches aparcaron a su lado. Sus ocupantes eran gente joven que antes de marcharse soltaron algunos petardos para celebrar el Cuatro de Julio. Poco después, otro coche entró en el aparcamiento y estacionó en el lado izquierdo detrás del de Darlene. Apagó las luces y, tras un momento, se marchó.

Sin embargo, regresó pocos minutos después y volvió a colocarse detrás, aunque en el lado contrario. Ellos tenían las luces de su vehículo apagadas y la música encendida. Observaron como del otro coche salía un hombre con una linterna y se acercaba a su ventanilla. Pensaron que era policía y se dispusieron a enseñar sus documentos de identidad, pero el desconocido abrió fuego sobre el chico sin mediar palabra.

Michael intentó huir y se deslizó al asiento trasero. Desde allí pudo ver cómo el hombre disparaba a Darlene. Después el tirador se alejó en dirección a su coche, pero al escuchar los gritos de dolor del chico, volvió y les disparó dos veces más a cada uno.

El relato de la víctima proporcionó una secuencia de los acontecimientos y, lo más importante, una descripción del agresor: era un hombre blanco, de entre veintiséis y treinta años, de baja estatura, rechoncho y con el pelo castaño. Conducía un vehículo parecido al Chevrolet Corvair de Darlene.

Aparte de la llamada y la descripción del sospechoso, la policía no tenía mucho más con lo que trabajar. Darlene Ferrin estaba casada y su marido fue considerado sospechoso hasta que se comprobó que tenía coartada en el momento del crimen. Pese a la juventud de la víctima, era su segundo matrimonio, por ello su ex marido también fue incluido en la investigación. Pronto fue descartado como posible autor.

Además, el asesino en su llamada había relacionado los dos casos de tiroteos

de jóvenes parejas. Se investigó entonces una posible conexión entre Faraday y Jensen con Ferrin y Mageau, que no dio ningún resultado. Balística tampoco llegó demasiado lejos. En cada crimen el asesino había utilizado un arma diferente y calibres distintos. Según Michael Mageau, había empleado un arma con silenciador.

Los casos no se pudieron resolver.

«MI NOMBRE ES...»

Veintiséis días después del tiroteo a Darlene Ferrin y Michael Mageau, se recibieron tres cartas del asesino en tres periódicos de la zona: el *San Francisco Chronicle*, el *Examiner* y el *Vallejo Times Herald*.

El *San Francisco Chronicle* publicó una de ellas el 1 de agosto de 1969. El autor, además de dar detalles de los crímenes, había dibujado unos símbolos que formaban un código cuya descodificación permitiría conocer su identidad. Si no se publicaba su carta, amenazaba con «iniciar una matanza el viernes 1 de agosto, (...) hasta acumular una docena de cadáveres durante el fin de semana».

Había enviado las otras partes del código a los otros dos periódicos. Eran párrafos de ocho líneas con diecisiete símbolos cada una. Expertos de la Agencia de Seguridad y del FBI trataron de descifrarlo inútilmente.

Un profesor de instituto de Salinas, Donald Harden, y su mujer afirmaron haber encontrado la clave para desentrañar el código. Se habían basado en la idea de que el asesino sería una persona tremendamente egocéntrica, por lo que el primer símbolo debería corresponder a la palabra «I» (Yo). A partir de ahí pudieron reconstruir el mensaje oculto.

No se trataba del nombre del asesino, sino de un texto en el que hablaba de sus motivaciones: «Me gusta matar gente porque es divertido (...) porque es mejor que el juego salvaje del bosque... No os voy a dar mi nombre porque trataríais de retrasarme o detenerme en mi recolección de esclavos para la otra vida».

La policía desconocía la identidad del asesino, pero las cartas y el mensaje oculto dieron una primera impresión de la psique del autor de los crímenes; estaban ante un asesino en serie que no se iba a detener.

Se cree que «el juego salvaje del bosque» hace referencia al relato corto de Richard Conell, *El juego más peligroso*, también conocido como *Los sabuesos de Zaroff*. Se publicó en 1924 y tuvo varias adaptaciones cinematográficas. En el cuento corto de Conell, un hombre se dedica a cazar a los náufragos que llegan a su isla.

Todas las misivas habían sido firmadas con el símbolo del asesino, un círculo cruzado que se asemejaba a la mirilla de un rifle.

El *Zodiaco* había comenzado su relación epistolar con las autoridades y la opinión pública.

«THIS IS THE ZODIAC SPEAKING...»

El 4 de agosto de 1969 se recibió una nueva carta del asesino en la redacción del *San Francisco Examiner*. Se autodenominaba *Zodiac* (el *Zodiaco*) y enseguida demostró que estaba hambriento de celebridad.

En la carta daba detalles no conocidos del caso Ferrin-Mageau. Por primera vez, el FBI pudo recuperar unas huellas de la segunda y la tercera página de la carta. El asesino se burlaba de la policía por no haber sido capaz de descifrar su código. Decía que cuando lo hiciesen, lograrían atraparlo.

Mientras tanto, seguiría actuando.

El 27 de septiembre el asesino se desplazó a Napa (California). Allí interrumpió el picnic que una joven pareja de estudiantes universitarios celebraba en un lugar solitario del lago Berryessa: Bryan Hartnell, de veinte años, y Cecelia Shepard, de veintidós.

Bryan Hartnell sobrevivió al ataque y pudo dar una versión de lo sucedido. Sobre las seis de la tarde, mientras estaban recostados en el suelo, Cecelia creyó ver a un hombre que se escondía tras unos árboles. Un momento después, el

desconocido apareció ante ellos apuntándolos con un arma. Esta vez llevaba la cabeza y el torso cubiertos por una capucha negra y rectangular que le cubría hasta la cintura. Sobre los orificios para los ojos se había colocado unas gafas de sol. Además, en el pecho tenía dibujado un símbolo, un círculo atravesado. En el cinto llevaba un cuchillo de mango de madera tipo bayoneta y en una de sus manos un montón de trozos de cuerdas.

Les explicó que se había escapado de la cárcel y que lo único que quería era maniatarles para robarles el dinero y un coche para huir a México. Bryan le entregó su cartera y las llaves de su Volkswagen Karmann Ghia. Una vez que los jóvenes estuvieron atados, el desconocido sacó el cuchillo y empezó a apuñalarlos. Primero a él y después a Cecelia. Poco después, se marchó.

Ambos jóvenes quedaron malheridos pero con vida y consiguieron llamar la atención de un pescador con sus gritos. Éste llamó a la oficina del sheriff, que los trasladó a un hospital. Cecelia Shepard murió cuarenta y ocho horas más tarde.

Una hora después del ataque, alrededor de las 19.30 horas, se recibió una llamada en la comisaría de Napa. Era el asesino, que llamaba para informar sobre el doble asesinato. La llamada fue localizada con rapidez. Como en el caso Ferrin-Mageau, se había realizado desde una cabina de teléfonos en el centro de la ciudad, no demasiado alejada de las instalaciones policiales. Pero esta vez los forenses consiguieron recuperar la huella de una palma.

En la escena del crimen, el *Zodiaco* también había dejado un mensaje. En una de las puertas del coche de Bryan Hartnell había escrito las fechas de los tres ataques. Debajo de la última, la que correspondía al 27 de septiembre, también había escrito: «A cuchillo». Presidiendo el texto estaba el círculo atravesado, marca del asesino. Todo indicaba que el *Zodiaco* no quería dejar dudas sobre la autoría del crimen.

Se pudo recuperar una huella de pisada del agresor, lo que permitió establecer que era un hombre con un cierto peso. Las marcas de las ruedas mostraban que el asesino había aparcado justo detrás del coche de sus víctimas.

Durante la investigación se obtuvo el testimonio de testigos que habían visto a

un hombre extraño merodeando por la zona antes de que se produjese el ataque a la pareja de universitarios.

La policía analizó muchos posibles sospechosos sin encontrar evidencias que permitiesen imputar a ninguno. Incluso, en 1989, se llegaron a cotejar las huellas que habían sido atribuidas al *Zodiaco* con las de Ted Bundy, sin obtener coincidencias.

EL ASESINATO DEL TAXISTA

El 11 de octubre de 1969 fue la fecha elegida por el *Zodiaco* para volver a actuar. El asesino dejó el área de la bahía y se trasladó a la ciudad. Alrededor de las 22.00 horas se subió al taxi de Paul Stine, de veintinueve años, al que dio una dirección del barrio residencial de Presidio Heights en el norte de la península.

Aunque no era el destino final que el taxista había dejado registrado, el trayecto finalizó en la confluencia de las calles Washington y Cherry. El *Zodiaco* colocó una 9 mm sobre la cabeza de Paul Stine y disparó.

Pero esta vez el asesino cometió un error: tres adolescentes vieron lo que sucedía desde una casa al otro lado de la calle y llamaron a la policía.

Según la versión de los chicos, el asesino se bajó del coche y procedió a limpiar el exterior de huellas. Además, se detuvo unos instantes al lado del cuerpo del taxista. Más adelante se sabría que el *Zodiaco* recortó un trozo de la camisa de Paul Stine, que envió junto con sus cartas a los periódicos.

Momentos después, se perdió por la calle.

LA OPORTUNIDAD PERDIDA

Gracias a la llamada de los testigos del asesinato de Paul Stine, la policía pudo contar con una descripción del sospechoso pocos minutos después de que el crimen se hubiese producido.

Se buscaba a un hombre blanco, de poca estatura (alrededor de 1,60), constitución robusta, de pelo castaño rojizo cortado al estilo militar, con gafas de montura de pasta, vestido con pantalones, parka y calzado oscuro.

Mientras huía de la escena, el *Zodiaco* se cruzó con un coche patrulla. Los agentes Eric Zelms y Donald Fouke informarían con posterioridad que vieron a un hombre que encajaba con la descripción. En el informe oficial del agente Fouke se puede leer que el sospechoso no parecía andar de forma apresurada.

Las versiones que explican por qué los oficiales de policía no le detuvieron y procedieron a interrogarle son diversas.

De acuerdo con el informe presentado por el agente Fouke, por un error en las comunicaciones, entendieron que el sospechoso era un varón negro. Otra versión mantiene que un tiro a bocajarro implicaría que el tirador estuviese manchado de sangre. Y el hombre que vieron los agentes Zelms y Fouke no tenía restos de sangre en la ropa. Además, la oscuridad de la noche no facilitaba la labor policial.

Este hecho lo aprovecharía el *Zodiaco* para burlarse de las fuerzas del orden en una de sus cartas.

UN PASO MÁS

La primera teoría de la investigación oficial del caso Stine fue que la muerte del taxista se había producido durante un atraco fallido. No obstante, resultaba algo extraño que el asesino hubiese recortado un trozo de la camisa de la víctima.

No existía ningún indicio para pensar que su autor había sido el *Zodiaco*, que hasta ese momento había seleccionado a sus víctimas entre parejas jóvenes que estaban en lugares apartados y solitarios. Además, aunque el arma utilizada había sido una pistola semiautomática de 9 mm, los casquillos recuperados de la escena no revelaron coincidencias con los del caso Ferrin-Mageau. Se trataba de un arma distinta.

Sin embargo, pronto la policía no tuvo duda de que el *Zodiaco* había vuelto a actuar. El 13 de octubre de 1969, tres días después del asesinato de Paul Stine, se recibió en la redacción del *San Francisco Chronicle* una carta del ya famoso asesino confirmando su autoría. Para demostrarlo, acompañaba el texto con un pedazo de la camisa ensangrentada del taxista.

Pero no se limitaba a dar detalles de su crimen, esta vez amenazaba con atacar a uno de los segmentos de población más sensibles, los niños.

LA CELEBRIDAD DE UN ASESINO

«Niños en edad escolar son buenos objetivos. Creo que una mañana de éstas me cargaré un autobús entero. Dispararé a la rueda delantera y luego me iré cargando a los chavales a medida que bajen.» De esta forma el *Zodiaco* amenazaba con aumentar la espiral de violencia.

Las fuerzas del orden se tomaron muy en serio la amenaza. El asesinato de Paul Stine, con el cambio del patrón de víctima, había demostrado que el *Zodiaco* era impredecible.

En siguientes comunicaciones, como la carta enviada al *San Francisco Chronicle* el 9 de noviembre de 1969, el asesino amenazó con hacer explotar una bomba al paso de un autobús escolar. Ahora incluía en sus cartas diagramas de los artefactos, dibujos de sensores electrónicos, cálculos de la altura de las ventanas del autobús, proponía acertijos para hallar la localización de la bomba...

Con ello el *Zodiaco* conseguía convertirse en el centro de atención, aterrorizando a la población. Las autoridades respondieron situando coches patrulla tras los autobuses. Muchos agentes se presentaron voluntarios para realizar labores de vigilancia.

Mientras tanto, el Departamento de Policía de San Francisco, junto con las fuerzas del orden de los condados de Napa y Solano, comenzaron a colaborar para atrapar al escurridizo asesino. Los asesinatos del *Zodiaco* se habían

convertido en el caso con mayúsculas. Su resolución garantizaría la fama al detective que averiguase al autor de los mismos.

Para evitar interferencias y compartir la información de manera eficaz, se organizó un grupo especial cuya misión era detener al asesino del Zodiaco.

EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO

Fueron muchos los detectives y agentes que se dedicaron en cuerpo y alma a atrapar al *Zodiaco*. Gracias a la literatura sobre el caso, algunos de ellos se transformaron en personajes a medio camino entre su identidad real y la ficción.

Ése es el caso de los detectives David Toschi y Bill Armstrong del Departamento de Policía de San Francisco, retratados en sus esfuerzos por acorralar al asesino en los libros de Robert Graysmith, *Zodiac* (1986) y *Zodiac Unmasked* (2002). El escritor trabajaba como caricaturista político en el *San Francisco Chronicle* cuando el *Zodiaco* comenzó a actuar, y años después fue capaz de transformar la experiencia en un relato novelado sobre la búsqueda del famoso asesino.

Para muchos de los profesionales implicados en el caso, ésta se convirtió en la investigación policial más importante de su carrera. Una prueba de ello es Ken Narlow, que fue el detective de la oficina del sheriff del condado de Napa asignado al apuñalamiento en el lago Berryessa. Estuvo trabajando en el caso del *Zodiaco* hasta su jubilación en 1987.

Las evidencias fundamentales con las que contaban los investigadores eran: las huellas recuperadas en las escenas —la palma de la mano de la cabina de Napa, y las dactilares ensangrentadas obtenidas del taxi de Paul Stine—; las cartas manuscritas con toda probabilidad por el propio asesino, en las que se hallaron huellas y que se utilizaron para comparar su grafología con la de los posibles sospechosos, y la descripción del asesino de los testigos o supervivientes a los ataques del *Zodiaco*.

Se sabía que el asesino siempre había actuado en fin de semana o durante alguna festividad: Navidad, el Cuatro de Julio... Y había demostrado tener una obsesión por el agua, ya que todos sus crímenes se habían producido en lugares cercanos al agua o que tenían alguna referencia a ésta en su dirección.

Pero poco más se sabía de él.

Los detectives estudiaron cientos de sospechosos y tuvieron que analizar miles de llamadas de ciudadanos anónimos que creían saber quién era el *Zodiaco*. En aquella época no había ordenadores, todo se registraba a mano en tarjetas, lo cual dificultaba el procesamiento de una ingente cantidad de información.

Por entonces, las técnicas de identificación por ADN estaban en sus inicios. Muchos expertos creen que si los crímenes del *Zodiaco* se hubiesen producido en la actualidad, el asesino no habría podido escapar del cerco policial.

En las palabras de Jack Mulanax, sargento de la policía de Vallejo en 1971, se resume lo que supuso el *Zodiaco* para muchos de los investigadores: «Juega con nosotros y no muestra el menor remordimiento. Es un amante del asesinato y la persona más peligrosa con la que me he encontrado en todos mis años sirviendo en las fuerzas del orden».

¿LOS PRIMEROS CRÍMENES DEL ZODIACO?

Durante las investigaciones policiales encaminadas a identificar al asesino, salieron a la luz casos no resueltos de años anteriores que guardaban similitudes con los crímenes cometidos por el *Zodiaco*.

El primero en el tiempo es el asesinato de Robert Domingos y Linda Edwards en un lugar solitario y apartado de una playa del condado de Santa Bárbara, el 4 de junio de 1963, mientras celebraban una festividad escolar local, el *Senior Ditch Day*.

Los jóvenes, de dieciocho y diecisiete años, fueron tiroteados cuando trataban de huir de un desconocido que había intentado atarlos con diversos trozos de

cuerda que se encontraron en la escena. El ataque a la pareja recordó a los investigadores el que se produjo seis años después, en 1969, en el lago Berryessa. Para la policía era poco probable que dos ataques tan similares no fuesen obra del mismo autor.

No era el único de los crímenes atribuidos al *Zodiaco* con el que tenía semejanzas. El arma utilizada era una semiautomática del calibre 22. Esa misma munición se utilizó en el tiroteo a la joven pareja de la carretera del lago Herman.

La persona que acabó con la vida de Domingos y Edwards nunca ha sido identificada, ni el caso ha podido ser resuelto.

Tres años después, el 30 de octubre de 1966, víspera de Halloween, Cheri Josephine Bates, una estudiante del Riverside Community College en California, fue asesinada a la salida de la biblioteca. Su cadáver presentaba numerosas puñaladas y la policía determinó que el asesino había sabotado el coche de la víctima para ofrecerse a ayudarla y que ésta quedase a su merced.

No había motivos para un crimen tan brutal. La chica no había sufrido ninguna agresión sexual y no faltaba nada entre sus pertenencias.

En el escenario se encontró un reloj de hombre con la correa rota y la huella del talón de un calzado militar.

Además, pudo recuperarse material genético del agresor, piel y cabellos, de las manos y las uñas de la víctima. También se obtuvo una huella del asesino del coche de Cheri Jo Bates.

Un mes después del crimen se recibió una carta del asesino en un periódico local. Aunque el mensaje estaba mecanografiado, la dirección del sobre había sido escrita a mano con un rotulador. Como luego lo estarían las misivas firmadas por el *Zodiaco*.

Seis meses después de la muerte de la joven, llegaron otras tres cartas a la policía, el periódico local y al propio padre de la víctima. Todas eran iguales: manuscritas a bolígrafo, el asesino había concluido su escrito con: «Bates tenía que morir. Habrá más». En el sobre había más sellos de los necesarios para su

franqueo, lo cual pasaría a ser una característica de la comunicación epistolar del *Zodiaco*.

Paul Avery, uno de los periodistas del *San Francisco Chronicle* que siguió el caso, manifestó que el Departamento de Policía de Riverside tenía cartas manuscritas del asesino de Bates cuya caligrafía era igual a la del responsable de los asesinatos del *Zodiaco*.

Además, en diciembre de 1966 se encontró un poema sobre la agresión a Cheri Jo Bates grabado en uno de los pupitres de la biblioteca del campus universitario. Hay coincidencias de alguna de las letras con la caligrafía del *Zodiaco*.

Éste envió una carta en noviembre 1971 a *Los Angeles Times* responsabilizándose del crimen de Riverside. Pese a ello, existen dudas sobre su autoría.

Según Tom Voigt, fundador de una de las muchas páginas web que pretenden aunar los esfuerzos de aficionados al misterio en la resolución del caso, la policía de Riverside barajó como sospechoso a la pareja sentimental de la víctima. De hecho, el 20 de mayo de 1982, el departamento de policía hizo una declaración a la prensa en la que se podía leer: «La persona que consideramos responsable del apuñalamiento de Cheri Jo Bates no es el individuo que otras fuerzas del orden consideran responsable de los conocidos como “los asesinatos del *Zodiaco*”». Sin embargo, los análisis de ADN del sospechoso principal del caso Bates no han resultado concluyentes para demostrar su culpabilidad.

Lo que se cree es que el *Zodiaco* quiso aprovecharse de este crimen para aumentar su leyenda y no dejar de ocupar portadas de la prensa de los años setenta.

¿UNA SUPERVIVIENTE?

El domingo 22 de marzo de 1970, Kathleen Johns, de veintidós años, aseguró a la policía que había sido secuestrada junto a su hija pequeña por un hombre al

que reconoció en un retrato robot colgado en las dependencias policiales mientras denunciaba la agresión.

Según la versión de la mujer, mientras circulaba en su vehículo por una carretera a noventa y cinco kilómetros al sudoeste de San Francisco, aproximadamente a las once de la noche, otro conductor le había hecho señas para que se detuviese. Al parar, el desconocido la advirtió de que una de las ruedas de su coche estaba pinchada y se ofreció para cambiarla.

Una vez terminada la tarea, la mujer le agradeció su ayuda y se dispuso a continuar su camino. Sin embargo, sólo pudo avanzar unos pocos metros porque la rueda se salió de inmediato. El hombre se disculpó entonces por su torpeza y se ofreció a llevarla a ella y a su hija hasta algún lugar en el que pudiesen pedir ayuda.

Con sus dos víctimas en el coche, abandonó la carretera principal y circuló por la red secundaria durante algo más de una hora mientras amenazaba a Kathleen Johns. La víctima afirmó que el hombre le dijo: «Voy a matarte, eres la siguiente».

La mujer aseguró que ella y su hija aprovecharon un giro del vehículo para salir huyendo del coche, consiguiendo escapar. Su secuestrador renunció a perseguirlas al ver aparecer un camión por la carretera.

El vehículo de Kathleen Johns apareció carbonizado a poco más de tres kilómetros del lugar donde la mujer afirmó que lo había dejado.

El agresor era un varón blanco, rechoncho, con gafas de pasta, que hablaba con monotonía. En comisaría, la mujer identificó al secuestrador; su apariencia coincidía con el retrato robot realizado a partir del testimonio de los testigos del caso Stine.

De ser cierta la versión de Kathleen Johns, fue la primera en escapar ilesa del peligroso asesino.

Las autoridades tuvieron dudas sobre la veracidad de la versión de la mujer y, especialmente, sobre la participación del *Zodiaco* en el incidente.

Sin embargo, éste reclamaría su autoría en una de sus cartas.

LAS ÚLTIMAS CARTAS

Tras el asesinato de Paul Stine, el *Zodiaco* se dedicó a refinar su comunicación con las fuerzas del orden y la población a través de las cartas que enviaba a las redacciones de los periódicos.

Utilizaba sus misivas para burlarse de los agentes del orden, a los que llamaba «cerdos azules». En la carta recibida en el *San Francisco Chronicle* el 9 de noviembre de 1969, el asesino aseguraba que mientras huía de la escena del asesinato de Paul Stine, los agentes Fouke y Zelms le habían dado el alto y él les había engañado diciendo que el sospechoso que buscaban había salido corriendo en otra dirección. A pesar de este testimonio, en ninguno de los informes oficiales de la pareja de agentes hay constancia de que hubiesen hablado con el hombre que encajaba en la descripción del sospechoso.

Pero el *Zodiaco* no sólo manifestaba su «superioridad» en las cartas, también las utilizaba para exponer sus demandas. Así, el 28 de abril de 1970, el asesino envió al *Chronicle* una tarjeta con un dragón dibujado en la que amenazaba con volver a actuar si los habitantes de San Francisco no se ponían en la ropa botones con el símbolo del círculo cruzado.

Dos meses después, el *Zodiaco* escribió que estaba molesto porque no había visto los susodichos botones y que iba a actuar de nuevo. En esa carta se atribuyó el secuestro de Kathleen Johns. Para las autoridades esta nueva revelación no significó que fuese el responsable de tal agresión. Se cree que quiso beneficiarse del incidente para aumentar su fama.

De la correspondencia del asesino se obtuvieron algunas huellas y pistas sobre la personalidad de su autor. Así, se supo que el *Zodiaco* estaba familiarizado con el musical de Gilbert y Sullivan *El Mikado*, ya que citó frases del libreto. O que había visto la película *El Exorcista*, a la que describió como la «mejor comedia satírica».

Las últimas cartas del *Zodiaco* se recibieron en 1974. En ellas aseguró que iba a seguir matando, pero que no daría detalles de sus nuevos crímenes. Iba a intentar que pareciesen accidentes. En la del mes de enero, el asesino ofreció un preocupante recuento de sus víctimas: «Departamento de Policía de San Francisco = 0, *Zodiaco* = 37».

Aunque se recibió una misiva firmada por el *Zodiaco* en 1978, los análisis grafológicos determinaron que se trataba de una falsificación.

Por tanto, se puede establecer que a partir de 1974 el asesino se mantuvo en silencio.

Y el *Zodiaco* no volvió a actuar. O al menos eso se cree.

LA IDENTIDAD DEL *ZODIACO*

El sospechoso más conocido, gracias en parte al éxito de los libros de Robert Graysmith, *Zodiac* y *Zodiac Unmasked*, es Arthur Leigh Allen.

Allen era un profesor de primaria nacido en 1933. En 1968, antes del primer crimen atribuido al *Zodiaco*, fue despedido de su trabajo por acosar sexualmente a un estudiante. Y no era la primera vez que Leigh Allen creaba problemas en su lugar de trabajo. Diez años antes había sido expulsado de la marina tras dos años de servicio. La enseñanza se convirtió en su segunda carrera profesional.

Su nombre se incluyó en la lista de miles de sospechosos a causa de la denuncia de uno de sus amigos, Donald Cheney, quien en 1972 declaró que, antes de que el *Zodiaco* hubiese comenzado a actuar en 1969, había mantenido una extraña conversación con Allen. En ella, éste le había contado que pensaba escribir una novela de un asesino que ejecutaría parejas al azar, luego mandaría cartas a la policía para jugar al ratón y al gato con ella.

Además, siempre según la versión de Cheney, Allen habría hablado de firmar sus cartas con el famoso círculo cruzado, símbolo que aparecía en el reloj que llevaba por entonces. Incluso llegó a comentarle que para disparar con precisión

en la oscuridad, el asesino utilizaría una linterna unida al cañón del arma, como se cree que sucedió en el caso Ferrin-Mageau.

Arthur Leigh Allen además coincidía, en parte, con la descripción del *Zodiaco*. Se trataba de un hombre de gran envergadura, cuyo rostro se asemejaba al del retrato robot a disposición de la policía.

Con la información de Cheney, el Departamento de Policía de San Francisco consiguió una orden de registro de la caravana que figuraba como el domicilio de Allen. El registro no dio ningún fruto. Lo que no sabían los agentes es que, por entonces, el sospechoso vivía con sus padres.

Los detectives David Toschi y Bill Armstrong interrogaron a Allen en 1971 y 1972. Aunque su perfil encajaba con la personalidad atribuida al *Zodiaco*, los detectives no pudieron encontrar ninguna evidencia que le vinculase a los asesinatos.

Todo lo que relacionaba a Allen con el caso era circunstancial. Había vivido cerca de los escenarios de los crímenes de la carretera del lago Herman y del parque Blue Rock Springs. Y el día del ataque a Hartnell y Shepard, Allen le había dicho a unos familiares que iba a acudir allí a bucear. Pero en los interrogatorios cambió su versión diciendo que fue hasta la playa y acabó participando en una barbacoa.

La realidad es que las autoridades policiales no encontraron ninguna vinculación directa de Allen con los asesinatos. Sus huellas no coincidieron con las obtenidas del taxi de Paul Stine. Y el análisis grafológico tampoco ofreció correspondencias. Las pruebas forenses exculparon por primera vez a Allen en 1973.

Sin embargo, en 1974, el nombre de Allen volvió a saltar a la palestra al ser detenido y condenado por abuso sexual a un menor. Pasó tres años en el Hospital Estatal de Atascadero.

Para muchos de los que están convencidos de la culpabilidad de Allen, el hecho de que el *Zodiaco* dejase de escribir a partir de 1974 es una prueba más que le señalaba.

En 1991, Allen volvió a ser investigado como sospechoso de los crímenes del *Zodiaco*. A cambio de evitar una condena a treinta años, un recluso llamado Ralph Spinelli testificó que en julio de 1969 Allen le había dicho que el *Zodiaco* mataría a un taxista.

Con esta declaración, el caso recibió un nuevo impulso. Fue entonces cuando le enseñaron a Michael Mageau fotos de los sospechosos, entre las que escogió la de Allen. Un nuevo registro de su domicilio no permitió obtener evidencias inculpatorias, pero alimentó de nuevo las noticias sobre el *Zodiaco*.

Poco antes de la muerte de Allen, Rider McDowell, un escritor en busca de un reportaje para vender al *San Francisco Chronicle*, consiguió la última entrevista con el sospechoso. En ella Allen reconoció que «había hecho muchas cosas malvadas en su vida», pero también dijo que él «no era el maldito *Zodiaco*».

Arthur Leigh Allen falleció por causas naturales el 26 de agosto de 1992. Durante la autopsia para certificar la causa de la muerte, se obtuvieron muestras de tejidos e incluso una parte de su cerebro. El propósito era congelar las muestras para preservar el ADN.

En octubre de 2002 se consiguió un perfil genético parcial del asesino de una de las cartas, autenticadas por el FBI. El ADN del *Zodiaco* se obtuvo del sello y el cierre de las misivas.

Un perfil parcial no es prueba suficiente para determinar la culpabilidad de un acusado, pero resulta concluyente para eliminar a los sospechosos con los que no se obtengan coincidencias.

Cuando se comparó con el ADN de Arthur Leigh Allen no se obtuvo ninguna coincidencia. Esto, unido al hecho de que no se habían encontrado correspondencias del sospechoso con ninguna de las huellas del misterioso asesino, elimina a Allen como probable *Zodiaco*.

Descubrir la identidad del famoso asesino se ha convertido, desde 1974, en un objetivo apasionante que ha traspasado los círculos policiales. La fama asociada a la resolución de uno de los mayores misterios del siglo xx, unida al beneficio económico que puede reportar la publicación de relatos sobre el caso, ha hecho

que afloren muchos individuos que dicen haber descubierto quien se esconde tras el *Zodiaco*.

Desde hijos despechados clamando que sus padres o padrastros eran el famoso asesino, hasta individuos con teorías más o menos rocambolescas, que afirman haber averiguado la identidad oculta en los criptogramas.

Entre ellos destaca Gareth Penn, quien se autopublicó su libro *Times 17* en el que acusaba a un profesor universitario de Harvard de ser el *Zodiaco*. Al final, el FBI tuvo que intervenir para impedir que Penn siguiera con su acoso al académico.

La realidad es que ninguno de los nombres barajados durante todos estos años ha sido señalado por las fuerzas del orden como sospechoso de los crímenes.

En 2007, los libros de Robert Graysmith fueron adaptados a la gran pantalla en la película *Zodiac*, del director David Fincher. Mientras se preparaba la información acerca del estreno de la película en el *San Francisco Chronicle*, se encontró una nueva tarjeta remitida por el *Zodiaco* en 1990. La comunicación había pasado inadvertida entre la multitud de correspondencia recibida en la redacción a raíz de la publicación del primer libro del antiguo caricaturista. Desgraciadamente, la nueva evidencia tampoco ha hecho avanzar la resolución del caso.

En la actualidad, el Departamento de Policía de San Francisco, junto con el FBI y otras agencias de investigación, realiza nuevos análisis de ADN con la intención de obtener un perfil completo del *Zodiaco* que permita contrastarlo con los posibles sospechosos.

Mientras tanto, el misterio que rodea su identidad seguirá ocupando un lugar, dentro de los casos no resueltos de la historia del crimen, similar al de *Jack el Destripador*.

Bibliografía

DOCUMENTALES A&E TELEVISION NETWORKS LLC

Crossing the Line: Murder on the Road.

Evil Up Close: The Crossbow Cannibal – Stephen Griffiths (episodio 1).

The Ward Assassin – Beverly Allitt (episodio 3).

Murder He Wrote – Vlado Taneski (episodio 8).

Investigative reports: The Mysterious Dr. Swango.

The Cold Case Files: The Zodiac Killer (episodio 51).

Finding BTK (episodio 104).

The Black Dahlia (episodio 115).

SERIES CRIMEN E INVESTIGACIÓN

Asesinos en serie (10 episodios).

Hablando de crímenes (11 episodios).

PUBLICACIONES

Abeijón, Pilar, *Asesinos en serie*, Arcopress, 2005.

Atkins, Stephen E., *Encyclopedia of Modern American Extremists and Extremist Groups*, Greenwood Press, Westport, 2002.

Bailey, Kent G., *Human Paleopsychology: Applications to Aggression and Pathological Processes*, Lawrence Erlbaum Associates, Hillsdale, 1987.

Bugliosi, Vincent y Curt Gentry, *Helter Skelter: The True Story of the Manson*

- Murders*, W. W. Norton & Company, Inc., Nueva York, 1974.
- Caputi, Jane, *The Age of Sex Crime*, Bowling Green State University Popular Press, Bowling Green, 1987.
- Dahmer, Lionel, *A Father's Story*, Warner Books, 1995.
- Graysmith, Robert, *Zodiac Unmasked*, The Berkley Publishing Group, Nueva York, 2002.
- Holmes, R. y Holmes, S., *Profiling Violent Crimes. An Investigative Tool*, Sage Publications Inc, California, 2009.
- Kelleher, Michael D. y Kelleher, C. L., *Murder Most Rare: The Female Serial Killer*, Praeger, Westport, 1998.
- Michaud Stephen G. y Aynesworth, Hugh, *The Only Living Witness: The true story of Ted Bundy*, Authorlink Press, Texas, 1999.
- Ressler, Robert K. y Shachtman, Tom, *Asesinos en serie*, Ariel, 2005.
- Robert, I. y Simon, M. D., *Bad Men Do What Good Men Dream: A Forensic Psychiatrist Illuminates the Darker Side of Human Behavior*, American Psychiatric Press, Washington D.C., 1996.
- Rule, Ann, *The Stranger Beside Me. Ted Bundy: The Classic Case of Serial Murder*, W. W. Norton & Company, Inc., Nueva York, 2000.
- Schurman-Kauflin, Deborah, *The New Predator: Women Who Kill: Profiles of Female Serial Killer*, Algora, Nueva York, 2000.
- Schwartz, A. E., *The man who could not kill enough: The secret murders of Milwaukee's Jeffrey Dahmer*, Birch Lane Press, Nueva York, 1992.
- Silva, J. A., Ferrari, M. M. y Leong, G. B., *The case of Jeffrey Dahmer: Sexual serial homicide from a neuropsychiatric developmental perspective*, Journal of Forensic Science, 2002.

FUENTES INTERNET

Before Area Sniper Attacks, Another Deadly Bullet Trail, Serge F. Kovalski,

Michael E. Ruane, Washingtonpost.com.

<http://www.trutv.com>.

Jeffrey Dahmer: The Body in the Bedroom, Marilyn Bardsley, True Crimen Library.

Ted Bundy, Rachel Bell, True Crimen Library.

Aileen Wournos: Killer Who Preyed on Truck Drivers, Marlee Macleod, True Crimen Library.

Charles Manson and the Manson Family, Marilyn Bardsley, True Crimen Library.

Dr. Harold Shipman, The World's Most Prolific Serial Killer, Ted Ottley, True Crimen Library.

The Zodiac Killer, Jake Wark, True Crimen Library.

Beverley Allit: Suffer the Children, Katherine Ramsland, True Crimen Library.

Shipman Inquiry

<http://www.officialdocuments.gov.uk/document/cm58/5854/5854.pdf>.

Famous Trials-The Trial of Charles Manson, Douglas Linder, University of Missouri at Kansas City Law School, 2002.

Volker Eckert, el asesino de la carretera, Jesús Duva, 2006

<http://www.elpais.com>.

At first he just toyed with the idea of killing, Nick Davies, 2008

<http://www.guardian.co.uk>.

Portrait of a serial killer: Ivan Milat, Aims 80, 2011.

<http://www.fictionpress.com/s/1399158/1/PORTRAIT-OF-A-SERIAL-KILLER-Ivan-Milat>.

Ed Gein:

http://www.hhsdrama.com/documents/BioEdwardTheodoreGein_000.pdf

http://www.escalofrio.com/n/Asesinos/Ed_Gein_-

[_El_carnicero_de_Plainfield/Ed_Gein_-El_carnicero_de_Plainfield.php](http://www.escalofrio.com/n/Asesinos/Ed_Gein_-El_carnicero_de_Plainfield/Ed_Gein_-El_carnicero_de_Plainfield.php)

<http://www.mundoparapsicologico.com/misterios/el-macabro-caso-de-ed-gein>

http://www.pasarmiedo.com/ed_gein.php

<http://tejiendoelmundo.wordpress.com/2009/03/31/asesinos-en-serio-ed-gein-el-carnicero-de-plainfield>

<http://esustedelasesino.com/ed-gein/69/>

<http://es.scribd.com/doc/27733600/Caso-Ed-Gein>

El Asesino de la baraja:

<http://www.libertaddigital.com/opinion/fin-de-semana/misterios-del-asesino-de-la-baraja-1276229626.html>

<http://crimeneinvestigacion.com/crimen/criminales/asesino-de-la-baraja-el/>

<http://www.elmundo.es/elmundo/2005/03/09/madrid/1110359807.html>

<http://www.20minutos.es/noticia/7197/0/asesino/baraja/alfredo/galan/>

<https://www.google.es/#q=el+asesino+de+la+baraja&ei=nIraUbGDkYqN7Qb>

La Dalia Negra:

<http://casoabierto.wordpress.com/2010/03/07/elizabeth-short-la-dalia-negra/>

<http://www.teledocumentales.com/la-dalia-negra/>

<http://www.grouchoreviews.com/interviews/176>

<http://escritoconsangre1.blogspot.com.es/2008/01/elizabeth-short-dalia-negra.HTML>

La crónica negra.

<http://lacronicanegra.blogspot.com.es/2012/03/alfredo-galan-el-asesino-de-la-baraja.html>.

El laberinto mental del celador de Olot, Antía Castedo, 2013.

http://ccaa.elpais.com/ccaa/2013/05/31/catalunya/1370024003_488701.html.

Remedios Sánchez: la asesina de ancianas.

<http://labitacoradelmiedo.wordpress.com/2010/05/17/remedios-sanchez-la-asesina-de-ancianas/>.

La asesina compulsiva, Mónica Ceberio Belaza, 2011.

http://elpais.com/diario/2011/08/07/domingo/1312689161_850215.html.

Los Mossos acorralan con un alud de pruebas a Remedios Sánchez, Navarro/Albalat, 2008

<http://www.elperiodico.com/es/noticias/barcelona/20080619/los-mossos-acorralan-con-alud-pruebas-remedios-sanchez/18034.shtml>.

OTRAS FUENTES

Documental, The man who played God, BBC Special Report, 2000.

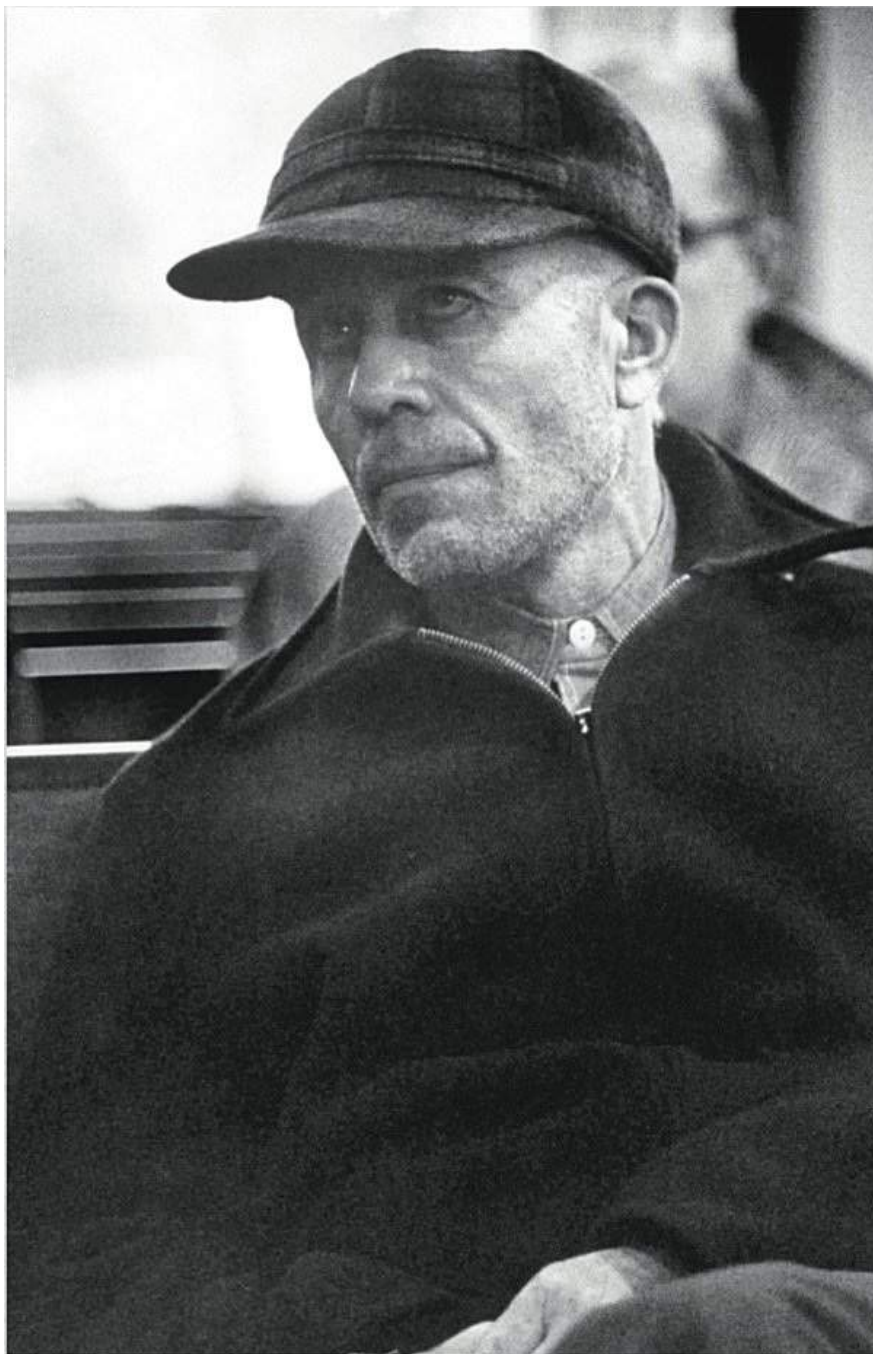
Documental, The Selling of a Serial Killer, Nick Broomfield.

Informe psicológico de Jeffrey Dahmer, Departamento de Psicología de la Radford University, Radford, VA 24141-6946.

Informe psicológico de John Allen Muhammad, Departamento de Psicología de la Radford University, Radford, VA 24141-6946.

Informe psicológico de Stephen Griffiths, Departamento de Psicología de la Radford University, Radford, VA 24141-6946.

Temario de Primer Curso de Criminología de la Profesora Beatriz Vicente de Castro, Abogada y Criminóloga.



© Getty Images

Retrato de **Ed Gein**, del que se dice que mató a once personas, la mayoría mujeres, y que sirvió de inspiración para películas como *Psicosis*, *El silencio de los corderos* o *La matanza de Texas*.



© Rex USA

Autoretrato de **Ian Brady** y **Myra Hindley** en los páramos donde enterraron a sus víctimas.



© Corbis Images

Charles Manson es conducido a la cárcel de Los Ángeles bajo la sospecha de haber planeado los asesinatos de Sharon Tate y el matrimonio LaBianca en agosto de 1969.



© Getty Images

Aileen Wuornos fue ejecutada por inyección letal el 9 de octubre de 2002 en Florida después de asesinar a seis hombres.



© Rex USA

Beverley Allitt asesinó a cuatro niños cuando trabajaba como enfermera. En la foto aparece con su novio Stephen Biggs.



© Rex USA

Instantánea de **Ivan Milat**, el llamado el *Asesino de Mochileros*, que causó el pánico en las carreteras de Australia.



© Getty Images

El *Francotirador de Washington*, **John Allen Muhammad**, y su abogado Jonathan Shapiro escuchan durante el juicio un testimonio previo a la sentencia que le condenó a muerte.

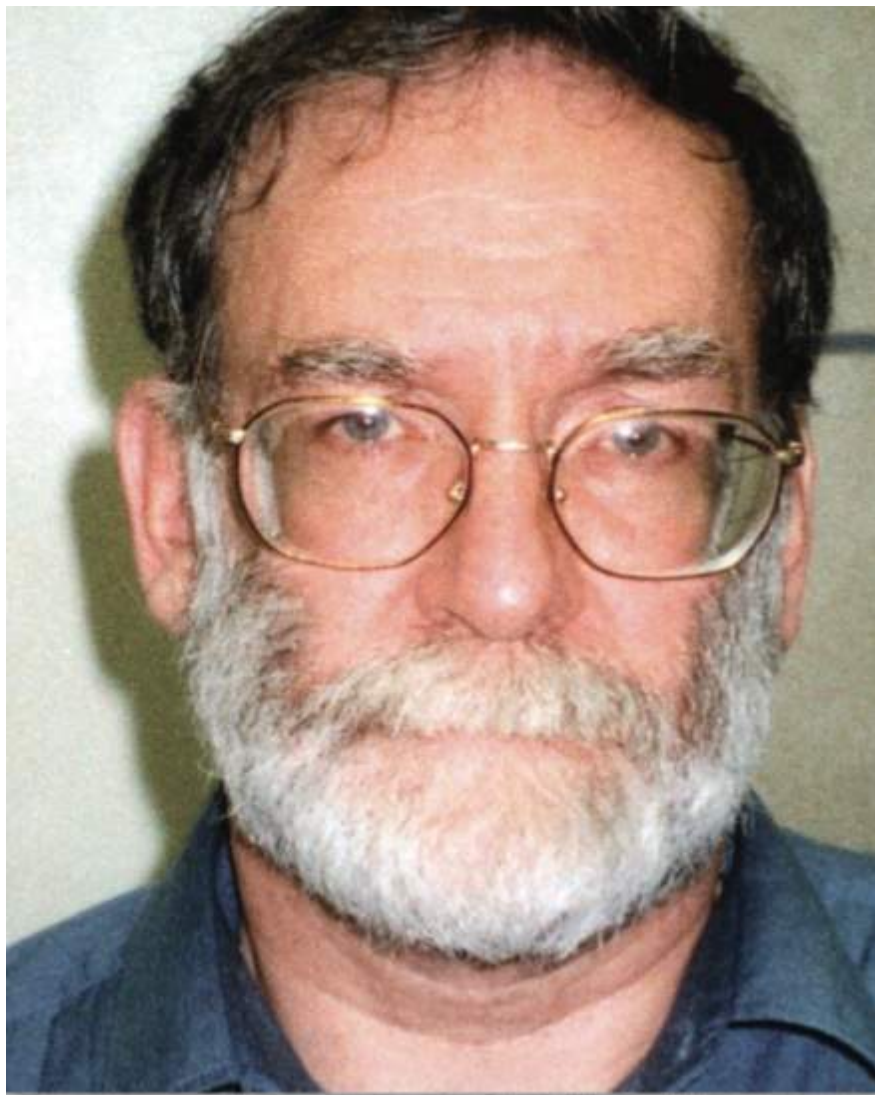
RETRATO-ROBOT PRESUNTO AUTOR "ASESINATOS DE LA BARAJA"



PARA APORTAR INFORMACIÓN RELATIVA A ESTOS CASOS SE PUEDE LLAMAR AL
TELÉFONO: **900 128 062**, ASÍ COMO A CUALQUIER COMISARÍA DE POLICÍA
O CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

© EFE

Tres retratos robot del *Asesino de la Baraja* facilitados por la Delegación del Gobierno de Madrid en el año 2003.



© Getty Images

Harold Shipman, el *Doctor Muerte*, fue hallado ahorcado en su celda el 13 de enero de 2004. Fue juzgado y condenado a cadena perpetua por la muerte de decenas de sus pacientes.



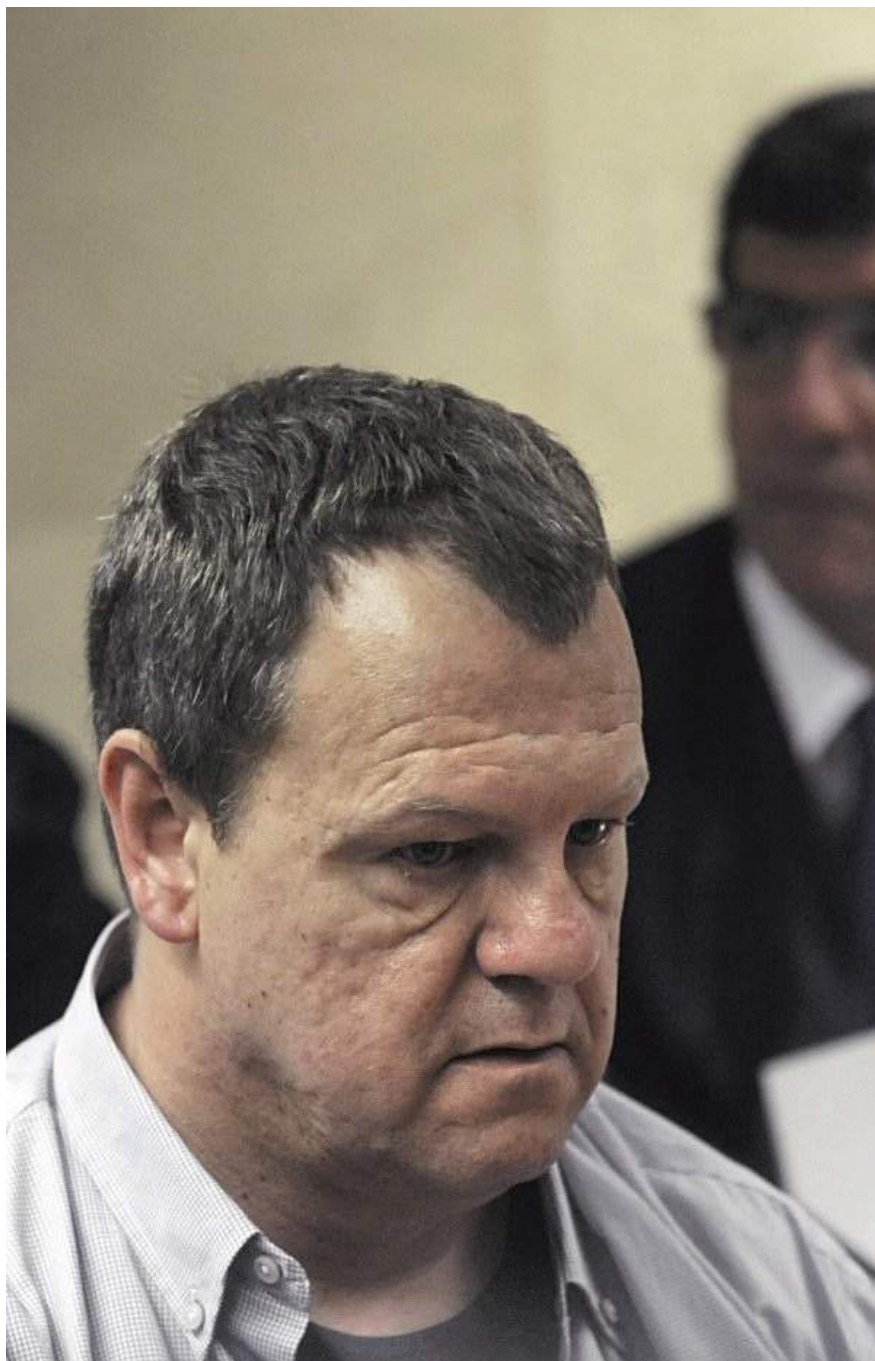
© EFE

El jefe del Área Regional de Investigación de los Mossos d'Esquadra, junto al intendente de la Región Policial de Girona, explica las rutas por Europa del camionero alemán **Volker Eckert**. Eckert fue detenido por la muerte de una prostituta, pero posteriormente reconocería ser el autor del asesinato de seis más en Cataluña, Francia y Alemania.



© EFE

Remedios Sánchez durante el juicio por el que fue condenada a 144 años y 7 meses de prisión por el asesinato de tres ancianas, cinco delitos de asesinato en grado de tentativa, siete delitos de robo con violencia y uno de hurto.



© EFE

Joan Vila, celador del geriátrico La Caritat de Olot y acusado de la muerte de once ancianos, durante la segunda sesión de su juicio, que se inició el 27 de mayo de 2013.



© Getty Images

Fotografía de la captura de **Albert DeSalvo**, principal sospechoso de ser el *Estrangulador de Boston*.



© Corbis Images

La policía encontró 33 cadáveres bajo el suelo de la casa de **John Wayne Gacy**, uno de los asesinos en serie más terroríficos de Estados Unidos.



© Corbis Images

Ted Bundy asesinó entre 1974 y 1978 a varias jóvenes. Se han confirmado 36 asesinatos, aunque pudieron ser muchos más..



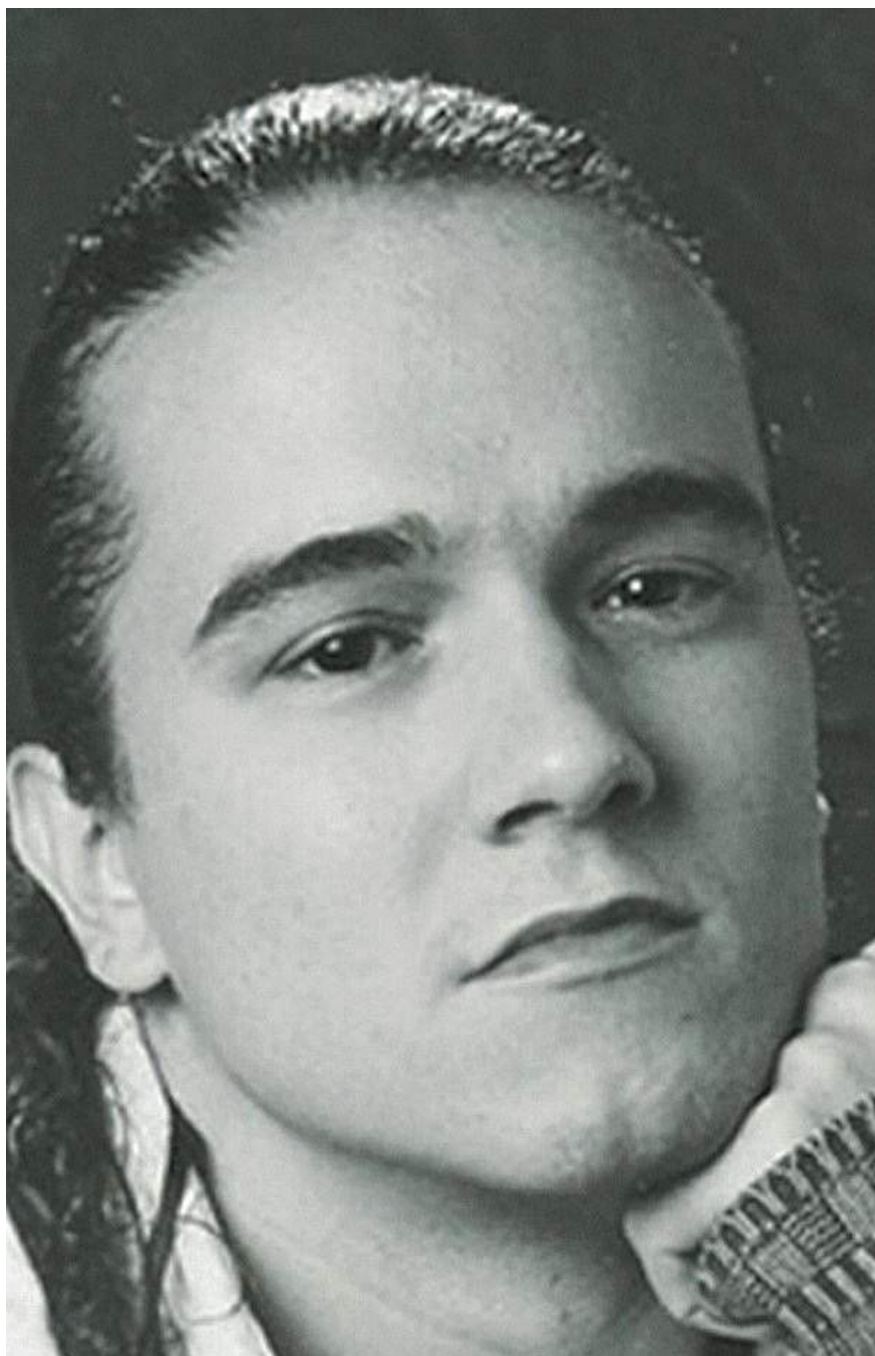
© Getty Images

Gary Leon Ridgway, el *Asesino de Green River*, espera la sentencia por la que fue condenado a 48 cadenas perpetuas.



© Corbis Images

Jeffrey Dahmer asesinó a diecisiete chicos entre 1978 y 1991. Aunque alegó desequilibrio mental, el jurado encontró a Dahmer culpable de unos terribles crímenes que incluían violación y canibalismo.



© Rex USA

Retrato de **Stephen Griffiths**, el llamado *Caníbal de la Ballesta*, que buscó conscientemente ser uno de los asesinos en serie más célebres de la historia.



© Corbis Images

Fotografía artística de la aspirante a actriz, Elizabeth Short, víctima del caso conocido como la ***Dalia Negra***. Nunca se descubrió al asesino.

WANTED

SAN FRANCISCO POLICE DEPARTMENT

NO. 90-69

WANTED FOR MURDER

OCTOBER 18, 1969



ORIGINAL DRAWING



AMENDED DRAWING

Supplementing our Bulletin 87-69 of October 13, 1969. Additional information has developed the above amended drawing of murder suspect known as "ZODIAC".

WMA, 35-45 Years, approximately 5'8", Heavy Build, Short Brown Hair, possibly with Red Tint, Wears Glasses. Armed with 9 mm Automatic.

Available for comparison: Slugs, Casings, Latents, Handwriting.

ANY INFORMATION:

Inspectors Armstrong & Toschi
Homicide Detail
CASE NO. 696314

THOMAS J. CAHILL
CHIEF OF POLICE

© Corbis Images

La policía de San Francisco distribuyó los siguientes dibujos del *Asesino del Zodiaco*, al que se le atribuyen cinco asesinatos. Nunca fue atrapado.

* Fragmento del poema escrito por Albert DeSalvo en la prisión de Walpole.

Crimen & Investigación

Crimen & Investigación es el único canal de televisión basado en investigaciones de hechos reales.

Producido en España por Chello Multicanal y A&E Television Networks, la cadena realiza un seguimiento exhaustivo de cada caso adentrándose en las escenas del crimen, en las comisarías, en los laboratorios y en los juzgados, analizando pruebas y resolviendo los misterios que se esconden tras cada suceso.

Más de 1.500 horas de casos reales conforman el catálogo más completo y mejor valorado del mundo. Una amplia y variada programación de calidad presente en 73 territorios y que se distribuye en España a través de Ono, Movistar TV, R, TotalChannel y las principales redes de cable local.

Crimen & Investigación nos recuerda la fragilidad de la vida. Nos introduce en el lado más oscuro de la naturaleza humana contándonos historias reales de víctimas que nos intrigan y conmueven. Junto con Crimen & Investigación emprendemos un viaje sobrecogedor por el complejo mundo del crimen y la investigación.

Casos reales. Personas reales. Dramas reales.

Edición en formato digital: septiembre de 2013

© 2013, crimen & investigación

© 2013, A&E Television Networks LLC. Todos los derechos reservados.

crimen & investigación, crime & investigation y el logo ci son marcas registradas de A&E Television Networks LLC. Todos los derechos reservados

© 2013, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Gemma Martínez / Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de la cubierta: © Getty Images

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-34226-4

Composición digital: El Taller Editorial

www.megustaleer.com

Índice

Instinto criminal

Prólogo

Introducción

1. Ed Gein, *el Carnicero de Plainfield*
2. Ian Brady y Myra Hindley, *los asesinos del páramo*
3. Charles Manson, *los asesinatos de la Familia*
4. John Wayne Gacy, *el payaso asesino*
5. Ted Bundy, *el asesino de estudiantes*
6. Gary Leon Ridgway, *el Asesino de Green River*
7. Jeffrey Dahmer, *el Carnicero de Milwaukee*
8. Aileen Wuornos, *Monster*
9. Beverley Allitt, *el Ángel de la muerte*
10. Ivan Milat, *el Asesino de mochileros*
11. *El Francotirador de Washington*
12. Alfredo Galán, *el Asesino de la baraja*
13. Harold Shipman, *el Doctor Muerte*
14. Volker Eckert, *en las carreteras de Europa*
15. Remedios Sánchez, *la Asesina de ancianas*
16. Stephen Griffiths, *el Caníbal de la ballesta*
17. Joan Vila, *el celador de Olot*
18. Albert DeSalvo, *¿el Estrangulador de Boston?*
19. La Dalia Negra
20. El asesino del Zodiaco

Bibliografía

Imágenes

Notas

Crimen & Investigación

Créditos